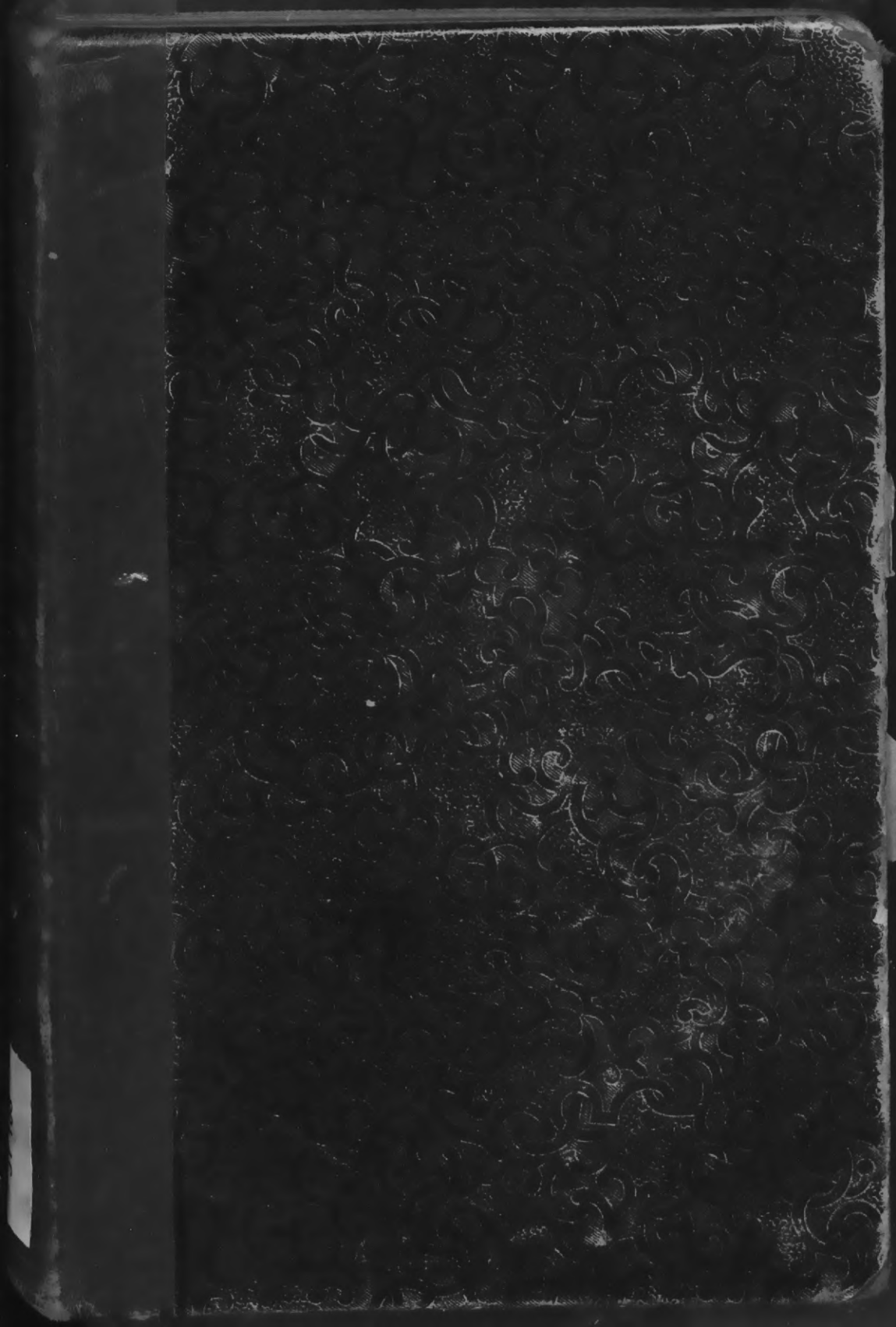
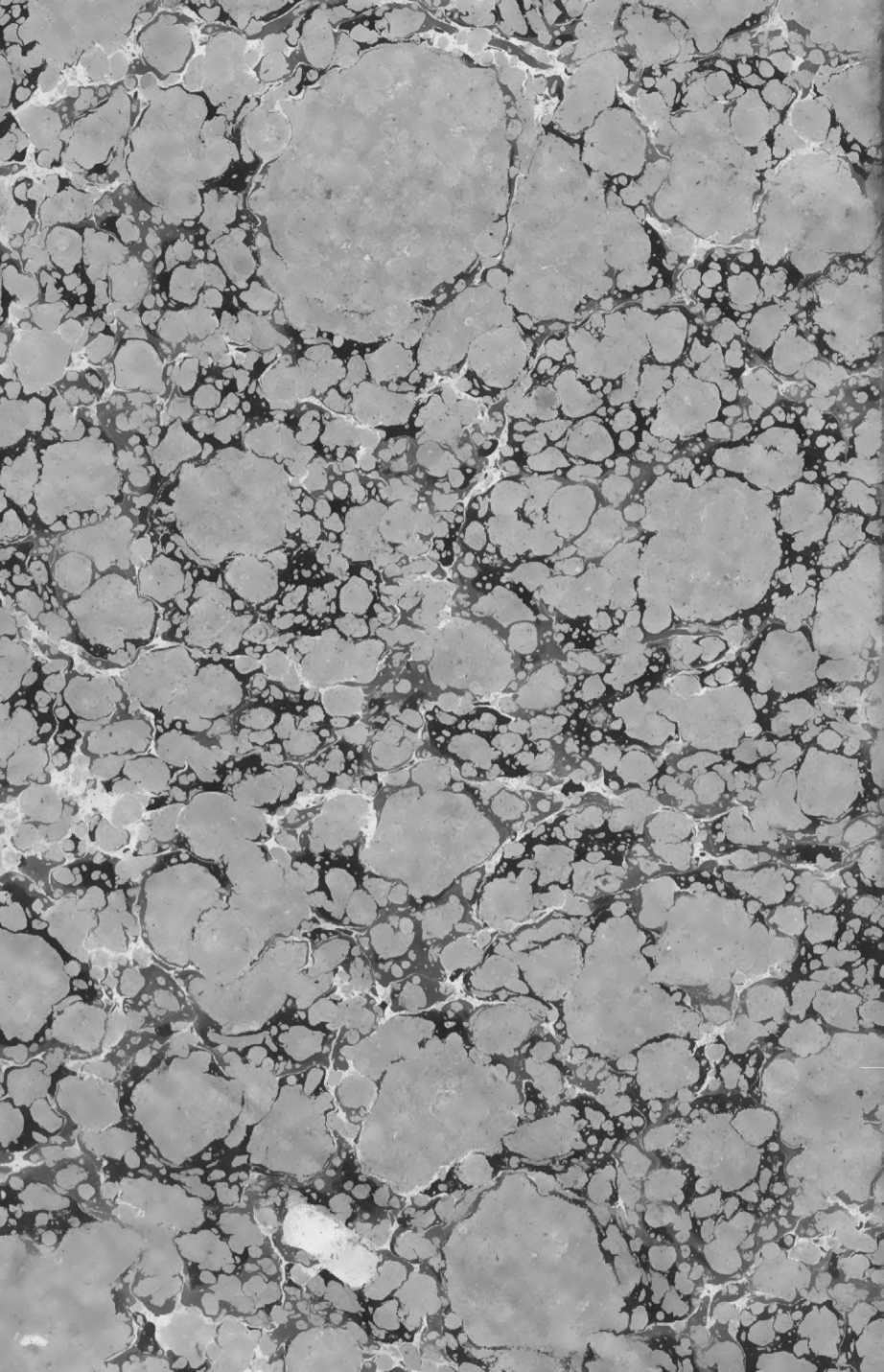
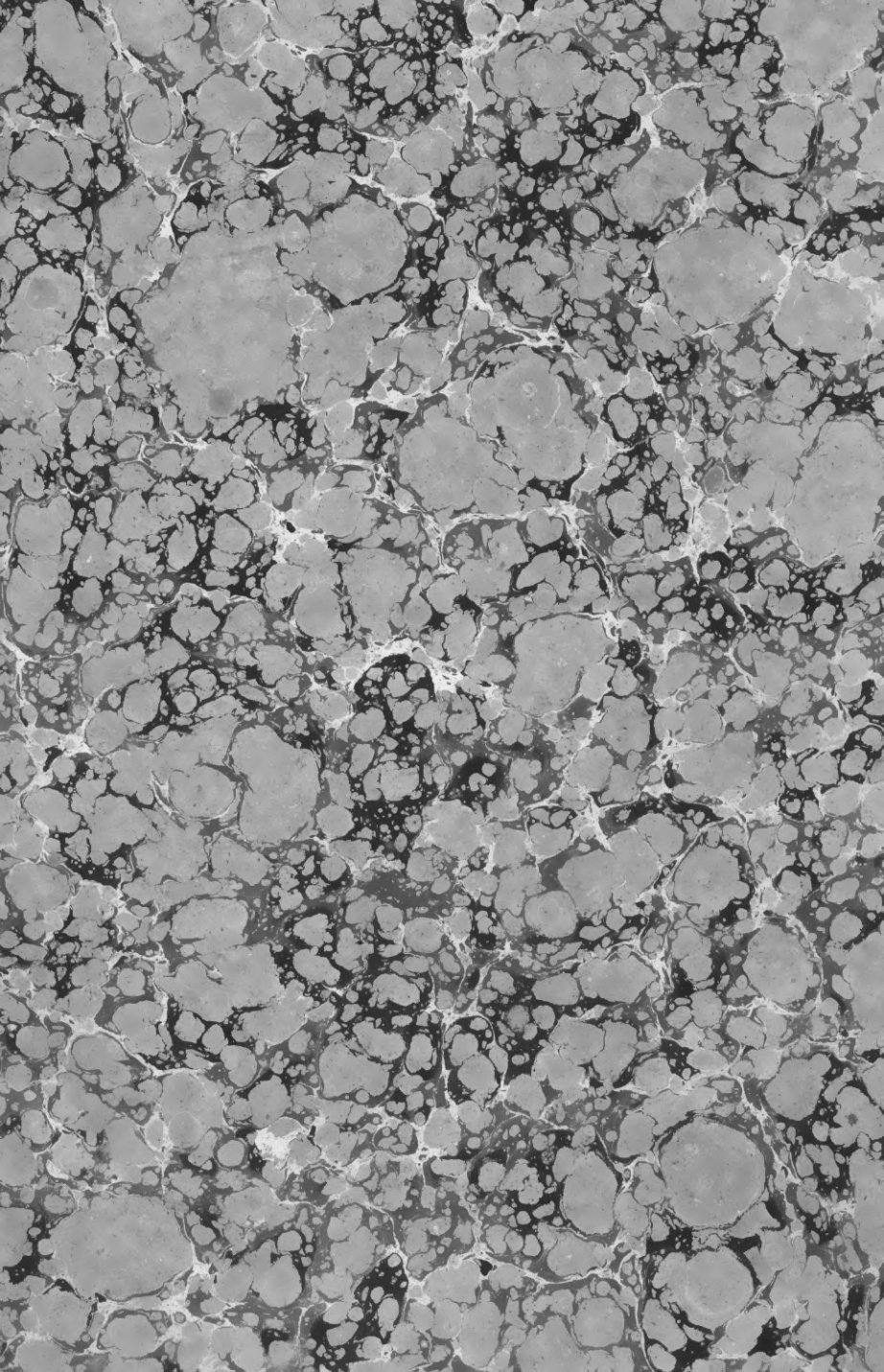










Alonso el Onceno.

M. Muñoz

ALONSO EL ONCENO,

ó

QUINCE AÑOS DESPUES.

CONTINUACION

DE FERNANDO IV DE CASTILLA.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

Don V. Africa Bolangero.



MADRID.

Establecimiento tipográfico á cargo de D. Miguel G. Gonzalez,
CALLE DE LA GRED A , NUM. 3 Y 5.

1850.

ATENCION AL CLIENTE

GRACIAS POR SU COMPRA

ENCUENTRE EN CADA UNO DE NUESTROS PUNTOS DE VENTA

DE FERTILIZANTES Y PRODUCTOS AGROPECUARIOS

Publicado por **JOAQUIN RUIZ DE MORALES.**

Los D. J. Ruiz de Morales

IMPRESA

El presente documento es propiedad de la D. J. Ruiz de Morales y no debe ser reproducido sin su consentimiento

Se permite la reproducción en su totalidad

1973



R. 149973

A mis queridos hermanos, Don Juan de Matala
y Don José Bolanqero, comandantes de infanteria, en
prueba de acendrado cariño.

SU HERMANO

V. A. B.

Et una parva de manu d. Thome
in scriptura de antiquitate de
pugna de antiquitate de manu

CHARTER 11

12. 1. 48



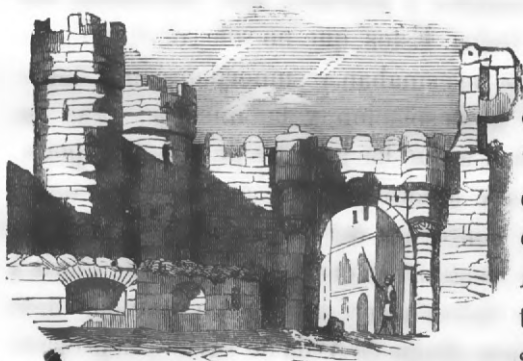
FABRIETA

V. H. Bolangers





PRÓLOGO.



or los años de 1512 á 1525, en que fué declarado mayor de edad Alonso XI de Castilla y Leon, presentaban los pue-

blos de estos reinos el aspecto mas triste y lamentable.

Con la muerte de Fernando IV que aunque débil, era rey, y los reyes son respetados y queridos en España por instinto y por tradicion, con la muerte del hijo de Sancho el *Bravo*, decimos, comenzaron los disturbios, las guerras intestinas, y la infeliz Castilla fué víctima de los abusos y arbitrariedades que toda minoridad trae consigo.

Porque muerto Fernando IV entró á sucederle en la corona, su hijo Alonso XI, niño de solo diez meses.

Los pueblos que el niño rey heredára de su padre, se hallaron durante la regencia terriblemente vejados. Era tal el estado á que los habian reducido los hombres apoderados del mando, que viendo sus habitantes, que á mas de arruinarlos completisimamente, á fuerza de pechos y contribuciones, carecian de las cosas mas necesarias y precisas para la vida, corrieron á buscar en tierras estrañas la tranquilidad y recursos que su patria no les ofrecia. Los campos, yermos enteramente, estaban á merced de los moros, que como no encontraban resistencia hacian frecuentes salidas y de todo se apoderaban. Pero una de las mayores plagas que por entonces sufrió la patria de San Fernando, fué sin disputa la multitud de bandidos y ladrones que infestaban sus caminos y encrucijadas. Estos, que no solo robaban cuanto podian, sino que asesinaban y sumerjian á mil familias en el llanto, la desolacion y la miseria, eran los que mas contribuian á que los grandes de aquella época, de suyo revoltosos y alborotadores, conspirasen contra su misma patria y contra los derechos legítimos y santos del tierno infante, destinado á dar despues dias de gloria á los pueblos que le vieron nacer, y que supo regir con tanto acierto. Si el anciano obispo de Avila no tuviera la precaucion de apoderarse del rey y de encerrarse con él en la capital de su diócesis, indudablemente hubiese perecido el nieto de Doña Maria Alfonsa de Molina, á manos de sus rebeldes vasallos, de sus tutores y de sus parientes. Estos, que eran Don Juan el Tuerto, hijo del infante del mismo nombre, el infante Don Felipe, hermano de Fernando IV, y el caduco Don Juan Manuel, llenos de

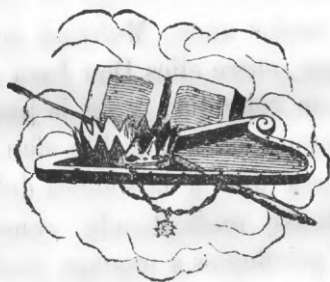
ambicion , sanguinarios , revoltosos y perversos por instinto , cometieron las mayores tropelias y maldades , y redujeron á los reinos que gobernaban , por su voluntad y audacia , á la situacion triste y deplorable que hemos indicado , sin tener en cuenta que llegaria un dia en que pagarian sus infinitas maldades.

Con efecto , este suspirado dia amaneci6 felizmente para Castilla. El rey , aunque demasiado j6ven cuando se encarg6 del mando de sus reinos , comprendi6 perfectamente el estado aflictivo de estos , y no solo comenz6 á hacerles ver lo que puede un rey animado del deseo de labrar la felicidad de los pueblos que el mismo Dios les ha encomendado , sino que los veng6 , si bien con escesiva dureza tal vez , de la odiosa tirania en que habian vivido por espacio de tantos a6os. Multitud de grandes y orgullosos magnates , entre ellos Don Juan el Tuerto , fueron victimas de su rebeldia , y de la justa venganza de Alonso XI. Persigui6 con incansable afan , á las compa6ias de bandoleros que á la sombra del des6rden y la impunidad habíanse multiplicado considerablemente. Concedi6 varios privilegios á muchas ciudades y villas , y despues hizo ver á los moros , que aunque ni6o era cristiano y por consiguiente su mas mortal é irreconciliable enemigo.

Castilla vi6 en el hijo de Fernando IV , á un rey justo , magnánimo y guerrero. Las damas á un cumplido y apuesto caballero , amigo de fiestas y torneos , donde estas tuvieron lugar de lucir sus gracias y bellezas. Los hombres todos al hombre pensador , de gran capacidad y rijido sin ser parcial. Y á pesar de tener en su reinado dos 6 tres lunares , que eclipsan en algun tanto la fama de que goz6 , el mundo entero admira en 6l al h6roe de la fa-

X

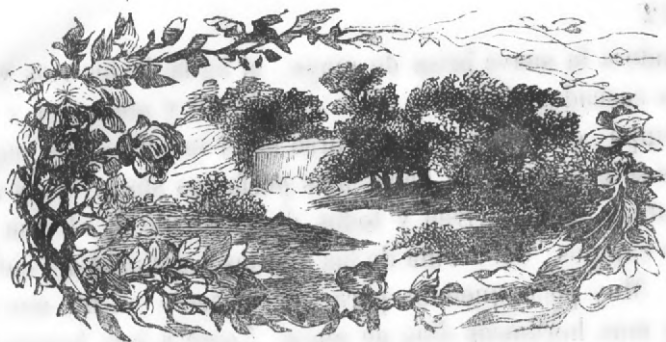
mosa batalla del Salado , de esa batalla que causó la admiracion del orbe todo, y que el Papa Benedicto XII en el sermon que predicó en accion de gracias , la comparó á las de David con los Filisteos: poniendo tambien en justo paralelo el presente que le hizo Alonso XI de los despojos de la batalla , con el que Antioco envió al gran sacerdote Simon en reconocimiento del Sumo Sacerdocio.





ALONSO EL ONCENO.





CAPITULO I.

De como se dá principio á esta segunda parte , contando con el favor de Dios y con la indulgencia de los lectores.



A primavera del año de 1526 , íbase precipitando en los ardientes brazos del estío. Los campos presentaban, á pesar del abandono en que yacian , el aspecto mas grato y magnifico.

El cielo era azul , diáfano y trasparente , como una inmensa bóveda de cristal. Los árboles estaban cuajados de hojas , y las flores campestres en toda la fuerza y vigor de su color y de su perfume. Con la primavera renace la vida. Las flores se apresuran á abrir su cáliz perfu-

mado á la suave brisa de mayo , el agua de los rios y de las cascadas deja ese ruido monótono y aterrador á un tiempo , con que sigue su curso en el invierno; los pájaros se esfuerzan en hacer mas perfectos sus trinos y armonias. Todos viven y todos disfrutan de la alegría de los campos , del aroma de las plantas y del azul del cielo.

Muy poco quedaba para que tocase á su fin uno de los mas hermosos dias de mayo. Como á tres leguas de la ciudad de Burgos , en un lugar en extremo sombrío y pantanoso , que habia á la espalda de un inmenso monte de la cordillera llamada sierras de Oca , se elevaba un edificio de piedra negruzca , cuyas torres y almenas en algun tiempo pugnaron por llegar á las nubes. Este inmenso edificio de arquitectura grave é imponente, era el monasterio de San Benito de Palermo , que la piedad de Alfonso III el Magno habia mandado erigir por los años de 886 en gracia de cierto milagro que hizo el santo rey, y que la historia se obstina en tener oculto. Este monasterio que en sus primeros tiempos tuvo una comunidad numerosísima y pingües rentas con que se mantenian los reverendos padres, presentaba en el dia el aspecto mas triste y lamentable. El edificio enteramente arruinado, solo conservaba las cuatro paredes de la fachada , y advertiremos de paso que era de forma cuadrada , y algun que otro subterráneo no mal parado , en que se conoce habitaron las mulas y bestias de labor que los hijos de San Benito tenian. Sus mutiladas torres y campanarios se hallaban cuajados de habitantes aéreos; pero de esos pájaros que viven en las soledades y en los montes y que suelen ser tenidos por aves de mal agüero. Multitud de animaluchos de todas clases vivieron largo tiempo en este edificio, hasta que una de las muchas compañías de bando-

leros que hubo en todos los caminos de Castilla y Leon, durante la minoridad de su rey, Alonso el Onceno, vino á desalojarlos de su antigua guarida. Y con efecto, el real monasterio de San Benito, en la época en que dá principio nuestra historia, servia de cuartel á una de las mas famosas compañías de bandidos que hubo en Castilla por el tiempo de que hablamos.

Los individuos que la componian, y cuyo número ascendia á cincuenta próximamente, era gente desertada de los reinos de Aragon, Navarra y Portugal, que se vieron en la precision de abandonar su patria por salvar el pellejo, terriblemente comprometido á consecuencia de sus fechorias. Estos miserables, en cuyos pechos germinaban los sentimientos y los instintos mas perversos y sanguinarios, tenian sin embargo un gefe que los mandaba, un gefe que ellos elegian, y á quien respetaban como á un Dios. Hugo de Troumblay, de nacion francés, fué el primer capitan de esta compañía, denominada la *formidable*. Pero muerto Hugo, tuvieron que elegir un nuevo gefe, y para el efecto se reunieron en cónclave los bandidos de la *formidable*. Habia entre ellos un hidalgo de Aragon, llamado Nuño Fajardo, que aunque tenia buen corazon, segun decian sus compañeros, era un tanto aficionado al robo y al pillage. Este hombre que ya frisaba en los cincuenta años, era en extremo alto de cuerpo, de cabellos casi blancos, de ojos pequeños pero picarescos, y de espeso y largo vigote entrecano. Sus maneras francas y sueltas y la prudencia y valor que habia desplegado en las circunstancias mas críticas por que habia pasado la compañía, le granjearon no solo la simpatia de sus compañeros, sino hasta el aprecio de Hugo de Troumblay: aprecio que no tardó en probárselo con conferirle el empleo

de teniente de la *formidable*, ó lo que es lo mismo hacerle su segundo. A la muerte de Hugo, justo y natural era que su teniente ascendiera al empleo que este dejara vacante; pero la eleccion de sus soldados recayó en un jóven que habia dejado el capitan, si hijo ó ahijado, no se sabe hasta ahora. El teniente de Hugo de Trounblay no solo respetó el derecho que sus compañeros tenian, y la eleccion que habian hecho, sino que fué el primero en desenvainar su veterana espada y ofrecérsela á su nuevo capitan en prueba de respeto y sumision. El jóven capitan de la *formidable*, tendria escasamente diez y nueve años. Y aunque nacido, segun la opinion de muchos, y criado entre bandoleros, sus sentimientos y sus acciones eran las mas generosas y caballerescas. Sus compañeros le llamaban el generoso, por su desprendimiento y desinterés.

Como dijimos al principio de este capítulo, uno de los dias mas hermosos de mayo, tocaba á su fin. En las ruinas del monasterio de San Benito se hallaban reunidos todos los bandidos de la *formidable*. Un asunto en extremo grave é importantísimo los tenia á todos congregados en uno de los subterráneos, llamado por ellos el salon de las conferencias. Nuño Fajardo que seguia de segundo gefe, ocupaba la presidencia, porque el jóven capitan que debia ocupar aquel puesto se hallaba en Burgos, capital de la tierra donde ellos cometian sus robos y fechorías, al cuidado de un asunto de gran importancia. Todos sentados alrededor de una enorme mesa de madera blanca, cubierta de cacharos y basijas, blancas tambien, llenas de vino unas y otras desocupadas, guardaban el mayor silencio y escuchaban lo que les decia el teniente del generoso. Nuño Fajardo que al pedir la palabra y

antes de comenzar á hablar se habia echado al colete un magnífico trago del tinto de toro, dijo á sus compañeros, estirando antes las piernas y las cejas, atusándose el bigote y tosiendo dos ó tres veces, como el orador que teme hablar por temor de equivocarse, ó porque sus palabras no tengan la fuerza necesaria, para convencer ó satisfacer al auditorio á quien se dirigen:

—Compañeros, yo creo.....

Y aquí volvió á toser de nuevo y á verse tan comprometido como antes de empezar. Pero como ya lo habia hecho, no tenia mas remedio que seguir. Y para el efecto, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y continuó de esta suerte:

—Compañeros, hoy, ahora mismo, al instante, si quereis, puede hacerse la compañía con un magnífico tesoro.

Los ojos de los bandidos brillaron de una manera espantosa.

—Un tesoro! dijeron todos con voz atronadora.

—Sí, un tesoro, que.....—Cuerno y sangre, ya lo creo!... bien vale la chica un tesoro. Si la viérais, si la conociérais.... vaya, si vale un tesoro; vale tanto como la catedral de Toledo y de Sevilla, y aun estoy por decir que tanto como Castilla y Aragon.

—Mira, Nuño, dijo uno de los bandidos de semblante horrible y de torva mirada: si vuelves á engañarnos otra vez.....

Y miró á sus compañeros para ver el efecto que hacian sus palabras.

—Si vuelves á engañarnos otra vez, continuó, te cortaremos las orejas. A los soldados del generoso no se les engaña con decirles que encontrarán un tesoro, y este

tesoro se convierte de una mano á otra en una muger... Tén cuidado con lo que hablas , porque.....

—Sí, sí, eso es..... dijeron todos dando gritos formidables.

—Cuerno y sangre! Silencio! repuso Nuño montando en cólera y dando una fuerte puñada en la mesa.—Por satanás , que no he visto gente mas estúpida que vosotros , ni bribon mas grande que tú , Mal-alma : dijo al bandido que le habia interrumpido.—Dime , pedazo de alcornoque , bribon de los infiernos , si cojes á la chica y luego.....

—Y luego qué..... dijeron á una todos , y el primero Mal-alma.

—Y luego que el demonio os lleve á todos por imbéciles y canallas.—Y si vuelves otra vez á levantarme el grito con tanto descaro , te mando dar cincuenta palos que hagan en tu endemoniado y horrible cuerpo otros tantos verdugones.—Con qué tú querias , bestia y mas que bestia , alborotarme el cotarro , que esta noche misma ha de hacer la mejor presa que ha hecho desde que es lo que es?—Y dime , borracho y bribon , ¿qué cuenta hubieras dado al generoso si por tu causa no se hubiese hecho , lo que estoy seguro se hará ahora , no es verdad , compañeros? ¿No es cierto que puedo contar con vosotros y que no hareis caso nunca de ese bellaco?

—Sí, sí, cierto ; pero dinos qué muger es esa y en dónde tiene el tesoro de que nos has hablado.

—Cáspita , asi os quiero , compañeros!—Vés miserable Mal-alma , que poco caso hacen de tí?..... Escuchadme , señores :—Uno de los espías que tenemos en las ciudades y villas de estas tierras me ha noticiado que esta noche pasará por aqui en una litera , y con varios criados

y gente de armas, el rico y noble Don Jimeno de Luna y Osorio, que con su hija la bella Doña Elvira, van al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos para dejar allí á esta jóven, mientras él hace un viaje que tiene que hacer por tierra de Francia y Alemania.

—Y traen dinero? preguntaron todos con avidez.

—No sé; pero siempre traerán algo porque gente tan principal no camina sin él.—Pero mi principal objeto está en Doña Elvira; si la llegamos á tener en nuestro poder.....

Los bandidos se encogieron de hombros, como no comprendiendo las intenciones de su jefe, y apuraron de un solo trago todo el vino que contenian las vasijas. Mal-alma, al oir las palabras de Nuño, se sonrió con desden.

Este, conociendo que no le habian entendido sus compañeros, se apresuró á decir:

—Ahora prestad una poca de atencion á lo que voy á deciros, y no solo llegareis á ver claro en esto, sino que os convencereis de que efectivamente tendremos un inmenso tesoro, con solo poseer á la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio.—Nuestros centinelas nos avisarán de cuando se acercan los viajeros á la encrucijada que hay cerca de estas ruinas en el camino real. Entonces salimos de aqui; trabamos una pequeña escaramuza con la tropa de Don Jimeno, y despues de vencida y muerta esta, nos apoderamos bonitamente del padre y de la hija.—Una vez en nuestro poder estos, le damos suelta al padre, pero con ciertas precauciones á fin de que no nos descubra, y despues le pedimos una considerable cantidad de dinero por el rescate de su hija.—Comprendeis ahora?

—Por satanás y toda su corte, dijo Mal-alma, que

es magnífico tu plan y que está bien combinado, en verdad! y yo, bruto de mí, que por mas que he estado revolviendo en mi cabeza una porcion de ideas, no se me habia podido ocurrir esa.—Nuño, me veo en la precision de confesar que eres el hombre de mas recursós de toda la compañía.

—Viva, viva! dijeron todos á la vez y tumultuosamente.

Los gritos y vivas de aquella horda desenfrenada, fueron interrumpidos por los de los centinelas y vigilantes, que decian con voz aguardentosa:

—Alerta, alerta!

—Es la señal! repuso Nuño Fajardo poniéndose de pies y echando un nuevo trago para cobrar brios.—A las armas, compañeros, á las armas, y que todo se haga con el mayor silencio.

—A las armas! gritó la muchedumbre; y que viva nuestro teniente!

Y aquella caterva de ladrones y asesinos salió precipitadamente del salon de las conferencias.

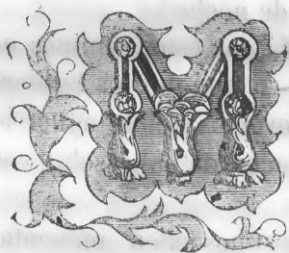
Media hora despues se hallaban escondidos con el mayor sigilo en las ramas y malezas de la encrucijada que Nuño les habia indicado.





CAPITULO II.

De como los temores de Doña Elvira de Luna, no eran infundados.



MIENTRAS tenia lugar la escena que hemos descrito en el capítulo anterior, caminaba con paso algo mas que mediano, la litera que conducia á Doña Elvira de Luna y Osorio, que co-

mo sabemos por boca de Nuño, iba en direccion del real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

La noche habia estendido completísimamente por el horizonte su negro y tupido velo. El mas profundo silencio reinaba en los campos. El aire crepuscular, que aun

duraba, soplaba de una manera agradable. La litera de Doña Elvira, conducida por dos magníficas mulas manchegas, entonces muy apreciadas, llevaba perfectamente cubiertas sus ventanas con sendas cortinas de seda carmesí. Dos soldados armados hasta los ojos, marchaban con acompasado son delante, como descubriendo el camino, sin hablarse una sola palabra. Cerca de la litera y sobre el lado derecho, cabalgaba en un brioso alazan de la raza cordobesa, un caballero también cubierto de pies á cabeza con una armadura de rico y bruñido acero. Como unos veinte ginetes, que caminaban también silenciosos, cerraban la retaguardia de aquella comitiva.

El caballero que iba inmediato á la litera acercó la cabeza á la portezuela y dijo con tono cariñoso:

—Duermes, hija mía?

—No, padre mío, no puedo: contestó una voz angelical, y al mismo tiempo se descorrió una de las cortinas.

—No puedes, y por qué, hija mía? repuso el caballero con dulzura.

—Ah, señor! si viérais el miedo que tengo..... son estos sitios tan malos para pasarlos de noche!....

—Desecha ese temor, Elvira. Ya por estos caminos no hay tantos bandidos como antes.—Y aunque los hubiera qué nos importa á nosotros? no llevamos veinte aguerridos soldados de nuestra casa, capaces de habérselas con un ejército entero?

—Es verdad, padre mío; pero y si nos salen cincuenta, de qué servirán nuestros soldados, cuando los enemigos son dobles en número?—Ah, señor, si tuviéramos la desgracia de que nos salieran esos foragidos, pertenecientes á la *formidable*, á esa compañía que hace mas de diez años es el terror y el espanto de todas estas

comarcas, si Dios no ha dado oídos á las súplicas y plegarias que desde el fondo de este asiento le dirijo sin cesar, no hagais resistencia alguna, dadle todo lo que os pidan, y cuanto dinero llevamos, porque si irritais á esos hombres feroces y sanguinarios, como fieras, oh! qué será de nosotros? qué será de vos, padre mio?

—Pero, hija mia, tú abultas el peligro, dado caso de que lo haya: tu espíritu de mujer débil y pusilánime de suyo, te hace ver un peligro que ciertamente no existe, y que aunque existiera sabríamos vencer, con el favor de Dios y con la ayuda de nuestros leales y valerosos soldados.

—Vuestras palabras, padre mio, me animan en algun tanto... pero no logran tranquilizarme completamente.—Si viérais, señor que presentimientos tan funestos se apoderaron de mi corazon cuando entró la noche y me vi en este silencio y en estas soledades !.....

—Pero bien, qué cuidado te puede causar este silencio y estas soledades, como has dicho, viniendo acompañada por tu padre y por la gente de guerra que traemos? —Elvira, hija mia, por Dios, no te avergüenzas de ser mas cobarde que un niño? repuso Don Jimeno con aire bromista.

—Padre mio, contestó la jóven fija en su idea, siento infinito que no me hayais comprendido.—Lo que experimento no es miedo, no es cobardia.....

—Por Baco, que si no es lo que has dicho, exclamó Don Jimeno soltando una estrepitosa carcajada; no sé lo que pueda ser entonces.—Si no es miedo ni cobardia pobre hija mia, qué será pues?

—Presentimientos, padre mio, presentimientos confirmados con mi temblor interior, presentimientos que

confirma tambien mi corazon con sus fuertes y frecuentes latidos.

Don Jimeno de Luna y Osorio no contestó esta vez.

En el momento de acabar Doña Elvira de proferir las anteriores palabras, llegaban los viajeros á la encrucijada donde estaban escondidos los bandidos de la *formidable*. Las malezas y retamas, que bastante crecidas, habia á un lado y otro de los caminos, se movieron casi imperceptiblemente. Este ruido que no fué percibido ni aun por los soldados delanteros, lo oyó Doña Elvira y dijo á su padre con voz débil y balbuciente á un tiempo:

—No ois ruido, padre mio?...

—Yo creo que sueñas, Elvira..... ese ruido que has oido lo produce el aire.

—No, padre mio, no es el aire!..... y si no mirad!

Y al querer indicar Elvira á su padre lo que se veia delante de ellos, cayó sin conocimiento sobre los blandos cogines de la litera.

Don Jimeno alzó la vista, y vió que los soldados que caminaban delante de la litera, se detuvieron y vacilaron un instante.

—Adelante, Mendo, Alvar, adelante, voto á sanes! exclamó Don Jimeno furioso y sacando precipitadamente su espada.

En vez de obedecer los soldados á su amo, dieron un paso atrás y cayeron por último de sus caballos.

—A mí, soldados, á mí! dijo el de Luna llamando á su escolta.

—Es inútil, contestó Nuño Fajardo, que se puso de un salto frente de Don Jimeno.

—Miserable!

—Detente, sino quieres acompañar á los dos soldados

que acaban de espirar en la peregrinacion que han emprendido.

—Toma, asesino! repuso Don Jimeno descargando con su espada un terrible golpe sobre el teniente del generoso.

Pero este con la mayor ligereza se libró maravillosamente del peligro.

—Si volveis, Don Jimeno, dijo Nuño con la mayor tranquilidad, á tener la osadia de levantar vuestra espada para darme á mí ó á alguno de mis soldados, lo vais á pasar con toda vuestra gente bastante mal.—Nuestra intencion no era haceros daño, pero si os empeñais..

Y acordándose Don Jimeno de los consejos de su hija, dijo á Nuño Fajardo con la mayor cortesia:

—Perdonad, creí que vuestras intenciones eran las de trabar lucha conmigo y con mis soldados, pero puesto que habeis sido franco, lo voy á ser yo tambien.—Qué quereis, señores? ¿el dinero que traigo? Poco es en verdad, pero será vuestro. ¿Quereis los caballos de la escolta? Vuestros son tambien.—Y por cierto, que os llevais veinte caballos que en nada desmerecerán á los vuestros.

—Nada de eso queremos.... ó mejor dicho lo queremos y aun serán nuestros, pero lo que queremos y lo que buscamos es otra cosa: dijo Nuño volviendo la cabeza hacia el sitio donde estaban sus compañeros.

—Eso es, eso es, dijeron estos con alegria.

—Y qué quereis entonces de mí, señores? repuso Don Jimeno, lleno de temor á la vista del aspecto que tomaba la cuestion.

—Qué quereis de mí? volvió á decir.—si no quereis ni el dinero ni los caballos que traemos, no sé entonces que

cosa pueda daros que os contente y satisfaga.—Señores, sino os contentais con lo que os he ofrecido, os prometo, os doy mi palabra de caballero, de mandaros, ó de poner en el sitio que designeis, cien escudos de oro y otros tantos maravedises de plata.—Os contentais?

—No : contestó Nuño despues de reflexionar un momento.

—Por San Bruno, San Benito y toda la córte celestial, que no sé, entonces lo que quereis!—Hay cosa que valga mas que el dinero, señores?

—Si.

—La tengo yo?

—Sí, volvió á decir el teniente del generoso.

—Hablad , y si....

—Pues bien , Don Jimeno , buscamos y necesitamos á Doña Elvira.

—A mi hija!

—A vuestra hija.

—Infames! asesinos! villanos! á mí , soldados , á mí! y que no quede uno de estos bandidos!

Y esto diciendo , se precipitó , seguido de sus soldados , sobre la muralla de hombres que habia detrás de Nuño Fajardo.

Un momento despues no se oia mas que el relincho de los caballos, los quejidos de los heridos y el ruido que producian las espadas y mazas al caer sobre las armaduras.

El bandido llamado Mal-alma , era el único que no peleaba. Al empezar el combate, se habia separado de las filas y dirijidóse á la litera donde yacia desmayada la tierna hija de Don Jimeno de Luna y Osorio. Dos soldados la guardaban por órden de su padre. Pero el astuto bandido

se deslizó silenciosamente por el suelo, á manera de serpiente, y cogiendo á los dos soldados descuidados, los mandó al otro mundo, sin que los infelices tuvieran lugar de dar siquiera un grito. Entonces abrió una de las portezuelas de la litera, y puso sus horribles manos sobre el delicado cuerpo de la infeliz Elvira. Los ojos del bandido, brillaron de una manera espantosa al ver la singular hermosura de la hija de Don Jimeno. Se sonrió al principio con alegría, y despues tuvo la audacia de acercar sus impúdicos labios á los finísimos de la jóven. Esta se estremeció al contacto, y lanzó con el mayor trabajo un suspiro que espiró en sus labios. Mal-alma la cojió cuidadosamente, y desapareció con ella, para dirigirse á las ruinas del monasterio de San Benito.

El combate se decidió al cabo por los bandidos. Dos ó tres soldados de los que constituian la escolta de Don Jimeno, que milagrosamente se libraron de la crueldad de los bandidos, huyeron despavoridos por aquellos campos. El mismo Don Jimeno cayó herido de su caballo, exclamando con triste acento:

—Elvira, hija mia! qué será de tí, sola, desamparada en medio de estos hombres, abortos del infierno! oh! perdóname, porque yo solo soy el culpable!... sí, yo solo... que te he traído, que te he espuesto á lo que ha sucedido y tú tanto temias!... pobre hija mia, perdóname; oh, mi hija, mi hija....

—Anciano, dijo Nuño Fajardo acercándose á Don Jimeno, tu hija estará bajo mi protección; nada temas, porque el que osase ofenderla, dejaria de existir en aquel mismo momento. Tranquilízate, Doña Elvira será respetada y acatada por mi gente. Te lo juro.

—Mónstruo, apártate, apártate de mi vista y no au-

mentes mi dolor con tus falsas y engañosas palabras! oh! si yo pudiera levantarme.... si yo pudiera manejar mi espada! oh! apártate, porque la rabia me ahoga!.... huye, asesino, quítate de mi vista, y no vengas á acelerar la muerte de un anciano, herido en lo que mas aprecia!..... oh! márchate..... perdon, Elvira, hija mia; perdon..... yo muero, yo....

Y el infeliz Don Jimeno cayó sin conocimiento, sobre sus mismas armas y sobre su mismo caballo, muerto en la refriega.

Nuño Fajardo, llamó entonces á un bandido y le dijo, mostrándole al padre de Elvira :

—Mira, Inigo, recoge á ese anciano y condúcelo á las ruinas : tal vez se salve, porque la herida no ofrece gran cuidado.

Despues se dirijió con todos los bandidos á la litera de Doña Elvira.

—Compañeros, exclamó, orden y que nadie falte en lo mas mínimo á esta desgraciada jóven. Nuestro capitan miraria con desagrado cualquier falta ó cualquier desacato. Esta jóven tiene que volver á las manos de su padre tan pura como ha salido de ellas.—Nosotros no robamos ni queremos para nada el honor de una virgen.—Nuestro objeto es adquirir dinero, porque estamos faltos de él. Matamos cuando encontramos resistencia, pero no somos aficionados á la carniceria ni á la sangre.—No es cierto?

—Sí, sí, cierto; pero déjanos ver á nuestra prisionera.

—No puedo ni debo negarme á vuestra peticion, compañeros; miradla, decid despues con franqueza si habeis visto nunca hermosura mas singular y perfecta, que la de Doña Elvira.

Los bandidos se acercaron todos á la litera.

—Engaño, engaño! esclamaron indignados.

--Engaño! que decís, compañeros? repuso Nuño acercándose á la litera.

—Doña Elvira ha desaparecido: dijeron todos á la vez.

—Ha desaparecido!... pero cómo!...

—Sí, sí, dijeron los bandidos amotinándose.

—Compañeros, quién de vosotros se ha adelantado á sacarla de aquí, para embromarnos despues?—Hablad, que aunque la chanza es algo pesada, no deja de tener mérito.

Y Nuño Fajardo se sonrió de corage.

—Te juramos.....

—Cuerno y sangre, ya comprendo lo que ha sido! exclamó el teniente dando fuertes patadas en el suelo.—Por Baco y Santa Polonia, que no hay en el mundo un tunante mas grande que Mal-alma, compañeros!—Sabeis lo que ha hecho?—Pues bien, mientras nosotros peleábamos contra Don Jimero y sus soldados, él se vino á la litera y robó á Doña Elvira, para tener el derecho de propiedad sobre ella, segun las reglas de nuestra compañía; y la prueba está en esto solo.

Y mostró á sus compañeros los dos cadáveres que habia cerca de la litera.

—Compañeros, ya lo veis: ese villano Mal-alma no las ha jugado de puño.—Él solo tiene derecho y poder sobre Doña Elvira. Y aunque nos dè su familia todo el dinero que pidamos por su rescate, la mayor parte será para ese bribon que es el dueño absoluto de la chica. Nosotros no debimos abandonar ni un solo momento la litera.—Pero ya no hay remedio.—Marchemos hácia las ruinas y recojed antes lo que querais.

Los bandidos despojaron á los muertos de todo cuanto llevaban, y se dirigieron despues al Monasterio de San Benito de Palermo.





CAPITULO III.

En el que se vé la venta que se hizo con Doña Elvira, y otra porcion de sucesos á cual mas tristes.



ABIAN trascurrido mas de cuatro horas despues de los sucesos que dejamos referidos mas arriba , cuando los bandidos de la *formidable* se hallaban reunidos en uno de los subterráneos de las ruinas de San Benito. Los que no dormian tendidos en el suelo y sobre haces de paja , veian jugar con grande interés á cuatro bandidos, entre ellos Mal-alma, que sentados alrededor de una mesa de pino jugaban á los da-

dos. Todos guardaban el mas profundo silencio. En la estancia no se oia mas ruido que los ronquidos de los que dormian y los votos y juramentos de los que jugaban. Mal-alma llevaba el cubilete de los dados, y era el que mas ganaba. Su horrible cara, de color moreno, y de larga barba negra, estaba radiante de alegria.

Aquel dia habia sido en extremo afortunado. Porque no solo era afortunado en el juego, sino que era dueño libre absoluto de la mas singular belleza de Castilla. Doña Elvira de Luna y Osorio, pertenecia esclusivamente á Mal-alma porque este bandido la habia cogido, y en la *formidable* el que apresaba cualquier cosa era dueño de ella, si bien daba un tanto de su valor á la compañía en general, y otro á cada individuo en particular.

Mal-alma movió el cubilete dos ó tres veces y despues vació los dados sobre la mesa.

— Dos !

— Cinco !

— Nueve !

Dijeron los que con él jugaban.

— Nueve ! exclamó Mal-alma palideciendo : he perdido, voto á sanes ! Y lo que mas siento es que me hayas ganado tú, desorejado, dijo al bandido que le habia tocado el número nueve.

— Pues que, repuso este, querias siempre ganar, zorro ? Oh ! oh ! te juro que no vuelves á llevarnos ni un cornado. — Págame esta jugada, y empiece ahora la broma.

— Toma tus nueve cornados, y que empiece enhorabuena. — Crees tú que yo me asusto con tus bravatas ? — Por mi abuela y todas las brujas del infierno, que tú ó yo nos hemos de quedar esta noche sin una moneda tanto de plata como de cobre.

—Bien, bien, Mal-alma, así te quiero ver.

—Pero antes arreglemos.....

—Convenidos.—Yo pongo veinte cornados para el que saque el mayor número.

—Bien, y yo otros veinte, contestó Mal-alma.

—A la una.....

—A las dos.....

—A las tres.

Y los dados volvieron á desparramarse por la mesa.

—Ocho: dijo el bandido, llamado por mote el desorejado.

—Tres... contestó el dueño de Doña Elvira, haciendo rechinar los dientes.

—Tres! pues entonces he ganado! repuso el desorejado, recogiendo los cuarenta cornados.

—Ira de Dios, mi bolsa se vá quedando vacia, dijo Mal-alma, haciendo un esfuerzo por sonreirse.

—Y qué te importa eso? dijo uno de los bandidos:—aqui tienes la mia, que aunque contiene poco, siempre te dará para un par de puestas como la que acabas de hacer.

—Se agradece, compañero; pero todavia puedo dejar al desorejado sin una blanca.—Seguimos?

—Adelante.

—De cuánto esta vez?

—Doble, si quieres.

—Vaya doble.

Un armado se acercó con el mayor silencio al círculo formado por los curiosos.

Mal-alma desparramó otra vez los dados.

—Ocho! exclamó loco de alegría y echando mano al monton de monedas.

—Ocho... le dijo su contrario con la ma yorsangre fria:
—Pues entonces he ganado yo.

—Tú!

—Sí, mira, el nueve gana al ocho: y le mostró el dado por la parte en que tenia nueve pintas negras.

—Cuerpo de Cristo, rayo y Belcebú, que ya esto es por demas!—Has conseguido dejarme sin dinero, desorejado.

El armado encubierto se habia aproximado mas á la mesa.

—Con que si te encuentras arruinado no podrás continuar?

—Oh! y harto lo siento!... pero calla, una idea magnífica se me ha ocurrido.—Sigo... dame el cubilete, que...

—Tienes dinero?

—No.

—Pues entonces...

—Pero tengo una cosa que vale tanto como se quiera pedir por ella.

—Y esa cosa...

—Es una muger.

El desconocido aplicó el oido.

—Una muger! Já, já, una muger... y una muger vale acaso...

—Por Barrabás, que eres tan bruto como el mas bruto, desorejado.—No vale nada una muger por quien la compañía esta noche ha corrido grandes peligros, y por quien ha muerto alguno de los soldados del generoso? No has caido que te he hablado de la presa?.....

—De Doña Elvira? De esa jóven tan noble y pura que con su padre pasaron por aqui al anocheecer, y que se dirigian al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos?

—Si, eso es, de Döña Elvira de Luna y Osorio, te he hablado: repuso Mal-alma, contemplando á su compañero para ver si daba señales de que le agradaba su proposicion.

—Cielos! exclamó el desconocido, llevando la mano derecha á la empuñadura de su espada.

—Con que, qué contestas?

—Que acepto.

—Y en cuánto la pondremos?

—Oh! primero en cien cornados, y despues.....

—Vaya en los cien cornados: contestó el desorejado poniéndolos en medio de la mesa.

El armado apoyó la mano en esta.

Los jugadores cogieron los dados.

—Tres! dijo el desorejado mostrándolo.

—Uno, y que el diablo te confunda.—Rayo y sangre! pues si me ganas esta vez me quedo arruinado para toda mi vida, y sin muger que es lo que mas siento.

La mano que el desconocido apoyaba en la mesa, tembló de una manera convulsiva.

—Sigue el partido? preguntó el desorejado.

—Sigue.

—Y en cuánto pones esta vez á Döña Elvira?

—En nada; repuso el desconocido:—Esa jóven te la compro yo en cuanto oro quieras.

Mal-alma y todos sus compañeros miraron con asombro al encubierto.

—Sí, te la compro: volvió á decir el armado.

—Pero bien, y tú quien eres?

—Soy... pero nada te importa saberlo; cuanto quieres?

—Sobre los cien cornados que debo al desorejado, quiero cien monedas de oro.

—Tómalas.

Y el desconocido vació sobre la mesa una bolsa llena de monedas de oro y plata.

Todos los bandidos y el primero Mal-alma estaban llenos de sorpresa.

—Ahora , condúceme al lugar donde la tienes.

—No tengo inconveniente : sígueme.

Mal-alma abandonó el asiento que ocupaba y echó á andar seguido del encubierto.

Los dos atravesaron dos ó tres subterráneos enteramente desiertos y comenzaron á bajar una escalera de caracol , en estremo larga y estrecha , que terminaba en una doble puerta forrada de hierro.

El desconocido temblaba de pies á cabeza. Sus ojos brillaban estraordinariamente al través de los alambres de la bisera.

El bandido descorrió un enorme cerrojo y penetró en la estancia donde la desgraciada hija de Don Jimeno, ya vuelta de su desmayo, se paseaba, loca, frenética, tocando la piedra de las paredes y llamando á su padre á voz en grito. La infeliz se creyó al principio víctima de un sueño horroroso. Pero al contemplar aquellas paredes frias y desnudas, al ver aquel aposento sin muebles y alumbrado solo por una lámpara, cuya luz era triste y opaca en demasia, se convenció por su desgracia de que no era un sueño cuanto le pasaba. Sus megillas antes frescas y sonrosadas, se hallaban pálidas y surcadas por las lágrimas que de sus ojos azules y grandes se desprendían sin cesar.

Elvira era mas bien alta que baja : sus facciones de una perfeccion delicada se asemejaban á las de las mugeres de la antigua Grecia. Sus labios finísimos, de un vivo

carmin y en extremo delgados, dejaban ver la mas blanca y encantadora dentadura. El precioso color de oro de sus cabellos, y sus ojos grandes, rasgados, azules y ribeteados de largas y rizadas pestañas, contrastaban maravillosamente con la blancura de su cútis de nácar y con el agradable sonrosado de sus mejillas. El rostro de la hija de Don Jimeno, se parecia talmente á los de las imágenes que Rafael de Urbino hizo despues en sus célebres y nunca bien ponderadas pinturas. Su cuerpo, bello y esbelto, tenia esa gentileza y naturalidad encantadora de las mugeres del antiguo testamento. Elvira tendria escamente diez y siete años.

Mal-alma penetró en la estancia seguido del encubierto. Elvira estaba en aquel momento hincada de rodillas, implorando á Dios. Su postura era la mas patética é interesante.

—Elvira! exclamó el desconocido acercándose á la jóven: —Elvira! perdon..... oh! perdon!

Mal-alma estaba cada vez mas sorprendido.

—Elvira mia! volvió á decir el encubierto,

—Ah! eres tú Felipe? Pues cómo has llegado hasta aqui? Cómo te encuentras en este calabozo? Sabes con quién estamos? Estás preso tambien como yo? Oh! nos reune el cielo, Felipe, nos reune el cielo para salvar á mi padre!..... Qué habrá sido de él, Dios mio! Padre, padre... yo quiero verte, yo quiero saber donde estás..... Oh! Felipe, librame de estos hombres; salva á mi padre.... no es cierto que has venido á salvarnos á todos?..... Oh! si supieras que hombres tan horribles hay en esta mansion.... mira, son los *formidables*..... Oh! qué horror! qué hombres tan malvados! no digas que eres caballero porque te asesinarían; no digas que me amas, porque..... uno de ellos ha tenido la audacia.....

—Desgraciado el que se haya atrevido!..... Oh! habla, habla, Elvira!

—Uno de ellos, Felipe, ha tenido la audacia, á pesar de mis lágrimas y de mi resistencia, oh! qué horror! de acercar sus labios á los míos!....

—Desgraciado el que haya sido! quién es? como se llama? lo conocerías si lo vieses, Elvira?

Mal-alma que habia conocido la voz del encubierto, dió un paso para huir. Elvira que hasta entonces no lo habia visto, exclamó acercándose al caballero toda trémula y asustada:

—Oh! ese es el hombre, Felipe, ese es.... librame de él, quítalo de mi vista, porque ese hombre me causa un horror tan grande, es tan horrible, que....

Elvira no pudo concluir. Su amante descargó tan terrible golpe con la maza de hierro que llevaba, en la cabeza del infeliz Mal-alma, que este á su pesar rodó por el suelo, dando grandes y desaforados gritos.

Todos los bandidos de la *formidable*, y entre ellos Nuño Fajardo, acudieron al instante. El calabozo de Elvira fué inundado repentinamente por aquellos forajidos.

Mal-alma no cesaba de decir en voz baja y con acento desesperado:

—Venganza! oh! compañeros, matadlo.... matadlo! vengadme...

Los bandidos desenvainaron sus aceros, y veinte espadas se vieron vibrar sobre la cabeza del desconocido.

—Dios mío! Señor! socorrednos!.... exclamó la bella y jóven hija de Don Jimeno, cayendo desplomada sobre sus rodillas, y alzando al cielo las manos en señal de súplica.

—Cuerno y sangre, á él! dijo Nuño Fajardo animando

á sus soldados, mientras que Mal-alma se revolvía en el suelo con las ansias de la muerte.

—Al intruso, compañeros, al intruso! dijo el desorejado con voz de trueno.

Los bandidos se precipitaron como fieras sobre el armado. Pero este permaneció tranquilo. Una espada cayó con terrible furia sobre su casco. Entonces dijo esforzando la voz y dando un paso adelante:

—Atrás, voto á sanes! atrás, canalla insolente, que os lo mando yo!

—Y quién eres tú, cuerno y sangre! repuso el teniente sin dejar su juramento favorito.

—Miserables!

—A él, compañeros, á él, sin compasion! volvió á decir Nuño Fajardo, terriblemente irritado.

Los *formidables* se precipitaron de nuevo sobre el desconocido. Su casco de acero y oro, cayó al suelo dividido en dos pedazos.

Nuño Fajardo y sus compañeros exclamaron llenos de asombro:

—El generoso!

—Nuestro capitan!

Dijeron todos asombrados y dando un paso atrás.

—Felipe! dijo tambien Nuño Fajardo alargándole su diestra.—Por Cristo, que sino te descubres lo hubieras pasado mal con tu tropa, que cada dia es mas valiente.—Cuándo has llegado?

El generoso no contestó. Contemplaba á Elvira que al escuchar era el capitan de los bandidos, exclamó asustada y llena de horror.

—Cielos! bandido!.... gefe de esta turba horrible y cruel! Ah! señor, socorro! socorro!.... de quien me fiaré?

quien me amparará? Ah? bandido! asesino! oh! qué horror! y yo que le amaba!... á un bandido! á un asesino!.. Ah! padre mio, ven, tu hija se halla sola y

—Elvira! Elvira!...

—Oh! apártate, miserable! apártate, huye de mi vista; no te amo, no!... te odio, te aborrezco, mas bien....

—Elvira, escuchame, mira, soy inocente.... exclamó el generoso estendiendo sus brazos hácia la jóven:—Oh! perdóname, soy inocente, sí, mis padres....

—Apártate, no te amo, te odio, te desprecio....te desprecio, á pesar de que te amaba con tanto delirio!—Oh! Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada?—acaso, porque amaba con toda la pureza y verdad de mi corazon, á ese hombre, á ese asesino?... Ah, señor, si es por eso, perdonadme porque ya no le amo, no debo amarle, al menos!....

—No debes amarme, al menos, no es verdad! oh! Elvira, tu lengua no puede decir lo que tu corazon no siente!.... y eres tú, la que me amaba con tanto delirio! y eres tú la que decia que nada ni nadie podria nunca hacer que dejáras de amarme? —Elvira, no solo has olvidado tus juramentos, no solo has faltado á tus promesas, sino que en vez de compadecerte de mi desgracia, me desprecias, me insultas, y me hieres el alma sin piedad y sin conmiseracion!

—Miserable! exclamó Elvira casi fuera de sí:—Y quien sois vos para reconvenirme! no os conozco, no os amo, ya lo sabeis!... llevadme, si sois humano y teneis un resto de sentimiento, á donde se halla mi padre! oh! solo con él, serè feliz! Dios mio, yo muero! yo muero....

Y dió tan terrible golpe con su cuerpo sobre el pavi-

mento que resonó en toda la estancia de una manera espantosa.

—Elvira! bien mio! Elvira! Ha muerto, Dios mio? Oh! malditos seais, imbéciles! Malditos seais cien veces, que por vosotros he perdido el amor mas puro y santo, y por vosotros tambien, la he perdido á ella!—Elvira, Elvira, mira..... escúchame..... nada! todo en vano!

Los bandidos se agruparon en derredor de Doña Elvira y el generoso.

Este se incorporó al cabo y dijo á Nuño Fajardo, con la mayor tranquilidad.

—Dónde está el padre de esta infeliz?

—En mi habitacion.

—Pues bien, inmediatamente mandad conducid á esa jóven, donde se halla Don Jimeno.

—Hay un inconveniente, Felipe.

—Cuál es?

—Que su padre se halla herido y si la vé en ese estado.....

—Esto mas! exclamó golpeando la tierra con su pie derecho: Oh! el demonio me persigue!

—Tus órdenes se cumplirán tan luego como vuelva de su desmayo Doña Elvira,

—Bien: y en el momento que los dos se hallen en disposicion de caminar, darle libertad, lo ois?

—Perfectamente.

—Vos solo me sereis el responsable, sino se cumple todo lo que he mandado.

—Descuida, que todo se hará al pie de la letra.

—Escucha, Nuño: si alguno osase ofender al padre ó á la hija, será castigado con la última pena!... y ahora adios quedad, amigo mio...

—Te marchas!...., nos abandonas, Felipe? dijo Nuño enternecido?

—Sí.

—Oh! no hagas tal, hijo mio, mira.....

—No os canseis, porque todo es inútil.

—Pero pueden saber siquiera tus amigos donde te diriges?

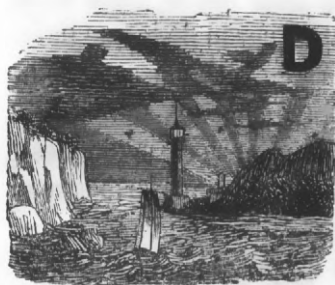
—A los infiernos! contestò el jóven, saliendo de la estancia precipitadamente y llevándose su diestra á los ojos, para contener dos lágrimas, que á pesar de los esfuerzos que hizo para detenerlas, rodaron lentamente por sus megillas.





CAPITULO IV.

De como Nuño Fajardo cumplió al pie de la letra las instrucciones del generoso.



Dos días despues de lo ocurrido, se hallaba completamente restablecido el padre de Elvira. Los dos estaban juntos en la mejor estancia de las ruinas. Mientras que Don Jimeno daba largos paseos por la habitacion, su hija se entretenia , recostada en una enorme columna de piedra , en deshojar un precioso ramo de lilas que Nuño Fajardo habia puesto en sus manos, tan luego como el día asomó por el horizonte.

Una espantosa palidez cubria el rostro de la bella Elvira. Sus ojos desencajados y rodeados de un círculo azulado , vagaban de una manera que no dejaba duda

del estado en que se encontraba aquella infeliz é interesante jóven. Los padecimientos de Elvira, era uno de esos padecimientos grandes, horribles, que jamás se curan y que lastiman, pero de una manera cruel, el corazon y el alma. La infeliz amaba con toda la ilusion y la pureza propias de un corazon de diez y siete años, á un jóven, bello en extremo, caballero y noble como el primero, á juzgar por sus distinguidos modales y por la riqueza de sus trages. Este amante querido, era un bandido, era el gefe de la mas cruel y perversa compañía de bandoleros que existió en Castilla por la época de que hablamos, y este descubrimiento lo hizo de la manera y en la situacion que ya conoce el lector. Tamaño golpe era demasiado grande para su pobre corazon, que hasta entonces no habia conocido la desgracia, que hasta entonces no habia hecho mas que amar, á Don Jimeno en sus años infantiles, y á su amante y á este despues. Elvira amaba á Felipe á pesar de lo ocurrido, porque el amor que le tenia no se estinguia tan facilmente; pero el recuerdo de lo que habia pasado, la llenaba de indignacion y de vergüenza. «¿Como amar á un bandido? se decia la infeliz en sus soliloquios: —¡Oh! imposible, imposible! es necesario ocultar este amor en lo mas recóndito del alma; es necesario apagar con el sufrimiento y la reflexion esta llama que arde en mi corazon, encendida é inflamada despues por un hombre indigno, un hombre á quien el mundo y el cielo rechaza! —Y sin embargo, le amo, Dios mio, y no tan solo le amo sino que hasta le compadezco, porque tal vez circunstancias particulares..... ¡Oh! un bandido nunca tiene disculpa!» Se decia despues como queriéndose reconvenir de haber aun á solas tratado de escusar al que su corazon amaba.

Elvira, como dijimos al principio de este capítulo, se entretenía, en medio de su distracción, en deshojar el precioso ramo de lilas que Nuño Fajardo le había dado. Su padre, al notarlo, le dijo con tono cariñoso:

—Qué haces, hija mía?—¿Estás deshojando la flor que te ha regalado ese hombre, que para bandido es demasiado generoso?

—Generoso! generoso, padre mio! ¿qué habeis dicho? oh! si supiérais, si..... pero teneis razon: —Vos me hablais de ese que llaman Nuño, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Oh! pues lo he hecho distraida! esta flor no tiene verdaderamente la culpa de nuestras desgracias.....

—Tienes razon, hija mía; pero en medio de nuestras desgracias, como dices, hemos sido afortunados.

—Afortunados! oh! callad!.....

—Escucháme, hija mía, y te convencerás de la verdad que acabo de decir:—Hemos sido cogidos por unos bandidos, es verdad; pero estos nos tratan, estoy por decir que con veneración: á tí no solo te han respetado, sino que te han devuelto á tu padre para que los dos vivamos juntos el poco tiempo que estemos aquí. Y he dicho poco tiempo, porque segun me ha dado á entender el gefe de esa gente.....

—El gefe! qué gefe, padre mio!

—Ese que viene aquí, el llamado Nuño.

—Ah! sí, teneis razon.

Dos golpes dados en la puerta de la estancia, interrumpieron la conversacion comenzada.

—Dais permiso? dijo una voz desde afuera.

—Adelante: contestó Don Jimeno.

Y Nuño Fajardo penetró á poco en la vivienda.

—Estais fuerte como para viajar , Don Jimeno ? dijo Nuño.

—Cuerpo de Cristo , ya lo creo !

—Pues entonces estais libre , como igualmente vuestra hija.

—Libre ! como.....acaso..... puedo seguir mi viaje? repuso el de Osorio lleno de estupor y sorpresa.

—Cuando querais.—Y para el efecto os entrego este salvo conducto. Solo una cosa os pido , en nombre de mis compañeros,

—Hablad.

—Que guardéis silencio acerca de nosotros y que no reveleis el parage donde estamos.

—Os lo prometo : contestó don Jimeno , cogiendo al mismo tiempo el salvo conducto que le presentaba el teniente de la *formidable*.

—En ese caso podeis marchar cuando gustéis. Vuestros caballos y la litera de Doña Elvira estan dispuestos para la hora que mandeis.

—Y nada pedís á vuestros prisioneros ?

—Nada.

—Y vuestros compañeros ?

—Tampoco , señor ; se les ha prohibido.

—Pues en ese caso tomad , señor capitán.....,

—No pico tan alto , señor : repuso Nuño interrumpiendo á Don Jimeno.

—Qué , no sois el capitán de la compañía ?

—No lo soy.—Nuestro gefe es el que os dá la libertad.

—Y en dònde está ?

—Estaba con nosotros ; pero hace dos ó tres dias que ha desaparecido y nada sabemos de él.

Elvira ahogó un suspiro , y volvió el rostro á otro lado para ocultar su conmocion.

—Pues bien , tanto para él como para vos , si algun dia necesitais mi proteccion , la obtendreis , con este anillo, que os entrego. Nada podré negar á quien me lo presente.

Nuño Fajardo cogió el anillo y se lo guardó en parte segura.

Media hora despues , salian Don Jimeno y su hija de las ruinas de San Benito. Elvira ocupaba la litera y su padre cabalgaba á su lado , como antes de ser sorprendidos por los bandidos de la *formidable*. Dos de estos , de los que mas confianza inspiraban á Nuño Fajardo , acompañaban á los viajeros.

Estos no tardaron en llegar al lugar donde fueron asaltados. Elvira sacó la cabeza por una de las ventanas de la litera y dijo á su padre , livida como un cadáver.

—Mirad , padre mio , esos cadáveres , pertenecen á nuestros soldados.

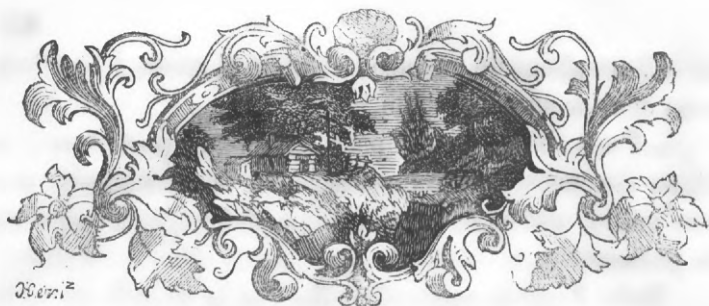
—Infelices !

Y el padre y la hija rezaron un *pater noster* con la mayor devocion.

Doña Elvira vió á poco una sombra por entre las retamas, y exclamó entonces casi imperceptiblemente :

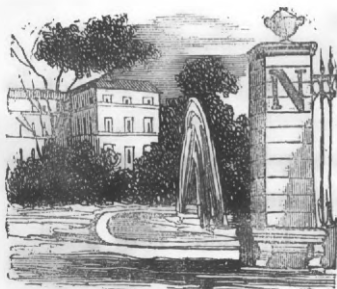
—Felipe !... oh ! con que vive ! Gracias , Dios mio !





CAPITULO V.

En el que se vé que las visiones son de carne y hueso como las personas.



o muy lejos de las ruinas de San Benito de Palermo , y en un lugar en extremo sombrío y apartado del camino, se encontraba al pie de un elevadísimo monte desde cuya cima , cuajada de nieve, caian multitud de pequeños torrentes de agua pura y cristalina , se encontraba decimos, por los años de 1326 cercada de árboles y de robustas encinas, una pequeña choza cubierta de bálago y yedra. Una cruz de madera oscura, toscamente hecha, se veía campear en la parte superior

de aquella ermita. Su puerta endeble y aun por algunos lados casi podrida, efecto de la humedad y el tiempo, ese consumidor voráz de todo lo terrestre, se hallaba enteramente abierta y permitia ver la parte interior de aquel reducido recinto. Una mesa, rústicamente labrada, servia de altar á un enorme crucifijo de madera, alumbrado constantemente por una tea, y á una calavera, cuyo cráneo que talmente parecía de marfil, brillaba estraordinariamente, porque el sol que ya comenzaba á ocultarse la heria horizontalmente. Un lecho de yervas secas, un pequeño cántaro, lleno de agua, y unas disciplinas de grueso cordel, cómpletaban el adorno interior de la choza, é indicaban claramente que solo un monje ó un ermitaño, entregado constantemente á la oracion y á la penitencia, podian habitar aquellos lugares tan solitarios. Y con efecto la persona que moraba en aquel sitio sombrío y distante, hacia quince años que se hallaba entregada á la penitencia y á la oracion. Esta persona, era una mujer de unos cuarenta años alta de cuerpo, en extremo delgada, de ojos negros y grandes y de color moreno. Su rostro estaba lleno de mansedumbre y dulzura, y en toda ella se veia una resignacion santa y evangélica. Sus ojos grandes y vivos de suyo, tenian la dulzura y laxitud propia de los ángeles y querubines, que pueblan las regiones celestes. Vestia un tosco sayal de lana pardusca, que permitia ver sus piés flacos y desnudos enteramente. Su hermoso pelo negro lo tenia recojido por detrás con descuido, y cubierto con un manto de la misma clase y color que la túnica. Un rosario de gruesas cuentas, terminado en una cruz de nácar, colgaba de su cintura, la cual estaba ceñida por una cuerda de esparto.

La penitente, se hallaba arròdillada delante del cru-

cifijo, y apoyaba sus manos en la calavera. El mayor silencio reinaba en su pequeña habitacion. En todo aquel sitio no se oia mas ruido que el que producian las aguas al despeñarse por las montañas, y el canto de algun que otro pájaro, que atravesaba precipitadamente el espacio para buscar su nido. El sol comenzaba á ocultarse, y el valle donde estaba la ermita de la penitente, se cubria de oscuridad á causa de las elevadisimas montañas que la circundaban. La penitente alzó la cabeza y contempló largo rato el sol, que ya apenas calentaba. Entonces lanzó un suspiro y dijo, dirigiendo sus hermosos ojos al crucifijo:

—Señor, ya pasó tambien este dia.... y yo.... vivo, y espero la muerte hace quince años!.... cuándo me perdonareis, Dios mio? Cuándo volaré á la mansion en que habitais? oh! nunca!.... nunca.... una pecadora como yo, no entra jamás en el reino de los cielos, en ese lugar divino y santo, ocupado solo por los ángeles y por el justo!— Señor, no he de obtener yo algun dia vuestro perdon?.... Ah! concedèdmelo, es toda mi esperanza, y lo espero porque sois grande generoso y liberal!.... no es cierto señor que os apiadareis de mí, y que....

La penitente no pudo seguir. Grandes voces y ruido de caballos, llegó á su oido. Era la primera vez que en el espacio de quince años escuchaba otro ruido que el del viento y el de las aguas.

Las voces se oian cada vez mas inmediatas. Y entonces aquella infeliz mujer, que no se asustaba de vivir sola, abandonada, espuesta á los frios y huracanes del invierno, cerró la puerta de la ermita y todo quedó en silencio.

Dos hombres, perfectamente armados, los dos caballeros sobre preciosos potros andaluces, se presentaron

frente de la ermita. Uno de ellos dijo con tono desesperado :

—Por San Bruno , que esto pasa ya de castaño oscuro! pues no andamos todo el dia por estos sitios y no podemos encontrar.....

—Calma , calma , seor capitan del rey , que la gente que buscamos no se halla tan fácilmente. Capaces son de estarse cada uno escondido en el tronco de un árbol, aunque sean tres dias ! Vaya , vaya ; con que creiais que son los bandidos de esa clase de gente que presentan batalla á campo raso ? Oh , pues engañado vivís !—Apuesto un dedo , y aun mas si quereis , á que no dais con ellos en toda la vida , si toda la vida anduviérais buscándolos por estos andurriales.

—Pues no solo tenemos que buscarlos , sino vencerlos y derrotarlos para librar á estos paises de sus fechorias, y para arrancar de su poder á Don Jimeno de Luna y Osorio , que con su hija fueron cogidos anoche por esos villanos y asesinos.

—Sabeis que debe ser apurada la situacion de Don Jimeno ? al mas pintado le doy yo estar con unos bandidos como los de la *formidable*, teniendo consigo á una hija tan bella como lo es la suya !

—Oh , y gracias que dos ó tres de sus soldados pudieron escaparse y venir á Burgos á dar parte de lo ocurrido.—Pero esto es capaz de desesperar á cualquiera !..... donde hallaremos á esos malditos de hombres ? si encontráramos por aquí á alguien.

—Diablo ! quién iba á tener la estravagancia de vivir por estos sitios , señor capitan Mendoza?

—Un condenado , ó un arrepentido , señor mio.... y sino mirad ; no veis una ermita al pié de ese monte;

—Por Dios, que teneis razon! pero probablemente esa ermita estará desocupada.... tal vez haga cien años que murió el infeliz que la habitase.

—Teneis razon; pero nada perdemos con dar un golpe, á ver si siquiera nos contesta el ánima de ese pobre.

—Es verdad, puesto que nada se pierde...

Y metiendo espuelas á los caballos se pusieron de un salto en la ermita de la penitente. El capitan Mendoza dió dos ó tres golpes con el asta de su lanza, en la deteriorada puerta. Esta permaneció cerrada.

—Abrid, padre, abrid, que somos jente de paz: dijo el capitan, creyendo oir la respiracion de una persona asustada.

Todo siguió en el mismo silencio.

—Perder cuidado, señor ermitaño, que solo venimos á haceros una pregunta....

La puerta se abrió entonces y apareció en el umbral la penitente.

El capitan y su compañero dieron un paso atrás.

—Jesus mil veces! exclamaron á un tiempo.

—Qué quereis, señores? Deciais que solo una pregunta.....

—Pero no pudiérais decirnos antes, si sois efectivamente una muger ó el alma..... ó la sombra..... ó el demonio en figura de muger para cargar con nuestras almas, despues de haber tentado nuestras paciencias?.....

Mendoza no pudo menos de sonreirse de la sandés de su compañero, y la penitente le contestó con la mayor dulzura.

—Muger, señor soldado, muger, y muger pecadora...

—Diablo! esas tenemos!..... con que sois como yo

asi..... de carne y hueso? Y decidme, cómo podeis pecar aqui?.....

—Siempre pecamos, sino de obra, de pensamiento; pero aqui soy la pecadora arrepentida; aqui no hago otra cosa que llorar y orar, señor soldado!

—En cuanto á lo de orar no haria yo mal anacoreta, porque soy un tanto aficionado al rezo, que me enseñó el difunto Abad de San Andrés; pero tocante á lágrimas, juro por mi vida y por la vuestra, si la teneis, señora, que en todo el curso de mis años no he podido derramar una: pero eso vá en.....

—Quisiérais decirme cual es el objeto de vuestra venida? volvió á decir la penitente dirigiéndose á Mendoza é interrumpiendo á su compañero.

—Señora, contestó el capitan; nosotros estamos encargados por su alteza el rey de Castilla, de buscar por estos sitios unos bandidos pertenecientes á la mas célebre compañía que ha existido.....

—Y con qué objeto los buskais?

—Con el objeto de vencerlos y de extinguirlos.

—Y no sois mas que vosotros dos los que.....

—Tate, tate, señora, que se han quedado aquí detrás del monte cien magníficos caballos y otros tantos soldados de las mesnadas de su alteza.—Pero nosotros quisiéramos saber donde se hallan esos bandidos, ó hácia que lado cae la guarida que los alberga.—No pudiérais decirnos algo?

—Ignoro absolutamente.....

—Ah, no temais revelarnos cualquiera cosa que sepais, porque serán vencidos si los encontramos.—Estad en la inteligencia que no solo haceis un servicio al rey, sino hasta á la misma humanidad. La crueldad de esos

hombres tiene llenos de temor á los habitantes de estos pueblos.

—Os digo con verdad, señor capitan ó gentil-home, que nada sé acerca de esos bandidos, porque jamás los he visto.—Solo sé que hay á poca distancia de este valle unas ruinas.....

—Hacia que lado señora! porque tengo noticias de que las ruinas de un monasterio, sirven de guarida á esos foragidos.

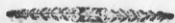
—A la izquierda de este monte, y á la derecha del camino que parte para Burgos.

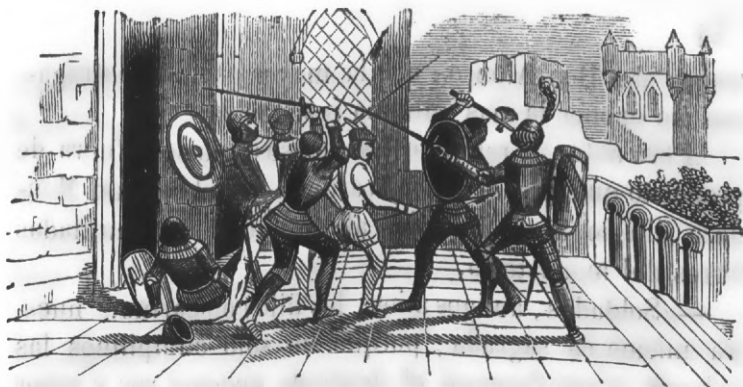
—Oh, gracias, señora; gracias, y que el cielo os conceda lo que mas apetezcais.

—Él os haga feliz, caballero: contestó la penitente penetrando en su choza.

Los ginetes metieron espuelas á sus caballos y desaparecieron en un instante.

El compañero de Mendoza quedó intimamente convencido de que la penitente era de carne y hueso como él.





CAPITULO VI.

En el que hay una escena, digna de servir de asunto á la lámina primera.



EL capitan Mendoza y su tropa siguieron la direccion indicada por la penitente, y aunque les costó algun trabajo dar con las célebres ruinas del monasterio de San Benito, al cabo no fué en valde la caminata, pues en ellas encontraron las tropas del rey, lo que buscaban con tanto afan y deseo. Los bandidos de la *formidable* fueron sorprendidos en su nunca encontrada guarida. Siendo tal el asombro y la confusion que se apoderó de ellos en el momento de penetrar las

tropas de Don Alonso, que la mayor parte se entregaron sin oponer la mas mínima resistencia.

Pero antes de referir estos sucesos, no será fuera de propósito que oiga el lector la arenga que el capitán Mendoza dirigió á sus soldados al descubrir las mutiladas torres del monasterio.

—«Soldados, amigos míos, les dijo con cariño: nuestra misión es sagrada, porque no solo cumplimos las órdenes, y satisfacemos el deseo de nuestro rey y señor Don Alonso XI, que Dios guarde, sino que libramos á la sociedad y á vuestros hermanos, los que viven en este país, de la plaga mas horrible y cruel.—Confío en vuestro acreditado valor, que esos enemigos del orden y de la humanidad, dejarán desde hoy de ser el terror de estas comarcas.—No haya piedad para ellos, amigos míos, caigan sin compasión vuestras espadas sobre sus culpables cabezas, y reciban de una vez el castigo de sus maldades.—En Burgos hemos de entrar mañana, saboreando el dulce placer de la victoria: no es eso, soldados?»

—Sí, sí, eso es: dijeron todos con entusiasmo.

—Bien, compañeros y amigos, bien, correspondeis á los deseos de su alteza y á los míos!

--Viva el rey! repuso la soldadesca desenvainando sus espadas.

—Viva, señores, viva cien años para nuestra felicidad, y su memoria eternamente; pero es preciso que haya cautela, y que todo se haga con el mayor sigilo, porque si se aperciben los bandidos de nuestra llegada, tal vez se nos escapen de las manos.

Los soldados guardaron silencio. Y á poco de esto penetraron en las ruinas en el momento en que los for-

midables se hallaban todos reunidos y descansando en la cueva, llamada el salon de las conferencias.

Nuño Fajardo les decia que Mal-alma habia sido castigado con la última pena por faltar al respeto al capitán de la compañía, y que por orden de este tambien habia sido puesto en libertad Don Jimeno de Luna y su bella hija.

Apenas Nuño acabára de hablar se apareció en la estancia un hombre que despues de sacar su espada, les dijo sin andarse con rodeos ni ambages.

—Daos todos á prision en nombre del rey.

—Quién es este miserable, compañeros? repuso Nuño Fajardo con desden.

—Soy.... pero ya tendrás lugar de conocerme, asesino: y con un silvato que acercó á sus labios, hizo que la cueva se llenára de tropa.

—A ellos! exclamó precipitándose sobre el primero.

—Cuerno y sangre, estamos perdidos! dijo Nuño defendiéndose como un leon.

Pero todo en vano. Las tropas del rey aprisionaron á una porcion de foragidos, y solo un pequeño número entre ellos Nuño Fajardo, eran los que mas resistencia oponian.

—Animo, compañeros, ánimo y valor hasta el último momento.... y si veis que esos miserables tienen la suerte de vencernos, porque son mayor en número, atravesaros antes el corazon con vuestros puñales, como lo hará vuestro gefe....

—Pues vivo te quiero, y vivo te cojeré para que su alteza y la gente toda se divierta en ver rodar por el polvo tu horrible cabeza: contestó el capitán Mendoza, sin dejar de ganar terreno.

Nuño Fajardo y los bandidos no apresados por Mendoza, que ascendían á mas de treinta, se refugiaron en el hueco de una puerta, que nunca la vieron ellos abierta. Ya les faltaban las fuerzas y peleaban con sus contrarios sin obtener ventaja alguna. Los bandidos se vieron perdidos, y hubo un momento en que vacilaron; pero Nuño Fajardo les animó con estas palabras:

—«Valor, compañeros, valor hasta el último momento: no hay que desmayar... peleemos hasta que nos falten las fuerzas, y despues nos entregaremos.... pero cuando ya seamos cadáveres... valor, y mostrad hasta lo último que sois dignos soldados del generoso.

—Oh, sí, pero nos abandona en el momento que mas necesitamos de él: dijeron los *formidables*, con amargura.

—Vuestro gefe no os abandona en el peligro, compañeros: Dijo una voz asaz conocida de los bandidos, al mismo tiempo que se abrió la puerta que los resguardaba.

—Fuera, compañeros, fuera, dijo el generoso montando en un brioso alazan perfectamente vestido con todos los atavíos de guerra.

Los bandidos se precipitaron en pos de él. Pero todo en vano porque las tropas del rey les seguían sin dejar de descargar grandes mandobles sobre las cabezas de los fugitivos. Estos pudieron llegar á la encrucijada, donde fué cogido Don Jimeno, y allí se agruparon en derredor de su gefe, formando un círculo impenetrable. El capitan Mendoza que no se habia olvidado de coger su caballo, y treinta mas de sus soldados, arremetieron con terrible furia al círculo formado por los *formidables*. Estos vacilaron un momento y despues volvieron á rehacerse.

—A ellos, otra vez! dijo Mendoza metiendo espuelas á su caballo.

—A ellos.... contestaron los soldados entrando en el círculo y deshaciéndolo, sin que los bandidos tuvieran lugar para levantarse del suelo esta vez.

Entonces comenzó la mas horrible carniceria. Ni uno solo de aquellos infelices quedó con vida. Todo se habia concluido. La *formidable*, como habia dicho Mendoza, dejaria de existir en el mismo dia que él los encontrara,

—Basta, compañeros, basta: dijo el capitan á sus soldados.

—No basta: contestó el generoso montando de un salto en su caballo, y arremetiendo á Mendoza con tanta furia que el capitan del rey se vió en extremo apurado.

Pero veinte mazas de hierro cayeron sobre el amante de Elvira, y este y su caballo dieron consigo en tierra, el primero sin hablar una palabra, y el segundo dando fuertes y prolongados relinchos.

Media hora despues todo quedó en el mayor silencio. Las tropas del rey se dirigieron á Burgos, llevándose los prisioneros que habian hecho en las ruinas.

El campo donde habia tenido lugar la lucha, estaba sembrado de cadáveres, y la tierra teñida de sangre. Solo uno de aquellos infelices respiraba, si bien con algun trabajo.

Cuando el dia comenzó á dejarse ver por el horizonte, una muger toda vestida de negro, con los pies descalzos, y el rostro lívido y cadavérico, se vió apartar con sus flacas manos las malezas que habia cerca del sitio donde yacian los bandidos de la *formidable*. Aquella muger los tocaba á todos y aun escuchaba con la mayor atencion si alguno de aquellos infelices respiraba. Pero de todos se habia apoderado el horroroso frio de la muerte. Entonces se acercó al amante de Doña Elvira de Luna

y aplicó su oído á la bisera del casco. La penitente creyó oír una respiración casi apagada y penosa.

—Dios mío, exclamó alzando al cielo sus manos: se salvará este?

Y levantó la bisera del casco, á fin de que el aire hiciera respirar al herido con mas libertad.

A los ojos de la penitente se presentó un hermoso rostro, de color blanco, de ojos azules y de precioso cabello rubio. El herido no representaba arriba de veinte años.

—Cielos! exclamó la penitente dando un paso atrás, sorprendida: estas facciones.... este rostro todo.... qué semejanza tan notable!.... pero oh! imposible, imposible! yo deliro..... sí, no me cabe duda de que es imposible..... pero de todos modos socorrámosle.....

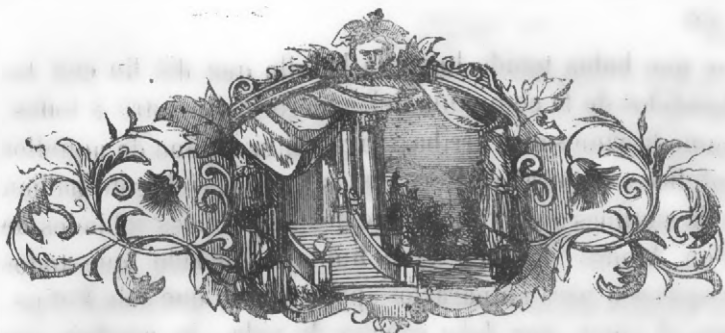
Y la penitente se llevó con mil trabajos á su ermita al capitán de la *formidable*.





Lám. I.





CAPITULO VII.

En el que se vé que la penitente es una antigua conocida de nuestros lectores.



RASCURRIDOS UNOS dias despues de los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, se hallaba bastante mejorado de sus heridas el capitan de la formidable, merced á los cuidados de la penitente y al esmero con que le habia tratado. Deseosa esta infeliz de hacer bien y de amparar á todo aquel que se hallase en peligro, salió de su pequeña habitacion, y se dirigió al sitio

en que habia tenido lugar la batalla que dió fin con los bandidos de la compañía del generoso. Registró á todos, como la vimos mas arriba, para ver si alguno de aquellos infelices respiraba. Pero estos, menos el gefe habian sido víctimas de la fiera que desplegaron los soldados de Don Alonso. La penitente hubiera querido que todos respirasen para ampararlos; pero viendo que solo Felipe, era el único que daba señales de vida, lo condujo con mil trabajos y fatigas á su pequeña ermita. Una vez allí lo colocó cuidadosamente en el lecho de paja y heno que habia preparado para ella, aunque rara vez lo ocupaba. Despues frotó las heridas del paciente con bálsamos y yerbas que conocia como útiles á esta clase de males, y por la primera vez desde que se habia entregado á la penitencia, recorrió los pueblos inmediatos, con el objeto de hacerse con alimentos sanos y nutritivos para fortalecer á su enfermo. Este, que por espacio de tres días estuvo sin dar señales de vida, comenzó al cabo á sentir el efecto saludable de las medicinas y alimentos que la penitente le administraba, no sin verter algunas lágrimas al contemplar el estado triste y doloroso á que lo habian reducido los soldados del rey.

Serian las cinco de la tarde del quinto día en que se hallaba en la ermita el amante de Doña Elvira de Luna y Osorio. La primavera tenia ya andada la mitad de su carrera. Por consiguiente el campo estaba en todo el apogeo de su hermosura. El valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente, presentaba un aspecto delicioso, magnífico. Todo allí era selvático y rústico; en todo se veia á la naturaleza, grave, imponente y hermosa á un tiempo. Los árboles estaban cuajados de hojas, las flores embalsamaban el aire con el perfume que despedian,

y el agua cristalina de los pequeños torrentes y derrumbaderos caía haciendo un agradable murmurio. Este cuadro encantador y divino se hallaba iluminado por los rayos del sol de mayo, que aunque ya comenzaba á acercarse á su cuna, imprimía en todo este lugar, el sello de la mas encantadora poesia.

Mientras que el capitan de la *formidable* dormia con la mayor tranquilidad, sobre el miserable lecho de su bienhechora, esta dirigia sus preces y oraciones al Altísimo, postrada delante del crucifijo que tenia en la ermita. Una palidez mortal cubria el rostro de aquella desgraciada: gruesas lágrimas se desprendian de sus bellos ojos, tristes y amortiguados. Sus manos se estendian de vez en cuando hasta los pies del Cristo, y despues se las acercaba á sus labios, é imprimia en ellas multitud de ardientes besos.

La penitente volvió el rostro hácia donde estaba el joven, y convencida dormia profundamente, exclamó alzando los ojos y fijándolos en el hermoso é imponente semblante del crucifijo:

—Señor, ah, perdon otra vez!... perdon cien veces!... soy una miserable!.... porque cuando mas necesitaba implorar vuestra misericordia divina, os he olvidado, os he abandonado!... Perdonadme, Dios mio, si por espacio de cinco dias no os he pedido la paz de mi alma y de mi conciencia!.... perdonadme, sino me he acercado en tanto tiempo á este santuario una y mil veces regado con mis lágrimas, á bendecirte, á orar, á amarte, señor, porque esta tu esclava te ama con delirio, porque eres justo y magnánimo; porque eres grande y poderoso.... y porque eres por último el rey, el dueño absoluto de todo lo creado, del mar, del cielo y de la tierra!... Ah! señor, cuan-

do me reiré yo cerca de vuestro trono, como se rie ahora toda la naturaleza, creada por tí.... cuando.... pero acaso necesito llorar otro poco de tiempo por haberos olvidado estos dias?.... oh! porque ha sido? sino por librar, por administrar en tu nombre á ese infeliz, todos los socorros que necesitaba, á ese infeliz, señor que al fin es vuestro hijo, tambien!.... oh! y qué recuerdos tan gratos y crueles á un tiempo ha despertado en mi alma!... se parece tanto aquel sér que vos en vuestros impenetrables arcanos me arrancásteis de mis brazos para que yo llorára noche y dia, para que yo sufriera horribles dolores y espiára mis pasadas culpas.... oh! miento, Dios mio, miento.... perdonadme, vuestra intencion fué quitádmelo para que en vuestros brazos fuera menos desgraciado! no es eso? es cierto que no me equivoco?... y sin embargo ese jóven, se parece tanto.... no solo á mi hijo sino al conde de....

Y la penitente sin concluir la frase, miró á todas partes como asustada. Sus ojos desencajados y llenos de lágrimas, se fijaron despues en el hermoso, aunque descolorido rostro del jóven.

—Sí, se le parece! exclamó acercándose á él y cogiéndole una mano con cariño.—Se le parece..... y tal vez sea mi hijo; tal vez sea mi querido Enrique!..., oh, no hay duda, no hay duda.... sino no me latiria con tanta precipitacion mi corazon, sino no experimentaria la sensacion tan grata que experimento al contemplarlo, al coger una de sus manos.... oh! no me puedo engañar.... mi corazon me lo dice.... un instinto maravilloso me inclina hácia ese jóven que es indudablemente mi hijo, mi Enrique. Ah, si.... Enrique, Enrique... dijo la penitente llamando al generoso en medio de su loco arrebató.

El amante de Elvira, abrió precipitadamente los ojos.

—Me llamábais, señora? dijo mirando á la penitente lleno de estupor.

—Os llamáis..... qué digo, te llamas Enrique?.....

—Oh! no, y harto lo siento!—Desearíais que me llamára así?

—La penitente soltó la mano del capitan, é inclinó la cabeza sobre el pecho. El golpe que habia recibido no podia ser mas terrible.

—Señora, señora, que teneis? oh, que teneis.... acaso.... os habeis puesto mala? hablad.... dijo el generoso incorporándose y cogiéndole una mano que llenó de besos.

La penitente levantó la cabeza, y despues de echar una mirada llena de amargura sobre el Cristo, contestó sentándose cerca del herido:

—Nada, no es nada.... y vos como os sentís?

—Ah, señora! vos me ocultais vuestras penas.

—Mis penas, mis penas se acabaron desde que me entregué á Dios.

—Hay tanta amargura en vuestras palabras que....

—Amargura! exclamó la penitente, amargura! oh, no lo creais, y sino mirad como me sonrio.

Y aunque lo intentó, sus labios no pudieron desunirse.

—Ah, lo veis, lo veis! repuso Felipe con interés: lo veis como no podeis finjir lo que no siente vuestro corazon? Ah, señora, no me lo negueis... vos padeceis tambien como yo, y vos, como yo, teneis el corazon herido! no es cierto?

—Cierto, sí, cierto.... dijo la penitente inclinando de nuevo la cabeza sobre su pecho.

—Y temeis comunicármelas, á mi señora, que os amo! Ah! no seais tan cruel!

—Me amais! y por qué? Qué os he hecho yo para obtener vuestro cariño?

—Una madre, señora, no hubiera hecho por su hijo lo que vos por mí!

—Una madre! una madre..... Conocísteis á la vuestra?

—No, señora; no sé siquiera quien fué.

—Cielos! vuestro nombre?.....

—Felipe me han dicho siempre.

—Ah! si os llamarais Enrique!.....

—Qué!.....

—Tal vez pudiérais ser mi hijo: contestó la penitente casi maquinalmente.

—Vuestro hijo! y no os avergonzaríais de tener por hijo á un..... yo mismo tiemblo al decirlo!....

—Quién sois? quién sois?

—Un bandido, señora! un hombre que he autorizado el robo, el saqueo y el asesinato! Oh! pero bien sabe Dios, que era contra mis ideas, contra mis sentimientos y contra mis instintos!..... pero mi padre, ó el que me recogió desde muy niño, era el capitán de la compañía que habreis oido nombrar con el título de la *formidable*, y por eso.....

—Cielos! bandido! bandido y sin embargo.....

—Oh! tambien me despreciais! tambien como Elvira os asustais de mí? Ah, señora, no, no hagais tal.... yo necesito una persona así, como vos, que me consuele... Ah! porque si supiérais que llagado tengo mi corazón! si supiérais cuanto he sufrido!

—Y qué edad teneis?

—Creo que no he cumplido los veinte años, señora.

—Justo cielo! y ya teneis llagado el corazon? Y ya habeis padecido?

—Sí, ya he padecido..... pero he padecido de una manera horrible, cruel..... ¿por qué no me dejásteis morir? Ah, algo mejor hubiera sido!....

Tal vez, mañana encontrareis lo que hoy habeis perdido: repuso la penitente queriendo consolar precisamente con lo que ella esperaba todavia.

—Qué habeis dicho! creéis que Elvira me amará mañana, despues de saber que era un bandido, despues de haberme dicho que me odiaba y que me despreciaba? Ah, señora, profetizais tambien? quiera el cielo que se cumplan vuestros pronósticos!

—No, no, yo no profetizo..... yo, soy una pobre pecadora que hace mas de quince años busco en vano un hijo querido así como de vuestra edad, rubio como vos, y como vos bello y generoso! Ah, no sabeis cuanto he gozado al veros, porque..... os creí mi hijo! si lo fuérais si os llamárais Enrique!..... Ah, pero no, el cielo no me quiere conceder esta gracia, y sabeis por qué?..... porque tal vez no haya espiado todavia mis muchas é infinitas maldades!

—Maldades, vos! imposible!....

—Oh! sí, maldades y maldades que todavia lloro!

—Ah! callad, imposible! vos, un ángel.....

—Ángel! ángel! habéis dicho!.... pues el ángel, ha sido antes demonio!

—No os creo, permitidme que os lo diga

—No me creís! es verdad, sois demasiado jóven para creer que en el corazon de una mujer se puede encerrar todo el engaño y la falsía que yo encerré en el mio!—

Si os dijera que aparentaba un amor que jamás sintió mi pecho..... si os dijera..... pero me callo porque el recuerdo, el recuerdo solo de mis primeros años, oh, me arranca el corazon, me hace perder la resignacion y el sufrimiento que he adquirido con el llanto y la penitencia! Si viérais que cosa tan buena es la oracion! si como yo tuviérais fé y esperanza en Dios, de seguro, vuestros dolores y vuestras penas se calmarian..... tened confianza en él y vereis como al cabo conseguis lo que mas apetezcáis: oh, no nos puede abandonar, es nuestro padre!....

—Ah, señora, cuán buena sois! qué palabras tan dulces deramais sobre mi pobre corazon de veinte años ya herido, ya lastimado!

—Yo os quisiera proporcionar ahora mismo toda la dicha que deseais, porque os amo, os quiero..... sí, mi hijo seria como vos, oh, y por eso solo..... tendréis en mí siempre un guarda, una persona que velará constantemente por vuestra vida, y que os dará toda la felicidad que pueda proporcionaros.....

—Madre mia!....

—Oh! sí, repetid esas palabras! seré vuestra madre... os creo mi hijo, y tal vez..... no recordais ningun pormenor de vuestra infancia? no conocisteis á nadie?....

—A nadie absolutamente: cuando tuve uso de razon me hallaba ya con Hugo de Troumblay; los bandidos me educaron y me enseñaron á odiar al género humano. El hombre que me habia prohibado tenia escelentes sentimientos, á pesar de su profesion; me amaba con delirio y algunas veces me llamaba su querido hijo: yo tambien le queria, porque jamás me quebrantó el mas mínimo gusto.—

Cuando ya tenia yo diez y nueve años murió este infeliz, y su compañía me nombró en su lugar gefe de ellos, porque creian que con esto pagaban un tributo de cariño y agradecimiento al difunto Hugo. Yo no quise aceptar el cargo que me confiaban porque me repugnaba estraordinariamente semejante vida; sin embargo ellos se obstinaron y yo hube de ceder. Pero en el poco tiempo que han estado á mi cargo esos hombres, no ha tenido lugar un asesinato, y yo he residido la mayor parte del tiempo en Valladolid, con el pretesto de estar á la mira de un asunto importantísimo. Allí fué donde conocí á la hija de Don Jimeno de Luna; allí fué donde ella escuchó mi amor y donde me dijo tambien que me amaba.—Oh, ahora nada me resta! nada tengo, señora! Todo lo hé perdido, todo!... porque con el amor de Elvira he perdido mi dicha, mi felicidad, mis esperanzas!... Ah, si yo tuviera una posición, si yo fuera conde, ó caballero, Elvira seria mia! pero nada, ahora me desprecia! sí, porque me ha visto entre bandidos, entre asesinos!... Oh, maldito seas cien veces, y malditos sean tambien los que me entregaron á ellos!

—El dolor os hace pronunciar palabras que no deben proferir vuestros labios: ya os he dicho que tengais confianza en Dios; ya os he dicho que si quereis conseguir lo que tanto deseais, en vez de mostraros desesperado y quejoso, sed por el contrario resignado y sufrido. Nuestro Dios, no quiere la soberbia, hijo mio,... la soberbia fué causa de que arrojára del cielo y lanzára en las tinieblas, al ángel mas hermoso que tenia junto su trono.—Resignacion y esperanza, Felipe. Esperad, esperad, y...

—Esperad! y hasta cuándo? oh, señora que triste es aguardar!

—Teneis razon, muy triste; pero el que espera con fe consigue al cabo lo que desea.

—Cuánto tiempo hace que esperais vos?

—Oh! quince años!....

—Ah, lo veis, lo veis? Y al fin qué habeis conseguido?

—Nada, es verdad! pero yo he tenido que espiar mis culpas! antes de llegar al cielo, necesito purificarme en el purgatorio!.... antes de hallar á mí hijo, necesito llorar su nacimiento y su existencia, si es que vive!—Pero todavia no pierdo las esperanzas, porque estoy segura que ese Dios grande y misericordioso, crucificado por sus mismos hijos, se apiadará de mí algun dia!...

—Con que asi valor, y tened confianza para lo verdadero....

El amante de Elvira de Luna movió la cabeza con incredulidad.

—Sabeis vos, acaso, repuso la penitente, para qué os destina el cielo? Conocéis á vuestros padres?—No—y no podreis ser hijo de un caballero, asi como de un plebeyo?—Ah, Felipe, sois injusto, porque todavia no sabeis ni lo que sereis, ni para qué os hallais en el mundo.—Os creis infeliz porque vuestra amante os ha despreciado; y qué es el amor, Felipe?..... Una flor perecedera y llena de espinas, cuyo olor es fragante y hermoso, y que sin embargo mata y aniquila..... Felipe, Felipe; si llegais á ser soldado, si llegais á entrar en batalla cerca de vuestro rey, ó de vuestro gefe, y os embriagais alguna vez con el triunfo de la victoria, vuestros amores serán olvidados, y el recuerdo de esa muger irá desapareciendo poco á poco de vuestra mente.

—Oh, nunca! nunca....

—Eso creéis? Está bien; pues en ese caso haceos digno de ella.

—Cómo, señora, hablad, indicadme un medio, y juro al cielo, que Elvira no se avergonzará de tenerme por amante.

—Id á la guerra, pelead con valor, y despues que hayais adquirido gloria y provecho, despues que vuestro nombre sea conocido por toda Castilla como el de un héroe, presentaros á la hija de Don Jimeno, decidle que todo ha sido por ella, y er tonces vereis en Elvira á la muger que deseais.

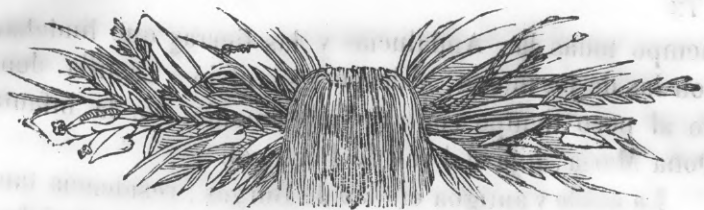
—Oh, gracias, señora, gracias!... cuánto os debo... mi salvacion física y moral, la curacion de mis heridas y la quietud de mi alma!.... Con qué os pagaré yo tamaño bien?

Dos dias despues salia el hijo adoptivo de Hugo de Troumblay, de la ermita de la penitente, montado en un precioso caballo de guerra. La penitente lloraba enternecida al verlo partir, y cada vez se afirmaba mas en la idea de que bien podia ser su hijo el jóven capitan de la *formidable*. Este que tambien no pudo menos de enternecerse y de derramar algunas lágrimas al separarse de su bienhechora, tomó el camino que llegaba hasta Burgos, donde á la sazón se encontraba el rey de Castilla Don Alonso XI. Su intencion era presentarse al rey y pedirle una plaza de soldado ó de infanzón, en el ejército que con tanta prisa aprestaba para marchar contra los moros.

Antes de penetrar en la ciudad, y al pasar el jóven por el real monasterio de las Huelgas, paró el caballo y se puso á contemplar las paredes y las torres del edificio que guardaba á la linda Elvira, su amor, su bello ideal.

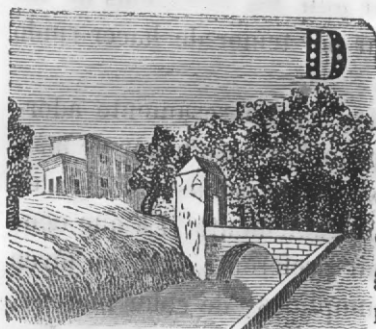
Lanzó un suspiro , que espresaba todo el sentimiento que tenia en abandonar aquel lugar , y despues pasó la gótica puerta que servia de ingreso á la ciudad de Burgos.





CAPITULO VIII.

Entra el lector en relaciones con otros personajes que se dán á conocer en este capítulo.



DESPUES de reunir cortes en Valladolid el rey Don Alonso y de pedirles socorro y ayuda para la guerra que queria emprender contra los enemigos de la fé de Cristo, comenzó á recorrer sus reinos, no tan solo para ver en el estado en que se hallaban, sino con el objeto de castigar á los principales motores de las revueltas que hubo durante su minoridad. Don Juan el Tuerto y otros caballeros de tan elevada clase y prosapia, fueron víctimas de la venganza del rey. Recorrió en poco

tiempo todas las Andalucías y las tierras que lindaban con las de los moros, y después se volvió á Castilla, donde al poco tiempo contrajo matrimonio con la infanta Doña María, hija del rey de Portugal.

La noble y antigua ciudad de Burgos, residencia tantos años de los reyes de Castilla y León, se vanagloriaba, en la época que recorremos, de tener dentro de sus muros al nieto de Doña María Alfonsa de Molina. Grandes festejos y funciones públicas hicieron los burgaleses para celebrar la entrada de Don Alfonso en la ciudad, pero en el momento que nuestros lectores viene con nosotros á la patria del Cid, todo estaba en el mayor silencio y en la mayor oscuridad.

La noche se hallaba en la mitad de su carrera. Los habitantes de Burgos, ricos y pobres, grandes y plebeyos, estaban entregados á ese letargo, pequeño remedo de la muerte, que todo el mundo llama sueño. Hasta en el mismo alcázar, donde moraba el rey, reinaba el mayor silencio, porque ni aun los centinelas de las almenas se atrevían á pasear por temor de hacer ruido con sus armaduras.

Solo en un pequeño salón, primorosamente adornado, y en cuyo frente ardía un hermoso hogar de mármol blanco, se veían luces, y á dos personas que cerca de la lumbre conferenciaban amigablemente. La que ocupaba el mejor sillón y el lugar preferente, era un joven de diez y siete años, no cumplidos, de color moreno, de ojos negros y grandes, y de nariz un poco larga. Una gracia inimitable, se esparcía por todo el rostro del joven cuando se sonreía. El hijo de Fernando IV, no era tan hermoso como este, pero su fisonomía, además de reunir algunas facciones buenas, era de lo mas simpática y agra-

dable. Sus manos perfectamente cuidadas y de una configuración preciosa, se entretenían en desrizar los preciosos bucles negros que caían por los hombros de su larga y negra cabellera. El nieto de Doña Maria estaba tan distraído que no sentía que á veces tiraba de un modo de su cabello, capaz de producir fuertes dolores.

Alonso XI estaba acompañado de otro jóven, pero de mas de veinte y cuatro años, cuidadosamente vestido y así calado, de facciones agradables, y de mirada en extremo suspicáz y penetrante. Este jóven que se llamaba Don Alvaro Nuñez de Osorio, conde de Trastamara, era el amigo, el confidente y el todo del rey de Castilla. Alonso XI le amaba desde niño, y le amó mucho mas desde que le presentó en la capital de la Bética á la hermosura mas singular y notable que tuvo Castilla, por aquellos tiempos. La privanza de Don Alvaro Nuñez de Osorio, tenia escandalizada no solo á los grandes, sino hasta todos los reinos. El hijo del rey emplazado, prodigaba sin tino títulos, bienes y empleos, al mas querido y al mas desgraciado de los privados. Los grandes se llenaban de envidia, y se maravillaban asáz, de que Alonso XI, á pesar de su carácter libre y de su independendencia en el obrar, se sujetase tanto al capricho y á la voluntad del primer conde de Trastamara. Este que era un tanto ambicioso y amigo de figurar á cualquier precio, amaba al rey con sinceridad, y aunque le faltó mas tarde, de una manera que Don Alonso sintió y no esperaba de su mejor y mas querido amigo, como le llamaba, no mereció ciertamente el castigo tan cruel que le impuso el hijo de Fernando IV. Pero de estos sucesos hablaremos, con la ayuda de Dios, en su tiempo y lugar oportuno.

Don Alonso seguía, en su distraccion, descomponién-

dose los preciosos rizos en que terminaba su lengua gudeja. Sus megillas teñidas de un vivo carmin, y sus ojos llenos de laxitud, indicaban claramente que el rey se entregaba con gusto á la distraccion en que se hallaba sumergido, distraccion que tal vez le representaba los mas gratos y magníficos recuerdos.

El conde no quitaba ojo del rey. Deseaba conocer las ideas que tan preocupado tenia á Don Alonso, pero ni se atrevia á preguntárselo, ni mucho menos á distraerlo de su pensamiento. Así es que se reclinó en el sitio y bien pronto vino el sueño á hacerle olvidar su curiosidad.

El rey levantó á poco sus ojos y los clavó en el rostro del conde de Trastamara.

--Dormís, seor fanfarron?..... le dijo, tocándole al mismo tiempo para que despertara.

El conde dió un repulso y repuso como asustado:

—Qué, acaso.... quien me llamaba? Ah, soy vos, señor....

—Bien, conde, bien, estais todo lo mas gracioso que puede estar una persona cuando se despierta tan sobresaltada como vos.—Y decias que no os dormiríais aunque pasáseis toda una noche en vela?... ya veis como todo eso no es mas que hablar, señor mio, hablar.... y si yo ahora.... pero no, os perdono por esta vez.

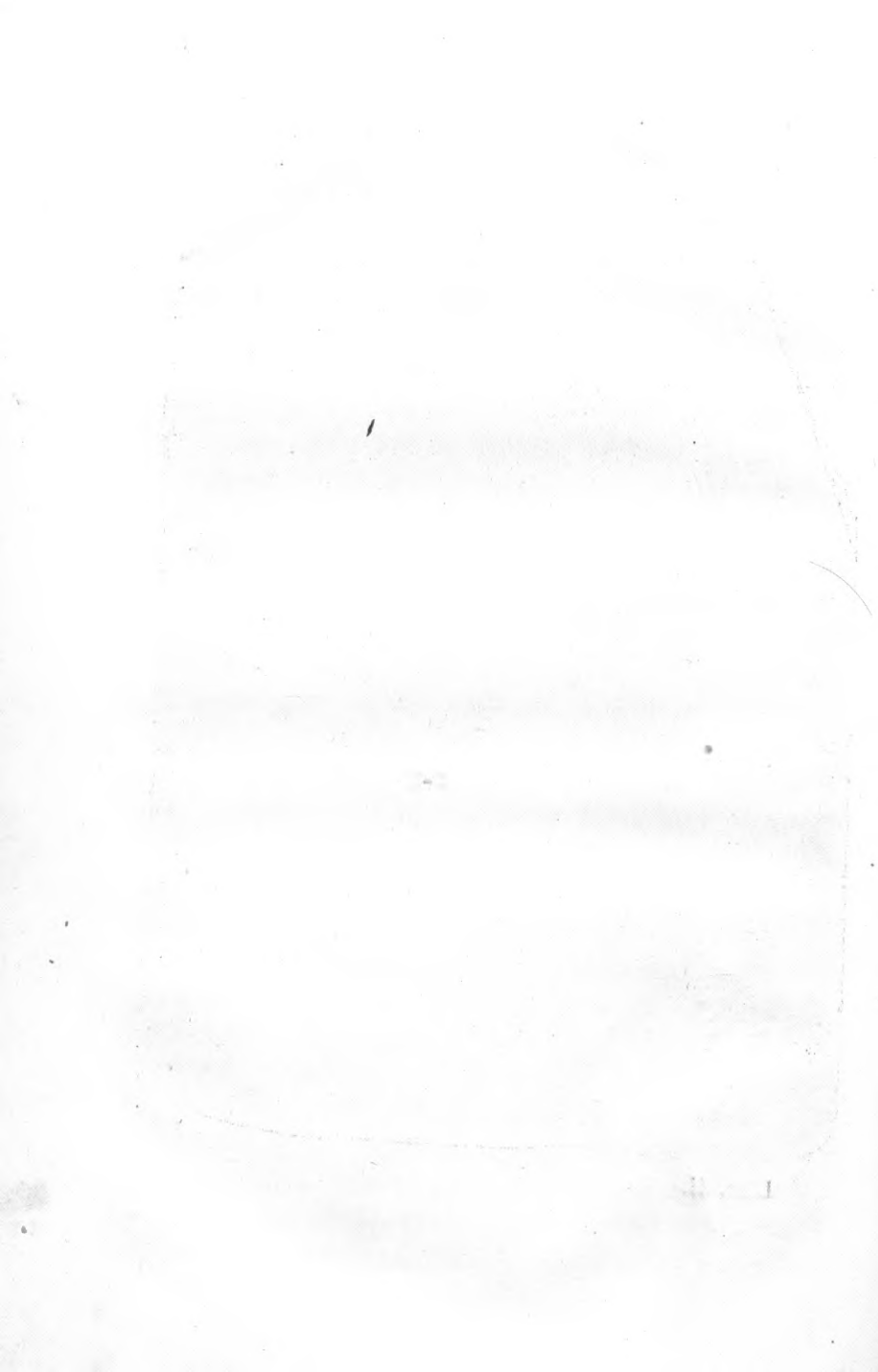
—Verdaderamente, dijo el conde pasándose una mano por los ojos, que es capricho pasar noche toledana sin necesidad! —A qué viene estarse aqui sin pegar los ojos, y.....

—Oh, si tuviérais los pensamientos que yo, si.....

—Hé ahí la razon porque yo me duermo y tu alteza no: vamos á ver, qué queriais que hiciera?



Lám. II.



—Tienes razon.

—Y pudiérais decirme en que pensábais mientras yo...

—Acaba, acaba.....

—Pues bien, mientras yo dormia?....

—Oh! esas tenemos? tambien curioso?... pero no importa.—Pensaba..... en qué quereis que yo piense, conde de Trastamara?

—Ignoro.....

—Sí, sí, siempre ignoras, lo que quieres oir por segunda ó tercera vez; dijo el rey con tono bromista.

—Juro á tu alteza!..... pero, cáspita, ya he adivinado en lo que pensais!.....

—Veamos, veamos! repuso Alonso XI con alegría.

—Sin remedio! es esto, es esto, no me cabe la menor duda.....

—Conde, conde.....

—Ah, con que mientras yo dormia, porque tenia sueño..... vos os entregábais en cuerpo y alma á la mas linda y.....

—Sí, eso es, ! exclamó el rey dando palmadas de alegría.—Sabeis, conde de Trastamara, que adivináis á las mil maravillas?—Y ya que me habeis descubierto mi pensamiento os voy á hacer una confianza, que guardareis en lo mas recóndito de vuestro pecho.—Entendeis?

—Señor, señor..... esa advertencia me ofende y.....

—Perdona, amigo mio, perdona; pero hoy no sé lo que me digo, porque cada vez que pienso que está aquí, tan cerca de mí, que la amo,.. sin ella seré desgraciado, amigo mio, sí, seré desgraciado, porque la amo con delirio,

porque mi corazon sensible y ardiente necesita esa muger para ser feliz. ...

—El diablo que os entienda, señor! repuso el conde.— Pero no hablais de Doña Maria? de la infanta de Portugal que tal vez dentro de quince dias seré reina de Castilla?

—Conde de Trástamara, os burlais de vuestro rey? dijo Don Alonso lleno de indignacion y cerrando los puños con rabia.

—Perdon, señor, perdon!..... mi intencion.....

—Oh! pues no sabeis, pecador de mí, que yo no puedo amar á otra persona que á la que vos me enseñásteis en Sevilla, amiga vuestra, y viuda de Don Juan de Velasco?

—Todavia esa maldita idea, señor? no os he dicho que Doña Leonor de Guzman amaba en extremo á su esposo, para que lo olvide tan pronto? No os he dicho que noche y dia lo llora sin cesar?

—No le hace, no le hace.... yo la amo, oh! si supiérais cuanto fuego hay en mi pecho! si os dijera que sin el amor de esa muger será vuestro rey, no solo desgraciado sino hasta inútil..... si os dijera... pero basta: voy ahora á manifestaros mi deseo:—Doña Leonor esta en Burgos.....

—En Burgos! imposible, su patria es Sevilla, y ella.....

—Doña Leonor está en Burgos, os he dicho, conde: yo la he visto hoy mismo, y cuidado que los ojos de un enamorado rara vez se suelen equivocar.—Vos sois su amigo, y así como me llevásteis en Sevilla á su casa, quiero que me lleveis mañana. Decid, como alli, que soy un amigo vuestro, y un conde aragonés. Despues me de-

jareis solo con ella..... y Doña Leonor será mia.

—Señor, tu alteza no vé que.....

—Nada veo, nada absolutamente. La amo, es mi primer amor y necesito tanta felicidad como pueda ambicionar mi corazon de diez y siete años.—Escuchadme.....

—Permitidme antes, dijo el conde mirando á Don Alonso con la mayor atencion.

—Hablad.

—Conozco que tu alteza me dá una prueba de aprecio y cariño confiándome sus secretos y con darme el destino que acabas de confiarme, es decir, hacerme cómplice de esas intriguillas amorosas, que en un rey nunca están bien.....

—Ah! con que un rey no ha de tener corazon? Con que para un rey está vedado el amor, ese sentimiento grande y sublime, que hasta el mismo Dios ha santificado! Cuán cruel sois conmigo! otro amigo en vez de hacer lo que vos haceis me daria esperanza, y me hablaria constantemente de esa muger, objeto de mi amor.

—Ah, señor! y qué mal me comprendéis! si como yo estuviérais libre de esas ideas, libre de ese amor que á vuestra edad no pasa de ser un capricho, un antojo, viérais lo que yo veo.

—Y qué veis, señor predicador?

—Veo detrás de esa muger, el porvenir, Don Alonso!.....

—Por Cristo, que estais filósofo! pero escuchadme.—No os ha valido el que yo conociera á Doña Leonor, el titulo que llevais?

—Efectivamente, repuso el conde abriendo tanto ojo.

—Pues bien; si me llevais á su casa mañana os doy

el condado de Sarria , y el señorío de Cabrera.....

—Señor.....

—Y si Doña Leonor llega á amarme, si llega á ser mia, el condado de Lemos y las tierras y señoríos de Ribera, pasarán á aumentar vuestros bienes y vuestros títulos.—Decidme ahora, qué os importa el porvenir despues, siendo conde de Trastamara , de Sarria y de Lemos , y señor de Cabrera y de Ribera ?

—Basta , señor , basta.—Tu alteza me confunde, y...

—A qué hora me llevareis mañana á casa de vuestra amiga , señor conde de Sarria?

—Sois mi rey y mi señor , y tengo que obedecer... á la hora que tu alteza designe.

—Oh , magnífico , magnífico ! sois todo un amigo, conde !

—Señor , cesa en tus alabanzas , porque ciertamente no las merezco.

—Y qué hora quereis que designe , Don Alvaro ?

—Tu alteza como dueño puede señalar , seguro que á la hora que indique me tendrá á su disposicion.

—Pues bien, qué os parece despues de entrada la noche ?

—Me parece una hora muy oportuna , porque asi no será conocido tu alteza.

—Con que segun eso quedamos convenidos?

—Convenidos , señor.

—Oh , Don Alvaro , exclamó el jóven rey , lleno de alegria:—Me dais la vida , la felicidad , porque yo, oh! tenedlo por seguro , seria desgraciado sin el amor de esa muger!—Ahora , por el contrario , soy el hombre mas feliz..... si , porque Doña Leonor me amará ? no es cierto? me engañaré , amigo mio?

—Puedo asegurarte, señor, que á la viuda de Velasco no le desagrada mi amigo el conde de Candespina.

—Oh, felicidad! ese soy yo, verdad?

—Con efecto, el rey de Castilla es para Doña Leonor de Guzman, el conde de Candespina.

—Bien, Don Alvaro; sereis conde de Lemos y señor de Ribera.

Y el rey despues de saludar á su favorito con la mayor afabilidad y cariño, se echó en su lecho, donde tuvo los sueños mas gratos y deliciosos.





CAPITULO IX.

De como el conde de Trastamara hizo con la mayor eficacia el encargo del rey.



El día siguiente y sobre las diez de la mañana, se vió salir del alcázar real, al conde de Trastamara, envuelto en una larga capa de tela oscura. Poca gente habia por las calles, á pesar de hallarse el día tan entrado; así es que Don Alvaro de Nuñez y Osorio, pudo llegar bien pronto á la puerta de una pequeña casa de aspecto medio gótico y medio árabe, que habia, en una de las calles mas estrechas y malas de Burgos, pero no muy distante del alcázar que habitaba el rey. Las dos ó tres

ventanas que tenía la fachada de aquella reducida, pero preciosa casa, se hallaban cubiertas con celosías de madera pintada de verde, que impedían que los curiosos viesen lo que se hacía al través de ellas.

Don Alvaro de Nuñez sacó su diestra por el embozo de la capa, y dió con suavidad dos ó tres golpes en la puerta de entrada, golpes que fueron contestados de dentro con un «*allá voy*» dicho con no muy buena gana.

La puerta se abrió á poco y apareció en el umbral una vieja de traza bastante regular.

—Quién sois? dijo á Don Alvaro.

—No me conocéis ya, Munima?

—No os conozco en efecto, caballero; pero si me dijerais vuestro nombre, acaso, acaso....

—No tengo inconveniente siempre que me deis entrar á donde está vuestra ama....

—Por Dios, caballero, que sino delirais, os falta poco! de qué ama hablais? aqui no hay mas que yo.... que soy la dueña absoluta de mi casa.—Vamos, caballero, de seguro estais equivocado....

—Oh, no, es tan cierto de que estoy hablando con el aya de la mas hermosa de las mugeres....

—Os digo caballero, repuso la vieja disponiéndose á cerrar la puerta, que estais de seguro equivocado.

—Equivocado! no lo creais, Munima, y os voy á dar una prueba que os convencerá de ello.—En esta casa de la que os haceis dueña absoluta, vive Doña Leonor de Guzman, viuda de Don Juan Velasco.

—Imprudente, imprudente! exclamó la vieja con rabia.

—Ya veis si estoy equivocado.

—Bien, bien, quién sois y qué quereis.

—Ver á vuestra ama porque es preciso, indispensable que la vea al instante.

—Pero si Doña Leonor no quiere recibir á nadie, si....

—Decidle que la quiere ver y hablar el conde de Trastamara y de Sarria.

—Loado sea Dios! y por qué no habeis dicho vuestro nombre al principio, señor? oh, perdonad si he.... pero las órdenes que tengo de mi señora son tan estrechas, que no he podido pasar por otro punto.—Voy al momento á avisar de que estais aqui. Pero mientras tanto puede entrar vuestra grandeza y esperar en ese pórtico, hasta que Doña Leonor sepa estais en su humilde casa.

Don Alvaro no se hizo de rogar mucho. Penetró en el pórtico y esperó á que regresára Munima. Esta apareció á poco y le dijo indicándole una pequeña escalera, cuyos peldaños estaban cubiertos con magníficas alfombras:

—Por ahí, señor conde..... Doña Leonor aguarda á vuestra grandeza.

El de Trastamara desapareció por la escalera.

Una mujer le aguardaba en el extremo de ella, y le condujo á un precioso y elegante salon, adornado sencillamente, pero con mucho gusto y primor. Esta mujer era Doña Leonor de Guzman; madre del rey Enrique II, llamado el de las mercedes.

Era imposible hallar una hermosura mas singular y perfecta que la de Doña Leonor. Su cutis de una blancura admirable, era finísimo y casi trasparente: sus ojos negros y grandes, estaban llenos de espresion, de vida, de amor: sus labios delgados y de un precioso carmin, dejaban ver cuando se desunian dos hileras de perlas en extremo blancas y brillantes. Su nariz afilada, de configuracion griega, su cabello negro, abundante y lus-

troso, y su aire altivo y noble á un tiempo, completaba el verdadero tipo de la hermosa muger de la Georgia.

El retrato de Doña Leonor se puede hallar en el de la bella y gentil reina de Sabá, que por su singular belleza, cautivó al sabio rey Salomon. La viuda de Don Juan de Velasco, unia á su sin par hermosura, un arma ardiente y sensible, una imaginacion rica y fecunda, y un corazon afecto á todo lo bueno, puro y santo. Sus sentimientos eran los de un ángel.

Don Alvaro le dijo, despues de tomar asiento frente de ella:

—Y cómo en Burgos, señora? Cualquiera diria que me venis siguiendo...

Doña Leonor se sonrió al escuchar la chanzoneta del de Trastamara. Este continuó de esta manera:

—Como ha sido el abandonar vuestra hermosa patria?—Cómo habeis dejado aquel cielo puro y encantador por este triste, y nebuloso?..... es necesario que confeseis conmigo que la muger es caprichosa en extremo.... vamos, vamos, dejar vuestra bella Sevilla, por este pueblo tan frio y.....

—Esa es la razon precisamente, conde. Mi salud se iba quebrantando notablemente con aquel clima ardiente, y los médicos y mi tio el de Guzman me han hecho salir de alli, casi á la fuerza.

—Qué, se encuentra aqui vuestro tio?

—Sí, con él he venido y con él permaneceré hasta que se marche.

—Pensais volveros otra vez á Sevilla?

—Sí, conde; alli está enterrado mi esposo, y alli lo he de estar yo tambien.

—Todavía esa maldita idea! cuando dejareis de llorar, y.....

—Oh! nunca, conde de Trastamara, nunca!

—Pero bien, enhorabuena que lloreis un poco á vuestro marido, pero ya eso es demasiado..... vos sois jóven y notablemente hermosa, y debéis sacar partido de vuestra belleza, debéis de dejar libre el corazón para que se inflame con otro amor, tal vez mas verdadero que el primero.

—Mas verdadero que el que yo tenia á mi esposo?

—Mas, Doña Leonor.

—Qué, puede amar la persona dos veces de la misma manera?

—El corazón tambien puede engañar, señora: y no tiene nada de particular que en vuestro primer amor os haya sucedido eso.—Por qué no haceis la prueba?

—Oh! no callad, conde!.....

—No teneis ningun recuerdo.....

—Ninguno.

—Sin embargo, me confesásteis en Sevilla, que os agradaba mi amigo el conde de Candespina, porque tenia mucha semejanza con el difunto Velasco.

Doña Leonor miró llena de estupor al conde de Trastamara. Despues le dijo, poniéndose encarnada como un lirio:

—Ah, sí, teneis razon.....

—Y decidme; no os habeis acordado nunca desde entonces de ese vivo retrato de vuestro esposo?

—Nunca, bien lo sabe Dios! contestó Doña Leonor, mintiendo acaso por la vez primera.

—Nunca! oh, pues mi amigo piensa en vos tanto, señora, que ya casi delira, cuando se le os nombra.

La de Guzman se encogió de hombros. Don Alvaro que no perdía el menor movimiento de la jóven, repuso, mostrando interés por su amigo.

—Y decidme, señora, no sentireis vos, que tan buena sois, siquiera un resto de piedad hácia el conde mi amigo, que tanto se parece á vuestro esposo, y que os ama con frenesí?

—No comprendo vuestras palabras, conde: qué queréis decirme con todo eso?

—Que el conde de Candespina está loco de amor por vos y que es necesario que vos le ameis.

—Conde de Trastamara!.....

—Oh! no lo negueis! os lo he conocido!..... á qué negar una cosa tan natural como esa, señora? Acaso vuestro corazon de diez y ocho años no podia concebir otra pasion mucho mas grande, mas viva y mas ardiente que la que profesásteis á vuestro difunto esposo?—Hablad, señora, hablad, y no temais ser franca conmigo.—Teméis, acaso, que yo cometa alguna imprudencia? Oh, desechad ese temor, que el conde de Trastamara sabrá guardar eternamente silencio sobre este particular.

—Delirais, Don Alvaro? quién os ha dicho que yo amo á vuestro amigo el conde de Candespina?

—Nadie, señora, es verdad; pero como el amor y el dinero no pueden estar ocultos, yo os lo he conocido.....

—Oh, pues engañado estais!.....

—Engañado! me parece que no, Doña Leonor. Sin embargo, tal vez.....

—Oh! sí, sí, no lo dudeis.

—De modo que no tiene ya mi amigo, jóven en estremo rico y noble, ni la mas mínima esperanza? no es eso?

—Precisamente.

—Sois tan cruel como hermosa , señora !

—Cruel! cruel porque no amo á vuestro amigo? Ah! conde! sois tan exigente como los demas hombres! acaso el amor se tiene y se pierde cuando una quiere? Por qué he de haber olvidado á mi esposo? Por qué no le he de amar ya?...

—Bien , bien , señora..... sois dueña absoluta de vuestro corazon y podeis disponer de él á vuestro antojo.— Pero permitidme os haga una pregunta.

—Hablad.

—Pensais vivir asi siempre?

—Creo que sí.

—Y decidme , si por casualidad se enamora de vos algun grande de la corte y os pide vuestra mano.....

—Si mi corazon no lo prefiere á los demas hombres, permaneceré viuda.

—Y si el rey de Castilla se enamorase de vos, y os ofreciera su amor , y una posicion elevada , qué le contestaríais?

—Que amaba demasiado á mi esposo , para infamarlo, aun despues de muerto.

Don Alvaro se mordió los labios.

—Con que sois una belleza inespugnable?

—No , conde , no soy una belleza inconquistable ; soy una muger que comprende su situacion y que no se entregaria á ningun hombre , ni por adquirirse una posicion , ni por deseos de figurar.—Solo.....

—Solo á qué os doblegaríais?

—Al amor.

—Al amor! oh , quién será el afortunado que logre inspirároslo , señora?

—Nadie hasta ahora.

—Y el conde de Candespina, no ha tenido la suerte de encender siquiera un poco esa llama amorosa que yace apagada en vuestro pecho?

—No, Don Alvaro, no: qué quereis que os diga, repuso la de Guzman, poniéndose descolorida para mentir.

El conde lo advirtió, y le dijo al instante:

—Es esa la contestacion que debo dar á mi amigo, señora?

Doña Leonor vaciló en contestar.

—Con que le diré de vuestra parte, continuó el conde, que pierda toda esperanza?

—Toda..... contestó la jóven con trabajo.

—Bien, bien, estais en vuestro derecho....

—Pero, por qué le llevais vos semejante recado? dijo Doña Leonor, como queriendo apurar al conde, para ver si este le decia algo mas de su amigo.

—No lo estrañeis, señora: la amistad tiene deberes sagrados que cumplir.—Mi amigo, está loco de amor por vos; si lo viérais habíais de tener piedad de él: me pidió, me suplicó en medio de su frenesí que viniera á veros y que os dijera lo que padece por ser vos esquiva, y por estar preocupada con una idea fatal.....

—Una idea fatal, señor conde? dijo la de Guzman interrumpiendo al amigo de Alonso XI.

—Sí; porque no solo os obstinais en creer que amais á vuestro esposo aun despues de muerto, sino que.....

—Continuad, señor, continuad si os place.

—Obedezco, puesto que así lo quereis.—Os decia que mi amigo el conde de Candespina me suplicó viniera á deciros su amor, y me encargó tambien os pidiera una contestacion pronta, definitiva, que estad segura de ello,

decidirá de su suerte.—En mi deber está; cumpliendo con la verdad y con el cariño que le profeso, decirle cuanto vos me habeis dicho.....

—Y por qué no mentís, señor conde? por qué no le decís lo contrario de lo que habeis oído de mis labios?

—Callad, señora, callad! y sois vos la que tal cosa me aconsejais?..... Con que quereis que dé esperanzas á mi amigo, para que despues sea mucho mas amargo el desengaño?—Oh, una gracia quisiera pedirós, señora; si me la concedeis, me librais de un paso que quisiera evitar á toda costa.

—Hablad.

—He pensado que seria mucho mejor que vos misma contestárais al conde de Candespina.—Yo le digo que nos habeis citado para la noche de este dia, y con eso no solo le hago vivir un poco mas, sino que oye de vuestra misma boca, lo que yo no quisiera decirle.—Qué respondéis?

—Conde de Trastamara, está acaso, escrito en mi rostro, lo que desea mi corazon?

—No os comprendo, no os comprendo.... contestó Don Alvaro sonriéndose de alegría.

—Ah, demasiado, por mi desgracia, señor! contestó la jóven sin poder ocultar su turbacion.

Uno de los tapices, se movió al decir Doña Leonor las anteriores palabras.

—Con que segun eso, repuso el de Trastamara con astucia, me quereis prestar tan gran servicio, á mí, señora, que os he dado hoy tan mal rato?

—Mal rato, habeis dicho! Ah, no lo creais!

—Si lo creo, señora, sí: olvidais que os he hablado de otro amor, quando todavia quereis á vuestro esposo, y

que segun me habeis dicho, no es fácil haya otro amor que os haga olvidar el del difunto Velasco?

—Ah, os gozais con vuestro triunfo!—Ved, ahí, porque temia ser franca con vos!

—Oh, perdon, señora, perdon! repuso el conde con galanteria.—Si hubiera sabido que mis palabras os ofendian, mi lengua hubiese enmudecido.

—Gracias, gracias; pero ya es tarde!—Conoceis mi secreto, y os quisiera preguntar....

—Sí, sí, hablad!

—Pues bien, lo que hareis con él.

—Oh, guardarlo en lo mas recóndito de mi pecho: es eso lo que quereis?

—Sí, conde de Trastamara, eso quiero.

—Está bien, señora.—Ahora, tened la bondad de decirme si os encargais vos de contestar al conde, ó.....

—Despues de anohecido os espero á vos, y á vuestro amigo tambien.

La cortina volvió á moverse, y á poco se oyó ruido de pasos, que se alejaron bien pronto.

—Adios, Doña Leonor; dijo Don Alvaro cogiendo de una silla su precioso birrete de terciopelo, y haciendo una elegante cortesia, á la futura favorita de Alonso XI de Castilla.

—Hasta la noche, conde de Trastamara.

—Y de Sarria, señora: contestó el conde volviéndose hácia Doña Leonor.

—Cómo es eso?

—Sí, su alteza el rey de Castilla me ha honrado con el título de conde de Sarria.

—Oh, pues recibid la enhorabuena de vuestra amiga.

Y el conde salió de la estancia de Doña Leonor, diciendo para sus adentros:

—Muéstrate amable esta noche con mi amigo el conde de Candespina.... y mañana lo seré yo de Lemos.....

Antes que Don Alvaro de Nuñez; salió de en casa de la de Guzman, un hombre de alta estatura y cubierto hasta los ojos con el embozo de un manto de una de las órdenes militares.

Munima le dijo con el mayor agrado al abrirle la puerta :

—De buen humor, ó de malo?

—El demonio vá á cargar esta noche con el ánima del gran maestro de....

—Jesus mil veces! exclamó la vieja, santiguándose.

A poco salió el favorito de Alonso XI y se dirigió al alcázar real.





CAPITULO X.

En el que se ve que Don Alvaro de Nuñez y Osorio hizo todo lo que pudo para ganar el condado de Lemos.



AN luego como llegó la noche se dirigió el rey, acompañado de su amigo el conde de Trastámara, á la casa de doña Leonor de Guzman. El corazón de Alonso XI saltaba de alegría. El futuro conde de Lemos le habia dado tan buenas esperanzas, que el hijo de Fernando IV, estaba casi loco de contento, porque segun las palabras de su amigo, su amor vivo y ardiente, seria no solo atendido por Doña Leonor, sino hasta corres-

pondido, porque en su pecho ardía otra llama igual á la que abrasaba al jóven que regia por entonces los destinos de Castilla. Así es que tan luego como la noche comenzó á estenderse por el horizonte, el rey lleno de impaciencia y deseoso de apresurar el momento de ver á la mujer que con tanto delirio amaba, le dijo á su amigo, levantándose del sillón donde le vimos por primera vez, y cogiendo una capa bastante larga y cumplida:

—Conde, conde, el día ha desaparecido! os parece ya hora?

—Señor, aguardemos un instante....

—Siempre aguardando!

—Es necesario, señor; os pueden conocer y....

—Y qué, acaso vamos á cometer un crimen?

—No, gran rey; pero si os ven y os conocen; si por casualidad nos siguiera cualquiera y nos vieran penetrar en la casa de Doña Leonor, mañana se hablaría en todo Burgos de tu alteza, de mí, y de la de Guzman.

—Y qué me importa que hablen, conde?

—Es que antes de amante sois rey, señor.

—Siempre lo mismo! exclamó Alonso XI con amargura.

—Un rey debe evitar el ridículo, y debe evitar siempre, tambien, que sus operaciones y los actos de su vida privada, sirvan de motivo para que hable la gente murmuradora y chismográfica.

—Ay del que se atreva, conde! repuso el rey, inmutado por la cólera.

—Se atreverán á hablar, y tu alteza no podrá prohibirlo de ninguna manera.—Solo un medio hay, para evitar que el vulgo se entere de tus amores.

—Y qué no se figurará mi pueblo, que su rey tiene un

corazon hecho para el amor?—Acaso, dejará de quererme por eso?

—No me comprendéis, señor!

—Oh, pues hablad claro.

—Y ella, Don Alonso, y ella?

—Explicaos, explicaos pronto, y no me tengáis en esta ansiedad!

—Escuehadme: vos amais de todas veras á Doña Leonor?

—Necesito decíroslo, conde? No sabéis que la amo con frenesí? No os he dicho mil veces, que sin el amor de esa mujer seria vuestro rey desgraciado? No sabéis que su negativa será mi muerte, y que su asentimiento será la salvacion de mi alma y de mi cuerpo? Ah, conde! y me preguntais si la amo de todas veras!

—Bien, señor, bien, eso mismo queria oir de tu boca, para decirte despues que no debes de ningun modo dar lugar á que el vulgo saque partido de tu amor, y del que ella te profesa. Si lo publicas, mañana esa mujer aunque sea pura é inocente, será llamada.....

—Acabad, conde, acabad!

—Mañana, continuó este, la llamarán tu favorita.

--Mi favorita! y pierde con eso? Su honor.....

—Su honor se mancilla con solo esa palabra.—Favorita y concubina.....

—Un medio, conde; un medio para librar á ese ángel de la maledicencia pública.

—Un medio pides? Te lo daré muy en breve, siempre que tu alteza me dé palabra de cumplirlo.

—Os la doy.

—Pues bien, señor; prudencia y sigilo.—Con esto solo.....

—La tendré, conde, la tendré, os lo juro.

El de Trastamara se acercó á la ventana, y despues de mirar por ella un momento se volvió hácia donde estaba el rey, y le dijo:

—Señor, ya es hora: Doña Leonor nos aguarda.

Alonso XI se puso al instante de pies, y á poco salió con el conde del alcázar real.

La noche era en extremo lóbrega. La mas completa oscuridad reinaba por todas partes. El rey y su amigo, embozados hasta los ojos, caminaban con precipitacion hácia la casa de Doña Leonor. Pero mientras llegan y dán con ella, si la oscuridad lo permite, referiremos al lector lo que dijo la de Guzman, asi que se marchó el conde de Trastamara.

—Dios mio! exclamó cayendo desplomada sobre el sillón que habia ocupado durante la visita de Don Alvaro.—Todo, todo lo he confesado ya! Oh, y yo que creia poder tener siempre oculto este amor, que desde el primer dia que se inflamó en mi pecho, conocí yo que era el verdadero, el que yo necesitaba, y el que necesita tambien mi corazon? El conde de Candespina me ama de la misma manera..... El conde de Candespina es libre como yo, y nadie, nadie absolutamente se opondrá á nuestra felicidad! Oh, dichoso dia!... Cuando yo le ví pór primera vez, cuando yo contemplé sus ojos negros y hermosos, cuando ví su aire y su porte, régio enteramente, mi corazon latió con tanta violencia, que casi queria saltárseme del pecho; mi cabeza se desvaneció por un momento y una embriaguez dulce y grata en extremo, se apoderó de mi alma, que hasta entonces no habia conocido tan agradable impresion! Oh, era el amor que se introducía en mi corazon sin que yo tuviera fuer-

zas para rechazarlo ; ah , y yo que creía era amor lo que profesaba á mi esposo ! Oh , perdon , perdon... pero ahora veo que no le amaba , porque no sentia por él lo que siento por el conde de Candespina..... Ah , perdon ! lo puedo yo acaso remediar ?..... Es culpa mia que el cielo haya consentido se encienda en mi pecho un amor mucho mas grande y mas verdadero ? Ah , no , no la tengo !... Dios lo ha dispuesto asi , no hay duda..... y es preciso sujetarse á su santa voluntad..... Conde de Candespina , yo te adoro , sí , no temo decirlo , porque mi amor es puro , como lo será el tuyo ! no temo decirlo , porque como yo eres libre y nuestra felicidad será santificada por la iglesia ! Oh , libres , y amarse asi , como nosotros nos amamos.....

Doña Leonor calló porque Munima penetró en la estancia donde se hallaba.

—Señora , le dijo acercándose á la jóven ; mientras estaba aquí el conde de Trastamara , llegó....

—Quién , mi buena Munima ?

—El hombre , querida señora , el hombre que ya conocéis.

—No te comprendo.

—A que con la alegría que teneis no os acordais ahora...

—Alegría , Munima ! pues cómo conoces que estoy alegre ?

—A ver ! pues si teneis el rostro mas contento que unas Pascuas !

La de Guzman se sonrió , y dijo á su aya con cariño.

—Vamos , habla , qué hombre es ese ?

—Aquel que os ha perseguido de muerte en Sevilla , y á quien vos siempre habeis despreciado.... El gran Maestro....

—Basta, basta, Munima! repuso Doña Leonor pálida como un cadáver y apretando despues los dientes, como si una contraccion nerviosa se apoderase de toda ella.—Y qué queria ese hombre? continuó clavando sus hermosos ojos negros en el rostro de la vieja.

—Quería veros, queria entrar para....

—Infame! exclamó la de Guzman interrumpiendo á Munima.—Y tú que le contestastes?

—Qué queriais que le contestára, señora? le dije que se marchára al instante, porque sino me pondria en medio de la calle á dar gritos como una loca, pidiendo socorro.

—Bien, Munima, bien; y se marchó?

—Se marchó; pero renegando como un condenado.

—Cómo habrá sabido ese hombre que estamos aquí? dijo Doña Leonor pensativa.—Y yo que me creia libre de él con venirme á esta tierra! oh, el diablo envia á ese hombre!

—Si, teneis razon, el diablo solo lo puede enviar.—Lo que es amaros os ama con frenesí: sino fuera por lo que os hizo en Sevilla....

—Callad, Munima; os tengo dicho que jamás me habeis de ese hombre! retiraos y si vuelve á tener la audacia de acercarse á la puerta de mi casa, me veré en la precision, hasta de dar una queja al rey.

Munima desapareció y la viuda de Velasco se asomó llena de impaciencia á la ventana, donde esperó á que llegase la noche.

Esta llegó en efecto y á medida que avanzaba, crecia la impaciencia y el deseo en Doña Leonor. Un alma no se veía por toda la calle, y de todas las ventanas que habia en ella, solo donde estaba esta asomada, aunque al través de las celosias, era la única que habia abierta. El

corazon de la hermosa jóven estaba lleno de inquietud, y en su cabeza se cruzaban mil ideas á cual mas tristes y funestas.

—Cuánto tardan! esclamó al cabo sin poder contenerse: —y dirá que me ama! oh, si me amára como ha dicho el conde de Trastamara, hubiese venido mas pronto!.... pero nada, todo en el mayor silencio! y ya hace mucho mas de una hora que ha anochecido! oh, qué será esto Dios mio? si habrá sido una broma del conde..... si se habrá estado hoy divirtiendo con mi corazon y con mi amor, como si fuera un juguete?..... oh, eso seria horrible, cruel!....

Y Doña Leonor volvió á mirar á un lado y otro de la calle para ver si descubria á alguien. Su corazon latió con mas fuerza, y dijo, casi fuera de sí:

—Ellos son!

Con efecto, dos sombras se dibujaron en la oscuridad.

—Munima, Munima..... dijo la de Guzman llamando á la anciana que le habia criado.

Esta apareció al instante.

—Qué me quereis, mi querida hija? dijo con tono zalamero.

—Encended esa lámpara, y despues abrid la puerta de la calle á dos caballeros que se acercarán á ella.

—Hay mas?

—Nada mas, mi buena Munima.

La anciana obedeciò á su jóven ama, y en un momento se halló el pequeño salon inundado de luz. Doña Leonor se recostó con negligencia en un sillon, preparando otros dos para las dos visitas que esperaba.

En la puerta de la calle, dieron un golpe, que reso-

nó de una manera agradable en el corazón de la viuda de Velasco. Munima se apresuró á abrir.

—El conde de Trastamara? dijo asomando la cabeza.

—Y el de Candespina, contestó Don Alvaro desembalzándose.

—Pasen, vuestras grandezas; repuso la anciana abriendo la puerta de par en par.

El amigo de Don Alvaro de Nuñez y Osorio, penetró solo en la casa.

—Y vos, señor? dijo Munima al de Trastamara.

—Yo me marchó ahora, pero luego volveré.

Y esto diciendo, desapareció de la vista de Munima que cerró la puerta al instante.

Don Alvaro no se movió de la calle donde vivía la de Guzman.

Esta al oír ruido de pasos, se volvió hacia el conde creyéndole el de Trastamara, y le dijo con resentimiento:

—Cómo solo!

—Perdonad á mi amigo, señora; pero no ha podido dejar esta noche la compañía del rey.

—Qué, no sois el conde de Trastamara?

—No, señora; pero lo soy de Candespina.

—Ah!

—No me conocéis ya Doña Leonor?

—Oh, sí, os conozco, os conozco.... pero cómo solo?

—Ya os he dicho la causa... os pesa, acaso, que venga sin el conde de Trastamara?

—Tomad asiento si gustais: repuso la de Guzman desentendiéndose de la pregunta del rey, y señalándole un sillón para que lo ocupara.

Alonso XI no se hizo de rogar. Se sentó frente de Doña Leonor y le dijo como cortado:

—Con que en Burgos, señora? habeis abandonado vuestro delicioso pais?... Ah, si viérais los recuerdos tan gratos que tengo yo de Sevilla! si supiérais lo que gocé cuando estuve allí, y lo que he gozado despues con solo los recuerdos, señora! Ah recuerdos divinos, encantadores; con ellos y con la esperanza he vivido hasta ahora....

—Yo tambien tengo recuerdos de Sevilla, dijo Doña Leonor; pero son distintos de los vuestros: los mios en vez de ser divinos y encantadores, son por el contrario crueles y terribles: en vez de respirar encantos, respiran luto y lágrimas!.....

—Tan desgraciada habeis sido en vuestra patria, señora?.

—Sí, tan desgraciada! en ella he perdido á mis padres y..

—Pérdida grande es en efecto.... y despues?

—A mi esposo, señor conde; á mi esposo que me amaba.....

—Y vos á él?

—Tambien.

—Y todavia?....

Doña Leonor miró al rey con sorpresa y le dijo casi titubeando:

—Todavia le lloro, señor!.....

—Ah, pues yo creí, repuso Alonso XI con sentimiento, que ya os habiais curado de esos amores, porque otra... Perdonadme, señora; no sé lo que me digo.... yo creí... el conde de Trastamara me dijo....

—Ni os comprendo, ni sé porque os he de perdonar: contestó la jóven mirando con estrañeza al rey.

—Es cierto, dijo este completamente demudado, que me teneis que contestar acerca.... acerca....

—Acerca de qué, conde?

—Señora, oh, piedad, piedad!.... yo os amo, yo no puedo vivir sin vuestro amor, y eso queria saber de vuestra boca.... El conde de Trastamara me dijo que vos me citábais á esta hora, para darme una contestacion pronta y definitiva que decidirá de mi suerte.... yo os amo, señora; pero os amo con delirio, con frenesí.... os amo desde el momento que os ví por primera vez en Sevilla; os amo con toda la fuerza y la verdad del primer amor, porque sois hermosa, oh, mas hermosa que un ángel!.... Leonor, Leonor! me amais? oh, decid que sí, y vereis cuan felices seremos! Decid que sí, ídolo mio, y desde mañana, tendreis oro, riqueza y todo cuanto podais ambicionar.... decid que sí, y desde mañana sereis la primer dama de Castilla..... ni la reina misma.... oh, perdon, Leonor mia, yo deliro, sí.... vos no ambicionais ni lujo ni riquezas.... solo quereis un corazon sensible y ardiente como el vuestro que sepa comprenderos y que sepa amaros y apreciaros en lo mucho que valeis? no es eso, ángel hermoso? no es eso lo que ambicionais?

—Oh, sí, sí.... eso quiero, conde; eso apetezco: contestó la de Guzman enteramente embriagada con las palabras que le decia el enamorado rey.

—Eso quereis y eso apeteceis, Leonor hermosa? repuso el rey precipitándose en el suelo y cogiendo una de sus manos que ella no tuvo valor para retirar: oh, eso quereis? pues en mí, señora, que tanto os amo, encontrareis todo lo que deseais: oh, yo seré vuestro dueño y vuestro esclavo.... por mí tendreis tanta felicidad, como pueda desear vuestro apasionado corazon.... Ah, ya vereis, Leonor mia, como hasta los mas tiernos amantes

van á envidiar nuestra dicha.... sí, porque es tanto el amor que tengo encerrado en mi pecho para vos, que nuestra felicidad durará tanto como nuestros corazones!.... Leonor, Leonor.... me amais vos tambien? oh, hablad, hablad pronto!.... nada temais; nadie se opondrá á nuestra felicidad porque yo soy bastante poderoso para castigar al que tenga la audacia.... oh, pero quién nos ha de separar á nosotros, unidos por el amor de nuestros corazones? Quién? hay acaso poder en la tierra para semejante atentado?—Oh, hablad, decid que aceptais mi amor, y comience al instante nuestra dicha.... Leonor, amadme, mirad que sino muero... oh, yo no podria vivir sin vos!.... me amais? me amais? exclamó el rey casi frenético, y sin soltar la mano de la jóven.

—Oh, qué porvenir tan lisonjero me presentais!.... contestó la de Guzman con dulzura.—Y si luego recogemos espinas en vez de flores?

—Espinas en un amor como el mio! Ah, señora, repuso el rey con amargura y soltando la mano que tan fuertemente tenia asida; cómo se conoce que no me amais como yo á vos! cómo se conoce que no arde en vuestro pecho la misma clase de llama, viva y abrasadora, que en el mio!—Sin embargo en vuestro rostro se veia pintada hace poco otra cosa muy distinta... Ahora mismo... Leonor, me amais?

—Os amo, sí, os amo..... repuso la jóven dejando caer su preciosa cabeza sobre el respaldo del sillón.—Os amo tambien con toda la verdad del primer amor Os amo con..... delirio, porque teneis un corazon como el mio, que me comprenderá y que..... Conde, yo necesito amor para vivir; pero amor puro y santo, porque mi corazon, como todos los del Mediodia, es

ideal y volcánico á un tiempo! Os amo, porque Dios lo quiere, y porque mi alma me lo dicta.... Oh, quiera el cielo que vos me ameis siempre tanto como yo os amaré....

—Oh, repite esas palabras, ángel divino; repítelas de nuevo; oiga yo de tus labios por segunda vez esas palabras tan dulces y encantadoras! repítelas, Leonor mia... Oh, necesito estasiarme, necesito adormecerme para soñar despues con nuestro amor y con la felicidad que nos aguarda!

—Sí, te amo..... te amo..... contestó la bella andaluza dulcemente embriagada.

—Con que es cierto! Ah bendita seas! bendita seas! exclamó el rey, estampando multitud de besos en la mano que tan fuertemente habia cogido de nuevo.

Doña Leonor se incorporó de pronto y dijo á su amante con dulzura:

—A pesar que he encontrado en tí, amor mio, el hombre que deseaba mi corazon, temo, conde, temo, y no quisiera mañana.....

—Continúa, Leonor, continúa y no me tengas en ansiedad! qué temes? habla, acaso.....

—Eres tan jóven, que tal vez mañana te olvides de la muger que á pesar de todo te amará de la misma manera.

—Me juras ese amor, siempre, siempre!

—Te lo juro!

—Oh, pues yo tambien te juró por la honra de mi padre, que te amaré constantemente, y que ni el menor disgusto vendrá á desfigurar tu rostro, tan hermoso y risueño como la primera alborada de un dia de primavera.—Y ahora desecha todo temor, amor mio; desecha toda idea triste

y amarga , y piensa en nuestro amor y en nuestra dicha!

—Ya pienso , ya..... ó crees , acaso , que por mi mente no cruzan tambien ideas halagüeñas y enchidas de amor y felicidad! Te figuras que todo es en mi triste y lúgubre?

—Oh , no , imposible , amor mio ! tú eres tan hermosa como poética ; tu alma bella y ardiente como la de las mugeres del Oriente tambien siente y conoce la impresion dulce y grata que experimentamos nosotros los impresionables y de corazon volcánico, al contacto de una mano-ó á la accion de una mirada honda y fascinadora. Leonor mia, tú eres la muger que yo necesitaba : hermosa y sensible, cándida y ardiente.—Oh , el alma se me llena de placer al contemplarte y al considerar que eres mia, esclusivamente mia, no es cierto?

—Sí , sí , cierto.....

—No sientes como yo , ese mismo placer espiritual cuando tengo tus manos entre las mías?

—Tambien , tambien.....

—Hay cosa mas hermosa y encantadora que cuando dos almas como las nuestras, se juntan , se vén y se aman?

—Conde , conde....., piedad , oh , piedad.!..

—Qué , te fastidian mis palabras?

—Oh , no , amor mio.... sino que tanta felicidad me hace padecer horriblemente.... si vieras como me late el corazon! si pudieras conocer el estado de mi alma!—Oh , no anticipemos la dicha, conde! dejemos correr el tiempo que él nos traerá el placer y el desengaño, tal vez juntos.

—Oh , calla , calla!—Acaso seas tú la que dejes de amarme mañana!

—Cielos!

—Dime, y si yo te hubiese engañado?

—Lloraria mi desventura; pero sin dejar de amarte, aunque tal vez huyera para siempre de tu lado.

—Bendita seas! exclamó el rey estampando un nuevo beso en la mano de la jóven.—Y si yo, continuó Alonso XI no fuera quien soy?

—Poco me importa que seas el conde de Candespina, ú otro caballero cualquiera, con tal que seas soltero para que mañana pueda la iglesia santificar y bendecir nuestro amor, así como Dios lo ha bendecido ya desde el cielo.

—Desgraciada! exclamó el rey por lo bajo.

Y conociendo Don Alonso que era preciso decirle la verdad, repuso, sin dejar su ternura:

—Y sí por casualidad fuera yo.... oh, perdon, Leonor, perdon! Necesito que me perdones y que no dejes de amarme! oh, te he engañado, te he engañado miserablemente.

—Habla, habla! repuso la de Guzman, llena de sorpresa y toda demudada.—Habla, qué ha sucedido!.....

—Que no soy ni el conde de Candespina ni....

—Oh, pues quien eres, quién eres?

—Perdon! soy....

—Oh, acaba, porque padezco atrozmente!

—Pues bien, soy, el hijo de Fernando IV.

—El rey! el rey!....

—Sí, Leonor mia! El rey de Castilla es el que te ama con tanto ardor y cariño.

—Apartaos, apartaos! repuso Doña Leonor levantándose, llena de indignacion.—Oh, me habeis engañado sin piedad!..... exclamó derramando copiosas y sentidas lágrimas.—Habeis abusado de vuestro poder, para...

—Leonor, Leonor! dijo el rey cayendo á los pies de su

amante y queriéndole cojer la mano que tanto tiempo habia tenido entre las suyas.

—Apartaos, señor, apartaos, que la viuda de Velasco, no puede ser la querida del rey de Castilla!

—Ah, perdon!.... yo te amo..., Leonor, Leonor mia!

—Basta, rey, basta ya! os he dicho que Leonor de Guzman no puede ser vuestra querida....

—Oh, y el amor que decias....

—Amor! el amor que os tenia ha desaparecido á la vista de vuestra infamia!

—Leonor!....

—Apartaos, rey de Castilla, apartaos porque ya no os amo!.... no, no os amo!....

Y cayó sin sentido en la poltrona que habia ocupado.

—Leonor, amor mio! cielos!.... qué es esto? oh, escucha, mira, vuelve en tí; oh, yo la he matado!.... Leonor, Leonor, perdon! oh perdon!....

La de Guzman abrió de pronto los ojos.

—Ah, vuelves, vuelves para perdonarme? Leonor mia, perdon para el que hace un momento amabas tan de corazon....

—Perdon! Ah, si supierais como habeis destrozado mi alma.... si os dijera, señor, que ya no puedo hacer mas que llorar toda mi vida....

—Llorar! tú llorar, existiendo el hombre que te ama? Qué dices, Leonor? Ah, dí que te equivocas, dí que solo....

—Callad, señor! ese hombre ha muerto para mí!

—Leonor, con que no me amas ya?

—Si fuérais el conde de Candespina, con el mayor delirio; pero siendo Alonso XI de Castilla, aunque os ame no debo, no puedo manifestároslo.

—Y tengo que perder toda esperanza?

—Toda absolutamente.

—Leonor!..... mañana llorará Castilla la muerte de su rey! exclamó Alonso XI poniéndose de pies.

La de Guzman se inmutó hasta el extremo de ponerse tan descolorida como un cadáver.

—Os dije señora, que de vuestra contestacion pendia mi suerte venidera.—Pues bien, me decís que no podeis ser mi amante? Pues la muerte pondrá fin mañana mismo á esta vida, que sin vuestro amor me seria odiosa y pesada.

—Señor, ah, piedad, piedad....

—Amadme, celestial criatura, amadme!

—Señor, señor....

—Oh, creéis perder? creéis que el vulgo criticará vuestro amor? al contrario, señora, os disculpará, porque una pasion la disculpa hasta el mismo Dios!—Y sobre todo qué culpa teneis vos de que en vuestro pecho se haya encendido esa llama, llama que nadie, á no ser el dueño del Universo podrá apagar?

—En él confio, señor.

Munima se apareció en el salon en el momento de decir Doña Leonor las anteriores palabras.

—Señora... dijo como temiendo estorvar, el señor conde de Trastamara me manda avise á este caballero que le espera abajo.

—Llegó la hora, Doña Leonor.—Me amais? dijo el rey así que se marchó Munima, y dando un paso para retirarse.

—Señor, señor.... yo quisiera.... pero....

—Ah, quisiérais pero temeis, acaso?

—Sí, sí.... temo.

—A quién?

—Al mundo! y....

—Al mundo! y por qué temeis á ese mundo infame y engañoso, que todo él no es mas que una farsa, sacrificais vuestro amor? Ah, señora no esperaba de vos semejantes palabras!.... Me he engañado!..... Yo creia que haciais menos caso de ese mundo, á quien tanto temeis: yo habia creido hasta ahora que teniais en mucho mas al amor....yò habia creido hasta ahora que para vos el amor era mucho mas que el mundo, mas que todo lo criado, porque despues de tener todo lo mejor de la parte humana, es divino, como divino es el Dios que lo ha criado!.... yo creia.... pero basta ya, señora. Dejo de importunaros, porque conozco que serán inútiles mis ruegos: el amor que os tengo vivirá siempre en mi pecho y tal vez, tal vez sea causa de que yo deje de existir.....

—Señor! callaos, callaos, si me amais.

—Bien, callaré, puesto que así lo quereis.—Y ahora adios quedad, señora!....Adios quedad, y que el mundo os pague en lo sucesivo la consideracion y el respeto que le teneis....

—Ah, os gozais en hacerme daño! ya no puedo mast esto es insufrible! y.... rey de Castilla, venid.... oh, venid y tened compasion de mí.... escuchadme, yo.... quisiera deciros.... oh, perdon, Dios mio, perdon!

Y Doña Leonor cayó sin conocimiento sobre su poltrona.

—Leonor, Leonor! exclamó el monarca corriendo hácia ella, —Oh perdóname tu á mí que yo he sido quien te ha ofendido! perdóname, ángel mio, y vive para amarme no es cierto que me amarás, y que despreciarás á ese mundo ingrato, que no comprende lo que es un amor tan ver-

dadero como el nuestro? Ah, Leonor.... mira, vuelve en tí.... escúchame, ten compasion de mí, que tambien padezco atrozmente! oh, sí, de una manera cruel, porque creo que voy á perderte, á tí, amor mio, á tí, la mas hermosa de todas las mugeres! á tí, mi amor, mi delicia.... Leonor, Leonor! Ah, vuelves? bendito seais, señor, bendito seais una y mil veces!

—Alonso, Alonso..... dijo la de Guzman incorporándose y pasándose una mano por su bello rostro notablemente desfigurado por el padecimiento moral: no te vayas, no te vayas.... porque me consuelan tanto tus palabras..... Oh, si vieras como se mitigan los dolores que sufro, con solo oirte!....

—Leonor, ángel mio, repite esas palabras!..... Oh, con que es cierto que me amas?.... y dime, por qué padeces?

—Ah, sí, sí, padezco porque lucha en mi interior el amor que el rey de Castilla encendió en mi pecho, cuando era conde de Candespina, y el deber, el temor de que mi honor..... Señor, no puedo mas; Ah, amadme, amadme, ahora necesito amor, mucho amor.....

—Leonor, con que es cierto? Con qué te puedo ya llamar mia?

—Sí, lo soy, señor, lo soy.... os amo y todo lo arrostro! Mi corazón solo quiere buscar el vuestro, mi alma no puede vivir sin la del rey. Solo un favor quiero de vos ahora.

—Habla, habla, idolo mio! habrá algo que te niegue tu esclavo?

—Señor, quiero estar sola un instante.... soy vuestra amante; soy de vos lo que el mundo quiera llamarme mañana; pero ahora necesito la soledad, necesito... llo-

rar, porque hay ciertas culpas que comienzan á espiarse mucho antes de que se cometan, y la mia es una de esas! Perdonadme, señor, amor mio; perdonadme; pero la soledad y el reposo es lo que necesita ahora mi alma.

—Oh, Leonor, qué cruel eres!

—Cruel por hoy, rey de Castilla; pero mañana..... soy vuestra amante..... mañana, soy la muger que os ha dicho claramente: «*os amo, haced de mí lo que querais.*»

—Bien, siempre haré lo que deseéis, mi bella señora: contestó Alonso XI, besando con entusiasmo una mano de su amante, y dirigiéndose despues al caracol, desapareció por él, en tanto que la viuda de Velasco se deshacía en lágrimas y comenzaba á espiar, como habia dicho, la culpa que aun no habia cometido.

El rey llegó al momento al pequeño recibimiento donde se hallaba haciendo calceta, inmediata á un viejo reverbero, la caduca aya de Doña Leonor.

—Es por aqui la salida, mi buena señora? le dijo el rey, viendo que la vieja no daba señales de haberle sentido bajar la escalera,

—Jesus! y qué susto tan grande me habeis hecho pasar, señor caballero! contestó Munima temblando como una azogada, y haciendo la señal de la cruz con los dedos índice y pulgar de su diestra.

—Susto! y por qué?

—A ver! pues si estaba muy entretenida contando los puntos que me se habian soltado de la media, cuando oigo vuestra voz, que aunque sois jóven no deja de ser varonil.—Estoy segura que al mas valiente le sucede lo que á mí.....

—En efecto, es para asustar á cualquiera... la salida, señora Munima?

—Ah, sí, teneis razon; se me habia olvidado con el susto! pero por aqui, noble caballero, por aqui: repuso la anciana abriendo la puerta.

—Dios os guarde: dijo el rey, ya en la calle y embozándose hasta los ojos.

—Vaya! exclamó Múñima, cerrando la puerta con rabia:—Pues ninguno de esos mozalvetes que tanto vienen aqui me han dado todavia ni una blanca! Vamos, ya veo que no hay ninguno tan generoso como el gran maestro, y eso que el pobrecillo ha salido siempre de esta casa con el rabo entre piernas, como se dice generalmente.—Oh, pero yo he de poder poco, ó... pero nos callaremos y veremos la manera de ganarnos un cornado, sin trabajar mucho, puesto que mi edad no me lo permite.

Y la anciana y ambiciosa aya de la de Guzman, se sentó otra vez cerca de la luz, donde se puso con la mayor parsimonia á recoger los puntos que se le habian soltado.

En tanto se llegó el rey á un bulto que habia parado cerca de la casa de su amante, y le dijo á media voz:

—Don Alvaro, Don Alvaro?.....

—Aqui estoy, señor, contestó el de Trastamara, acercándose al rey.—Y por cierto, continuó que si tardais un momento mas, no me hubiera encontrado tu alteza.

—Por qué, conde? dijo el rey con socarroneria.

—Alabo tu pregunta, señor! Con que me dices por que lo hubiera hecho?

—Sí, eso os he preguntado.....

—Pues por la sencilla razon, de que un planton de toda la noche, y al sereno, no lo sufre ningun ser vi-

viente. —Por Cristo, que en mi vida he visto eita mas larga! —Y que, qué habeis hecho señor?

Alonso XI bacilaba al responder. Su amigo y confidente lo notó, y repuso al instante, dándose por resentido.

—Me parece, señor, que tiene algun derecho á preguntar y á saber, el hombre que como yo os la ha presentado ya casi conquistada, y el hombre que se ha estado toda una noche mirando al celeste y pasando frio é incomodidades? —Ah, señor, señor! y como se conoce sois feliz!

—Porque me decís eso?

—Porque no hay cosa como la felicidad para á hacer egoistas á las personas.

—Mirad, conde, que os deslizais un poquito, y temo que además del mal rato que habeis llevado con aguardarme, deis ahora una caída.

—Nada temais, señor. —Pero estoy condenado á no saber lo que ha resultado? lo que ha salido de tan larga entrevista? me parece, señor, que me quejo con alguna razon.

—Sí, conde, sí, teneis razon: todo lo sabreis ahora mismo.... pero que os diré?... por dónde empezaré?... Ah, sí, solo os puedo decir que mañana mismo, sereis conde de Lemos.

—Conde de Lemos! pues esto quiere decir que habeis triunfado, no es eso? Esto dá á entender que Doña Leonor...

—Me ama: no me preguntais eso?

—Sí, sí, eso os iba á preguntar.

—Pues ya lo sabeis, me ama, es mia... y consecuente á lo que os ofrecí, el condado de Lemos pasa á vuestra casa. Estais contento?

—Contentísimo señor; pero es necesario que en celebridad de tan fausto acontecimiento se sirva tu alteza....

Don Alvaro calló porque un resto de cortedad y pudor le impidió continuar.

—De que me he de servir yo, señor descontentadizo?

—Nada pido; solo quiero que tu alteza haga memoria de cierta promesa hecha al mismo tiempo que cuando me dijisteis sería conde de Lemos.

—Ah, ya caigo, señor ambicioso..... queréis también las rentas del señorío de Ribera?

—Si tu alteza quiere dármelas no le vendrán mal al condado con que acabas de honrarme.

—Y estais ahora contento de mí?

—Nunca he tenido la menor queja.—Pero decidme, señor; porque hace rato tengo una duda, duda que quisiera aclarar, si en ello no tiene inconveniente tu alteza.

—Hablad, que estoy pronto á contestaros todo cuanto me preguntéis: qué queréis saber?

—Deseo saber si á quien ama Doña Leonor de Guzman es al conde de Candespina, ó al rey de Castilla y Leon.

—Al principio amó al conde de Candespina; pero como este y Alonso XI, eran una misma persona, amó despues al rey de Castilla, actual, ó lo que es lo mismo al hijo de Fernando IV.

—Oh, portento! y como, como se hizo semejante milagro?

—Descubriéndome á ella, despues de arrancarle que me amaba.

—De modo que estareis contento?

—Conde, en el mundo no hay hombre mas feliz que yo.

—No dirás dos veces esas palabras: contestó una voz desconocida.

Y cuatro hombres, los cuatro armados y cubiertos, se precipitaron con terrible furia sobre el rey y su amigo.

—A ellos! á ellos! dijo el que parecia gefe de los asesinos.

Don Alonso y el conde desenvainaron sus espadas y se pusieron á la defensiva, porque los enemigos eran dobles en número.

—Atrás, canalla, exclamó el rey, colérico y descargando un terrible golpe sobre su contrario, que era un hombre en extremo alto y delgado.

—Señor, somos perdidos, si dais un paso para atacar: dijo Don Alvaro observando que el rey para castigar á su enemigo se habia separado un poco de la pared.

El combate fué en extremo reñido; pero la victoria no se decidia por ninguno.

—Es necesario concluir: dijo el rey haciendo un esfuerzo por deshacerse de su contrario.

—Sí, sí, ya concluirás le dijo este apurándolo cada vez mas: —ya concluirás, pero será de vivir.

—O no, contestó otra voz tambien desconocida.

Y un hombre, tambien armado y encubierto, desenvainó su espada, y arremetió á los enemigos del rey, con tanta furia, que perdieron en un momento la ventaja que tenian sobre sus contrarios.

—Cuerno y sangre! exclamó uno de los asesinos: —Se conoce que el amigo que ha llegado tiene un brazo algo hecho á manejar la espada.

—Esa voz! dijo el intruso, buscando al que habia echado el juramento; pero con el pretexto de ir hacia él.

—Qué, vienes á buscarme? oh, me alegro, porque

aunque estoy aqui bregando con este , que creo es conde , de.... de los infiernos , que me importa ; me gusta dar con un enemigo que maneja tambien el cuchillo de matar moros.

—Nuño!.... dijo el intruso á media voz.

—Cuerno y sangre ! repriso este , tambien con el mismo tono:—esta voz la conozco yo !—Rayo y Belcebú , ya sé á quien pertenece.

—Pues silencio ! silencio ! y espérame en cualquier parte en seguida que se concluya esto.

—Bien , bien ! oh , cuántas ganas tenia de verte , hijo mio !

—Y yo á ti ; pero tén paciencia : despues hablaremos largamente.

El combate terminó al cabo en favor del rey y del conde , gracias al armado que se habia metido alli sin que nadie le llamára , y sin saber nadie tampoco por donde se habia aparecido. Uno de los asesinos murió á manos del de Trastamara ; y los otros tres huyeron despavoridos y llenos de temor , porque la gente comenzó alborotarse , y á asomarse á las ventanas dando terribles gritos.

El rey dijo al jóven que con tanto desinterés y valor le habia librado de una muerte cierta :

—Cómo os llamais , caballero ?

—Señor , no lo soy.

—Sin embargo gastais armadura.

—Porque soy soldado.

—Vuestro nombre ?

—Felipe.

—De qué?...

—No lo sé señor ; no he conocido á mis padres.

—Y por qué nos habeis defendido y librado de esos asesinos ?

—Pasaba por aquí en el momento que érais acometido, y como vi que vuestros enemigos eran cuatro y vuestras mercedes dos, me fui á la parte mas débil y apurada.

—Me conoceis, acaso?

—Es la primera vez que tengo el honor de veros.

—Pues bien, tomad esta sortija, no como recompensa del servicio que me habeis hecho, sino como un obsequio que os hago. Con ella ireis al alcázar real, el dia que querais, y una vez allí preguntareis por el conde de Trastámara, y este os presentará al de Candespina, que tiene mucho valimiento con el rey, y segun tengo entendido, á Alonso XI, le gusta premiar el mérito y el valor.

—Gracias, señor, gracias; contestó el jóven sorprendido con lo que le pasaba.

—Faltareis?

—No faltaré, señor; os doy mi palabra.

—Está bien.

—Y despues de una leve inclinacion de cabeza, desaparecieron los dos amigos.

Felipe al verse solo, dijo guardándose la sortija en parte segura:

—Qué será esto? Si haré suerte con esta escaramuza? Oh, Dios lo haga! porque Elvira me amará despues!

Y el jóven echó á andar, presa de mil ideas á cual mas gratas y halagüeñas.

—Felipe..... dijo la voz de Nuño.

—Ah! estábais ahí?

—Yo nunca faltó á las citas que se me dán.

—Bien, amigo mio, bien; pero dónde vamos á hablar?

—A mi casa que no está lejos de aquí.

—Vamos á vuestra casa: contestó Felipe dejándose conducir por el ex-teniente de la *formidable*.

Y después de pasar la calle donde habia tenido lugar el combate, y de llegar y llamar en una casa de feo y pobre aspecto, se encontraron en una pequeña habitación, enteramente desmantelada, si bien tenia algunas armas y arcos de caballos.

—Abrázame ahora, Felipe: dijo Nuño loco de alegría y echando sobre los hombros del jóven sus descomunales brazos: abrázame, volvió á decir, y no eches en olvido que te amo como si fueras mi hijo!

—Lo sé, Nuño, lo sé; y por eso yo os quiero tambien. A pesar...

—Habla, cáspita, habla!

—A pesar que vuestro encuentro ha despertado en mi alma recuerdos que jamás se borrarán!

—Felipe, hijo mio!.... Por Dios, que si te empeñas me vas á hacer llorar como si fuera una mujer ó un chico.

—Pero decidme, dijo de pronto el jóven mudando de conversación y pasándose su diestra por la frente como queriendo ahuyentar de su imaginacion las ideas tristes que comenzaban á bullirle:—Decidme, cómo estábais con esos asesinos, qué queriais? Qué os habian hecho para que les acometiérais cuatro no siendo ellos mas que dos?

—Oh, me buscaba la vida, la subsistencia, Felipe: y sino qué querias que hiciera? desde que fué derrotada nuestra valiente y hermosa compañía, estoy á todo lo que sale, hijo mio, á todo absolutamente, porque para vivir en ciudad, es necesario un dinero que yo no tengo.—

—Pero bien....

—Oh, voy.... que ya sé no te he contestado á lo que me preguntabas, yo estaba en este cuarto, muy quieto

sentado sobre la silla de mi honrado Almanzor, caballo que todos los días lloro, é inventando la manera de ganar me una blanca, cuando veo entrar por ahí un hombre alto y delgado como la lanza de Mal-alma.—«Me han dicho que sois un valiente, amigo mio» me dijo de buenas á primera, pero sin descubrirse, y sin querer tomar mi asiento, que mas de una vez le ofrecí.—Yo le contesté aquello que me pareció mejor, y despues me hizo proposiciones lo mas ventajosas y magnificas para un hombre, que como yo se encontraba sin dinero y sin vino.

—Y esas proposiciones...

—Oh, las proposiciones!.... me das tu palabra de no revelar nunca?....

—Te la doy, acaba ahora pronto.

—Pues señor, me dijo que él era un caballero muy principal, y que tenia ciertos resentimientos con dos condes de la corte de Alonso XI. resentimientos que queria vengar á toda costa.

—Os acordais de los nombres de esos condes?

—Diablo!.... algo dificil será.... pero uno de ellos es el conde de Trasta....

—De Trastamara?

—Oh, sí, sí, eso es; cáspita, eso es!

—Y el otro es acaso, el de Candespina?

—Por Bacó, que así se llamaba el otro!

—Oh, bien; y luego qué te dijo tu desconocido?

—Primero me dió un gran bolso lleno de dinero, y despues me dijo que me esperaba con dos mas que yo buscase; pero de toda mi confianza, en el sitio donde nos has visto esta noche.

—Y cuál era vuestra intencion?

—Por Santiago, que me gustó tu pregunta!Cuál que-

rias que fuese, vamos á ver?... sino la de matar á los dos jóvenes que tú has librado por nuestra desgracia?

—Por vuestra desgracia, Nuño!

—Cuerno y sangre, ya lo creo! No vés, pecador de mí, que si mueren esos mozalvetes á nuestras manos, hubiera sido rico para toda mi vida, segun lo que me dijo el caballero?

—Ah, te ofreció.....

—Todo el oro que quisiera:—Cáspita, haber perdido tan bonita ocasion! Pero anda con Dios, tú lo has hecho, bien hecho está.

Sabes el nombre de ese caballero?

—No.

—Y sabes, infeliz de ti, quien es el conde de Candespina?

—Tampoco.

—Pues es el amigo, el confidente, el ministro de Alonso XI de Castilla.

—Buen cuidado se me dá á mí: asi hubiera sido el mismo rey en persona, y..... pero si me dá mas dinero que el desconocido, me voy con el conde y mato en aquel mismo instante al larguirucho..... al de las proposiciones.

—Nuño! Nuño!.....

—Un soldado de la *formidable* debe tener corazon para eso y mucho mas.

—Oh, calla, calla, no me la nombres!..... y no oiga yo de tu boca semejantes palabras!

—Pardiez, estas palabras las dice cualquier hombre que tenga corazon.

—Oh, no, Nuño; el hombre que diga esas palabras se iguala á la fiera mas terrible y feroz!

—Por Baco y todos sus partidarios, que estoy por darte la razon.

—Y si no, dime, Nuño: no te horrorizas al pensar lo que éramos en esa *formidable*, que tanto echas de menos?

—Éramos unos valientes.

—No; éramos unos asesinos y unos ladrones! oh, piensa, piénsalo bien y verás como tengo razon! Éramos unos foragidos crueles, que solo dejábamos en pos nuestro el luto y el llanto! Éramos unos hombres viles, sin corazon, sin sentimientos, fieras sedientas de sangre y deseosas siempre de dañar y morder á nuestros mismos hermanos, á los hijos de nuestra misma patria! Nuño, Nuño! No te alegras de verte libre de aquellos hombres, que me hicieron para siempre desgraciado y que sembraron en mi pobre pecho el dolor mas amargo y mas intenso? oh, maldícelos, como yo..... reniega de ellos y avergüénzate como yo me avergüenzo, hasta de haber tolerado aquel foco de infamia y de maldad!

—Oh, tienes razon! tienes razon! cuerno y sangre! exclamó Nuño enteramente conmovido y procurando ocultar dos lágrimas que en vano podia contener.

—Ah, no creas; yo hubiera sido como vosotros, porque Hugo, y aun tu mismo, á pesar de tus buenos sentimientos, me educásteis para el crimen: y aunque mi corazon se negaba á todo lo malo y cruel, hubiérase empedernido como el de todos, y yo hubiera llegado á ser tan criminal como el primer bandido, á no ser por una virgen, hermosa y cándida, que me ha transformado, que ha sabido estraer de mi corazon toda la parte mala, que vosotros habíais inoculado en mis primeros años!

—Y ese ángel?

—Ese ángel, es la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio.

—Y te ama?

—Me desprecia.

—Voto á sanes! á tí!

—A mí, Nuño.—Elvira tiene razon para despreciarme.

—Razon! razon, Felipe!

—Sí, porque yo la he engañado, y porque Elvira no podia amar á un bandido..... me desprecia, porque debia de hacerlo asi en el momento que averiguase lo que yo era.

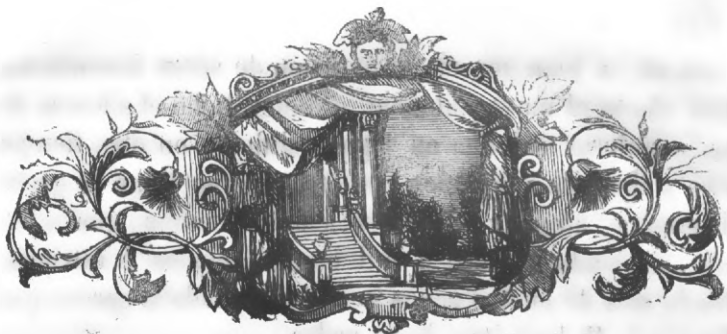
—Y qué harás ahora?

—Hacerme digno de ella.

—Pero cómo?

—Una santa me dió este consejo, y estoy tan seguro de su éxito, que casi, casi lo doy por hecho.

Pero dejemos conferenciar á los dos amigos; dejemos á Felipe hablar de sus amores, y á Nuño contarle la manera que tuvo de salvar el pellejo cuando la derrota, que sobre poco mas ó menos fué fingirse el muerto, y venga el lector con nosotros á escuchar otra escena, precisa é indispensable para que esta mal pergeñada historia pueda seguir su curso.



CAPITULO XI.

De como viene el lector con nosotros al antiguo alcázar de los condes de Haro.



UERZA ES, queridísimo lector, que dejemos á Felipe y á su amigo Nuño Fajardo, para ver y conocer un nuevo protagonista de nuestra historia. Y decimos nuevo porque ha variado tanto en físico, en carácter y en instinto el personage, que es preciso conozcas, que casi le podemos llamar otro sin temor de equivocarnos.

El antiguo alcázar de los condes de Haro permanecía en el mismo estado y cerca del de los reyes de Castilla. Sus preciosos torreones, rematados en delgadas agujas, los muchos y variados escudos de armas y las ojivas con cristales de mil colores, no habia perdido su bello y elegante

carácter, si bien parecía la mansion de seres inanimados. Con efecto el mayor silencio, ó mejor dicho el silencio de los sepuleros reinaba en aquel edificio, en otro tiempo vivo y lleno de animacion, en otro tiempo lleno de gente de guerra, alegre y bulliciosa; en otro tiempo, por último, sirviendo de foco á mil conspiraciones é intrigas, donde mas de cuatro veces se vió amanezada la corona que Fernando IV heredára de su padre.

Todo habia desaparecido enteramente. Ni un soldado se veia por sus patios y cuarteles; ni el relincho de un solo caballo, se oia por sus muchas y espaciosas cuadras: Al canto de los soldados que en otro tiempo lo guarnecia, habia sustituido el silencio mas profundo y la inanizacion mas completa. Sus puertas constantemente cerradas, impedian que los curiosos pudiesen ver lo que pasaba en el interior de aquel palacio tan grave como sombrío: mil opiniones y dichos circulaban entre la gente que vivia próxima al alcázar mencionado. Unos decian que el último conde de Haro despues de una vida en extremo mala y llena de crímenes, se habia retirado á su palacio, donde vivia sino entregado á la penitencia, á la desesperacion y á los remordimientos: otros que solo habitaba en aquel inmenso edificio el ánima de Don Lope Lopez Diaz de Haro y que bagaba por todo él, metiendo un ruido atroz y aterrador, como condenado que estaba. Pero lo cierto es, amados lectores, que en quince años no se vió alma viviente por ningun lado del palacio, y que su puerta principal no respondió nunca á les infinitos golpes que desde fuera les daba la gente curiosa y amiga de novedades. Todo indicaba que, ó nadie lo habitaba, ó si era lo contrario que la persona ó personas que en él moraban se habian propuesto vivir tan aisladas como monjes ó ermitaños.

En una de las tardes del mes de mayo, y en la hora en que el sol comienza á inclinarse hácia el ocaso, se veia caminar hácia el alcázar de los antiguos señores de Vizcaya, un hombre de regular estatura, con el cabello blanco enteramente aunque se conocia no era por la edad, y de porte noble y distinguido. Llevaba con gracia y soltura un magnifico traje de terciopelo bordado de plata, y un capotillo oscuro pero de rica y fina tela. Su semblante era en extremo simpático y agradable, como lo puede ser el de la persona que además de reunir unas facciones agradables tiene pintado en su rostro la dulzura y la amabilidad.

El caballero se detuvo en una pequeña puerta forrada de hierro perteneciente al misterioso alcázar, y despues de dar tres golpes con la mayor suavidad, y uno con todas sus fuerzas, se puso á pasear, sin duda para entretener el tiempo, hasta que le abriesen. La puerta permaneció cerrada, y ni el mas mínimo ruido indicaba que vinieran á abrirla. Entonces se acercó á ella y volvió á llamar de la misma manera que antes.

Esta vez fué oído, porque la maciza puerta comenzó á rechinar sobre sus goznes.

—Quién sois? dijo una voz temblona de dentro.

—Ya lo sabeis, Mendoza; el.....

—Sí, sí, ya os conozco repuso la voz.

Y la puerta se abrió lo bastante para que pudiera pasar el caballero.

Un hombre de mas de cincuenta años con el pelo tambien blanco, de abultados y colorados mofletes, y de crecido abdomen, se vió por detrás de la puerta.

—Vuestro amo?..... dijo el caballero con amable sonrisa.

—Pase, pase vuestra grandeza, que en un momento os voy á conducir á su presencia.

El caballero obececió, y los dos desconocidos echaron á andar por las inmensas é interminables galerías del alcázar.

—Sabeis, dijo el caballero; que me dá tristeza ver esto?

—Oh! lo creo, señor! vos que cómo yo habeis conocido esta casa hecha un verdadero palacio régio!—Qué que-
reis, todo está abandonado enteramente, porque el señor conde lo quiere así! Las paredes destilan agua, el suelo de la planta baja como veis, todo está lleno de yerba-
jos... oh, qué lástima, qué lastima de alcázar! No creais que el señor conde se enfada cuando vé esto; nada de eso; al contrario, cuando viene por aqui dice que se recrea y esclama con acento amargo:—*Oh, el tiempo! este es el tiempo!*

—Y cómo sigue el conde?

—Ah, señor, malo, muy malo: yo creo..... siempre hablando solo, siempre viendo fantasmas y siempre acobardado como un niño: si lo dejo solo un momento me llama en seguida, y cuando vengo me lo encuentro demudado y como si hubiese luchado con alguien.

—Pobre conde! pobre conde!

—Pues no es eso lo mas particular, sino que ahora ha dado en la maldita idea de decir que si se casára tal vez viviera con mas tranquilidad.... que os parece?

—Y no se sabe á que atribuirse esa variación en su carácter, y la vida que lleva desde que murió el padre de nuestro actual rey?

—Nada se sabe, señor, nada absolutamente porque él tiene buen cuidado de no hablar mas que medias palabras

cuando está preocupado con alguna idea. —Solo puedo decir os que cuando joven fué muy ambicioso, y que tal vez cometiera algun crimen... pero esto no es más que una suposicion....

—Comprendo, comprendo....

Y los dos interlocutores llegaron sin notarlo á un salon bastante grande, todo desnudo y desmante-

lado. —Cáspita! dijo el llamado Mendoza, que casi estamos ya cerca del señor conde, y con la conversacion....

—Cerca del conde! pues dónde está, Mendoza?

—Abrid esa puerta, y os encontrareis de manos á boca con él.

El caballero así lo hizo. Y con efecto un hombre de elevada estatura, huesoso, descolorido, con el cabello casi blanco, los ojos mústios y los lábios cárdenos, fué el hombre que se le presentó á la vista. Ocupaba, cerca de una mesa, llena de mil objetos, un sillón de cómodo respaldo y de magníficos brazos de madera tallada. Su traje era en extremo sencillo, si bien, estaba puesto con cierta elegancia natural, que el hombre escuálido, queria perder á toda costa.

Al ver al caballero se puso de piés y estendiendo hácia él los brazos, exclamó con la mayor alegría: —

—Don Jimeno!

—Sí, amigo mio, yo soy.

—Ah, cuánto placer experimento al estrecharos entre mis brazos! porque si viérais que vida paso! si supiérais lo que padezco hace quince años!

—Oh, y todo por que, conde, por qué? si vos no os hubiérais enterrado en vida.... si en vez de encerraros en esta clausura hubiérais buscado una mujer que os

hubiese hecho feliz y que os hubiera hecho olvidar esos escrúpulos de vuestra conciencia!....

—Una mujer! y escrúpulos de mi conciencia! Ah, Don Jimeno, si os dijera.... si os abriera mi pecho.... veríais como una mujer, que siempre me odió á pesar del amor que yo la tenia, ha sido la causa de... pero me callo; porque padezco atrozmente al recuerdo de esa vida primera!

—Oh, pues haceis mal, conde de Haro, yo soy un antiguo amigo de vuestro padre, os quiero, y á nadie mas que á mi debiérais de abrir las puertas de vuestra alma.— Además que cuando una persona se llega á poner en el estado que os habeis puesto, solo contando sus cuitas tienen algun consuelo. No sabeis que hay cierta clase de padecimientos que solo se curan aplicando medicinas en un todo iguales al mal que se padece?

—Dispensadme, amigo mio, dispensadme, pero....

—Bien, bien, haced lo que gustéis; pero permitirme una pregunta:—Que haceis aquí encerrado sin ver á nadie y huyendo de ese mundo, para vos en otro tiempo tan encantador?

—Que qué hago! llorar, Don Jimeno, llorar mis culpas pasadas!

—Y para llorar desaciertos propios de la juventud, se aísla uno de ese modo, y hace la vida monástica que vos haceis? Por Dios, conde; y qué culpa tienen vuestros amigos para que les priveis así de vuestra presencia?

—Os diré, amigo mio: yo conozco que mi corazon no es tan virtuoso como para vivir en el mundo y no embriagarse con su pompa. Tal vez hubiera sucedido que mis pasiones y mis defectos hubiesen tomado incremento y el arrepentimiento de mis culpas hubiera llegado cuando

Dios cansado de mi vida, no me tendiera la mano benéfica que estoy seguro me ha tendido al ver mi dolor y mi sacrificio.

—Hola ! luego entonces no debeis estar muy satisfecho de vuestro arrepentimiento.

—Por qué !

—Porque no es verdadero , conde ; porque vos lo habeis adquirido en la soledad, y no habeis luchado....

—Con quién , Don Jimeno !

—Con el mundo.

—Ah , me incitais á hacer una prueba!.....

—Nada de eso , amigo mio.—Si os he contradicho en algo ha sido por veros animado un momento ; pero no, Don Lope , vivid como gustéis , que de todas maneras tendreis en mí siempre un verdadero amigo que os compadece, porque sois desgraciado.

—Oh, gracias, gracias, señor !

—Solo un favor quisiera pedirós.

--Hablar.

—El objeto de esta venida, además del deseo que tenia de veros, es el de despedirme de vos.

—Os marchais !

—Sí, amigo mio.

—Muy lejos ? por mucho tiempo ?

—Me veo precisado, á partir para Alemania y creeré que sea por un buen puñado de dias.

—El favor....

—Mi hija queda aquí. El real monasterio de las Huelgas es ya su residencia y lo será hasta que yo vuelva ; pero quisiera....

—Vuestra hija queda á mi cargo ; un segundo padre tendrá en mí, y aunque hace quince años no veo la calle,

á pesar que he jurado no volverla á ver , este edificio se prolongará hasta el monasterio donde está Elvira.

—Ah , conde , gracias , gracias ; no sabeis el beneficio que haceis á un padre , que se marchaba con la desazon de dejar á su hija sola , porque si bien está en una santa casa donde nada debo temer : sin embargo , no tenia á nadie á quien volver los ojos , si se viera en algun peligro.—Gracias , Don Lope ! Oh , y cuánto bien me haceis !

—Amigo mio , es mi deber : y á pesar de que habia jurado no salir de esta mansion , donde tantas lágrimas he derramado , donde ha encanecido mi pelo , y donde he visto á mis victimas..... Oh , no me equivoco..... donde continuamente veo mil fantasmas aterradoras que sin duda mi enfermo cerebro me representa á cada instante para atormentarme ; á pesar que aqui queria morir , lejos de ese mundo en que yo he disfrutado y padecido tanto , á pesar de todo iré con frecuencia al Monasterio de las Huelgas , para ver á vuestra hija y para consolarla cuando llore vuestra ausencia.—En mí , Don Jimeno , tendrá Elvira un padre cuidadoso y solícito.

—Con qué os pagaré tamaño favor ? Ah , mi reconocimiento es tan grande que solo os lo puedo probar con estas lágrimas que habeis hecho asomar á mis ojos.

—Ahora bien , amigo mio ; cuándo me presentareis á vuestra hija ?

—Quereis venir conmigo ?—En este momento voy á verla , y con eso os presentaré á ella , como su tutor , su segundo padre , durante mi ausencia.

—Ahora..... tan de dia !.....

—Nada temais ; la puerta por donde yo he entrado dá á una calle en extremo apartada y solitaria : persona

alguna transita por ella , y bien cubierto con vuestra capa nadie os conocerá..... Qué decís ? os determinais ?

—Don Jimeno, llevadme á donde se os antoje.

—Bien, conde, bien ; sois todo un héroe : cuando gustéis podremos echar á andar.—Estoy enteramente á vuestra órdenes.

—Marchemos, Don Jimeno , marchemos.

Y despues de llamar á Mendoza y de cubrirse perfectamente con un manto de finisimo bellori, salio Don Lope de su alcázar despues de quince años de reclusion voluntaria, donde mas de cuatro veces lloró las muertes de Fernando IV y de los hermanos Carvajales.

—Por donde, Don Jimeno ? dijo al de Luna cuando se vió en el patio del alcázar.

—Por aquí, amigo mio, por aquí: contestó el padre de Elvira , abriendo la pequeña puerta por donde habia entrado.

—Bien , ya estoy en la calle ! El mundo me recibe otra vez en su seno ; quiera el cielo no nos arrepintamos los dos : yo por lanzarme á él por segunda vez , y él por recibirme.

—Dejaos de esas imaginaciones , Don Lope.

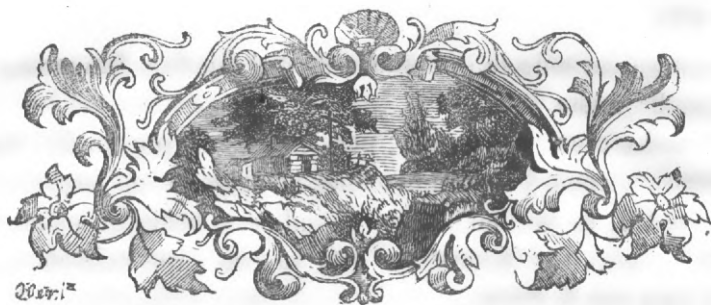
—Ay , amigo mio ! si viérais el temor que se ha apoderado de mí, al pisar el umbral de esa puerta !

—Temor ! y por qué ?—Acaso , os vais á lanzar al mundo ?—No , Don Lope, habeis salido únicamente para cumplir con los deberes de la amistad.—Es lanzarse al mundo visitar un monasterio donde no se oye mas que el ruido del viento y los salmos de las religiosas ?

—Ah , es verdad ! es verdad ! contestó el conde , convencido con las razones que le habia dado Don Jimeno de Luna y Osorio.

Mendoza cerró la puerta , y el conde y Don Jímene se dirigieron al real Monasterio de las Huelgas , donde vivia la infeliz Elvira , entregada á las ideas mas amargas y terribles.





CAPITULO XII.

De como el conde de Haro volvió á su palacio, y lo que dijo cuando se halló en él.



EL real monasterio de las Huelgas de Burgos, distante todo lo mas de la ciudad un cuarto de legua escaso, era el sitio á donde se dirigieron Don Jimeno de Luna y su amigo el conde de Haro. Los dos caminaban con paso mesurado y aunque la distancia que mediaba desde el alcázar hasta el Monasterio, no era mucha, tardaron mas de lo regular en llegar á él. El conde de Haro apenas podia andar, y eso era la causa de todo.

—Sabeis, conde, que á este paso no llegaremos al Mo-

nasterio en todo lo que queda de día? dijo Don Jimeno con aire bromista.

—Lo creo, amigo mio; pero ya veis no puedo dar un paso.... como hace quince años no salgo de mi encierro.

—Oh, es verdad... pero si pudiérais hacer un esfuerzo.... mirad el Monasterio está ya casi aquí mismo..... se toca con la mano.

—Desde que salimos de la ciudad parece talmente que se coje con la mano el edificio, y sin embargo, yo he perdido las fuerzas, y el Monasterio no llega ó mejor dicho nosotros parece no llegamos nunca á él.

—Tomad mi brazo y vereis como al momento estaremos; si llegamos despues de las oraciones no podremos penetrar.

—Pues bien, marchemos, marchemos.

A poco de esto se encontraron en las puertas del convento. Don Jimeno llamó y dijo á la monja que se hallaba en el torno:

—Decidme, madre, ne pudiera yo ver á la ilustrísima Abadesa?

—Oh, oh, muy difícil lo veo.... la señora á esta hora.... pero quién sois? como os llamais?

—Decidle, si gustais, que está aquí Don Jimeno de Luna y Osorio, padre de la jóven que....

—Basta, basta, caballero que asáz conocido sois en toda Castilla, y demasiado principal para que la señora no os haga entrar al momento en su locutorio.—Tened la bondad de esperar mientras yo le aviso estais aquí.

—Bien, bien, madre; pero decidle tambien que me haga el obsequio de llevar consigo á mi querida hija.

—Perded cuidado, señor, que todo lo haré á medida de vuestro deseo: y al mismo tiempo se oian las pisadas

de la monja que iba precipitadamente á ver á la Abadesa.

—Conoceis á la superiora del Monasterio, Don Lope?

—No, y ya sabeis la causa.

—Ah, teneis razon, me olvidaba de vuestro cautiverio....

—Hace mucho que es el gefe de estas santas mujeres?

—Cuatro años escasos.

—Y quién es?

—Es descendiente de la casa de Pimentel, y parienta de la reina Doña Maria Alfonsa de Molina.

—Ah, sí, la madre de Fernando IV.... repuso Don Lope, palideciendo.

—Efectivamente; pues como su parienta, como la mujer que todavia lloramos los que la conocimos, es magnánima, de escelentes sentimientos y de un talento poco comun: su lenguaje es dulce, sus ademanes nobles y de su alma sublime y caritativa, se desprenden los sentimientos mas bellos, puros y santos.

—Deseo conocerla, Don Jimeno.

—Oh, pues no tardareis en satisfacer vuestro deseo... oigo pasos y tal vez sea la madre tornera....

Don Jimeno no pudo concluir, una voz de mujer un tanto cascada, le interrumpió con estas palabras:

—Caballero, su ilustrísima tendrá el honor de recibirlos en su locutorio: tomad la llave y abrid la primera puerta que encontréis, pasado el patio de la porteria.

El torno giró con la mayor rapidez, hasta que Don Jimeno cogió la llave.

—Gracias, señora, gracias por vuestra eficacia.

—No he hecho mas que cumplir con mi deber, caballero.

Las últimas palabras de la monja casi fueron oídas

por los caballeros, porque al momento de recibir la llave se dirigieron al locutorio á que correspondia.

A poco de penetrar en él, se presentó la superiora del Monasterio, seguida de la jóven y encantadora Elvira.

—Padre mio! exclamó la amante de Felipe, arrojándose en los brazos de Don Jimeno, y llenándolo de besos y caricias.

—Elvira, hija mia! dijo tambien el anciano correspondiendo con la mayor ternura á las demostraciones de alegría y cariño que le daba la jóven.

La abadesa y el conde de Haro permanecieron silenciosos y contemplaron la primera enternecida al ver aquellas muestras de cariño tan puras y verdaderas; y el segundo sin quitar ojo de la encantadora Elvira, y no sabiendo que admirar mas en ella, si su hermoso rostro, si su bello y esbelto cuerpo, de académicas formas, ó si la elegancia y naturalidad de sus ademanes. El conde de Haro estaba aturdido, y en medio de su sorpresa no pudo menos de decir con voz casi imperceptible, pero trémula y balbuciente:

—Oh, Elvira..... solo una muger ha habido que se parezca á tí! Sin embargo Beatriz..... oh, los recuerdos, los recuerdos siempre, Dios mio! Huid, huid, dejadme en paz un momento..... siquiera mientras contemplo á este ángel!

El padre y la hija se separaron, y entonces Don Jimeno se volvió á la priora y le dijo con la mayor cortesía, besándole al mismo tiempo con respeto una de sus manos:

—Perdonadme, señora: el placer de ver y estrechar á mi hija entre mis brazos.....

—Oh, lo estais, Don Jimeno, lo estais por mi parte: es tan natural lo que ha pasado!

—Y cómo estais, señora?

—Perfectísimamente, y con la satisfaccion de que no hay ninguna novedad en la actualidad en esta santa casa. Dios ha escuchado mis súplicas, y la paz y la salud mas completa hace dias es con nosotras.

—Mas vale así, señora: pero antes que se me olvide, tengo el gusto de presentar á vuestra reverencia á mi amigo el conde de Haro, nombrado por mí, durante mi ausencia, tutor de mi querida hija.

—Oh, bien, me alegro de conocer á tan principal y noble caballero: contestó la madre, haciendo una pequeña reverencia y examinando con detencion el rostro de Don Lope.

Elvira lo miró tambien, y despues dirigió la vista á su padre, como queriendo interrogarle. Este se apresuró á decirle:

—Y á tí, hija mia, tambien te lo presento; el conde será para tí un amigo, un segundo padre; y quiero que desde ahora lo estimes y que desde ahora lo mires como la persona mas allegada que tienes despues de tu padre. En él tendrás, como ya te he dicho, un amigo, un confidente; un padre, que nada te negará, que será amable y solícito contigo, y que te hará olvidar en algun tanto mi necesaria y precisa ausencia.

—Necesaria, padre mio? dijo la jóven con sentimiento.

—Sí, hija mia, necesaria, ya lo sabes, y es preciso conformarse porque redundá en beneficio tuyo: ya te he dicho que una pingüe fortuna será el resultado de mi viaje, y que todo pasará á aumentar tu dote.

—Ah, señor, yo renuncio á todo con tal de que no os marcheis.....

—A qué viene afligirse? No estás en esta santa casa, que el mismo rey de Castilla ampara y protege? No te dejo en mi lugar al conde de Haro, á quien amarás á la segunda vez que lo veas, porque su carácter dulce y complaciente, le hace digno del mayor aprecio?

—Por Dios, Don Jimeno..... dijo el conde con modestia.

—Oh, no, es la verdad, amigo mio; y sobre todo, continuó el de Luna, no estás al cuidado de esta noble y respetable señora que estoy seguro será para tí una madre?

—Oh; sí, sí, cierto; es para mí una madre, y yo la amo como si realmente lo fuera.

—No haces mas que corresponderme, hija mia querida: contestó la Priora estampando un beso con el mayor cariño, en la frente de Elvira.

—Pues entonces, á qué son esos temores?

—Padre mio, yo no temo nada, porque no hay fundamento para ello, es cierto; pero por eso no he de sentir vuestra marcha y no he de desear que no la hagais? Ah, señor, vos, solo, y anciano emprender un camino tan largo; esponerse.....

—A nada absolutamente, Elvira: con que asi es preciso que te tranquilices, teniendo á tan buenos padres como la señora abadesa y el conde de Haro..... Ademas que tendrás ya en el convento alguna amiga..... me engaña, señora?

—No, no os habeis engañado, Don Jimeno: repuso la superiora mirando á Elvira:—Verdad, hija mia, que vuestro padre no se ha engañado?

—Verdad, señora: contestó la jóven sonriéndose.

—Ah, me alegro, me alegro porque con eso te será mucho mas grata la estancia en el convento.—Y quién es la amiga que ha elegido, señora? Acaso una educanda de su edad?

—Oh, nada de eso; la amiga de vuestra hija es una madre que lleva mas de quince años de hábito; pero como Elvira rubia y de ojos azules, como Elvira de hermoso rostro y de bella alma; cuando entró en el convento para profesar, á pesar de que venia enferma y padecida en estremo, no podia darse hermosura mas perfecta. Hace mas de quince años que está aqui, su vida se la pasa llorando y haciendo continua penitencia; pero aun. que vive sola, aislada enteramente, en los grandes apuros, en las enfermedades, y en todo sitio donde hay que prestar auxilios se la vé á ella llena de mansedumbre, y se oye su voz angelical, que solo derrama consuelo y unción.

—Y esa es la amiga de mi hija?

—Esa, Don Jimeno, esa santa es la que Elvira ha elegido para pasear por el jardin, y para estar con ella siempre.

—Bien, hija mia, bien:—Y decidme, señora, se sabe á que familia pertenece?

—A una familia distinguida; pero se quedó muy jóven huérfana y mi ilustre parienta la reina Doña Maria Alfonsa de Molina, la prohió y la amó siempre como si fuera su hija verdaderamente.

—Tal vez á la muerte de tan gran reina, tomára el velo, al verse sin el apoyo.....

—No lo creais; mucho sintió la muerte de Doña Maria, y tanto lo que la lloró que aun en el dia vá á su se-

pulcro todas las mañanas antes que haya gente en la iglesia, y lo riega mas de cuatro veces con sus lágrimas.—Ocho años antes que muriera la madre de Fernando IV, ya habia tomado el velo en este Monasterio.—Dicese, aunque ella á nadie ha contado sus dolores y euitas, que fué en extremo desgraciada en unos amores que la reina su madre adoptiva protegió con decidido empeño.

—Su nombre, señora, su nombre! exclamó el conde casi fuera de sí, y apartando la vista de Elvira, que hasta entonces no se vió libre de las miradas de Don Lope.

—Se llama Beatriz, caballero.

—Beatriz! Beatriz! dijo el conde por lo bajo, y volvió á guardar silencio.

—La conoceis acaso?

—No, señora, creí..... Beatriz! No, no la conozco! os digo la verdad.

La abadesa y Elvira miraron á Don Lope llenas de estupor.

Media hora despues salian del Monasterio el padre y el tutor de Elvira. El primero enjugándose las lágrimas que la despedida de su hija habia hecho asomar á sus ojos, y el segundo preocupado con mil ideas y recuerdos los mas gratos y halagueños unos terribles y desgarradores otros. Don Jimeno acompañó al conde hasta su mismo alcázar.

—Ya conoceis á vuestra hija, conde: me puedo marchar tranquilo y seguro?

—Sí, Don Jimeno!

—Adios, amigo mio: en el cielo recibireis el premio de vuestra bondad.

Y después de estrechar con efusion la mano de Don

Lope, se separó de él, para emprender al instante su viaje.

El conde cerró la puerta y subió precipitadamente la ancha escalera, que daba á la habitacion que ocupaba.

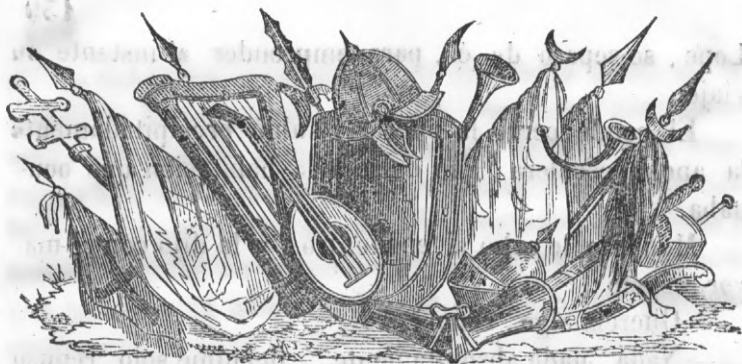
Mendoza le salió al encuentro, y le dijo con el mayor respeto :

—Quereis algo, señor?

—Nada, nada absolutamente... dejadme solo, repuso echándose sobre su sillón de brazos, donde á poco dijo, alzando las manos al cielo:

—Señor, señor, he salido al mundo despues de quince años que he huido de él..... el recuerdo grato y encantador de la hija de Don Jimeno, puede en mí ya mas que el de mis crímenes y maldades! Dios mio, que es esto?..... Ah, misericordia, misericordia!





CAPITULO XIII.

En el que se vé que á la hija de Don Jimeno no le gustó mucho el tutor que le destinaba su padre.



Al dia siguiente de haberse marchado para Alemania Don Jimeno de Luna y Osorio, y cuando apenas hacia un cuarto de hora que el sol se dejára ver por el horizonte, esparciendo sus ardientes rayos por la tierra, cuando la interesando hija de Don Jimeno, saltó del lecho precipitadamente y se vistió tambien todo lo mas pronto posible. Elvira no habia pegado los ojos enteramente en toda la noche, su cabeza se perdia en mil conjeturas, y no podia averiguar como su padre era amigo del conde de Haro que aunque ella no le conocia, pero el rostro de Don Lo-

pe era poco simpático para que pudiera formar Elvira un concepto favorable del de Haro, ella tan pura é inocente, que odiaba todo lo feo y que juzgaba á las personas segun su semblante. La pobre niña estaba llena de temor, y sin poderlo remediar auguraba mal del hombre que en toda la visita quitó ojo de ella y que se puso livido, cadavérico talmente, cuando la superiora nombró á Beatriz.

—Que tendrá que ver con ella ese hombre? se decia la jóven cada vez mas confusa: La conocerá? oh, no hay duda!.... pero cómo, cuando? será algun enemigo de ella? es preciso averiguar todo esto y avisarle lo que ocurre.. y lo que hizo el conde cuando nuestra madre superiora la nombró!..... Qué hombre, Dios mio? qué mirada! oh, me tenia aterrada y aun todavia lo estoy! Ah, señor, qué desgraciada soy! sola, sin mi padre, sin.... Oh, siempre lo mismo! la memoria de Felipe, de ese hombre indigno de mi amor.... y sin embargo soy dichosa cuando pienso en él! Que diferencia del conde.... Felipe hermoso, galante y de mirada apasionada.... oh, y el amigo de mi padre, escuálido, con los ojos desencajados y mirada de fiera.... la preséncia de ese hombre me causa un daño atroz, indecible!

Y está diciendo, salió de su habitacion, y despues de atravesar una larga galeria, se acercó á una pequeña puerta herméticamente cerrada, donde dió con suavidad un golpe, golpe que fué acompañado con estas palabras:

—Abrid, madre santa Beatriz: abrid, que soy yo. Elvira.....

La puerta se mantuvo cerrada, y entonces la jóven pasó la misma galeria de antes, bajó una ancha escalera de piedra, y al atravesar un enorme patio, lleno de flores, oyó una voz que le decia con la mayor dulzura:

—Elvira, hija mia....

—Ah, señora, os andaba buscando: repuso la jóven corriendo hácia la religiosa.

—No corrais, hija mia, aguardadme ahí... oh, qué agitacion es esa!... cómo os habeis levantado tan temprano!... estais pálida, trémula, qué teneis, Elvira que teneis?

—Nada, señora, nada absolutamente: deseaba veros tengo muchas cosas que contaros, y como no he podido dormir en toda la noche, asi que vino el dia me he ido á vuestra habitacion, la que he encontrado cerrada... dónde habeis estado, madre mia?

—Ya lo sabeis, Elvira....

—Ah, no puedo adivinar.,...

—Pues bien, vengo de cumplir un deber sagrado.... La reina Doña Maria, mi madre, mi protectora, se halla enterrada en este Monasterio, y vengo de....

—Ah, lo sé, lo sé; pero no creí que fuérais tan temprano.

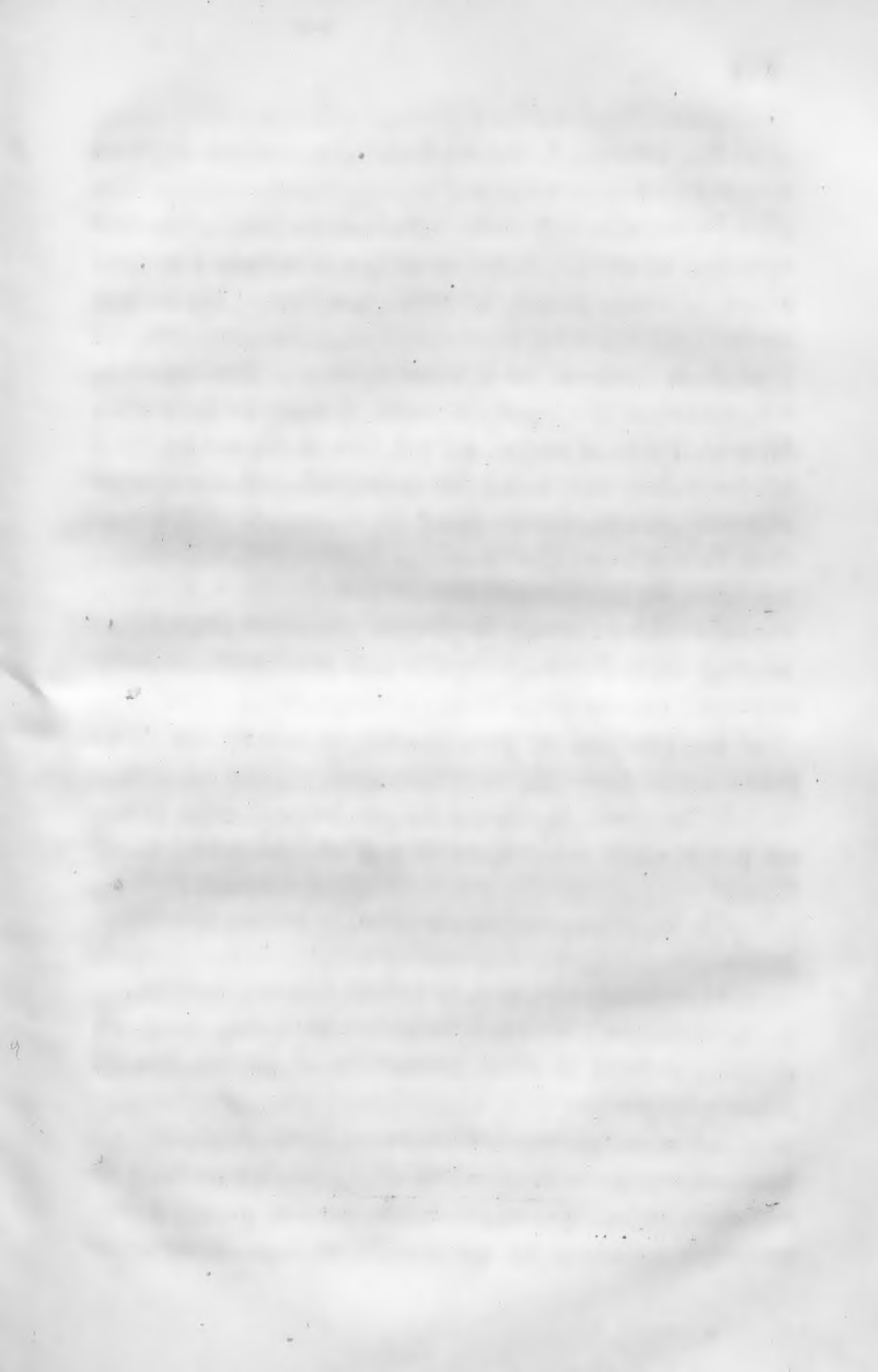
—Sí, hija mia, la visita á los sepulcros se debe de hacer por la nóche ó al amanecer.—Pero qué me queriais, Elvira?

—Oh, tengo mucho que contaros, si quisiérais venir al jardin....

—Al instante, hija mia, llevadme á donde querais.

La religiosa y Elvira se dirigieron al jardin, que como ya habia entrado el estío, presentaba el aspecto mas risueño y magnifico.

Las dos amigas se sentaron en un banco de piedra, rodeado de frondosos árboles, de altas y añosas parras y de juguetona yedra, que se enroscaba por los pilares y maderos que sostenian las parras. Ni un rayo de sol pene-





Lám. III.

traba en el sitio que eligió la monja y su amiga. Un aire grato y embalsamado por las muchas y variadas flores que habia, silbaba suavemente por entre el ramage de los árboles y de las plantas. Las mejillas de la hija de Don Jimeno, se tiñeron de un sonrosado, que hacia resaltar mucho mas la blancura de su cutis, y el carmin de sus labios. Elvira tendió la vista en deredor suyo y exclamó, sentándose en el tosco banco de piedra:

—Ah, qué cansada estoy! he corrido tanto en vuestra busca!.....

—Mal hecho, hija mia; por que á qué viene esa precipitacion?

—Es muy importante lo que tengo que deciros, y queria que lo supiérais cuanto antes.

—En ese caso, dad comienzo.

—Nos oirán aqui?

—Nada temais.

—Pues bien: ayer estuvo mi padre á despedirse para Alemania, y vino acompañado del que ha nombrado por mi tutor. Este hombre es alto de cuerpo, en extremo delgado, y aunque tiene hermosos ojos negros, su mirada es atroz, aterradora. Mi tutor tendrá unos cuarenta años, y es.....

—Acabad, hija mia; desco saber como se llama: es.....

—El conde de Haro.

—Cielos! el conde de Haro! Ah, qué nécia soy!..... Acaso su descendiente; porque, cómo es posible que viva semejante mónstruo? Cómo habia Dios de consentir que ese hombre infame..... Sabeis su nombre?

—Si, lo sé, madre mia, lo sé por mi desgracia!

—Y cómo se llama?

--Don Lope.
La religiosa palideció de una manera que Elvira creyó iba á perder el conocimiento.

--Madre mia! señora..... Ah, perdon, socorro!

--Callad, hija mia, callad, esto no es nada... solo... pero acabad; y ese hombre qué dijo? Me busca acaso?

--No; solo fué que nuestra reverenda superiora os nombró, ó mejor dicho habló á mi padre de vos, y del cariño que me profesais. Entónces el conde palideció y preguntó á la abadesa si os llamábais Beatriz.

--Y la superiora.....

--La superiora contestó afirmativamente, y el conde de Haro, á lo que yo entiendo, le sucedió lo mismo que á vos cuando habeis oido las anteriores palabras.—Quién es ese hombre, señora? puedo temer algo de él!..... Oh, hablad, hablad, porque en toda la noche he podido dormir, al acordarme de él y de las miradas que me dirigia...

--Ese hombre, hija mia, que tanto horror os ha inspirado, y que con razon podeis temer, es un infame, Elvira, es un hombre que debia de subir á un cadalso, para espiar los crímenes que ha cometido!

--Cielos! y mi padre que es su amigo y me lo ha presentado para que yo le ame como á un pariente..... Ah, señora, cómo habrá sido eso? cómo mi padre... Ah, yo me vuelvo loca.....

--Tal vez, ignore que en su juventud, fué el asesino de.....

--De quién!

--De Fernando IV y de dos jóvenes, que uno de ellos era mi esposo.

--Divino cielo! y ese hombre no ha recibido su merecido! Por qué no se le ha castigado?

—Porque era muy poderoso, y porque todo lo hizo clandestinamente.—Os voy á contar una historia terrible, historia que tal vez habreis oido en vuestra niñez..... Habéis oido hablar, por ventura, de los desgraciados é inocentes hermanos Carvajales?

—Ah, sí, mi padre cuando niña me contó esa historia y mas de cuatro veces se humedecieron mis ojos al escucharlo: alguno de esos jóvenes...,

—Sí, hija mia, el menor de ellos fué el esposo que me destinó el cielo y mi madre adoptiva, y el que mi corazón elijió. Escuchad ahora la historia, y vereis lo que ha sido ese hombre, el conde de Haro.

Y aquí Beatriz contó, sin omitir nada, todo lo que hemos referido en la primera parte.

—Cielos! Ah, y habeis podido sufrir tanto, señora! exclamó la bella Elvira, enjugándose las lágrimas que Beatriz habia hecho asomar á sus ojos, cuando le contaba la historia de sus desgracias.

—Sí, hija mia; todo lo he sufrido, cuando debí morir veinte veces: pero el cielo no me quiso conceder esta gracia, sin duda porque es mi destino vivir y llorar siempre. Constantemente le pedia á Dios me diera una pronta muerte para librarme de tantos males... pero el cielo sordo á mis ruegos y yo.... padeciendo horribilmente! El único período que he tenido en mi vida, tranquilo al menos sino feliz, ha sido este que he vivido en el convento, llorando la muerte de mi madre adoptiva y de mi esposo, y rogando á Dios sin cesar por sus almas!—Oh, hija mia, sí, era dichosa, si en la desgracia puede haber dicha!..... aquí me he pasado mi juventud; aquí he dejado de ser perseguida, y aquí pensé morir, lejos de ese mundo infame y engañador, cuando ese hombre, el asesino del es-

poso á quien mi corazon amaba, el matador del hijo de mi madre adoptiva... no viniera á profundizar mas las llagas, que su crueldad abrió para siempre en mi corazon!

—Oh, eso es horrible! exclamó la hija de Don Jimeno, toda trémula y llena de indignacion.

—Teneis razon, Elvira, es horrible, é increíble á un tiempo que una mujer como yo, pueda padecer tanto!

—Pero y á ese hombre por qué no se le castigó? No hay justicia en la tierra, que castigue tanta maldad?

—No, no la hay, hija mia, para cierta clase de la sociedad: ese hombre fué culpable, es verdad, fué esesino y era digno de morir en un cadalso, pero al mismo tiempo era noble y poderoso.... al mismo tiempo, se podria acarrear el rey, con la muerte del conde, un enemigo formidable en todos los caballeros de esa casa, y ahí teneis el motivo de quedar impune los crímenes de ese monstruo!

—Ah, señora, yo no puedo concebir....

—Pues sí, Elvira; la justicia de los hombres es muy distinta á la de Dios!—El conde no ha sido castigado en este mundo; pero en el otro recibirá su merecido: la mano de Dios caerá sin piedad sobre su culpable cabeza... y quien sabe si en el día no será devorado por los remordimientos? La conciencia es un juez que no perdona; que mata y aniquila sin dar un momento de tregua.... Tal vez ahora mismo, luche con mil espectros y fantasmas que la imaginacion suele presentar á esas personas tan criminales como Don Lope.

—Es verdad, madre mia: los remordimientos es el peor castigo que Dios puede dar al culpable.... yo creo que el conde sufre ese castigo, porque su rostro está flaco y terriblemente pálido; sus ojos desencajados, y su cabello

blanco: todo en él indica ese estado cruel y fatigoso que los remordimientos pone á la persona que como el conde es su vida un tejido de maldades.

—Infeliz ! exclamó la monja ; para qué mas castigo ni mas espiacion que ese estado ! Oh , yo debo de alegrarme, yo..... pero no , le perdono y aun rogaré á Dios que le dé paz y tranquilidad , y que ilumine su alma con la clara luz del verdadero arrepentimiento ! le perdono todo el mal que me ha hecho..... Es mi deber ; la venganza solo está permitida á las almas como la suya !

—Cuán buena sois , señora !

—No , hija mia , no es bondad , es deber , obligacion... Dios lo ha mandado y es preciso obedecerle.—Al enemigo se le debe compadecer y perdonar , porque con esto caerá de su error.

—Y vos le perdonais despues de haberos hecho desgraciada ?

—Sí , Elvira , le perdono ; tambien vos cuando recibais daño de alguno.....

—Oh , nunca , nunca !

—Perdonad , hija mia ; pero debeis de hacerlo asi.

—Debo de hacerlo ! Y si mi corazon se resiste ?

—No se resistirá : vuestro corazon no podrá nunca oponerse á cualquier sentimiento bueno.

—Sin embargo..... hay cierta clase de daños que jamás se olvidan y que jamás se deben perdonar.—Yo, aunque soy tan jóven , he sido herida cruelmente , y cada dia me encuentro mas indignada , y menos dispuesta á disculpar al hombre.....

—Ah , vos herida ! tan jóven , tan bella !...—Y en dónde hija mia ?

—En donde vos , señora ; en el corazon ! mi herida es

moral, como las vuestras, á pesar de ser por otro estilo, es incurable, y jamás se cicatrizará!

Pobre hija mia! con que ya sois desgraciada cuando apenas habeis nacido! Señor, esto es horrible!...

—Sí, desgraciada! escuchadme y vereis como tengo motivos para serlo.

—Hablad, hija mia, hablad sin temor cuanto querais: abridme sin recelo alguno vuestro tierno corazón, que ya sabeis os amo.

—Gracias, madre mía, gracias.

Y despues de besarse con cariño una y otra, y de enlazar sus manos amistosamente, comenzó á hablar de esta suerte la encantadora hija del de Luna:

—«Yo he sido educada en las Huelgas de Valladolid, de donde salí á los catorce años. Mi madre murió á consecuencia de mi nacimiento, y mi anciano padre, que me ama con estraordinario delirio, me daba todos los gustos y toda la libertad que una jóven recatada y bien nacida debe tener. Aprovechándome de esta condescendencia de mi padre, estaba la mayor parte del tiempo asomada á una de las ventanas de nuestra casa, ya con las celosias corridas ó levantadas. Una de estas veces acertó á pasar por alli, un jóven en extremo hermoso y apuesto: su bella y encantadora figura, y sus ademanes asaz distinguidos, me cautivaron de un modo, que por la primera vez de mi vida, sentí un bienestar delicioso con solo contemplarlo. El tambien me miró de cierto modo, que indicaba habia sido herido por la misma clase de dardo que yo. Desde entonces le amé, y os diré para abreviar que volvió una y otra vez, y que al cabo, no pudiendo resistir al amor que ardia en mi pecho le contesté que tambien le amaba, á las muchas y repetidas veces que él me lo dijo.

Nuestro amor era puro, ideal, como lo puede ser el primero y como se aman dos jóvenes de mi edad y la suya. Su nombre era Felipe, y cuando yo le preguntaba por sus padres, y cuál era su ocupación, me contestaba que pertenecía á una familia ilustre, pero que cuando niño los habia perdido, y que tenia innumerables rentas al cuidado de tutores y parientes. Yo todo me lo creia y seguia amándole con toda la verdad é idealismo del primer amor, correspondiéndome él de la misma manera. En este estado vivimos un poco de tiempo, hasta que mi padre dispuso emprender el viaje de que os he hablado, y mientras tanto encerrarme en este monasterio, seguro por todos conceptos. Salimos de Valladolid cuando ya estaba todo preparado, y cuando nos acercábamos al convento, fuimos sorprendidos por una terrible compañía de bandidos, que por esta tierra habia entonces.....

—Por los *formidables* hija mia?

—Sí, señora.

—Oh, qué horror! Esos hombres eran el espanto y el terror de toda esta comarca!

—Pues esos hombres nos cogieron despues de un reñido combate entre nuestros soldados y ellos, y en seguida nos llevaron á mi padre herido y á mí desmayada, á unas ruinas de un convento, donde se alvergaban. Figuraos lo que padeceria cuando volví en mí y me encontré separada de mi padre, y sola en un horroroso calabozo, donde reinaba el silencio y el frio de los sepulcros. No sé el tiempo que permanecí encerrada; solo me acuerdo que la puerta se abrió, y que penetraron en la estancia dos hombres, el uno feo y horrible como un condenado, y el otro armado de pies á cabeza, y cubierto el rostro con la bisera de su magnifico y reluciente casco. En el pri-

mero ví al bandido que me poseia, porque sin duda se anticipó á los demas en apoderarse de mí: y en el segundo reconocí, al ver su postura y donaire, al objeto de mi corazon, á Felipe, al hombre que no habia olvidado un momento y que no podia olvidar. Al verlo lancé un grito de amor y alegria, y me puse bajo su proteccion. A poco fueron viniendo todos los bandidos que constituian la compañía, porque Felipe castigó al bandido que le acompañaba, al saber habia yo sido maltratada por él, y á sus voces y gritos acudieron todos para socorrerle. Cuando vieron los *formidables* al encubierto se precipitaron sobre él, y á fuerza de golpes saltó su casco hecho en mil pedazos. Felipe era el armado, pero sabeis lo que hicieron los bandidos? Oh, cada vez que pienso en esto creo que voy á perder el juicio! En vez de seguir golpeándole para matarle, le rindieron sus espadas y se descubrieron con el mayor respeto. Mi amante..... cielos! oh, Dios mio, por qué he de ser tan desgraciada! madre mia..... mi amante, Felipe, el jóven, bello y encantador, objeto de mi amor y de mis puras y plácidas ilusiones, era..... me avergüenzo de tal modo que apenas puedo hablar.....

—Seguid, hija mia, seguid: quién era vuestro amante?

—El gefe principal de aquella horda de asesinos y ladrones!

—Virgen santisima! y vos que hicisteis, Elvira?

—Oh, me separé de él al instante, llenándole de improperios, y no queriendo escuchar las disculpas, que daba para hacerme creer era inocente.—Con que ya veis si soy tambien desgraciada! ya veis como un desengaño horrible, ha destrozado mi corazon para siempre!

—Pobre niña ! pobre niña ! exclamó la religiosa, llenándole el rostro de besos.

—Ah, señora ; si viérais cuanto he llorado y padecido ! si supiérais los tormentos que sufro cuando recuerdo que el hombre á quien tanto he amado.... oh, esto es horrible, cruel !.... y luego aunque yo no quería escucharlo, oí que sus padres lo habian abandonado cuando niño, y que uno de aquellos bandidos le recogieron ; que era inocente , y que los maldecia una y otra vez ! Sin embargo.... yo seguia huyendo de él y llamando como una loca á mi padre hasta que caí desmayada , porque era imposible que despues de lo que habia pasado no sucediera así.

—Y cómo salisteis del poder de los facinerosos ?

—Por orden suya, y por orden suya tambien nos acompañaron hasta aquí, para que no tuviésemos otro encuentro.

—Qué se hizo de vuestro amante ?

—Huyó para siempre del lado de aquellos hombres.

—Y le amais aun , Elvira ?

La jóven miró sorprendida á Beatriz y repuso , como vacilando :

—Imposible.... ya veis.... yo no debo amarle !

—Pero sin embargo.....

—Ah, señora , por qué me haceis semejante pregunta ?

—Porque leo en vuestro semblante.....

—Ah, perdon , perdon , Dios mio...., yo quisiera olvidarlo ; pero..... su memoria no se aparta ni un momento de mi imaginacion.

—Con que segun eso le amais todavia ?

—Si , le amo , le amo , y no debo..... le amo y huiré siempre de él !

Un hombre se presentó al tiempo de decir Elvira las anteriores palabras.

—De modo, dijo la religiosa, que sereis desgraciada toda vuestra vida; porque jamás amareis á otro....

—Oh, jamás, jamás! solo á él le amaré toda mi vida, aunque se lo ocultaré siempre.

—Y si vuestro padre os destinára un esposo?

—Preferiria mejor, llegado ese caso, tomar el velo de religiosa.—Ya os lo he dicho, señora, que mi corazón no amará á otro hombre que á ese que me ha hecho desgraciada.

—Elvira, Elvira!.... dijo un hombre presentándose á la jóven, con el rostro lívido y desencajado.

—Dios mio! socorro, socorro!... exclamaron á un tiempo Beatriz y Elvira, dando grandes y formidables gritos.

—Callad, oh, perdon Beatriz.... yo necesito vuestro perdon y el amor de Elvira....

—Mi amor! nunca, monstruo, nunca!

—Elvira, Elvira.... repuso el conde de Haro, tendiendo los brazos hácia la jóven.

—Oh, apartaos, apartaos! exclamó Elvira huyendo despavorida por el jardín mientras que la religiosa caia desmayada en el banco de piedra.

—Beatriz! Beatriz!... exclamó Don Lope: maldicion! todo se vuelven contra mí! Ah, los infiernos no dejan de perseguirme aun!

Y despues de rociar el rostro de la religiosa con el agua de las fuentes, la colocó cuidadosamente, y se alejó de allí, en busca de la hija de Don Jimeno.

Esta mientras tanto llegó con la misma precipitacion con que se habia alejado del conde, á una ancha y magnífica escalera de piedra preciosamente trabajada, que

conducia al Monasterio. Elvira se hallaba en una situacion que apenas podia continuar su precipitada carrera. La infeliz tuvo que sentarse al pie de la escalera y junto á una cruz de piedra toscamente labrada, que habia alli inmediata. La hija de Don Jimeno alzó la vista y vió á su amante cerca de ella.

—Elvira! amor mió! exclamó este echándose á sus pies:

—Ah, perdon! mira..... ya puedo ser digna de tu amor!... ya..... Oh, escúchame, yo te amo, me es imposible vivir sin tí..... Ah, perdóname, no es cierto que me amas?.....

La jóven se puso de pies, y dijo al mismo tiempo que subia los anchos peldaños de la grada:

—Dejadme, caballero, dejadme, ó me veré en la precision de pedir socorro!

—Cielos! con que no hay esperanza para este infeliz? Con que tengo que renunciar..... Oh, cruel, cruel una y mil veces! Y yo que creí me amarias cuando supieras mi inocencia, y la ocupacion honorífica y honrosa que el mismo rey de Castilla.....

—El rey! vos! un bandido!.....

—Ay por Dios, no me despedaces el alma con tan crueles palabras! Elvira, si me amas, si tu amor es una verdad no despiertes en mi alma recuerdos tan atroces como esos! Oh, he sido bandido contra mi deseo, y porque circunstancias independientes de mi voluntad me obligaron á ello! Yo les he maldecido, yo he renegado de ellos porque así tenía que suceder y porque yo así lo quería. En el dia no existe ninguno de aquellos miserables; en el dia no soy yo un bandido, sino un pobre huérfano abandonado, bajo la proteccion y el amparo del rey de Castilla; en el dia solo aspiro á hacerme digno de tí, y á que

puedas llevar mi nombre con orgullo tal vez muy pronto! Mientras he vivido sin esperanza de poder recobrar tu amor, amor que es mi vida y mi ambicion toda, te he dejado en paz; no he querido importunarte porque conozco la delicadeza de tu carácter, para que hubieses dado oídos á mis palabras; pero en el dia, que un rey magnánimo y generoso me dá su apoyo y proteccion, cuando puedo presentarme á tí sin que te avergüences y cuando tengo un porvenir brillante, me he apresurado á buscarte y recordarte tus palabras y juramentos.

—Infeliz! y no sabes que los que penetran en un convento de la manera que tú lo has hecho, cometen una falta en extremo grave, y que su castigo es atroz, cruel!

—Nada temas; he saltado por una de las tapias que circuyen este jardin; un amigo de toda mi confianza me espera en la parte opuesta, con dos magníficos caballos, y si hubiera algun peligro sabríamos con la huida librarnos de él. Lo que yo deseo saber es si me amas, si puedo llamarte mia algun dia, y si en tí vuelvo á encontrar la muger cándida y tierna que me amaba en Valladolid.

—Ah, Elvira, y qué tiempos tan deliciosos aquellos! Te acuerdas?

—Si, si, me acuerdo! contestó la jóven con placer y amargura á un tiempo.

—Ah, los recuerdas como yo, con alegría? bendita seas, amor mio, bendita seas! esas solas palabras me hacen el hombre mas feliz y afortunado de la tierra. Elvira, es verdad que me amas y que me perdonas?

—Si, si, te amo... y no debia; contestó con sentimiento.

—No debias! por qué, si exijo al mismo tiempo que tu amor el perdon de mis culpas involuntarias?

—Sin embargo, la herida que abristes en mi corazón.

—Oh, calla, calla! esos sucesos se deben olvidar para siempre! A qué despertar ahora en nuestra mente ideas tristes y terribles? A que acibarar con esos fatales recuerdos el placer y la dicha que sienten en este mismo momento nuestros corazones, llenos de amor y felicidad? Ah, no; desechemos esas imaginaciones tan lúgubres, ahora que no hay ningún impedimento para que nuestro amor viva y crezca sin temor ni recelo alguno; ahora que un porvenir risueño y placentero, nos espera, y ahora que todo nos sonríe. Elvira, amor mío, alégrate como yo de nuestra dicha, y comienza á ser feliz como yo lo soy. —

—Ah, tú lo crees, porque ignoras.

—Vacilas! que ocurre, habla, habla pronto!

—Tu ignoras que hay un obstáculo para que yo pueda ser feliz enteramente.

—Un obstáculo! Te juro, por Cristo, que pronto desaparecerá como está al alcance de mi brazo. Acaba, Elvira mía; ese obstáculo....

—Es el tutor que mi padre ha nombrado para mí, durante su ausencia.

—Y bien, qué cuidado te puede inspirar ese hombre?

—Oh, muchísimo, Felipe! ese hombre es poderosísimo, pertenece á la clase mas elevada, y encierra en su pecho los instintos mas terribles y crueles: á pesar de ser ya de alguna edad, me ha declarado su amor pero de una manera espantosa... y en ese hombre por último, veo yo, con este instinto maravilloso que tenemos las mujeres, al genio del mal, á un aborto del infierno lanzado para nuestra desgraciada! —

—Me da compasión oírte, pobre niña!

—Oh, Felipe; no son estos presentimientos que el

miedo me sugiere, no; si como yo supieras pormenores horribles!...

—Pero cómo se llama ese hombre?

—Se llama Don Lope Diaz, conde de Haro.

—El conde de Haro! oh, pues desecha todo temor ángel mío, porque el conde es hombre como los demás y no podrá escaparse de una buena estocada, el día que haga cualquier cosa que te disguste.

—Oh, si supieras de los medios que se vale ese hombre cuando quiere vengarse, no proferirías semejantes palabras.

—Desecha todo temor, Elvira, que nada sucederá: pero lo que á mí me llena de estraneza, es como tu padre ha dejado en su lugar á un hombre, tan infante y malvado, segun dices.

—Mi padre debe ignorar todas esas circunstancias, cuando lo ha hecho. Porque todo esto lo he sabido después aquí, por boca de una monja, en extremo santa, víctima de la maldad del conde.

—Pero tú debes quejarte á la superiora, y negarle á verle siempre que venga al Monasterio.

—Pensaba hacer eso mismo que dices; pero hoy mismo, no hace un momento, y aquí en el jardin, mientras conferenciábamos á cerca de él la monja de que te he hablado y yo, se nos apareció á lo mejor.—Figúrate lo que pasaríamos al verlo; yo huí despavorida y al llegar á esta escalera caí sin fuerzas al pie de la cruz donde me encontraste, y donde nos hallamos.

—Y por qué se encontraba en el jardin?

—Lo ignoro, aunque tal vez haya conseguido licencia de la Abadesa, para poder penetrar en el Monasterio á toda hora.

Al acabar Elvira, se vió atravesar al conde por entre un cuadro de flores y boj.

—Huye, Felipe, huye! exclamó sepárandose del jóven toda trémula y balbuciente.

—Por qué, Elvira.....

—Oh, el hombre..... el conde viene ahí! huye, huye por Dios!

—Nunca!

—Felipe..... por nuestro amor: si te encuentra, si te vé..... oh, no quiero pensarlo! huye, que no te conozca nunca! repuso la jóven subiendo de nuevo la escalera.

—Y tú... cómo te abandono yo, amor mio!

—Nada temas; porque en este momento voy en busca de la superiora para referirle cuanto ha pasado.—Adios, Felipe, adios.....

—Hasta cuándo, Elvira?.....

—Hasta.... yo te avisaré, adios.

—Adios, amor mio: contestó el jóven, dirigiendo á su amante una tierna y espresiva mirada, sin dejar de besar con el mayor entusiasmo una de las manos de Elvira, que esta no se cuidó de retirar.

—Asi que Felipe vió desaparecer á la hija de Don Jimeno, tan luego como la dejó en puerto seguro, se dirigió sin detenerse al lugar por donde habia penetrado en el jardin. Pero en el momento de poner los pies en la escala de cuerda que pendia del muro, se presentó el conde Haro, y le dijo con mal talante y peor modo:

—Caballero, qué haceis?

—Por Cristo, señor conde, que me gusta la pregunta: no lo veis?

—Y no sabeis que el que escala un convento....

—Y vos, por donde lo habeis escalado?

—Caballero, yo puedo estar aquí, porque tengo derecho para ello.

—Y yo lo estoy y me marchó ahora, porque se me antoja.

—Estais aquí sin poder estar, pues sois un salteador y salteador y ladrón.....

—Caballero!.....

—Quién sois y qué haceis aquí os pregunto, porque tengo derecho para ello.

—Permitidme, señor conde, repuso el jóven con socarronería: pero no puedo, ó mejor dicho, no estoy en el parecer de contestaros, valiéndome del derecho que tengo, y que vos me concedereis.

—Sois un bellaco, jóven: contestó el conde, montando en cólera, y echando mano al pomo de su espada.

—Y vos, dijo Felipe bajándose de la escala y haciendo la misma demostracion; y vos, conde de Haro, un infame y un mal caballero.....

—Villano, os atreveis.....

—Vive Cristo, que no habeis de repetir esas palabras! repuso Felipe desenvainando su espada y cayendo sobre su contrario con terrible furia.

—El conde sacó tambien la suya, y esperó el golpe que le asestó su enemigo.

—Duro teneis el brazo, jóven!... por Santiago que sois el mejor espadachin que he conocido! Es acaso esa vuestra profesion?

—Sí, en eso me ocupo, y os voy á dar una prueba que os convencerá mas de ello. Tened la bondad de ir á recoger vuestra espada..... mirad, mirad como vá por el aire hecha mil pedazos.

—Miserable!...

—Ahora si quisiera os podia matar, y legalmente, señor conde; pero no lo hago porque soy todo un caballero. Sin embargo os prevengo una cosa, que quiero no olvideis.—Si os encuentro otra vez en mi camino,... asi como ahora, en vez de hacer saltar vuestra espada, os clavaré la mia en el pecho...

Y al mismo tiempo subió con tanta rapidez por la escala, que cuando quiso acordar Don Lope ya se hallaba en la parte opuesta.

—Nuño, dijo Felipe llamando con el mayor sigilo al ex-teniente de la *formidable*.

—Aqui estoy: contestó el intrépido hidalgo, saliendo de entre unas ramas.

—Y los caballos?

—Aqui están.

—Pues marchemos inmediatamente: si nos detenemos un solo momento, somos perdidos sin remedio.—Con que á caballo, buen Nuño, á caballo sin detencion.

—A caballo, cuerno y sangre, á caballo, y que venga gente despues.

Los dos amigos se montaron de un salto, sobre dos soberbios caballos de pura raza árabe.

—Y dime, Felipe, qué tal mi consejo?

—Magnifico! todo me sale á pedir de boca.

—Bravo, bravo! con que la chica....

—Me ama tanto como yo á ella: en el mundo no hay un hombre mas feliz que yo....

—Mil rayos caigan sobre mi, pues no estoy llorando como un chiquillo, solamente con verte alegre!

—Gracias, Nuño, amigo mio!

—Que gracia, ni que rayo!..... pero dime cuando me

refieres lo que te ha pasado con ese conde de Candespina que se te ha presentado convertido nada menos que en rey de Castilla?

—No me he olvidado de la promesa que te hice; pero como tengo que referírsela también á otra persona, la oiréis los dos á un tiempo.

—Luego, entonces, á dónde nos dirigimos?

—A la ermita de la penitente que hay cerca de las ruinas de San Benito.

—A las ruinas!

—No, á la ermita.

—Marchemos á ella.

—Marchemos: contestó Felipe metiendo espuelas á su caballo, y arrancando con su compañero por el camino real, como si fueran saetas.





CAPITULO XIV.

En el que se vé que la penitente tuvo un gran placer en ver por segunda vez al capitan de la formidable.



os ginetes llegaron en un *decir Jesus* al valle donde se hallaba situada la ermita de la penitente. El mayor silencio reinaba como siempre en todo aquel paraje. La puerta de

la pequeña choza se encontraba cerrada, porque al oír Piedad las pisadas de los caballos, se apresuró á cerrarla, sin duda para no ser sorprendida.

Nuño Fajardo, que en todo el viaje habia desplegado

los labios, se atrevió á decir así que llegaron á la choza:

—Aquí no hay ermita ni cosa que lo valga:....

—No, pues qué es eso que tienes á la vista?

—Eso qué sé yo.... pero, virgen del Romeral, cómo vive ahí persona alguna?

—Es que la que habita esa mansion no se ha venido aquí para tener comodidades.

—Lo creo; pero si es tan pequeño....

—Sin embargo, todavía hemos de caber los dos.

—Difícil lo veo.

—Difícil!

—Sí, porque no tendremos por donde entrar.—La puerta se halla cerrada, y....

—Oh, por poco os apurais: no encontrais ningún remedio?

—No, á fé.

—Pues se llama y vereis como contestan.

—No me parece mal medio.

—Pues á ello; pero antes apeémonos de los caballos.

Y así que se vieron en tierra y que dieron libertad á los animales, para que paciesen con toda libertad, se dirigieron á la ermita, en cuya puerta dieron dos ó tres golpes no muy fuertes.

La penitente no respondió.

—Abrid, señora, abrid; que soy yo, Felipe... vuestro hijo.....

La carcomida puerta se abrió de pronto y apareció en el dintel Piedad.

—Señora..... madre mia! exclamó el amante de Elvira, cogiendo con el mayor cariño una de las manos de su protectora.

—Felipe! vos por aquí! Ah, bendita sea la hora en

que has llegado! si viérais cuanto gozo experimento cuando os tengo entre mis brazos..... porque, qué inconveniente hay para que no podáis ser mi hijo? Oh, sí, sí, lo sois, y aunque no lo fuérais, se parecería tanto á vos!... Hijo mio, hijo mio, cuándo te veré, cuándo oire tu voz!... pero me olvidaba..... yo estoy loca, ya lo veis, siempre pensando en lo mismo!—Venís de Burgos? Qué ha sido de vos desde que nos separamos? Contádmelo todo, todo..... nada omitais.

—Ah, señora, vos sois mi ángel tutelar, mi Dios, después del que existe en el cielo! por seguir vuestros consejos soy feliz y afortunado como lo puede ser el primer hombre que haya dichoso. Ah, bendita seais! sino es por vos hubiera perecido, porque mi situación era horrible, cruel! cuánto tengo que agradeceros, madre mia! Oh, permitidme os llame así!

—Sí, hijo mio, sí, y ojalá fuera verdad algun día!—Dadme ese nombre siempre, siempre; no sabéis el bien que me haceis y la dicha tan grande é inefable que experimento.—Ahora contadme todo lo que os ha sucedido..... y decidme si aquella jóven.....

—Nada temais, hablad claro que este amigo es de toda mi confianza, y puede oirlo todo, porque de todo está enterado: repuso Felipe al ver que Piedad vacilaba.

—Bien, me alegro saberlo: contestó la penitente, echando una mirada penetrante y escudriñadora sobre el pobre hidalgo aragonés.—Os preguntaba, si os ama ya la hija de Don Jimeno de Luna y Osorio.

—Sí, me ama como antes, y en eso consiste la mayor parte de mi felicidad.—Prestadme una poca de atención y os referiré todo lo que me ha sucedido desde que salí de aquí

—Hablad, hijo mio, hablad.

Despues de colocarse los tres, lo mejor que pudieron en el miserable lecho, de hojas secas y ramas, que esparcidas sobre un mal tablado, servia de cama á Piedad, comenzó á hablar Felipe de esta suerte, no sin dirigir antes una mirada de cariño á su protectora, á la mujer que con su cuidado y esmero le habia librado de una muerte cierta, y que con sus acertados consejos y evangélico lenguaje, le habia curado de los males morales que le aquejaron á un mismo tiempo :

—De aqui me dirigí á Burgos, como sabeis. Una vez allí, procuré ver mas de una vez al rey, con intencion de pedirle colocacion en el primer ejército que aprestára para ir contra los moros. Todas mis tentativas fueron vanas porque á Alonso XI, como jóven, se cuida mas de sus asuntos particulares, que de los negocios del reino. Yo estaba desesperado y habia perdido toda esperanza, cuando una noche que vagaba por las calles, á hora bastante avanzada, pensando en mi situacion y en mi mala estrella, tropiezo con cinco ó seis hombres que se asestaban sendos mandobles. Me paré un momento, y ví que eran cuatro contra dos, y llevado de un buen deseo me puse á favor de la parte débil y comprometida. Mi buena suerte quiso que ahuyentásemos á nuestros enemigos, y al verse libres mis compañeros, me dieron las mas espresivas gracias, y el que parecia tener mas superioridad, me hizo unas cuantas preguntas, y me dió una sortija para que con ella me presentára en palacio al conde de Trastámara, que este se encargaria de llevarme al conde de Candespina, noble que segun me dijeron goza de gran valia con el rey, exigiéndome además palabra de que no fuese. Figuraos si faltaria, señora cuando mi mayor deseo

era ver al rey por algun medio! A los dos dias, por no parecer importuno, me dirigí al alcázar real con mi sortija, y pregunté por el conde de Trastamara. Despues de un buen rato de espera, apareció el conde, elegantemente vestido, y me dijo con la mayor cortesia:

—Que quereis, amiguito?

—Sois el conde de Trastamara?

—Sí, y de Sarria y Lemos para lo que gustéis mandar.

—Hace dos noches fueron asaltados en una de las calles de esta ciudad, dos caballeros....

—Basta, basta.... sois, acaso, el libertador de aquellos jovenes?

—Tuve la honra de ayudarles en la derrota que sufrieron los asesinos.

—Y buscáis al conde de Candespina?

—Cabalmente.

—Tendreis en vuestro poder cierta sortija....

—Vedla aquí, señor.

—Oh, oh, perfectamente; pues tened la bondad de esperar un momento que voy á cumplir lo que se os prometió.—Recordais?

—Sí, que vuestra grandeza me habia de presentar al conde de Candespina.

--Justamente.

El conde desapareció, llevándose la sortija que era de un valor incalculable, y á poco se presentó donde yo estaba y me dijo, con la mayor amabilidad:

—Hacedme el obsequio de seguirme, jóven.

Yo lo hice sin titubear, y á poco me hallé en un magnífico salon, lujosamente adornado, y lleno de mil caballeros y altos personajes de la corte de nuestro actual rey. Todos se reunian en pequeños círculos, y conferen-

ciaban unos con cautela y otros dando fuertes gritos y estrepitosas carcajadas.

—Esperad aquí, como estos señores, que no tardará en salir: me dijo el de Trastamara.

—Quién! repuse yo confuso y sin poder creer que un conde tuviese en el mismo alcázar del rey tantos cortesanos y aduladores.

—Quién ha de ser! El conde de Casdespina: me contestó Don Alvaro, alejándose de mí con orgullo por en medio de aquellos señores, que le saludaron con cariño y amabilidad.

—Mi impaciencia é inquietud llegaron á su colmo porque estuve esperando una porcion de tiempo y ni parecia el tan decantado conde de Candespina, ni mucho menos su amigo. Cansado de esperar y temiendo que todo fuese una burla, me decidí á marcharme, cuando en el momento de hacerlo sin decir á nadie oste ni moste, veo que se abre una puerta y que se aparece en el salon el mismo jóven á quien yo salvé de los asesinos. Su figura era en extremo simpática, y aunque demasiado jóven, se veia en él un aire y porte casi régio. Todos los caballeros que allí estaban se inclinaron con el mayor respeto al verlo salir y se apresuraron en rodear al jóven, que yo hasta entonces ignoraba quien era.

—Decidme, conde, le oí decir, dirigiéndose al de Trastamara: dónde está ese jóven? No le veo entre esta gente.

—Pues no lo teneis muy lejos, contestó el conde señalándome con la mano.

—Hola! hola, amiguito, vos por aquí? me dijo con aire bromista?

—Señor, le contesté: mi buena suerte me ha traído á



Lám.IV.

este lugar, habitado por el conde de Candespina, que hasta ahora no he tenido el gusto de ver.

—Válgame Dios! y si en vez del conde de Candespina se os presentára el rey de Castilla, qué le diríais?

—Señor.....

—No, no, contestadme; qué le diríais?

—Que no buscaba á su alteza, sino.....

—Al conde, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y si se os convirtiera el amigo del conde Trastamara en Alonso XI?

—Ah, señor; hablo por ventura, con el gran rey que el cielo se ha dignado darnos? Hablo con el ilustre hijo de Fernando IV?

—Sí, jóven, sí; soy á un tiempo el rey y el conde de Candespina.

—El rey! dijeron á un tiempo Piedad y Nuño Fajardo llenos de sorpresa.

—Sí, el rey; pero vereis cuanta generosidad se encierra en su pecho.

—Seguid, seguid: repuso la penitente.

—Yo en seguida, continuó Felipe, hínqué una rodilla en tierra, y le dije sin poder ocultar la turbacion que se habia apoderado de mí:

—Señor, yo..... venia en busca del conde de Candespina, porque deseo á toda costa servir á tu alteza, y por su mediacion, puesto que aquella noche me la ofreció, queria.....

—Alzad, jóven, me dijo, tendiéndome al mismo tiempo su diestra; alzad, que Alonso XI, no olvida nunca lo que ofrece.—Me digisteis que erais de origen desconocido?

—Sí, señor; tengo esa desgracia!

—Lástima es! pero sin embargo: teneis aficion á la carrera de las armas?

—Señor, desde niño manejè mi espada, aunque mal, y siempre he anhelado que sea en servicio de mi rey y de mi patria.

—Cáspita! no diré yo que la manejaís mal, porque aquella noche, sino es por vos!..... Pero en fin, puesto que teneis tanta aficion á la carrera noble y honrosa á que me glorío pertenecer, puesto que sois un jôven desgraciado y valiente, y que habeis conseguido agradarme, os tomo bajo mi proteccion y creo que no estareis mal, creo que os alegrareis mas haber dado mejor con el rey que con el conde de Candespina.

—Ah, señor, cuánta bondad! exclamé precipitándome á sus pies y regándoselos con mis lágrimas.

—No, jôven, no es bondad; es agradecimiento: vos me librasteis de una muerte cierta, y justo es que os ampare y favorezca.—Per el pronto perteneceis á mi casa, con destino á la guardia que me rodea siempre, y que siempre me sigue á todas partes: mis fieles y leales ballesteros serán mandados desde mañana por vos....

—Capitan de los ballesteros del rey..... Qué os parece señora penitente, ha hecho fortuna el niño? dijo Nuño á Piedad, mirando á su amigo con cariño.

—Sí, sí, ya lo veo: contestó esta con alegría.

—No paró en esto, continuó Felipe, sino que á continuacion me dijo que tendria una magnífica asignacion por desempeñar el destino que me confiaba, y que me hiciera acreedor para calzar algun dia la espuela de caballero.

—Gran rey , gran rey ! exclamó Nuño dando palmadas de alegría.

—Oh , y tan grande ! contestó el amante de Elvira : si sigue siendo tan generoso y magnánimo como hasta ahora , Alonso XI dará dias de gloria á su patria.

—Y despues ? preguntó la penitente con avidez.

—Despues me despidió con la mayor amabilidad , devolviéndome al mismo tiempo la magnífica sortija con que yo me presenté al conde de Trastamara.

—De modo que ya teneis una posicion ?

—Ya , madre mia , gracia á vuestros consejos.

—Y Elvira os ama tambien ?

—Oh , locamente ! pero tengo un rival

—Un rival ! Qué decís ? exclamó Piedad lívida de sorpresa.

—Sí , un rival , y rival terrible , á lo que me dijo mi bella Elvira.

—Cuerno y sangre , repuso Nuño atusándose su largo y cerdoso bigote ; hay mas que meterle en el pecho una cuarta de espada , ya sea tuya ó mia ? Vá , vá , en buenas tonterias te paras !

—Os lo referiré todo como ha pasado , madre mia : dijo Felipe , sin hacer caso del consejo de su amigo , consejo que de buena gana pondria por obra .—Inmediatamente que sali del alcázar real , despues de haber pasado lo que os he referido , me dirigí á casa de este amigo , á quien conté cuanto me habia sucedido , sin ocultarle el deseo que tenia de ver á Elvira , no tan solo para pedirle perdon y para decirle que ya podia ser digno de ella , sino porque no podia vivir sin verla tanto tiempo . Nuño , que tiene á veces ideas endiabladas , me sugirió la de marchar al Monasterio , y escalar uno de los muros del jardin ,

donde la casualidad haria que Elvira bajase para aspirar el ambiente de las flores y la suave brisa que sopla en las mañanas del estio. Yo me dejé guiar por él, y á la media hora tocábamos las tapias del magnífico jardin de las Huelgas. Todo salió como deseaba. Salté el muro con la destreza que pude y despues de atravesar dos ó tres calles de árboles, vi á Elvira que corria por él con la mayor precipitacion. A poco la vi sentarse en el pedestal de una cruz que alli habia, y entonces fué cuando me presenté á ella. Elvira quiso huir, pero yo la contuve y al fin escuchó cuanto le dije. Un momento despues me confesó que no me habia olvidado y que me amaba, pero que nuestra dicha no seria completa, porque el tutor que su padre le habia destinado se habia enamorado de ella.

—Yo aborrezco á ese hombre, me dijo asustada, y mi corazon me anuncia males sin cuento. —Huye, huye, dijo á poco; el conde viene, y si te vè somos perdidos.

Hice lo que me mandó mi amante y así que la ví penetrar en el Monasterio, y en el momento de trepar por la escala, para salvar el muro, se me apareció el conde de Haro.

—Jesus mil veces! exclamó Piedad, pálida como un cadáver. —Cielo santo! El conde de Haro! Huid, hijo mio, huid de ese hombre.... si es el conde de Haro que.... tantas lágrimas me ha hecho derramar!

—Vos habeis llorado por causa de ese hombre, madre mia! oh, un motivo mas para que le odie y para que lo persiga de muerte!

—Ah, Felipe, sino hubiera sido mas que lágrimas!... pero que nécios somos! hablamos del conde de Haro y tal vez esté ya aquel infeliz pagando en la otra vida, los

muchos crímenes y maldades que cometió en esta. Qué edad tendrá ese de que habláis?

—Cuarenta años, todo lo mas, aunque su cabello se halla blanco enteramente.

—Cuarenta años! oh, esa edad tendria, Dios mio!.... pero no, no puede ser, imposible... sabéis su nombre?...

—Don Lope creo que se llama

—Es el mismo, señor! oh, y vive ese hombre!.... el conde de Haro.... cuántos recuerdos, cuántas lágrimas y sinsabores me recuerda solo ese nombre!.... Ah, hijo mio, ese hombre fatal te se ha interpuesto en tu camino, no lo mates, evita verlo; pero huye de él siempre, Felipe, siempre, porque donde pone el pié el conde, hay sangre, y sangre que queda impune!

—Pero, madre mia, quién es ese hombre?

—Ese hombre es un malvado, ese hombre es un asesino, y....

—Pues bien hay mas que hacerle pagar de una vez todas sus maldades? Mi amigo Nuño tiene unos puños magníficos para encargarse de esa comision! es cierto?

—Oh, oh, y tan cierto! puedo probártelo el dia que quieras quitar de enmedio á ese bribon.—Cáspita, si yo lo llevo á ver en el jardin!....

—Oh, no, hijo mio! guárdate bien de poner tus manos sobre ese hombre! Huye de él, Felipe, huye de él y no lo toques nunca, porque el conde....

—Seguid, seguid, señora! El conde....

—Oh, no, nada.... no sé lo que me digo, no es nada!

—Ah, madre mia, me engañais! en vuestro semblante conozco que me ocultais algo! hablad, nada temais, de mi pecho no saldrá jamás lo que me digais.... Nuño me ama, porque casi me ha visto nacer.—Hablad.

—Vos! exclamó la penitente dirigiéndose al ex-teniente.

—Sí, yo; porque aunque no lo he visto nacer precisamente, lo conozco desde que tenia cuatro años...

—Oh, esa edad tendria mi Enrique cuando desapareció de mi lado! Y decidme no sabeis alguna circunstancia.... donde lo visteis á esa edad? con quién estaba?

—Con el capitan Hugo.

—Y á ese capitan quién le entregó el niño?

—Una mujer fea y endemoniada se lo vendió por muy poco dinero.

—Cielos! su nombre! su nombre, por Dios....

—No lo supe nunca.

—Ah, maldicion!

Y Piedad inclinó la cabeza sobre su pecho.

—Madre mia, señora....

La penitente levantó la cabeza y miró con ternura al jóven.

—Qué me quereis? le dijo despues de pasar un corto rato.

—Ah, decidme por qué he de huir del conde de Haro?

—Porque es un infame, hijo mio.

—No basta.

—Porque es un asesino y dejareis de existir si asi le acomoda algun dia.

—Tampoco.

—Tampoco, Felipe!

—Tampoco, porque yo sabré ahogar á esa serpiente antes que haga daño.

—Oh, no, al jad de vos semajante idea! seria cruel y.....

—Acabad , madre mia , mirad qué me estais haciendo un daño atroz.

—Yo!

—Ah , perdonad ! pero deseo saber.....

—Pues bien , huid de ese hombre siempre , y si alguna vez se os interpone , si alguna vez os provoca á un duelo , romped primero la espada antes que sacarla contra el conde , porque Don Lope.....

—Madre mia!

—Don Lope..... puede ser vuestro padre!

—Mi padre! exclamó el jóven , cubriéndose el rostro con ambas manos.

—Sí , vuestro padre ; pero de esto silencio eterno, Felipe!

Lo guardaré , madre mia ; pero y si ese hombre me busca ?

—Huid de él.

—Y si en venganza de no encontrarme hace desgraciados los dias del sér á quien tanto adoro?

—Perded cuidado : os he dicho que os amo porque mi hijo seria como vos ; un oculto instinto me inclina hácia vos , me llamis vuestra madre y una madre debe sacrificarse por su hijo..... Pensé morir en este desierto y que solo fuesen testigos de mi vida estas colinas y esos árboles ; pero ya que soy vuestra madre , necesito socorridos..... mañana entraré por primera vez despues de quince años , en la ciudad que fué testigo de mis desgracias : Burgos me recibirá mañana en su seno.—Vivid tranquilo , hijo mio ; sed feliz y amad á Elvira sin cuidado , que en mí tendreis un guarda fiel y siempre vigilante.

—Ah , madre mia , cuánta bondad ! yo estoy aturdi-

do con tantos beneficios como de vos recibo..... Quién sois , señora , quién sois ? Por qué tantos favores?

—Porque podeis ser mi hijo y.....

—Quiéralo el cielo!

—Y aunque no lo fuérais , deber mio es librar á todo aquel , que como vos , se hallase amenazado por el conde de Haro.—Oh , si supiérais cuánta maldad encierra en su pecho!

—Y decidme , madre mia , seria capaz el conde de cometer un asesinato?

—Si seria capaz , decís ! escuchadme..... El conde cuenta entre sus víctimas á Fernando IV de Castilla!

—Oh , y ese hombre puede ser mi padre , cielo santo! exclamó Felipe horrorizado.....

Media hora despues salian los dos amigos de la ermita de la penitente.

Piedad , fiel á su promesa , entró en Burgos al dia siguiente de hacerlo Felipe y Nuño.





CAPITULO XV.

De como Doña Leonor de Guzman, llenó de improperios á un alto personaje, que no era el rey.



Los amores de Alonso XI, seguían en aumento. Su amante la bella y encantadora Leonor, se habia entregado completamente al hijo de Fernando IV. Este que era en extremo constante en sus ideas y pasiones, y que era además agradecido á los favores y sacrificios que por él se hacian, amaba desde entonces con mas delirio á la graciosa andaluza, no tan solo porque su cariño era real y verdadero, sino porque habia apreciado en todo su valor

las pruebas de cariño que Leonor le habia dado. El contento de Don Alonso habia llegado á su colmo, y aunque no pensó en casarse con la mujer que su corazon eligiera, porque se oponia á ello las leyes de la etiqueta y del reino, se propuso serle fiel y constante siempre. Propósito en verdad difícil de ejecutar, y que sin embargo cumplió el rey al pié de la letra, porque el amor de Don Alonso era un amor grande y verdadero para que desapareciera tan facilmente como esos amores pasajeros, que solo atacan la cabeza, dejando libre el corazon. Alonso XI amó á su amante siempre de la misma manera, no bastando á que se disminuyera, ni los años, ni los muchos y frecuentes disgustos que semejantes amores le ocasionaron. Doña Leonor de Guzman ha sido sin disputa la favorita mas amada y obsequiada de cuantas se han conocido. Su sin par hermosura, su genio amable y en extremo complaciente y la bondad de su corazon, fueron causa de que toda la nobleza y aun el pueblo le tuvieran un cariño que al rey le llenaba de contento. Sin embargo, grandes sinsabores y lágrimas le costó el amor de Don Alonso, porque á pesar de ser querida por las razones espuestas anteriormente, no dejaba de tener enemigos, y enemigos poderosos, que envidiosos de su favor, descaban apartarla de la estimacion del rey. Pero una de las personas que mas la odiaba, si bien con justo motivo, y que trabajó mas por su ruina, fué la reina Doña Maria, esposa de Alonso XI, que en union de su canciller Don Fernando Rodriguez de Balboa, prior de San Juan, y del gran maestro de la orden de Alcántara, enemigos mortales de la infeliz amante del rey fueron los que mas contribuyeron por todos los medios imaginables, á que Don Alonso la abandonase, y enhacer pública su deshonra, deshonra disculpada por todos

porque provenia de una grande é irresistible pasion, y no por los deseos ambiciosos y menguados que á otras favoritas les ha inducido á dar al traste con su recato y honestidad. Pero no anticipemos los sucesos, y contentémonos por ahora en ir desarrollando todos estos hechos, y poniendo en conocimiento de los lectores los motivos que tenia mas principalmente el gran maestre para aborrecer de muerte como aborrecia á la viuda de Velasco.

Habia trascurrido mas de un mes, desde que quisieron asesinar al rey y á su amigo el conde de Trastamara, la noche que el primero asistió á la cita conseguida por Don Alvaro, cita que le valió por entonces el condado de Sarria y Lemos, y multitud de señoríos y lugares. Don Alonso despues de concluir los asuntos del reino y de saludar á sus cortesanos, porque estos iban todos los dias á mendigar una sonrisa del monarca, se dirigió disfrazado á casa del objeto de su amor, de la muger que le tenia encantado.

Munima era la encargada de introducir en la habitacion de su ama, al jóven rey, pero ignorando completamente que ceñia sus sienes nada menos que la corona de Castilla.

Mas de una hora hacia que Don Alonso se hallaba en casa de Leonor, cuando dieron con suavidad en la puerta de la calle, puerta guardada por la ambiciosa é infiel Munima, dos ó tres golpes.

—Quién llama? dijo esta descorriendo el cerrojo al mismo tiempo.

—Yo..... el.....

—Basta, basta, señor, que no soy tan torpe para no conoceros, cuando tan presente os tengo.....

—Ah, Munima..... repuso el caballero penetrando

al punto en la casa; si esas palabras las dijera.....

—Válgame Dios y que desdichado sois, señor caballero!

—Qué, se niega aun!.....

—Se niega aun, y se negará siempre á quereros, porque el jovenzuelo que sabeis no le dá lugar ni tiempo para pensar, no digo yo en cuitas de otros, pero ni aun en las suyas propias.—Figuraos..... qué diablo, me he propuesto contároslo todo y lo voy á hacer: Figuraos, como os iba diciendo, que no la deja ni á sol ni á sombra, ni de dia ni de noche, y siempre, siempre aqui metido, sin cuidarse de la vecindad, ni de lo que la gente pueda pensar y decir de tantas visitas hechas por una misma persona. Ahora mismo.....

—Oh, el cielo me lo pone delante! exclamó el caballero subiendo precipitadamente la escalera, y dejando á Munima con la palabra en la boca, y asaz molina de verse así desairada.

El caballero penetró en el escondite, donde le hemos visto otra vez, en el momento que proferia Doña Leonor las siguientes palabras:

—Ah, señor, sí, os amo, os he dado pruebas, y aun ahora mismo..... pero cada vez que os sacrifico mi honor, cada vez que..... Ah, señor, señor, cuántas lágrimas he derramado y cuántos dolores sufro..... pero os amo, os amo con delirio, y en medio de esos dolores, en medio de mi desgracia, encuentro una dicha, un placer inefable que me hace feliz por un momento....

—Por un momento! luego pasado este sentis amarme?

—No, no, señor, no me comprendéis! yo... os amo y por eso os he dicho: *«rey de Castilla, vuestra soy»*

pero por eso no he de sentir, no he de llorar el infortunio que acompaña este amor? Ay! infortunio, sí, porque ya veis... y sinó decidme: ¿se verá algún día santificado por Dios y los hombres? Ah, nunca! nunca! sois rey y yo!... yo puedo ser vuestra querida pero no vuestra esposa!

Y la bella Doña Leonor derramó multitud de sentidas lágrimas.

—Leonor! amor mio! oh, por piedad.... tus palabras me hacen sufrir horriblemente.... oh, yo quisiera no ser rey para poder agradarte mas! yo quisiera sacrificarle mi corona para hacerte feliz!

—No, no señor, no quiero tanto! solo quisiera... oh, perdonadme, perdonadme; no he sido franca con vos, y sufro.... porque....

—Acaba, Leonor, acaba y no me martirices, porque yo tambien sufro con verte padecer asi! Ah, cuándo será el dia que no te vea llorar! cuándo me recibirás risueña y plácentera, sin acordarte de esas ideas....

—Perdonadme, si me amais, perdonadme, porque es tan natural mi sentimiento! si os abriera mi pecho, si os dijera mis temores, os burlaríais de mí, señor?

—Yo de tí, Leonor! ah, me ofendes, amor mio!... habla, qué nuevo pesar te aqueja?

—Señor, cuándo llegará vuestra esposa?

—Ah, pobre niña! y es ese tu temor?

—La amareis mas.... Y yo seré....

—Nunca! pero à qué viene afligirse? No sabes que la mujer que las circunstancias y la política me han dado, es demasiado altanera y nécia, para que yo la ame! para que la prefiera á tí, ángel divino, que todo eres amor, belleza y bondad? Ah, pierde cuidado, desecha todo

el temor que el cariño que me profesas te pueda inspirar, y ten entendido que si yo me caso con la hija del rey de Portugal, es tan solo con el objeto de dar un heredero á la corona de Castilla. Pero tú sola mi querida Leonor, reinarás en mi corazón, tú sola serás la estrella de mi vida y la luz de mi entendimiento..... Cuando gane victorias tú serás la primera que lo sabrás para que tu corazón comience á saborearse con el triunfo, antes que nadie.... Cuando me retire rendido del campo de batalla, tus brazos serán los primeros que me reciban.... Tú sola eres y serás mi vida; á tí sola amaré siempre, y pido á Dios que si tal no hiciera.....

—Oh, basta, basta.... os creo, ya no me cabe duda de vuestro cariño, y soy dichosa.... no habrá muger en la tierra que sea tan feliz como yo! Ah, señor, todo os lo he sacrificado: honor, vida, quietud, todo cuanto hay mas apreciable!... pero si quereis una nueva prueba de cariño, decídmelo, todo lo arrostraré por vos.... por vos que os amo, pero de una manera que raya en delirio!.. De aqui en adelante no me oireis llorar como hasta ahora; de aqui en adelante bendeciré sin cesar el momento en que os conocí, la hora en que!.. Ah, perdon, Dios mío, perdon! exclamó alzando al cielo sus grandes ojos negros y sus preciosas manos.

—Leonor! Leonor! con que estás satisfecha de mí? no dudas ya de mi amor?

—No, rey de Castilla, no dudo.

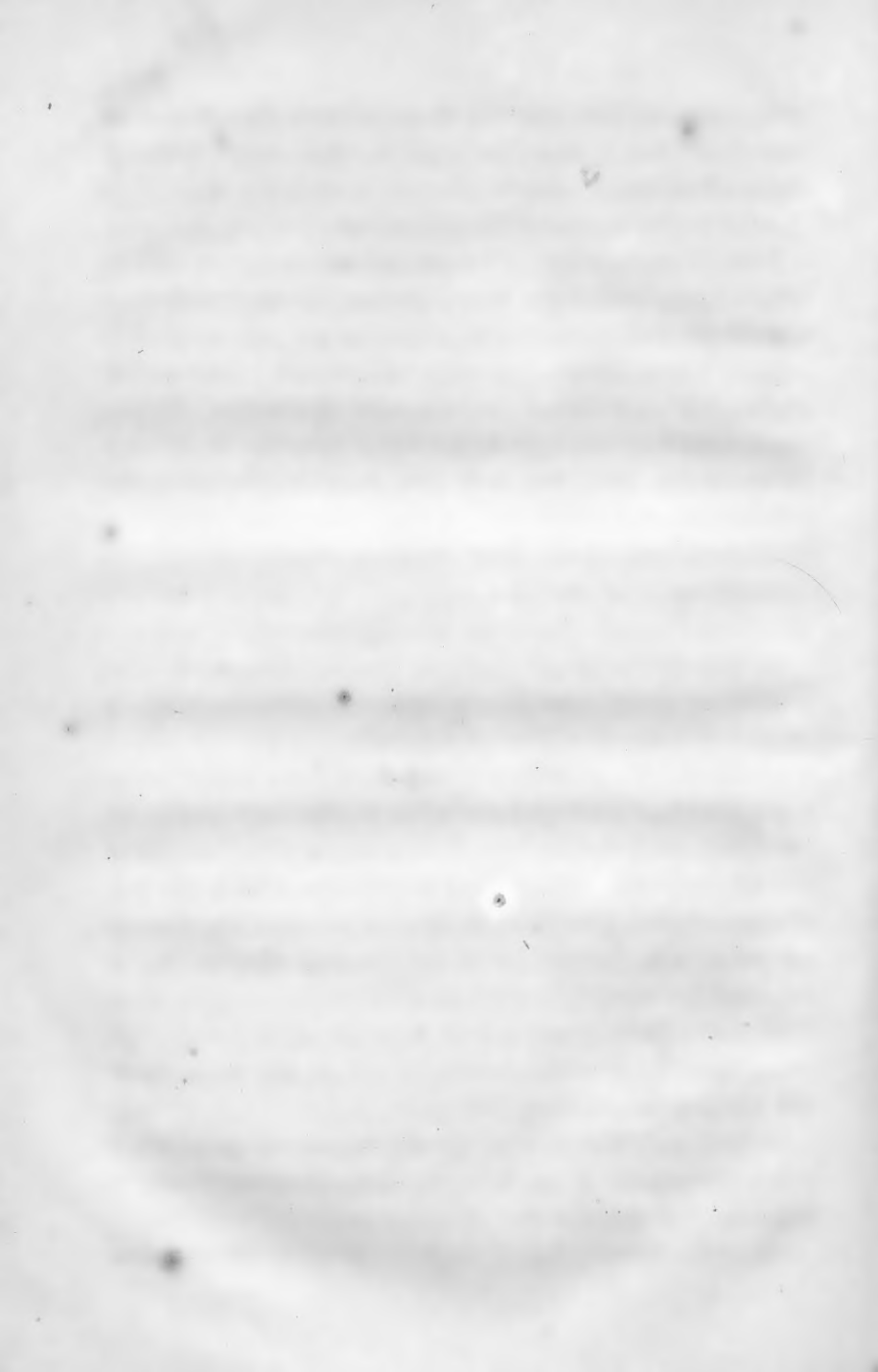
—Eso deseo, amor mío.

A poco salió el rey, envuelto en su disfraz, y se dirigió al alcázar real.

Leonor se habia quedado muellemente reclinada en un magnífico sillón de tamaño colosal, entregada á las



Lámina 7.^a



imaginaciones más dulces y encantadoras. De pronto se movió uno de los tapices y Doña Leonor creyó percibir ruido de pasos.

—Munima! exclamó llena de temor.

Nadie contestó; pero en el momento en que ella se levantó para informarse de lo que era, se le presentó un hombre de alta estatura, y cubierto por un magnífico manto de seda blanca, en cuyo costado derecho campeaba la verde cruz de los caballeros de Alcántara.

—Caballero! dijo la de Guzman trémula de rabia y palideciendo de temor á un tiempo. —Qué haceis aquí? qué buscáis?

—Os busco á vos, quiero vuestro amor!

—Salid, salid inmediatamente, ó pediré auxilios á la vecindad! No sabéis que os odio de muerte?

—Leonor! Leonor!... misericordia, compasion! esta pasion me mata, no puedo mas; ah, tened piedad de mí..... yo os amaré tanto como os ama.....

—Salid, sois un infame, y me causais un horror indecible! Salid, ó publico á voz en grito vuestra villanía...

—Ah, perdon otra vez! yo os amo, si supiérais cuanto sufro: si tuviérais como yo una llama terrible que me abrasa el pecho y que nada bastará á apagar! tened compasion de mí, Leonor, sed una vez siquiera piadosa, y hacedme feliz!

—A vos, monstruo! marchaos os he dicho!

—Nunca! yo quiero vuestro amor, yo quiero acercar mis labios á los vuestros, y...

—Sois un villano, y al hombre como vos se le desprecia! contestó Doña Leonor, disponiéndose á marchar.

—Aqui, señora, aqui! exclamó el gran maestre co-

giéndola fuertemente por un brazo y abligándola á permanecer en el mismo sitio.

—Sabeis lo que haceis , miserable! no sabeis que esta violencia os puede costar la vida?

—A mí! equivocada estais!

—Sí, á vos! soltadme, ó mañana mismo....

—Soltaros! estais en vuestro juicio, señora, ó me creéis tonto? Por Cristo, que no me parece mal el plan que he combinado aquí en un momento.... La noche, que afortunadamente llega, me ayudará en lo que pienso hacer con vos.... Oh, si es hermosa la luz, no sé que diga de la oscuridad..... Por última vez, me amáis? consentís en que yo os ame, pero con premio de vuestra parte?

—Infame! —Contestad, señora, contestad pronto!, porque para mí el tiempo es en extremo hermoso. Qué me contestais?

—Que sois un monstruo abominable, y que siempre os odiaré de la misma manera aunque me vea próxima á morir!

—Está bien, señora; tendré el gusto de tener en uno de mis castillos, en calidad de prisionera, por supuesto, á la querida de Alonso XI de Castilla.... Oh, vereis, vereis que bien hemos de estar, y cuidado con intentar escaparse, porque... pero estas son palabras para después, para allí.

—Creeis triunfar! qué nécio sois! —Munima, Munima!

—La vieja no contestó..

—Ah, todos me abandonan! exclamó Doña Leonor por lo bajo.

—Menôs yo , mi querida señora ; porque es tanto lo que os amo que jamás me separaré de vuestro lado.— Cuando gustéis podemos emprender el camino. Abajo nos esperan magníficos caballos, con que podremos hacer nuestro viaje con toda comodidad.—He tenido hásta la galanteria de prepararos una litera....

—Nécio !

—Vamos , vamos , señora , que se vá haciendo tarde y es preciso andar mucho esta noche.

—Por la ultima vez , caballero , me soltais ?

—Já , já ... soltaros , soltaros , cuando tanto trabajo me ha costado el apresaros ? Delirais , Doña Leonor ?—

—Sois un infame , á quien me veré en la precision de daros el castigo que mereceis.... Me soltais Don Gonzalo ?

—No , señora , ya os lo he dicho.

—Venganza , venganza ! exclamó la jóven arrebatándole del cinto una daga que llevaba y levántándola con ademan de herirle.

Don Gonzalo dió un paso atrás y soltó el brazo que tan fuertemente tenia asido.

—Ah , triunfé , triunfé ! dijo la de Guzman con alegría.

—Antes morir que tal suceda ! repuso el Maestre acercándose á la amante del rey , con intencion de apoderarse de ella á viva fuerza.

—Atrás , villano , mal caballero , atrás ! exclamó Doña Leonor defendiéndose con el puñal y haciendo terribles esfuerzos por ganar una de las ventanas.

—Atrás ! cuán engañada estais ! me marcharé sí , pero será con vos , que sereis mia á toda costa !

Pero la amante de Alonso XI , abrió una de las ven-

tanas y se puso á dar formidables gritos pidiendo socorro.

—Miserable, qué haceis! exclamó Don Gonzalo, pálido de rabia y temor.

—Ah, temblais, monstruo! cuánto me alegro!... ya veis lo que son las circunstancias... hace un momento me aterrabáis con vuestras infernales palabras, y ahora sois vos el que temblais! ah, teneis razon, porque voy á publicar vuestra infamia, sino salís inmediatamente de aquí.

—Sí, saldré, señora, porque el infierno así lo quiere! pero tened entendido que no os gozareis mucho tiempo con vuestro triunfo!

—Lo veremos, Don Gonzalo... solo una cosa os prevengo para que obreis con mas cuidado:—El dia que yo quiera, Maestre de Alcántara, se verá vuestra vida tan comprometida como la de un malhechor que se halle en poder de la justicia.... Sin embargo, os perdono, porque odio la venganza. Salid.

Don Gonzalo se sonrió desdenosamente, y bajó precipitadamente la escalera, no sin lanzar antes una terrible mirada á la asustada Leonor.

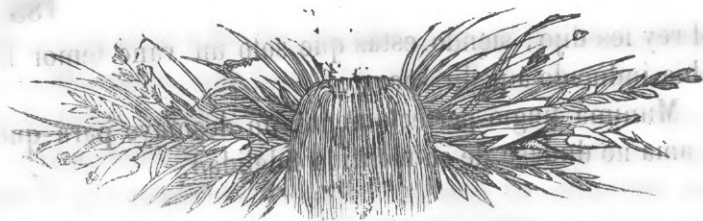
—Gracias á Dios! exclamó esta echándose sobre un sillón.— Ah, ese hombre vá á ser mi sombra y el demonio que me persiga..... y sin embargo puedo deshacerme de él ahora mismo! Pero no, le perdono y le perdonaré hasta tres veces..... pero si insiste en perseguirme, si salgo con vida de todas sus tentativas de venganza, entonces, habré que pedir á Alonso XI, la cabeza de ese hombre indómito y contumáz! Ah, no, nunca... yo, oh qué horror! repuso tapándose el rostro con ambas manos.

La vecindad acudió á los gritos de Doña Leonor, pero se retiró á poco tranquila con las palabras que la amante

del rey les dijo, siendo estas que solo un vano temor la habia inducido á pedir socorro.

Munima fingió perfectamente un desmayo para que su ama no dudase de su mentida fidelidad.





CAPITULO XVI.

En el que se trata de un torneo y de otra porcion de cosas á cual mas entretenidas.



ANTES de hablar de los sucesos que siguen á los referidos anteriormente, antes de continuar el verdadero y seguido hilo de nuestra historia, preciso se hace que sepa el lector por que se hallaba el conde de Haro en el jardin de las Huelgas, y lo que hizo así que se marchó Felipe.

La noche que siguió al dia en que Don Jimeno de Luna y Osorio presentó por primera vez su hija al conde, fué terrible para este. La bella imagen de la encantadora Elvira, quedó esculpida con caracteres de fuego en el corazon de Don Lope. Así es que el recuerdo de sus culpas pasadas, no vino aquella noche á preocupar su

imaginacion entretenida con ideas halagüenas y mundanas. Don Lope dejó de ser desde aquel mismo dia el pecador arrepentido; en vez de pensar, como hacia quince años, en la salvacion de su alma, corrompida y cruel, solo veia y pensaba en la mujer que habia visto en el locutorio de las Huelgas. El dia llegó despues de mil luchas y pensamientos, y con el dia se decidió el conde á tomar un partido.

— Una llama que me abrasa el pecho siento desde que conozco á la hija de Don Jimeno. Esta es una pasion que ignoro si será inspirada por el cielo ó el infierno: Si es lo primero, me salvo! entonces no me cabe duda de que Dios me la hecho concebir para que sea feliz, siendo esto el premio de mi clausura y de la penitencia que he observado tanto años; si lo segundo.... ah, entonces es porque está escrito que yo he de ser... me horrorizo en pensarlo solamente!—Nada, marchemos al Monasterio, dijo despues de reflexionar un momento; si Elvira consiente en ser mi esposa, si me ama, Dios me ha inspirado esta pasion, si por el contrario se opone y me odia, porque otros amores le importen mas, el infierno quiere tenerme por su agente todavía!.... Ah, probemos! es preciso! mi suerte se decide hoy!

Y se dirigió al convento, donde se informó por la tornera que Elvira se hallaba en el jardin. Don Lope penetró en él de la misma manera que Felipe, y llegó al emparrado donde estaban las dos amigas en el momento precisamente en que Beatriz contaba á la amante de Felipe lo que era el conde de Haro.

Lo demás que sucedió hasta que el conde fué desafiado por el capitan de la *formidable*, ha tenido lugar el lector de verlo anteriormente.

Don Lope salió á poco del Monasterio maldiciendo una y mil veces su suerte. Ya tenia que perder toda esperanza. Elvira lo aborrecia de muerte, no solo porque tenia un amante, á quien idolatraba, sino porque sabia y conocia por Beatriz la historia de sus crímenes.

—Maldicion! exclamó mesándose los cabellos con furia.
—El demonio me ha inspirado este amor y como cosa suya tiene que haber sangre, tiene que concluir como el de Beatriz! oh, bien.... venganza, venganza y odio eterno á ese rival que ha tenido la audacia de insultarme! Fuera arrepentimiento y todo sentimiento bueno, yo quiero vengarme y poseer á Elvira, aunque el demonio cargue con mi alma!

Y despues de lanzar una furiosa mirada sobre el convento en el que la hija de Don Jimeno contaba sus cuitas á la Abadesa, se retiró á su casa donde encargó á su escudero tuviese listas sus envejecidas y olvidadas armas. Desde entonces solo pensó Don Lope en satisfacer sus deseos y en castigar al audaz jöven que le habia llamado villano. Pero de estos sucesos hablaremos en su tiempo y lugar oportuno.

A los pocos dias de conocer el rey Alonso XI á Doña Leonor de Guzman, se vió en la necesidad de contraer matrimonio con la infanta Doña Maria, hija del rey de Portugal. Y decimos que se vió en la necesidad de hacerlo, porque un rey es el primero que sucumbe á las circunstancias políticas. La situacion de Castilla por entonces era en extremo crítica, si bien el hijo de Fernando IV consiguió con la firmeza de su carácter, y aun algunas veces faltando á la fé de caballero, defectos que solo su poca edad puede disculpar, consiguió, decimos, que no llegára al estado que los grandes y los revoltosos

querian llevarla. Alonso XI tuvo que ceder, como dijimos mas arriba, y aceptar la mano de la portuguesa, porque con esta alianza ganaba la estimacion y ayuda del rey de la antigua Lusitania.

El matrimonio se celebró con mucha ostentacion y aparato, y despues de la coronacion, que se efectuó en Burgos con un lujo y esplendidez hasta entonces no visto, dispuso el rey que en la misma ciudad tuviese lugar un torneo, donde los caballeros mas principales de la corte, se disputaron con el valor de su brazo, los premios destinados para los vencedores, premios que la augusta desposada colocaba sobre el pecho de los caballeros que saliesen victoriosos.

Todo estaba ya dispuesto. Un magnífico palenque, con palcos y asientos forrados de paño grana, se preparó para las personas que por su clase y condicion pudiesen asistir á la fiesta.

Era una hermosa tarde de otoño. El circo donde iba á tener lugar el combate se hallaba cuajado de gente. Multitud de señoras ricamente engalanadas lucian sus gracias y riquezas en los palcos preparados de antemano. Un soberbio dosel de seda carmesí recamado de oro y plata se veia sobresalir en el testero principal del palenque, custodiado por dos apuestos soldados, armados de pies á cabeza.

Dos sillones de madera tallada terminados con las armas de Castilla y Leon, veíanse colocados debajo del dosel.

La concurrencia habia pasado del deseo á la impaciencia. Los reyes se tardaban demasiado, y á pesar de que los atambores y chirimias procuraban distraer con su estridente sonido á la multitud, aburrida de esperar,

esta no dejaba de demostrar su impaciencia con voces y silbidos.

Explicaremos la tardanza de los reyes.

Alonso XI antes de reunirse á su esposa para ir al palenque, se dirigió á casa de su amante, para rogarle por la última vez no dejase de asistir al torneo.

—No os canséis, señor..... ya os he dicho que no puedo ir á esa funcion.

—Pero por qué? dijo el rey con impaciencia.

—Porque no gozo en esos espéctáculos públicos.

—Ah, sois egoista..... con que porque no os divierten me privais de vuestra presencia?..... ya lo veis; sois egoista é ingrata!

—Nada de eso, señor, si no voy.....

—Acaba, acaba!

—Qué falta os hago, Don Alonso? dijo la jóven dando otro giro á la conversacion.

—Ah, y me lo preguntas? No sabes ángel mio, que sin tí ne puedo ser feliz?

—Es que alli no podreis estar conmigo....

—Es verdad; pero te veré y con esto solo estoy contento.

—Ved ahí precisamente lo que yo quiero evitar, señor.

—No te comprendo.....

—Decidme, vá con tu alteza la reina?

—Sí.

—Pues bien, si voy os distraeré y esta tarde os debeis dedicar enteramente á vuestra esposa.

—Siempre lo mismo!... Y no eres tú primero que ella?

—No, nunca! es vuestra esposa, es la reina de Castilla!

—Leonor.... asistirás?

—Perdonadme; pero quiero evitar á toda costa que la reina se entere de nuestros criminales amores, quiero que no me conozca y que ignore siempre....

—Disculpa es esa que no me satisface, Leonor.

—Señor, si voy al palenque, como deseais, me espongo á ser vista por Doña Maria, y es fácil que averigüe la verdad de lo que pasa.

—Deliras! cómo quieres?....

—Oh, muy fácilmente; el público puede pronunciar vuestro nombre y el mio á un mismo tiempo. Estas solas palabras bastan para que la reina vea en mí una rival!

—Qué necia eres!

—Confesad la verdad que os acabo de indicar.

—No, no, en tu negativa veo un capricho.

—Un capricho!

—Sí: por la última vez, Leonor; vienes?

—Señor, haceos cargo y....

—Vienes?

—No, rey de Castilla.... perdonadme....

Don Alonso salió sin decir una palabra y se dirigió al alcázar real, donde le aguardaba su esposa y toda la grandeza, dirigiéndose á poco al palenque. La presencia de los reyes, produjo en el auditorio un gozo y alegría indecible. Los vítores y aclamaciones ahogaba el ruido de los clarines y cornetas que anunciaron la llegada al circo de los régios esposos.

Alonso XI saludó á todos cortésmente y despues se sentó con magestad en el rico sillon que le habian preparado. Su esposa hizo lo mismo.

Era la reina Doña Maria, una mujer de veinte años todo lo mas, alta de cuerpo, de color moreno y de ojos

grandes y vivos. Una nariz larga y un tanto inclinada hacia la punta, coronaba la mas preciosa boca que se ha visto en mujer. El talle de la portuguesa era en extremo gracioso y esbelto, y su bello, aunque no simpático rostro, se veia adornado por un cabello negro y lustroso como el azabache.

Como habia dicho el rey á su amante, la muger que se habia visto obligado á aceptar, era de un génio altanero y en extremo orgulloso. Los amores de su espeso con la bella Leonor, la llenaron de indignacion y se propuso ser enemiga de Don Alonso antes de darle su mano.

Dos hombres, los dos envidiosos y vengativos, fueron los que mas contribuyeron á acrecentar el odio de la reina hacia su esposo, odio que unos celos mentidos servian de pretesto. Doña Maria jamás amò al rey y aunque no faltó á sus deberes, no por otra causa, sino porque era demasiado orgullosa para descender del papel de reina, al de amante apasionada, no dejaba de tener su camarilla y validos, con cuya corte se adquirió una fama no muy honrosa, sin cometer ninguna vez la falta de que se le acusaba.

Los dos hombres mas íntimos de la reina, eran su canceller Don Fernando Rodriguez de Balboa y el gran maestre de la órden de Alcántara, Don Gonzalo Martinez. Estos malos caballeros, enemigos mortales del rey y de su amante, fueron los que mas persiguieron á la desgraciada Leonor, cuyo delito consistia en amar mucho y no tener suficiente valor para no entregarse al hombre que habia encendido en su pecho la llama ardiente y amorosa que la arrastró al rey de Castilla.

Pocos momentos antes de marchar Doña Maria al torneo, y cuando impaciente esperaba á su esposo, le

dijo Don Gonzalo á presencia de su cómplice el canciller :

— Señora, os veo triste y casi estoy por adivinar la causa.

— Vos! veamos, Don Gonzalo, veamos, tal vez adivineis..... pero se me antoja que no.

— Señora, lo sentiría; pero á que le meís encontraros en el torneo con la mujer que el rey.....

— De qué muger habláis? repuso Doña Maria aparentando ignorancia, porque creía que padecía su amor propio con solo hablar de lo que demasiadamente sabía.

— Hablo á tu alteza de la amante del rey.

— Perdonad, maestre de Alcántara; pero dudo de vuestras palabras á cerca de esto, y de las del prior de San Juan.

— Dudáis, señora, de la verdad?

— Por Dios, Don Gonzalo! cuando me dareis pruebas, hechos, y no palabras?

— Esta tarde.

— Bien, pero como conoceré yo.....

— Me dá tu alteza palabra de hacer todo lo que le diga?

— Os la doy.

— Pues bien, observad á vuestro esposo, mirad donde él mire, y juro á Dios que llegareis á ver una muger en extremo hermosa, blanca, de ojos negros, y.....

— Y esa muger quien es? dijo la reina con indiferencia, aunque demasiado pálida, para que no se conociera el interés que para ella tenía semejante conversacion.

— Doña Leonor de Guzman..... la única muger á quien ama el rey de Castilla y Leon..... repuso el maestre mi-

diendo las palabras y observando al mismo tiempo el efecto que producian.

—La única! exclamó Doña Maria deshaciendo entre sus dedos un magnífico ramo de flores.

—Sí, la única.....

—Os engañais, Don Gonzalo.... pero sabeis dijo mudando de conversacion, que no ha dejado de gustarme vuestro consejo? Es chistoso! mirar donde mira el rey! y con esto conoceré á esa bella joven, que mi augusto esposo obsequia?

—Ciertamente.

—Maestre de Alcántara, no encontrais otro medio.... asi, mejor... que dé mejores resultados? porque os aseguro que este....

—Bien, señora, lo haré, y quedareis satisfecha.

—Pero como hareis para que yo comprenda.....

—Estaré con ella durante la liza y esto solo os basta..

—Sí, sí, teneis razon! exclamó Doña Maria sin poder ocultar su gozo.

El rey se presentó á poco, y al instante de llegar los régios esposos al palenque, dió principio el combate.

Los maestros del campo dividieron el circo y las cornetas, á una seña del rey, tocaron para que los combatientes se presentasen en la liza.

Un murmullo de alegría fué la contestacion que dió la multitud á los rancos sonidos de los clarines.

Dos caballeros montados en soberbios caballos árabes y cubiertos de piés á cabeza con sendas armaduras de acero, primorosamente trabajadas, se presentaron en la palestra. Los dos llevaban sujetos en el brazo izquierdo dos magníficos escudos, con letreros y alegorias. El primero, cuyo casco terminaba en una horrorosa serpiente de tres

cabezas, llevaba pintado en su escudo el mismo monstruo que le servía de cimera, si bien aquí se veía vencido y derrotado. Alrededor se leía el siguiente extravagante letrero: — *Vencida por mí.*»

—El segundo, mozo al parecer, y de apuesto talante, llevaba pintado dos combatientes en el acto de embestirse, y con estas palabras por debajo: — *«Todo por ella.»*

La aparición de los dos caballeros fue aplaudida estrepitosamente por el público. El mismo rey en extremo aficionado a estas fiestas, mostró su alegría con un prolongado palmoteo.

Los clarines dieron la señal, y entonces aquellas dos máquinas de hierro se arremetieron con tanta furia y desnudo, que los dos dieron consigo en tierra al momento.

En los rostros de los circunstantes se vió pintado el descontento.

—Otros! otros! exclamaron dando formidables gritos.

El rey accedió, y a poco aparecieron en la palestra otros dos armados, en cuyos pechos se veía una banda roja de rica tela de seda.

La señal se dió de nuevo y los combatientes se encontraron uno en frente del otro, con sus lanzas partidas.

—Viva, viva! exclamaron los circunstantes llenos de alegría.

—Los dos caballeros de la banda metieron espuelas a sus caballos y comenzó otra vez el combate.

Pero dejemos a los campeones disputarse la victoria y observemos a la reina, que llena de impaciencia, buscaba por todas partes al Maestre de Alcantara. Doña Maria recorrió por la última vez con la vista todo el circo. Sus ojos de pronto brillaron de alegría, y una sonrisa maligna centró por un momento sus delgados y preciosos labios, be

un subido carmin. Cuando ya habia perdido toda esperanza, cuando desesperada iba á dejar la investigacion que practicaba con ojos ávidos, vió lo que deseaba, lo que necesitaba para odiar á su esposo y para tener un derecho de ser su mas mortal é irreconciliable enemiga.

Don Gonzalo Martínez, maestre de los caballeros de Alcántara, se veia en uno de los palcos ó tiendas, de pies y detrás de una jóven en extremo hermosa y ricamente vestida, que no quitaba ojo del sitio ocupado por los reyes. Doña Maria tuvo lugar de examinar perfectamente á su rival, porque el lugar donde esta se hallaba no estaba muy distante del dosel que cobijaba á los reyes de Castilla. Don Gonzalo hizo una seña á la reina, y se retiró sin ser visto ni notado por Doña Leonor.

Mientras que Doña Maria se entregaba á sus pensamientos de venganza, y mientras que el Maestre iba alcanzar el premio de su servicio, que consistia en una sonrisa mas llena de indignacion que de afecto, el conde de Trastámara se acercó á Alonso XI, y le dijo, sin que la reina lo notara :

—Señor, veo á tu alteza muy entretenido en ver á los combatientes y no te quisiera distraer....

—Ah, si, estoy admirado del valor que tiene ese jóven : mirad, mirad como vence á su contrario... lástima que un caballero de la banda se deje así vencer!

—Señor, alguno de los dos tiene por precision que ser vencido : y puesto que ambos pertenecen á la banda, á esa órden honorífica y honrosa que tu alteza ha creado, para inaugurar tu reinado, te debe ser indiferente sea uno ú otro el vencido ó el vencedor.

—Teneis razon ; pero qué me queréis?

—Nada, en verdad, porque ya habrás visto.

—No os comprendo, conde : dijo Don Alonso moviendo la cabeza en señal de impaciencia.

—Habeis recorrido el circo con la vista?

—No : como no espero á nadie....

—Sin embargo, alzad la vista y fijarla en un balcon colgado de seda azul , que hay á nuestra derecha.

—Alonso XI hizo maquinalmente cuanto le dijo su favorito.

—Qué veis?

—Nada absolutamente : contestó el rey con indiferencia.

—Señor... es cierto lo que decís?

—Cierto , cierto , Don Alvaro : nada veo de particular.

—En ese caso seguid con la vista la indicacion de mi dedo.... No veis en aquel palco con pabellones azules á....

—Leonor ! exclamó el rey sin poder ocultar su alegría.

Doña María oyó la exclamacion lanzada por el rey , y una palidez mortal cubrió su rostro por largo tiempo.

Don Alonso clavó su vista en la de Guzman , como para manifestarle su agradecimiento.

Doña Leonor creyó hasta entónces que su amante rehusaba mirarla : pero cuando observó que el rey pronunció su nombre con alegría , cuando le vió sin quitar ojo de donde se hallaba viendo el torneo , á que habia asistido por no disgustarle , entonces ahogó un suspiro de placer , y de sus manos se cayó un precioso ramo de naranjo , que continuamente acercaba á su perfecta nariz.

El ramo de azahar cayó cerca del palco del rey. Don

Alonso se puso de pies con intención de cogerlo, sin cuidarse que estaba á presencia de un público, y olvidándose completamente de su dignidad. Dona Maria, que furiosamente irritada desde que Don Alonso nombrára á su amante, no habia dejado de observarle, le dijo tirándole de la ropilla:

—Que haceis, rey de Castilla!

Mientras esto pasaba entre los régios esposos, el conde de Trastamara, que veia en aquel ramillete, no su muerte, sino otro condado y otros señorios, se apresuró á cogerlo y á presentárselo al rey.

—Oh, gracias, conde, gracias! dijo tomando el ramo, sin hacer caso de las palabras de la hija del rey de Portugal.

Dona Leonor no cabia en sí de contenta, mientras que la orgullosa y vengativa Dona Maria, decia á su esposo, así que este se hubo sentado, y retorciéndose las manos con rabia:

—Observad, rey de Castilla, que ultrajais á vuestra esposa en público!

—Oh, mirad, mirad, es de ella... de ella! dijo el rey presentándole el ramo, y casi fuera de sí.

Lanzó la reina una terrible mirada al conde de Trastamara, y dijo por lo bajo con terrible acento:

—Venganza! es necesario que desaparezca para siempre insolente favorito, y esa muger odiosa!

Como habia dicho el rey el combate se decidió al cabo por uno de los caballeros, quedando el vencedor en la palestra orgulloso y triunfante, y esperando á otro contrario para medir con él sus armas, y la fuerza de su brazo.

Los clarines tocaron para ver si alguien se presentaba

pero el llamamiento de los trompeteros fué desairado.

El caballero vencedor que no era otro que el capitán Mendoza, aquel que derrotó á los *formidables*, no cabía en sí de contento, porque veíase próximo á alcanzar el premio destinado al vencedor; premio que consistía en una banda azul y blanca, que Doña Maria como reina del torneo ceñía al vencedor, al mismo tiempo que su esposo le concedía la gracia que pedía.

Los clarines tocaron de nuevo al ver que se impacientaba la multitud. Nadie apareció, y entonces un faraute invitó á Mendoza para que fuera á recibir el premio de manos de su alteza.

El joven caballero, se apeó de su magnifico caballo, contestando al mismo tiempo á los infinitos saludos y aplausos que de todos lados le daban. Pero en el momento en que subía las gradas del trono, cuando ya la reina tenía preparada la banda de fina gasa, para echársela por los hombros, se descorre de pronto uno de los tapices que cubrían las tiendas de campaña, preparadas de antemano para que de ellas saliesen los combatientes, y se presentó en la escena un armado en cuyo escudo se veía pintada una hermosa paloma en extremo blanca; en actitud de volar, y llevando en el pico una cinta con la siguiente inscripcion: «*Lleva mi pensamiento.*»

La aparicion de este desconocido arrancó vivos aplausos de la multitud.

—Viva! viva! decían unos acompañando á las palabras fuertes palmadas.

—Fuera! que diga su nombre! decían otros dando terribles gritos á fin de ser oídos, y para que se hiciese lo que ellos decían.

El desconocido seguía avanzando, montado en un

precioso caballo tan blanco como la paloma que llevaba en el escudo.

—Que diga su nombre! volviéron á decir los mas escandalosos.

—Si, si, eso es, eso es.....

El rey accedió, y un maestre del campo, oyó dos palabras que el desconocido le dijo al oído, porque se negó completamente á decirlo de recio.

Entonces el infeliz Mendoza bajo las gradas del trono y montó á caballo, maldiciendo en sus adentros al temerario que le disputaba un premio, que á su entender tenía que ser suyo.

—Creéis triunfar? dijo Mendoza al desconocido.

—Tal propósito tengo.

—Pues engañado estais.

—Juro á Dios, que no direis eso mismo dentro de muy poco tiempo.

—Lo veremos.

—Lo vereis, contestó el armado de la paloma poniéndose en situación de arremeter así que sonase el clarín.

Este se oyó á poco, y los dos caballeros partieron á un tiempo.

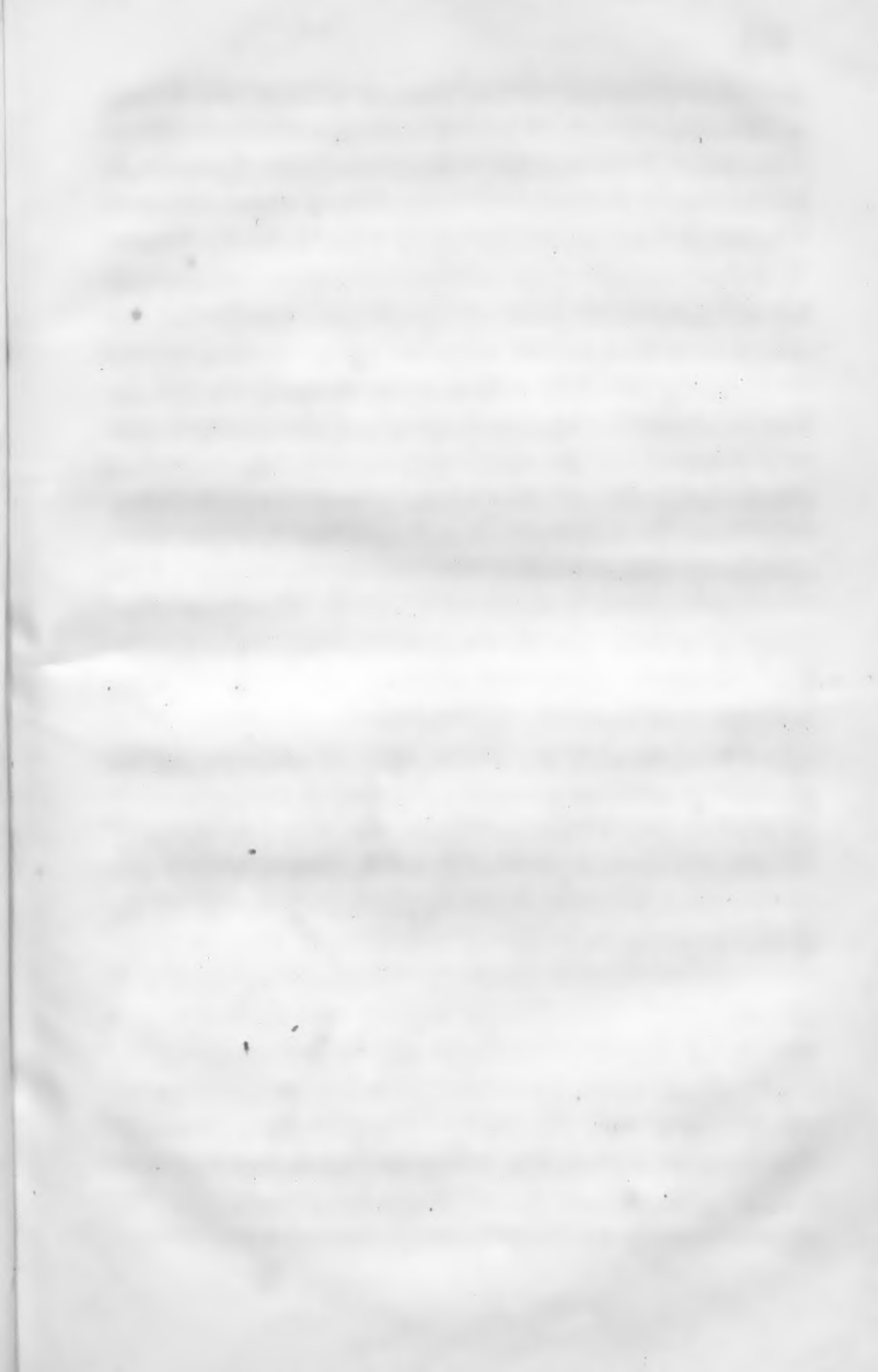
Mendoza resistió aunque con trabajo el embite de su contrario y este no se movió de la silla.

—Duro teneis el brazo! dijo Mendoza con rabia reconcentrada.

—Y vos firmeza en el estrivo, pero os aseguro que á la tercera vez habreis perdido ya semejante habilidad.

—Difícil lo veo, caballero.

—Acabemos, capitan Mendoza, acabemos, porque la tarde se concluye: dijo el desconocido poniéndose en guardia.





Lmá. V.

—Acabemos: contestó el capitán haciendo la misma operacion que su contrario.

Antes que se diese lá señal, partieron los corceles con tanta furia que parecia mentira pudiesen correr de tal manera.

La lanza del desconocido pegó con tanta fuerza en la coraza de Mendoza, que su caballo dió un paso atrás, y él perdió el estribo, soltó la brida, y cayó por la trasera del caballo, murmurando entre dientes con amargo acento:

—«Oh, vencido! vencido despues de haber sido vencedor!»

—Os convenceis ahora, señor incrédulo? le dijo el armado, despues de haberse apeado de su caballo y cuando se dirigió á él para completar la fórmula del combate.

—Oh, sí me declaro vencido; pero matadme, clavadme vuestra espada, porque semejante derrota es mi deshonra! ah, hacedme este favor!

—No, nunca! y no me hubiera presentado en el campo, sino tuviera necesidad de una ocasion como esta para alcanzar del rey cierta gracia que necesito.

El desconocido fué aplaudido con entusiasmo por todos y declarado digno de obtener el premio destinado al vencedor. Asi es que subió al trono y despues de hincar una rodilla en tierra, recibió de manos de la misma reina, la banda azul y blanca.

—Y ahora téneis alguna gracia que pedirme? dijo Alonso XI.

—Sí, magnánimo señor, tengo que pedirós una gracia, y creo....

—Hablad, hablad....

—Señor, amo con delirio á una jóven, siendo cor-

respondido por ella, y quisiera que tu alteza...—

—Gracia es esa que tal vez no dependa de mi voluntad. —Tiene padres esa jóven?

—Padre únicamente, pero este se halla muy distante de estos reinos.

—Su nombre?

—Don Jimeno de Luna y Osorio, gentil-hombre de tu corte.

—Con efecto, tengo algun derecho para disponer de la mano de esa jóven, y mucho mas estando su padre ausente, como lo está en efecto. —Pero mi consentimiento no es el de su padre; el mio se pide por mera fórmula despues que los padres son gustosos en la eleccion que hayan hecho para sus hijos. Además para anticiparme yo á dar un consentimiento, que no sé si aprobará Don Jimeno, necesito saber con quien...

—Nada mas justo: contestó el armado alzándose la biserá al mismo tiempo.

—Felipe! exclamó el rey admirado.

—El mismo, señor.

—Ah, ya decia yo que era imposible hubiese otro tan valiente como vos: he debido conocerlos cuando derribásteis á la segunda embestida á mi pobre caballero de la banda.

—He disgustado á tu alteza?

—Nada de eso, y en prueba de ello os concedo la mano de la hija de Don Jimeno.

—Oh, gracias, señor, gracias!

—Aunque teneis mi consentimiento, y tendreis tambien el del padre de vuestra amante porque yo le diré que tengo elegido esposo para su hija, aguardad á que venga el de Luna de Alemania.

Felipe se separó del rey con el corazón henchido de alegría y placer. Elvira sería suya, porque cómo iba á desairar Don Jimeno al rey no admitiendo para su hija el esposo que este había tenido la atención y el cuidado de elegir durante su larga ausencia? Así es que el joven no cabía en sí de contento y esperaba con ansia el momento que lo había de unir para siempre á su bella y querida Elvira. De repente se cubrió su rostro de una palidez espantosa: un recuerdo fatal había cruzado por su mente precisamente en el mismo instante en que más dichoso era. El recuerdo del conde de Haro vino á distraerlo; entonces sintió un frío terrible por todo su cuerpo y el corazón comenzó á latir con extraordinaria violencia.—Qué es esto, Dios mío? exclamó asustado.

Pero la idea de su próxima felicidad vino á apoderarse de su imaginación nuevamente y todo desapareció.

La fiesta terminó en seguida, y toda la gente se puso en movimiento. Los reyes salieron del circo acompañados por multitud de caballeros y altos personajes.

—Conde, dijo el rey al de Trastámara con el mayor sigilo: ¿quereis acompañar á Doña Leonor?

—Sí, señor.

Y decidle de mi parte que la prueba de cariño que me ha dado con venir al torneo, no será olvidada por su amante.

El conde se separó de la comitiva y se fué en busca de la de Guzmán, á quien refirió las palabras del rey.

Mientras tanto Doña María, decía á su confidente, queriendo ocultar, aunque no pudo conseguirlo, la rabia que la consumía:

—Os habeis divertido mucho, maestre de Alcántara?

—Mucho, señora, y tu alteza?

—Oh, yo he pasado un rato delicioso.... esta clase de fiestas me hacen gozar extraordinariamente!...

—Magnífico ramo de azahár lleva su alteza! dijo el Maestre con intencion.

—La reina palideció, y repuso sin poderse contener:

—Qué haríais vos si siendo muger y reina os viérais ultrajada como yo me he visto esta tarde por ese ramo de naranjo?

—Por ese ramo!

—Si, una muger que asaz bien conocéis lo arrojó á los pies del rey, y un hombre adúlador é infame se apresuró á cogerlo para entregárselo á mi esposo, quien se cuidó muy poco del público para ultrajarme como lo hizo!

—Señora, es posible!.....

—Sí, Don Gonzalo, esto ha pasado, y yo necesito vengarme!

—Nada mas justo.

—Sois mi amigo?

—Hasta la muerte.

—Amais á la querida de mi esposo?

—No, la aborrezco de muerte.

—Luego entonces sereis su enemigo como yo?

—Siempre.

—Y al conde de Trastamara?

—Despues de Doña Leonor es á la persona que mas odio.

—Me alegro....—Y al rey?

—Señora.....

—Nada temais.

—Pues bien, entre vos y Don Alonso.... vos sois mi reina.

- Nos vengaremos de los tres , Don Gonzalo?
- Contad conmigo.
- Oh , bien , venganza ! venganza ! exclamó la reina lanzando á su esposo una feroz mirada.



lles, cuando la reina Itoia María, salta del trono y man-
do á sus doncellas la adormacen con todo lo mayor y mas-
rico que hubiese. Con efecto sus deseos fueron cumpli-
dos. Un magnífico traje de rica tela de Persia, y una
diadema de terciopelo azul con adorno de piedras, como



CAPITULO XVII.

En el que se vé que Doña Maria comenzó á poner por obra su proyecto de venganza.



o bien hubo el dia asomado por el horizonte, no bien la aurora hubo corrido con su carro de luz todo el espacio, y no bien los habitantes de Burgos comenzaban á vagar por las calles, quando la reina Doña Maria, saltó del lecho y mandó á sus doncellas la adornasen con todo lo mejor y mas rico que hubiese. Con efecto sus deseos fueron cumplidos. Un magnifico trage de rica tela de Persia, y una dalmática de terciopelo azul con adorno de pieles, ceñía

el elegante y esbelto cuerpo de la portuguesa. Ricas tocacas de finísima Holanda y preciosos adornos de diamantes y perlas de Oriente, adornaban su bella cabeza, cuyo pelo caía en partes iguales por la cara y se recogía por detrás todo reunido.

Doña Maria quería estar hermosa aquel día y por eso había sido hecho su tocado con tanto esmero y cuidado. Terminado este dijo á una de sus damas:

—El rey?

—Ha salido, señora.

—Tan pronto! sabeis con quién?

—Con el conde de Trastámara.

—Se sabe á donde se han dirigido?

—Al campo, señora; su alteza tenía preparada para hoy una gran cacería.

Los ojos de la extranjera brillaron de satisfacción y contento. Había concebido una idea y quería ponerla al instante por obra. El rey, único inconveniente que podría haber, se había marchado al campo. La ocasión no podía ser mejor. Así es que repuso sin poder contener su alegría:

—Se halla ahí fuera el gran maestre de los caballeros de Alcántara?

—Hace rato desea ver á tu alteza: contestó una de las jóvenes.

—Hacedle entrar, y dejadme sola.

Obedecieron las jóvenes, y Don Gonzalo penetró á poco en la morada real. El maestre manifestó su sorpresa, santiguándose per dos veces.

—Qué os estraña, Don Gonzalo?

—Ver á tu alteza tan engalanada y elegante: es hoy acaso día de corte?

- No por cierto.... este es el traje de una reina.
- Perdonad, pero como os veo al mismo tiempo tan alegre y....
- Acabad.
- Y hermosa; mas hermosa que nunca....
- La reina soltó una descomunal carcajada y dijo en medio de su hilaridad.
- No me satisface esa galanteria.... pero no sabeis que voy á visitar á la segunda reina de Castilla?
- No sabia que habia en Castilla dos reinas.
- Vos me lo dijisteis ayer, Don Gonzalo.
- Yo! perdonad, señora; pero no recuerdo....
- Ayer tarde en el torneo me noticiásteis que Doña Leonor....
- Ah, sí, sí comprendo perfectamente; y como Doña Leonor reina sola y esclusivamente en el corazon de su alteza, por eso la llamais la segunda reina de Castilla.... comprendo, y no me parece mala la idea.
- Pues bien, voy á ir, si vos me acompañais á casa de la muger que reina en el corazon de Alonso XI.
- Señora, semejante paso!....
- Teneis miedo, Maestre de Alcántara?
- Miedo no, pero si prudencia.
- Me acompañareis?
- A donde gustéis, verdadera reina de Castilla.
- Teneis razon... Pero decidme, cuándo desaparecerá el conde?
- Tiempo, señora, tiempo para todo.
- Sabeis á casa de la concubina de mi marido?
- Sí.
- Tomad mi brazo y conducirme á ella.
- Observad que si el rey sabe...

—Nada temais, su alteza está hoy de campo.

—Pues marchemos.

La reina se cubrió con un largo manto de tela oscura, y agarrada del brazo del maestro, pasó en un instante el corto trecho que mediaba desde el alcázar á la morada de la sevillana.

—Puedo saber vuestra intencion, señora? dijo Don Gonzalo momentos antes de llegar á casa de la de Guzman.

—No tengo inconveniente: Deseo vivamente conocer á la muger que el rey prefiere á la suya propia, y deseo conocerla, porque si es menos hermosa de lo que dicen, Alonso XI se cansará de ella muy pronto. —Quiero conocerla, porque ayer apenas la vi; quiero verla y decirle la gran distancia que hay de ella á mí, de una hija de cien reyes y reina, á una muger prostituta y.....

—Esta es la casa, señora, repuso el Maestre interrumpiendo á la reina.

—Llamad; y despues esperadme aquí á que yo salga.

—Cumpliré tus órdenes fielmente: contestó Don Gonzalo acercándose á la puerta y llamando con suavidad.

La horrible Munima apareció despues que la maciza puerta giró sobre sus goznes.

—Pasad, señora: dijo el Maestre á la reina.

—Y vos?

—Yo voy á obedeceros.

—Ah, es verdad: repuso la reina acordándose de que le habia dicho que le esperase en la calle.

Doña Maria subió con paso lento la escalera que conducia á la habitacion de la favorita del rey.

Esta se hallaba sola y recostada en un sillón, entregada á mil ideas ya tristes, ya placenteras. Leonor pensa-

ba en el amor que la tenía el rey, en la falta que había cometido con quererle, en lo dichosa que era con este amor y en los disgustos que el maestre de Alcántara podía hacerle sufrir. Cuando mas entregada y sumergida se hallaba en estos pensamientos, sintió ruido de pasos por la escallera y fijó la vista en esta, hasta que vió una muger envuelta en un manto oscuro, que se quedó parada en la entrada.

—Pasad, señora; dijo la de Guzman, saliendo al encuentro de la desconocida.

—Sois vos Doña Leonor de Guzman? repuso la reina con voz balbuciente y temblorosa.

—Yo soy.

—Oh, qué hermosa es! exclamó la estrangera á media voz.

—A quién tengo el honor de hablar, señora?

—Me conocéis? dijo la reina arrojando con fuerza el manto y descubriendo su bello y rico traje y su indignado rostro.

—No tengo la honra.... repuso la de Guzman pali-deciendo de temor, al ver el aire altanero y un tanto atrevido de la muger que se le presentaba.

—Debiérais de conocerme, señora....

—Ya os he dicho que ignoro absolutamente con quien estoy hablando.

—Es extraño, porque vuestra alma culpable os debiera haber dicho que hablais con la reina de Castilla...

—La reina !.... cielos! y qué busca la reina en mi humilde y pobre morada! exclamó la amante de Alonso XI, balbuceando y peniéndose pálida como un cadáver.

—Os busco para que me deis estrecha cuenta de vuestra conducta! La reina de Castilla se halla ofendida por

vos, que sois una miserable, y viene á reconveniros, viene á deciros que vuestro castigo se acerca, porque si el rey se niega á concedérselo, no se negará el pueblo entero, ni los ejércitos de su padre el rey de Portugal.

—Ah, señora, perdon, perdon! exclamó la dama del rey cayendo á los piés de Doña Maria.

—Perdon! nunca, miserable, nunca!

—Ah!....

—Creíais que podais ofender impunemente á la reina de Castilla? oh! os engañais! desde mañana os abandonará vuestro amante, porque las circunstancias le obligarán á ello... desde mañana recibireis el castigo á que os habeis hecho acreedora por vuestra audacia y vuestro crimen....

—Crímen! crimen!..... repuso la de Guzman asustada.

—Sí, crimen, y crimen atroz! os parece poca culpa ser la querida del rey de Castilla, con el descaro, con el cinismo, con que vos lo sois y lo publicais, sin tener en cuenta que ultrajais á la esposa de vuestro amante, á la reina, vuestra señora, y á la muger que tiene derecho y poder para haceros morir en un cadalso si se le antoja?

—Ah, en un cadalso!... y por qué, señora?

—Porque me habeis ultrajado y el que ultraja á un rey...

—Perdon, reina de Castilla; yo no os he ultrajado.... yo amé al rey porque.... señora, no lo pude remediar, me entregué á él porque le amo con delirio!... tengo acaso la culpa de que Dios ó el infierno me haya hecho concebir esta pasion?....

—Miserable!

—Perdon! perdon!.... volvió á decir Doña Leonor alzando las manos en ademán de súplica.

—Oh, no, nunca, ya os lo he dicho! he padecido demasiado para perdonaros, mi orgullo de esposa y de reina se halla asáz ofendido para perdonar á la muger causa de todo.—Un encierro perpétuo será el castigo que os imponga, castigo que el rey no podrá menos que sancionar....

—Un encierro! nunca! vos no teneis derecho....

—Infeliz! sabeis con quien estais hablando? no sabeis desgraciada que Doña Maria de Portugal, tiene bastante poder, sin necesidad de su esposo, no digo para sepultaros en un encierro perpétuo, sino hasta si quisiera para cortaros la cabeza á vos Doña Leonor de Guzman, la muger mas hermosa de Castilla, la favorita de Alonso XI.

—Y seriais capaz de hacerlo, solo por el delito de amar á un hombre que conquistó mi corazon no como rey de Castilla, sino como un particular? Y creéis que quedaria impune vuestra arbitrariedad, señora?

—Qué decís, desgraciada! sí, quedará impune y siendo reina de Castilla! Con que preparaos, señora, preparaos, á abandonar el mundo donde tan feliz y afortunada habeis sido, si puede haber felicidad en la deshonra.....

—Señora, vuestras palabras me hieren el corazon de una manera cruel! exclamó la amante de Alonso XI, con humildad y amargura.

—Os hieren mis palabras, y no os hiere lo que el público dice escandalizado de vuestra conducta? repuso Doña Maria con sarcasmo.

—Señora, y qué culpa tengo yo que el vulgo no comprenda toda la abnegacion que hay en mi amor... vos misma si sabeis lo que es una pasion, si alguna vez habeis sentido en vuestro pecho esa llama ardiente y devoradora que nos abrasa el corazon y que nos ciega completa-

mente, vos misma, decia, disculpais mi falta....

—Yo! delirais! jamás!... no sabeis que soy demasiado orgullosa para no hacer mas que aquello que no me rebaje? una pasion me haria descender de mi clase y la reina Doña Maria, nunca dejará de ser reina.

Doña Leonor miró con asombro á la esposa de su amante.

—Qué, os causan estrañeza mis palabras?

—Sí, reina de Castilla!... yo creia que el corazon de una reina....

—Callad, ya os he dicho que nunca descenderé ni un ápice....

—Y si amais á vuestro esposo que es igual á vos, entonces no os rebajareis.... repuso la de Guzman, con el deseo de saber si la reina queria á Don Alonso.

—A mi esposo! si Alonso XI, hubiera dado á su esposa el lugar que le pertenece, sino me hubiese ultrajado en el torneo ayer tarde, tal vez.... le amaria!

—El rey os ultrajó, señora! exclamó Doña Leonor aparentando sorpresa y sintiendo en su interior cierto gozo.

—Sí, me ultrajó porque en público dió pruebas que preferia á otra.—Y sabeis qué hizo la reina entonces? dijo Doña Maria en extremo furiosa.

—Ignoro, ignoro.....

—Pues juró vengarse de su esposo, y de la prostituta.....

—Señora! repuso la viuda de Velasco con altivez.

—Os atreveis, miserable! os atreveis á levantar el grito á vuestra reina? repuso la extranjera locamente irritada y en ademan de castigar á la jóven.

—Socorro! socorro! gritó esta huyendo despavorida.

—Nécia ! crees acaso , que está ahí tu amante para defenderte ?

—Sí , desgraciada ! aquí estoy , contestó la voz del rey , al mismo tiempo que se presentó este en la estancia .

—Ah , gracias , gracias ! dijo Doña Leonor cayendo á los pies del rey y ocultándose el rostro con ambas manos .

—Leonor , amor mio ; repuso el monarca , casi fuera de sí ; dime , qué queria hacerte esa muger ?

—Nada , nada , señor su alteza

—Habla , nada temas !

—Perdon ! yo acusar á vuestra esposa Oh , nunca !

Doña Maria casi no oia lo que pasaba , porque la rabia le ahogaba enteramente .

—Leonor , habla , te lo pido por nuestro amor ! insistió Don Alonso con impaciencia .

—Ah , no puedo pero . . . la reina queria casti . . .

—Acaba !

—Ya lo he dicho ! perdon , no puedo mas !

—Ah , comprendo , comprendo ; está celosa , y

—Yo celosa ! dijo al cabo Doña Maria : celosa de esa muger ! cuán engañado estais , rey de Castilla !

—Miserable ! exclamó Alonso XI , cogiéndola con fuerza por un brazo , al mismo tiempo que tendia otra mano á su dama en señal de proteccion .

—Soltadme , soltadme ; rey de Castilla esta es una violencia que os puede costar la corona que llevais !

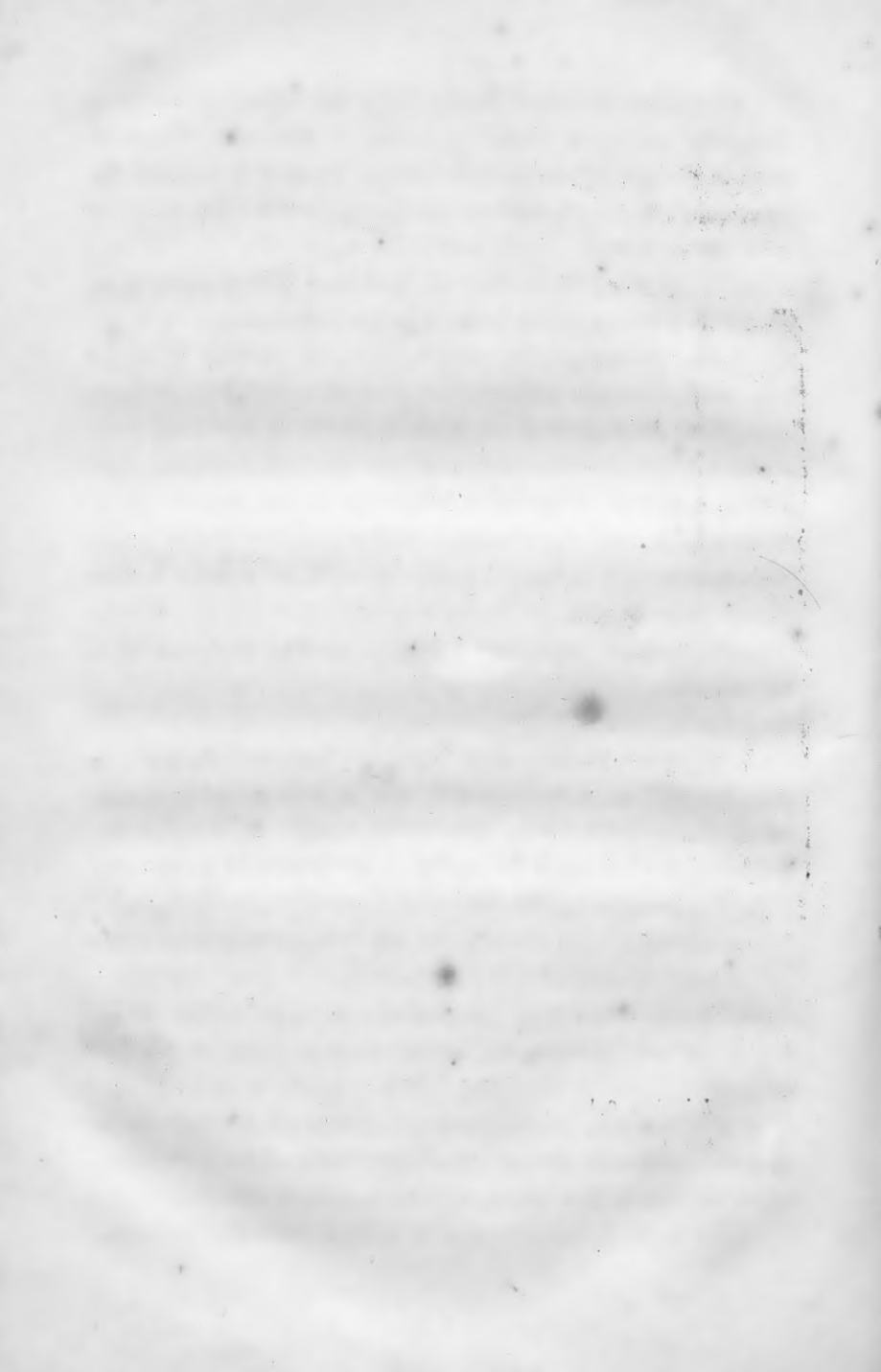
—Nécia ! repuso el monarca con sonrisa sarcástica .

—Soltadme os digo Oh , soltadme que me hacéis daño !

—Señor , señor piedad , piedad para ella ! exclamó la de Guzman tendiendo sus ebúrneos brazos hácia el rey .



Lámina 6.^a



El pecho de Doña Maria rugió de rabia, y despues de lanzar sobre su rival tan buena y generosa, no una mirada de gracia, sino una mirada feroz y henchida de venganza, dijo á su esposo mas irritada que nunca:

—Me soltais?

—Sí, y no creais que es por vos: sino porque este ángel de bondad y dulzura me lo ha suplicado.—Aprended á ser generosa, señora; ved á esta jóven, y avergonzaos de ser tan infame!

—Rey de Castilla..... repuso Doña Maria toda trémula y balbuciente: observad que ultrajais á vuestra esposa..... y que lo haceis á presencia de esa muger prostituida y.....

—Basta ya, señora; basta de insultos y salid inmediatamente de aqui.

—Sí, saldré: pero juro á Dios, que me vengaré horriblemente.

—Salid.

—Atended antes, Don Alonso: habeis ultrajado á vuestra esposa, á una señora, á la hija de un rey, aliado vuestro..... Pues bien, temed las quejas de la primera, el resentimiento de la segunda, y la venganza de ese rey grande y poderoso, ofendido en la persona de su hija.

—Alonso XI, se sonrió con desden y repuso sin dejar su tono irónico.

—Vais á hacer una revolucion, señora!—Por Dios, dejaos de eso, porque no teneis cabeza para semejante cosa.

—Lo veremos! sois demasiado jóven para saber de lo que es capaz una muger, qué digo! una reina que como yo se ve ofendida y ultrajada, siendo la causa.....

—No sigais, señora, que os quiero decir dos palabras

acerca.... de esta muger cómo habeis dicho. Atended y os suplico por vuestro bien que no desperdiciéis ninguno de los avisos que os voy á dar.—Me he casado con vos, no porque me hayais gustado, no porque os amase, sino porque para dar un heredero á las coronas de Castilla y Leon, necesitaba una muger que como yo fuese hija de reyes... y como vos reuniais todas las condiciones necesarias y precisas, os elegí como podia haber elegido á otra cualquiera. Tal vez os hubiera querido, no digo amado porque ya conocia á la muger que es mi dicha, mi felicidad; si Doña Maria de Portugal no fuera orgullosa y altanera en demasia; si fuérais, señora, sensible, y si hubiérais comprendido por último, que no érais mi amante, sino la reina, la muger de un monarca que se habia casado porque así lo exigen las leyes de sucesión.—Pero habeis creído que con ser yo vuestro esposo iba á ser vuestro esclavo, y, vive Cristo, señora, que ya estareis desengañada!—Quejaos enhorabuena, si yo no os diera el decoro y el lugar que os corresponde; quejaos á quien querais y cuanto se os antoje, si hubiera sido con vos un marido exigente y tirano, ó un rey déspota. Con que esto supuesto, no teneis derecho á quejaros.—Ahora escuchad la segunda parte:—Yo amo á esta bella y virtuosa jóven....

—Virtuosa!..... exclamó la reina interrumpiendo á su esposo, y pronunciando estas palabras con cruel ironia.

—Sí, virtuosa y pura, como lo puede ser un ángel! repuso el rey, echando sobre su amante que yacia abatida y triste, una mirada llena de amor y delirio.

—Rey de Castilla, dijo Doña Maria riendo como una loca: vuestras palabras me hacen reir cual nunca lo he hecho.... Já, já, virtuosa, pura!.....

—Sois demasiado vulgar en ideas y pensamientos para comprender ciertas pasiones y ciertos sacrificios, que solo hacen las personas que saben lo que es amor y las necesidades que esta pasión tiene!—Continuo:—Os decia que amaba á esta jóven, porque yo necesito amar para vivir, porque sin ser amado, sin tener un corazon que me comprenda, y una muger que me haga feliz, vuestro esposo no será nada nunca. Leonor es la muger que el cielo me ha destinado. La amo, señora, la amo locamente, porque es hermosa, porque es buena y porque he visto en ella la muger que yo necesitaba. La he jurado amor y constancia, porque es la única recompensa que tiene de sus sacrificios. El que la ofenda me ofende á mí; el que la odie, odia al rey de Castilla, señora! y figuraos lo que gana la persona que la aborrezca. Ay, del que la toque! Ay del que intente siquiera ofender á la muger á quien ama Alonso XI! Con que ya lo sabeis, señora: Leonor es mi amante, mi vida; vos sois la reina: ella es la dueña de mi corazon, porque ha sabido conquistarlo antes y mejor que tu alteza, y vos dividireis conmigo vuestro régio lecho, porque sino dejariais de ser reina!—Si intentais vengaros de esta muger que nada os ha hecho y que es inocente, renunciad á semejante desatino, porque os acordareis de vuestro esposo, Doña Maria! Si por no comprometeros vos, seducís á algun caballero de mi corte, para que cometa el crimen que vos hayais meditado, ó ponga por obra la venganza que creais suficiente, tendreis á vuestro cargo la muerte de ese hombre, porque vuestro marido le quitará la vida en cuanto lo sepa, y se verá tambien en la necesidad de repudiar á la muger que asesina de semejante manera! Ya sabeis mi determinacion, señora, determinacion irrevocable, y que he tenido

la franqueza de revelaros para que mañana no echeis una disculpa, que os aseguro no admitiré. — Adios, señora... no voy con vos, porque habreis venido acompañada por una de vuestras damas.

La reina recogió su manto y bajó la escalera tan aturdida, que no sabia á que atribuirlo, si á temor, á rabia ó á coraje.

Así que se marchó Doña Maria dijo Alonso XI, pos-trandose á los pies de su amante:

— Me amas, Leonor?

— Oh, sí!... pero ved... ya empiezo á espiar mi falta!

— Desecha toda idea triste, ¡amer mio!

— Oh, imposible!... aunque esté segura de vuestro amor, aunque nada tenga que temer ya, solo el recuerdo de que vuestra esposa sufre y padece, me llena el alma de tristeza y de remordimientos la mente!

— Ah, no tengas remordimientos, no! Doña Maria padece porque es orgullosa, porque la devora la envidia, mas no porque me ame! Una muger tan egoista, solo siente por ella misma!

— Sin embargo, yo he sido la causa de que tu alteza le hablase ahora mismo con palabras tan duras como impropias en tí! Oh! yo temblaba porque nunca os he visto hablar así. Una cosa quisiera deciros, señor: perdonadme, pero la voz de Dios ha resonado en mi corazon como la voz de la verdad en la tumba!

— Qué palabras, justo cielo! Leonor, qué dices!

— Ah, señor! huid, huid de mí y con eso dejareis de ser odiado por vuestra esposa; y yo dejaré de ser culpable. Vos remediareis vuestra falta y os granjearéis el aprecio de Castilla y de la reina, y yo me retiraré á un

desierto donde lloraré mis culpas y la pérdida de un amor..... que era toda mi ambicion y mi gloria!

—Leonor, y serias capaz de dejarme? serias bastante cruel para..... Oh, no, no lo puedo creer en tí! Di que es un juego, que todo era por asustarme; porque si yo supiera que piensas cumplir ese horrible pensamiento que solo el diablo te puede haber sugerido para hacernos padecer cuando tan felices éramos, oh, entonces aqui mismo me mataba!—Vivir sin tí! ah, eso seria espantoso, cruel! Di que no lo has pensado siquiera..... me abandonarias, Leonor? dijo el monarca por último con voz ténue y suplicante:—Tendrias valor para abandonarme asi de ese modo? Habla, habla: oiga yo de tu boca mi sentencia ó mi esperanza! Responde, me dejarias?

—No, nunca, me faltarian las fuerzas!

—Bendita seas! exclamó Don Alonso besando con ardor una mano de la jóven, mano que habia cojido lleno de alegria.

—Quisiera, señor, debia de hacerlo; pero no puedo, me faltan las fuerzas y pierdo la resolucion.—No creais; ya lo he intentado mas de cuatro veces y no he podido verificarlo.... vuestro recuerdo ha venido en seguida á destruir tales ideas.... Perdon, Dios mio, perdon, pero le amo tanto!

—Y yo á tí, Leonor, amor mio; y yo á tí tambien!

Los dos amantes guardaron silencio largo rato. Leonor sacó de él un remordimiento mas y el rey una nueva prueba de cariño por parte de la muger á quien tanto idolatraba, y por quien daria su corona y cien vidas que tuviera.

Mientras tanto la reina llegó á la calle y se reunió con su confidente y amigo el maestre de Alcántara. Este re-

puso aparentando sorpresa é interés, así que vió á Doña Maria tan pálida y demudada:

—Qué teneis, señora!

—Nada, nada absolutamente, Don Gonzalo! Llevadme al alcázar si gustais.

—Con mil amores: pero decidme, cómo salís de esa casa, vencida ó triunfante?

—Venganza! exclamó la reina, sin contestar á su confidente.

—Por esas palabras, repuso este, veo que no lo habeis pasado muy bien, y que habeis sido vencida por....

—Por el rey, Don Gonzalo, por el mismo rey, que se apareció allí como por encanto, cuando tenia á mi rival humillada y suplicante pidiéndome perdon sin cesar!

—Calla! con qué era el rey un embozado á quién yo vi entrar poco antes de que vos saliéseis?

—Sí, maestre de Alcántara, era el rey!

—Y Don Alonso.....

—No solo me ha ultrajado y ofendido con mil palabras feas é insolentes, sino que á no ser por su querida, me hubiera visto castigada por mano del mismo rey.— Alonso XI me agarró con fuerza un brazo y..... Oh, qué horror! no quiero pensar siquiera en semejante escena! Solo deseo vengarme, Don Gonzalo: pero como es imposible que asestemos nuestras tiros al rey, nos vengaremos en las dos únicas personas á quien quiere y estima, la primera contra la voluntad de su pueblo que cada dia está mas escandalizado al ver tanta privanza, y la segunda contra las leyes de la moralidad!

—Y esas dos personas, quiénes son, señora? dijo el Maestre aparentando ignorancia.

—Ya lo sabeis, Doña Leonor de Guzman y el conde de Trastamara.

—Oh, magnífico, á las dos las odio de la misma manera.

—Escuchadme, Don Gonzalo, si me vengais de esas dos personas tan odiosas, contad con mi....

—Nada quiero ni nada pido, señora.

—Ya lo sé..... pues bien, por eso os iba á decir que contáseis siempre con mi amistad y un eterno agradecimiento.

—Eso es precisamente lo único que he ambicionado, señora.

—Con que me vengareis?

—Completamente.

—Cuándo, cómo....

—Mañana tal vez, os dé noticia de la desaparicion de la querida de vuestro esposo.

—Mañana! oh, os daria mi vida si tal sucediera!

—No lo dudeis, señora.—Tengo un plan combinado hace tiempo, y la ocasion es magnica para verificarlo. Esta noche perdereis vos para siempre á vuestra rival, y Alonso XI á la muger por quién está loco de amor.

—Maestre de Alcántara, cuánto tengo que agradeceros!..... oh, vengarme del rey y de esa muger... era toda mi ambicion, todo mi deseo!—Sin embargo.... yo... no os quiero engañar, puesto que sois conmigo tan amable y condescendiente.

—Señora; repuso el Maestre interrumpiendo á la reina, creed que mi mayor y mas constante afan, es agradar á tu alteza.

—Sí, lo sé; y por lo mismo voy á referiros lo que Alonso me dijo:—«*Si algun caballero de mi corte toma á su*

cargo vuestra venganza, sea quien fuere, dejará de existir en cuanto yo lo sepa.»

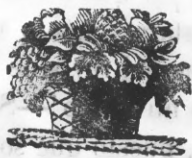
—Eso os dijo! exclamó Don Gonzalo, palideciendo de temor.

—Sí, y por eso quiero que dejeis ese plan... dejadlo todo!..... he nacido desgraciada, y lloraré mi infortunio... No quiero que mis lágrimas tengan que derramarse mañana por la muerte de un amigo!.....

—Cesad, señora, nada temo... y el rey, creedlo, no se atrevería á cometer semejante atentado en la persona del gran maestré do Alcántara. Insisto, señora..... y os juro que quedareis vengada.

La reina, ofuscada por la alegría, entregó su diestra al Maestre, y consintió que este la apretára entre las suyas con un afecto estremado.

Este fué el primer y único favor adúltero que concedió la reina Doña Maria de Castilla.





CAPITULO XVIII.

En el que se ve que el Maestre de Alcántara puso por obra su diabólico y horrible proyecto.



Don Gonzalo, dejó á la reina en el alcázar, y mientras que llegaba la noche, pasó el día en buscar á las mismas personas que llevaba cuando quiso asesinar al rey, sin saber que el amante de Doña Leonor, era de tan alto linaje y prosapia. El Maestre de Alcántara se dirigió á la casa de Nuño Fajardo á quien encontró solo, y apurando una enorme basija de vino tinto. Don Gonzalo tenía entera confianza en el ex-teniente de los formidables. El cómplice de Do-

ña María, púsose el traje de guerra, y calóse la bisera á fin de no ser conocido por el amigo de Felipe.

Al verlo entrar Nuño Fajardo le saludó con la mayor cortesía, y le dijo con aire franco y natural:

—Quién sois?

—Por Dios, amigo, que habeis debido conocerme, porque no es esta la primera vez que vengo á vuestra casa con este traje y en esta disposicion. No recordais.....

—Basta, basta, señor caballero, infanzon, ó lo que seais! Os recuerdo perfectamente y me alegro veros otra vez. Se ofrece dar alguna paliza por ahí?

—No precisamente paliza, aunque tal vez haya necesidad de repartir mandobles.—Pero se trata de robar á una jóven, que será conducida á un castillo no muy distante de Burgos.—Yo deseo llevar buena gente capitaneada por vos, porque pudiera suceder que topásemos con algunos soldados que nos quisieran robar la presa que yo lleve, y.....

—Pues, caballero, siento decir á vuestra grandeza que yo me he dejado ya de esos tratos y comercio porque tengo un chico que me quiere como á un padre, y este me mantiene para que yo deje la vida de los lances y compromisos.

—Voto al diablo! con que no puedo contar con vos esta noche?

—Ya lo veis: cómo salto yo al juramento que he dado?.... pero qué diantre! por una vez no me comprometo: repuso Nuño reflexionando un momento; y figurándose que tal vez sacase Felipe algo en limpio de todo aquello.

—Con que cuento con vos?

—Sí, señor.

—Llevareis gente de fiar y esforzada por si hay que hacer uso de las armas?

—Cuanto gusteis.

—Perfectamente.—Esta noche despues de oraciones en la plaza mayor.

—Y la paga?

—Tomad : repuso el Maestre con desden y arrojando sobre la mesa una bolsa llena de dinero.

—Está bien.—Y decidme, caballero, es tambien todo esto misterioso como la vez pasada?

—Oh, y aun mas si se quiere.

—Luego entonces no habrá mas que oir y ver y callar: no es eso?

—Justamente.

Don Gonzalo se despidió de Nuño y en seguida se fué á casa de Doña Leonor de Guzman.

Munima le abrió la puerta como siempre y le dijo al mismo tiempo:

—Desgraciado sois, señor maestre!

—Por qué, Munima?

—Porque mi ama no está en casa.

—Pero cómo, ha salido fuera de Burgos?

—No señor, ha salido..... francamente, no lo sé.

—Oh, pues bien, Munima.—Tenia que hablarte y es mejor que estemos solos. Antes de nada, toma ese dinero.—Todo es tuyo, te lo regalo.

—Conversacion que empieza con tan buenos auspicios tiene que ser por fuerza en extremo interesante.—Dad principio, señor caballero; y antes de nada que el cielo os dé tanta ventura como yo para mí deseo.

Y despues de sentarse la hipócrita vieja cerca de Don Gonzalo y de apoyar su horrible y asquerosa cara en las

palmas de las manos, dijo con la mayor hipocresía! —

— Me vais á hablar de mi querida señora? —

— Si y no. — Escucha.....

— Con cien oídos, noble caballero; empezad si os place.

— Eso desco hace una hora! dijo Don Gonzalo con mal humor. — Es el caso que un personage de los mas importantes de Castilla, y no se trata de mí, Munima, porque yo ya me voy dejando de eso: es el caso, te decia, que un caballero muy principal está enamorado de Doña Leonor, pero de una manera que raya en delirio. Este caballero que para acabar de una vez es el jóven rey de Castilla.....

— Jesus mil veces! exclamó la vieja santiguándose. — El rey! bien decia mi abuela, que el mejor patrimonio es ser hermosa..... y aqui donde me veis he tenido yo unos quince.....

— Atended que el tiempo urge: repuso Don Gonzalo cortando la palabra á la vieja.

— Seguid.

— Como os iba diciendo, el rey de Castilla ama con delirio á vuestra ama y quiere á toda costa.... me comprendéis?

— Oh, oh, perfectamente! cosas naturales de jóvenes!

— Pues bien, como Doña Leonor está tan encaprichada con ese jóven, á quien no conocemos, se trata....

Don Gonzalo calló por un momento. Se le habia olvidado deslumbrar á la vieja, y tenia que hacerlo si queria llegar hasta el fin.

— Tengo que advertiros, mi buena Munima, que todas las personas que anden en el ajo este quedarán ricas para toda su vida.

—Preciso, como que anda en ello nada menos que la persona del rey!

—Justamente!—Pues señor esto es hecho, no es verdad?

—Sí, sí, indudablemente.

—Hoy le echas en la comida estos polvos blancos á tu ama: aquí no hay mal, Munima, tu ya me conoces y...

—Basta, señor.

—Pues bien le echas estos polvos y á las ocho ó diez horas le dará un sueño que no podrá resistir y se quedará dormida lo mismo que un tronco.—Entonces llego yo, todo esto de noche, la cojo con cuidado y se la entrego á su alteza que me estará esperando en la calle con magníficos caballos para llevarla á un Castillo de la corona, donde ella será la señora. Y despues que ya se arregle con el rey, que al cabo sucederá porque una corona deslumbra mucho, figúrate lo que serás tu y....

—Y qué mas! seguid, seguid, que todo eso me parece magnífico!

—Nada, y despues tú serás una de las mugeres mas ricas de Castilla, porque en sabiendo su alteza que tú eres la que mas has contribuido á su felicidad, te colmará de oro y de bendiciones.

—Mas quiero lo primero que lo segundo.

—Con que aceptas? aquí no hay cuidado, Munima, ya te lo he dicho.

—Eso quiero, señor Maestre, porque amo tanto á mi ama que si tuviera una desgracia me moriria de pena.

—Pues descuida.—Con que....

—Acepto, sí; pero es con esa condicion?

—Hipócrita! murmuró el maestre por lo bajo.—Ya te he dicho que no hay nada que temer.

—Bien, bien, y á que hora vendreis con su alteza...

—Vendremos despues que la noche esté bien entrada á fin de que nó se entere la vecindad.—Hasta luego, Muñima.

—Vaya cón Dios el caballero mas apuesto y dadivoso de Castilla.

El Maestre se sonrió como para dar gracias á la vieja y despues dijo á media voz:

—Esta muger tiene que desaparecer del todo esta noche.

El maestre de Alcántara salió de casa de la de Guzman, y se dirigió al alzázar real, para decir á la muger de Alonso XI lo que tendremos lugar de oír.

Doña Maria estaba sentada en su habitacion, quando le anunciaron á Don Gonzalo. Su espíritu orgulloso y altanero habia sufrido un golpe mortal pocos momentos antes. El rey la habia ultrajado sin piedad delante de su querida y semejante hecho era suficiente no digo, para que Doña Maria padeciese terriblemete, sino para que le sucediera lo mismo á otra persona de carácter menos altanero y orgulloso. Así es que cuando la reina, despues de un buen rato de reflexionar sobre lo que le habia sucedido, comprendió el papel ridiculo y despreciable que habia hecho, dió rienda suelta á su dolor, esclamando con rabia:

—Venganza! venganza, ó dejo de existir!

Doña Maria estaba en estremo descolorida, sus ojos vagaban como los de un demente, y una fiebre espantosa se habia apoderado de ella.

Don Gonzalo penetró en la estancia con humildad, y dijo despues de inclinarse respetuosamente ante la reina:

—Qué teneis, señora?

—Yo! nada, maestre de Alcántara.....

—Creo encontraros pálida y..... padecéis?

—No, nada absolutamente, ya os lo he dicho: repuso Doña Maria haciendo un esfuerzo por sonreírse:

—Creí que la escena de esta mañana, os hubiera afectado.....

—Callad por Dios, Don Gonzalo, y no me hagáis tan susceptible..... Os parece suficiente motivo ese para que yo, la reina de Castilla, no digo me afecte, sino hasta euí-darme de él siquiera?

—Con efecto, tu alteza debe despreciar y.....

—Y vengarme á un tiempo, no es eso?

—Precisamente.

—Pues bien, y qué tenemos? porque creo no habreis olvidado que vos sois el encargado de.....

—Comprendo, señora, y os diré que desde que nos separamos he practicado multitud de diligencias todas encaminadas á libra..... qué digo á libraros, á vengaros de vuestra rival.

Los ojos de la extranjera brillaron como los de un basilisco.

—Si, señora, hoy habeis sido ofendida y ultrajada, hoy mismo perderá para siempre vuestro esposo á la muger.....

—No la nombreis, Don Gonzalo! oh, si pudiera yo verla morir!.....

—No: permitidme os diga que eso seria una locura. Pero estad tranquila, reina y señora mia, estad tranquila que mañana cuando dejeis el lecho la primera noticia que llegará á vuestros oidos será la desaparicion de la querida de Alonso XI.

—Oh, sí, sí, y entonces verá el rey lo que puede una muger que como yo ha sido hasta amenazada!

—Oh, eso es horrible! exclamó el Maestre aparentando indignación.

—Horrible, si, teneis razon!

—Y el rey no ha venido á vérlos despues?

—No; y segun me han dicho marcha muy pronto á Valladolid, donde se reunen las cortes generales antes de ocho dias.

—Magnífico! ya veis, hasta la menor circunstancia politica nos favorece.

—Pero os habeis olvidado de una cosa y de una palabra.....

—Yo!

—Sí, el conde de Trastamara....

—Cierto, cierto, señora: ocupado en este otro asunto mas grave me habia olvidado de ese pobre mequetrefe.

—Sin embargo, ese mequetrefe como habeis dicho, me ha ofendido tambien, sobre todo nos puede hacer mucho daño. Además, el pueblo y la grandezale odia y cada dia se escandaliza mas al ver la privanza que goza con el rey. Alonso XI, no hace caso de los consejos de sus ministrós, y ese miserable es el dueño absoluto de todo el reino. Contais en Valladolid con parciales? dijo la reina despues de reflexionar un momento.

—Medio Valladolid se dejaria matar por el maestrè de Alcántara: contestó Don Gonzalo, no sin admirarse de la pregunta que le habia hecho la reina.

—Oh, magnífico, magnífico! repuso esta dando palmadas de alegria.

—Juroá tu alteza, que no comprendo una palabra...

—Lo creo, Don Gonzalo..... es una idea soberbia que se me ha ocurrido.

—Veámosla.

—El rey marchará á Valladolid y le acompaña como siempre su privado; y puesto que contais allí con partidarios, haced que estos se nieguen á recibir á su alteza en la ciudad, á menos que no se separe para siempre de su favorito. No lo dudeis, Don Alonso accederá á las exigencias justas de todo un pueblo, y entonces el conde de Trastámara, que de suyo es ingrato y vengativo, se entregará á nosotros.

—Señora, semejante idea,...

—Semejante idea es magnífica; casi estoy por asegurar que es una inspiración. —Con que, ¿qué decís? —

—Digo que haré cuanto queráis, señora; contestó el Maestre con galantería.

—Sois en extremo condescendiente, Don Gonzalo.

Este se inclinó respetuosamente, diciendo por lo bajo después de despedirse de la reina y al mismo tiempo que salía:

—Necia! cree que lo hago por ella! y sirviéndola me sirvo yo á mí mismo.

La hora de la cita con el ex-teniente de la formidable, se acercaba por momentos. La noche había estendido completamente su tenebroso velo. La mas completa oscuridad reinaba en las calles de Burgos, por donde no transitaba ni un alma, desde que diera la oración. Solo en la plaza mayor veíase á una persona embozada hasta los ojos, recostada en un pilar de piedra. La impaciencia debía ser con ella, porque ora se paseaba con paso precipitado, ora pisoteaba con su pié derecho el pavimento, pronunciando al mismo tiempo ciertos votos y juramentos, en verdad no muy á propósito para que se estampen aquí.

La impaciencia cesó al cabo, porque vió el desconocido un bulto que se dirigía á él.

—Quién vive? gritó el embocado llevando su diestra á la empuñadura de la espada.

—Gente de paz, señor caballero; contestó la agudentosa voz de Nuño Fajardo.

—Gracias á Dios! repuso el maestro de Alcántara.

—Qué, os he hecho esperar mucho?

—Mas de dos horas sino mienten las estrellas.—Però y la demás gente?

—Toda está ahí cerca esperándonos.

—Vienen armados?

—Cáspita! mejor que vos y yo.

—Y traen caballos?

—Magníficos.

—Ea, pues marchemós.

—Andando.

—Escuchad antes:—Vos con vuestra gente os quedaréis un poco distante de la casa donde yo penetre: si hay novedad tocaré un pitó y en seguida acudiréis á socorrerme: pero si me veis salir, montar á caballo y en seguida salir á escape con direccion á una de las puertas de la ciudad, entonces me seguireis tambien, pero á cierta distancia, á fin de que me guardéis la retaguardia.—Comprendéis?

—Perfectamente.

—Esto supuesto, marchemos.

El Maestro echó á andar seguido de Nuño Fajardo y de dos ó tres hombres de dudosas cataduras que este habia traído consigo, montados en caballos fuertes y á propósito para fatigas, aunque no de muy buenas figuras.

Don Gonzalo y su escolta llegaron en un momento á la calle donde vivia la dama de Alfonso XI.

—Esa es la casa: dijo el Maestro á Nuño, señalán-

dola.—Os quedareis aquí con vuestra gente y cumplireis exactamente cuanto os he dicho.

—Perded cuidado.

—Mientras tanto dad á esa valiente tropa estas monedas para que se entretengan en ver si son de plata ó de oro: dijo Don Gonzalo dando á Nuño un puñado de monedas de oro, que á pesar de la oscuridad brillaron estraordinariamente, y apeándose de su caballo, penetró en la casa de Doña Leonor.

—Munima salió á abrirle con el mayor silencio.

—Habeis....

—Chito: mi ama duerme y si meteís ruido....

—Le diste de los polvos que te entregué esta mañana?

—Todos cuantos me entregasteis.

—Ah, pues entonces no temas que despierte.

—Sabeis, señor Maestre que he tenido ciertos remordimientos al echar los polvos en la comida?

Don Gonzalo frunció las cejas y murmuró en voz baja:

—Esta bruja me vá á vender?—Remordimientos, Munima: dijo alzando la voz; y por qué?...

—No lo sé: pero no solo he tenido remordimientos, sino que hasta he sentido ser traidora á mi querida y buena señorita.—Casi estoy....

—Acaba! repuso Don Gonzalo, sacando con el mayor cuidado una daga del cinto.

—Estoy por devolveros vuestro dinero y....

—Toma, miserable, toma, y paga de una vez tu traición! exclamó el maestre, sepultando su daga en el pecho de la vieja, que aparentaba escrúpulos para ver si Don Gonzalo le daba mas dinero.

—Ah! socorro! socorro!..... perdon, Doña Leonor, perdon!.....

Y mientras que la hipócrita y embustera Munima regaba el pavimento con la sangre que le salía por la herida, y se revolcaba por este con angustiosas y terribles ansias, el indigno maestro de los caballeros de Alcántara subió precipitadamente la escalera que conducía á la morada de la bella Doña Leonor.

Esta se hallaba profundamente dormida. Su preciosa cabeza se recostaba en el respaldo del magnífico y cómodo sillón que ocupaba. El rostro de la andaluza estaba en aquel momento divino, encantador. Sus largas y rizadas pestañas negras caían sobre el sonrosado de sus mejillas: su nariz se dilataba de vez en cuando para poder respirar con mas libertad, y sus delgados labios de color de carmin, dejaban ver dos hileras de dientes de pulido marfil.

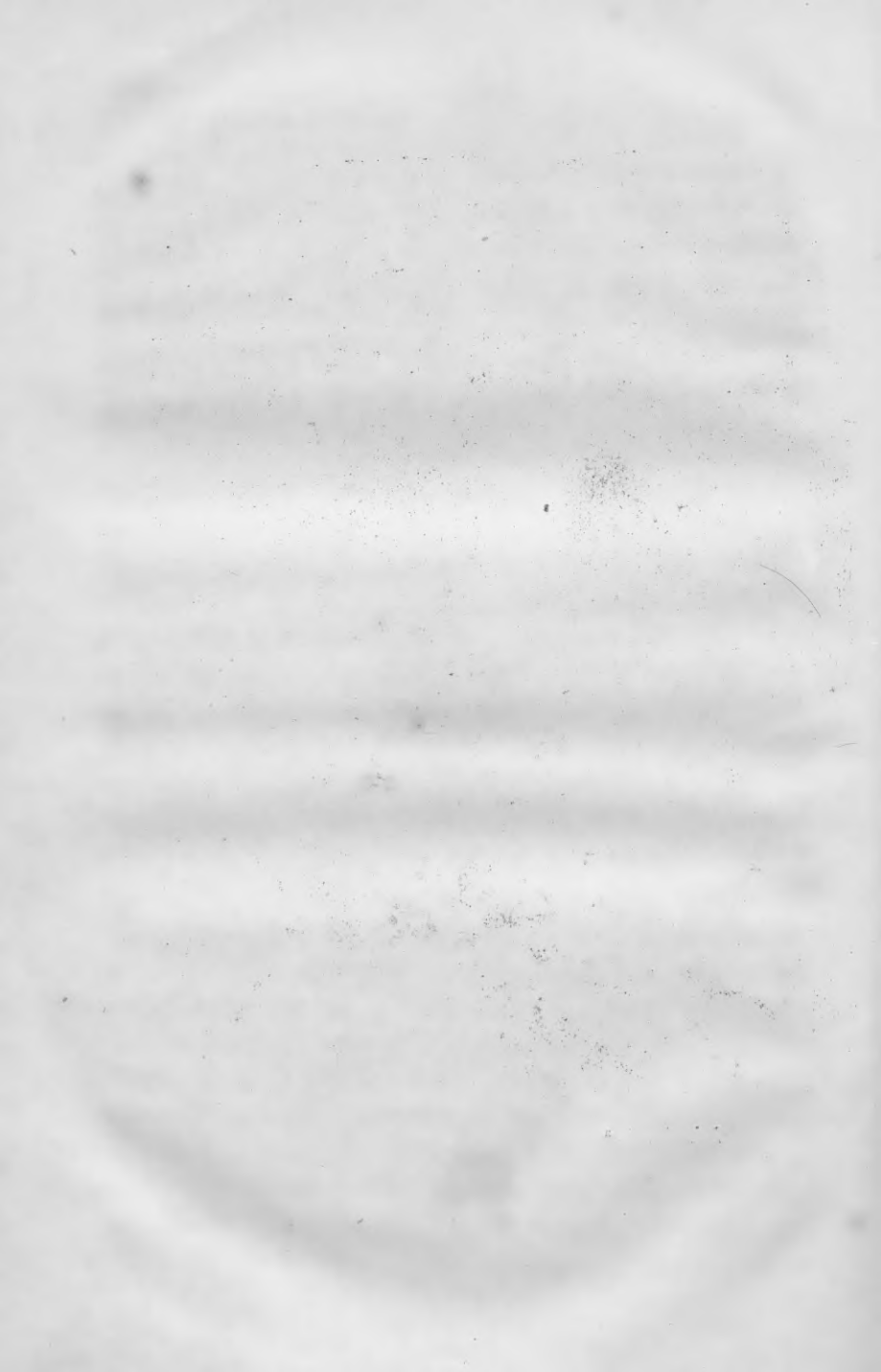
El Maestro se puso delante de ella, y exclamó contemplándola:

—Oh, cada dia mas hermosa!..... Leonor, Leonor, ya eres mia!..... ahora mismo si quisiera..... pero no, aguardemos, aguardemos; porque el tiempo urge.

Y despues de estampar en sus labios un beso ardiente, abrasador, un beso fiel intérprete de la pasión que lo devoraba, la cogió cuidadosamente y bajó la escalera loco de contento. Munima ya habia espirado; pero con las ansias de la muerte habia llegado hasta el pié de la escalera, donde se habia atravesado. Diríase que la arrepentida vieja impedía el paso á Don Gonzalo. Pero este que era demasiado cruel é infame para hacer caso de esos avisos que la fatalidad suele dar, saltó por encima del cadáver de Munima y se halló en un instante en la calle.



Ldmina 8.^a

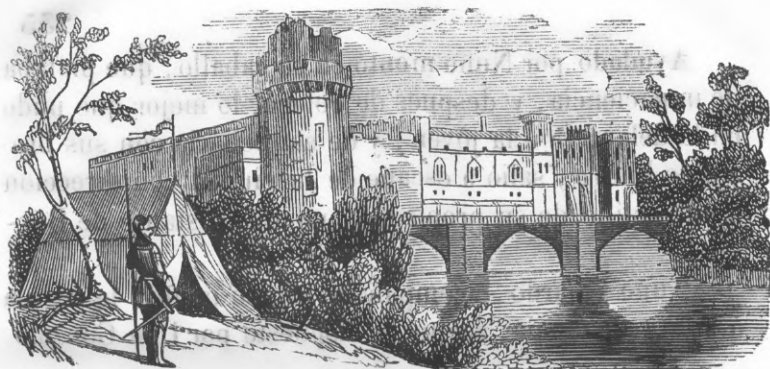


Ayudado por Nuño montó en su caballo, que piafaba de impaciencia, y despues de colocar lo mejor que pudo en la delantera á la jóven, y de estrecharla con sus brazos de hierro, salió á escape de la ciudad con direccion á un castillo de su propiedad, no muy distante de Burgos.

Nuño Fajardo, acompañado de su gente, le seguia á cierta distancia, segun lo dispuesto por Don Gonzalo.

CAPITULO XIX





CAPITULO XIX.

En el que se vé y se prueba, aunque es demasiado sabido , que cuando hay una desgracia nunca viene sola.



ARTIÓ Alonso XI de Castilla con direccion á Valladolid , donde se hallaban reunidas las cortes del reino, esperándole para tratar sobre la campaña que se preparaba, contra la morisma de Granada. El rey salió de Burgos sabiendo la terrible noticia de la desaparición de su dama. El corazon de Don Alonso iba herido de muerte, y su cabeza se perdía en mil conjeturas, que le llenaban mucho mas de inquietud. Doña Leonor habia desaparecido pero ignoraba cómo.

El conde de Trastamara que le acompañaba, le dijo, con objeto de tranquilizarle:

—Señor, Doña Leonor no ha desaparecido por su gusto.

—Ah, conde, quiera el cielo sean ciertas vuestras palabras!..... pero, que sé yo..... esa idea fatal la tenía ya hacia tiempo, y con lo que sucedió con la reina! Por otra parte me juró..... oh, esto es para volverse loco!

—Hay una prueba bien clara y convincente para creer ha sido sacada á la fuerza de su casa.

—Cuál?

—Encontrar muerta y anegada en sangre á su aya, precisamente al pié de la escalera.

—Ah, teneis razon!..... Pues bien, lleguemos pronto á Valladolid, para despachar al momento y volvernos á Burgos á averiguar lo que haya.—Y si me ha sido arrebatada de orden de la reina, juro á Dios que he de hacer un ejemplar!

El rey llegó á Valladolid, pero en el momento de anunciar los atambores y clarines su entrada, la ciudad le cerró sus puertas.

—Qué es esto! exclamó el rey furioso.

Una diputacion compuesta de las principales personas de la ciudad se le presentó en nombre de esta.

—Qué habeis hecho, miserables! dijo Don Alonso lleno de indignacion cuando se le presentó la comision: sabeis lo que habeis hecho?

—Perdon, señor! pero el feo no ha sido dirigido á tu alteza, sino al privado que.....

—Miserables! traidores!

—Escuchad, rey de Castilla, la noble ciudad de Valladolid no te es traidora! Valladolid te ama y te amaria mu-

cho mas si alejáras de tu lado al conde de Trastamara, á ese orgulloso privado que desprecia al pueblo y que se come las contribuciones y rentas que este te dá ganándolas con el sudor de su frente, para que atiendas á tus necesidades y á las del Estado.—Por último, nosotros venimos aquí para decirte de parte de nuestros conciudadanos, que Valladolid tendrá cerradas sus puertas mientras no despidas á Don Alvaro de Nuñez y Osorio.

El rey reflexionó un momento, y dijo despues á la comision :

—Pensaré lo que he de contestar á vuestros conciudadanos.

Los diputados se retiraron al instante y las puertas de la ciudad se volvieron á cerrar.

Don Alonso comprendió su verdadera situacion. Pensar en atacar á la plaza seria una temeridad porque ni llevaba tropas, ni era cosa de un dia, ni habia motivos, porque Valladolid se quejaba con justicia y pedia la separacion del hombre que todo lo malgastaba y destruia. Mucho queria Alonso XI á su favorito; pero conoció que sus pueblos se quejaban con razon, y dijo para sí: «Entre mi pueblo y un amigo que abusa de mi confianza, elijo al primero.»

Acto continuo fué el rey á ver al conde de Trastamara.

—Conde, le dijo, ya habreis oido lo que quieren los habitantes de Valladolid; las córtes se hallan ahí, ya sabeis tambien la necesidad que tengo de volver al instante á Burgos, y si me opongo á los deseos de un pueblo, tal vez cuando regrese haya dejado de existir la muger á quien amo. He pensado que lo mejor y mas acertado para no exasperar los ánimos y para salir cuanto antes de esta situacion.....

Alonso XI calló al notar la palidez que en un momento cubrió el rostro de su privado.

—Qué habeis pensado? dijo este al cabo con harto trabajo y mordiéndose los labios de rabia.

—He pensado sacrificaros por unos dias: desterraros, á fin de salir de este estado y despues.....

—Rey de Castilla, qué decís?

—Ya lo habeis oido, mi pueblo pide que os aleje de mí; ahora yo no os lo mando como rey, sino os lo pido como amigo.

—Y no sabeis, señor, que semejante paso te acreditaria de débil y.....

—Al contrario, conde, con semejante paso me granjeo el aprecio de todos mis reinos.

—Bien, rey de Castilla; dijo Don Alvaro sin poder ocultar la rabia que se habia apoderado de él; yo estoy pronto á obedecerte; pero que tema tu pueblo las consecuencias.... Don Juan Manuel y los condes de Lara pretenden hace tiempo mi alianza, juro á Dios que ha de querer mejor el pueblo sea tu favorito que no tú....

—Me amenazais! exclamó el rey, indignado.

—No, á tí no te amenazo; pero sí á tu pueblo.

—Infeliz! Dios te libre de semejantes ideas.... salid inmediatamente, conde de Trastamara, salid..., y marchaos á donde se encuentran esos malos y revoltosos caballeros: os doy permiso para que os vayais á Portugal, si alli se hallan; sed como ellos apóstata hasta que llegue el dia en que yo me canse de sufrir tantos abusos y amaños! Id y decidles que ya se acabó aquel tiempo en que cada grande era un pequeño rey.... decidle que ya Alonso XI, no es el rey niño y frágil que ellos y vos habeis conocido, y que el dia que me canse pagarán de una vez sus delitos.

—Señor, no esperaba de tu alteza una ingratitud.....

—Conde de Trastámara: no vengais con hipocresías porque habeis dicho lo bastante para saber yo que de aquí en adelante tendré en vos un enemigo. Sois egoísta y vengativo y semejantes cualidades no pueden dar un buen resultado.

—Rey de Castilla!

—Me amenazais, miserable! Ah, cuánto me alegro de que me haya sucedido esto porque así he tenido lugar de conoceros!—Salid....

—Me echais?

—Sí; antes os pedía como á amigo que os separáseis de mí, por unos días, ahora os lo mando; porque ya habeis entregado la carta, y Alonso XI no puede ser amigo de un hombre que en vez de haberse él ofrecido á separarse, porque las circunstancias lo requieren así, le amenaza con una venganza ruin é innoble. Y si me habeis prestado algunos servicios bien recompensados están. Ahora que ya no sois mi amigo, ahora que he abierto los ojos, conozco que habeis abusado de mi confianza y que os he colmado de títulos y bienes que ciertamente no mereceis.

—Rey de Castilla, tus palabras son altamente ofensivas, y un rey no tiene derecho á insultar á un caballero!

—Os perdono, porque habeis sido mi amigo; sino hoy, aquí mismo, pagariais vuestros abusos y tiranía.

—Tiranía!

—Sí, el pueblo os odia, porque le tiranizábais!

—Falso!

—Vive Cristo, que estais audaz en demasia! Falso decís!

—Sí.

—Pues entonces á qué viene ese odio que os tiene toda Castilla?

—No lo sé.

—Habeis oído lo que dijo el gefe que mandaba la comision que Valladolid acaba de enviarme?

—Sí, lo he oído.

—Què contestais á los cargos que os hicieron?

Don Alvaró guardó silencio.

—Ah, lo veis! Bien, vuestro silencio os hace reo: pero os perdono porque quiero ser generoso con vos hasta lo último. Hemos concluido, conde de Trastamara, Portugal ó Aragon será desde hoy vuestra residencia..... seguireis disfrutando de los títulos y bienes que os he dado, pero el dia que falteis á vuestro rey, todo pasará á la corona de Castilla. Y si en venganza seguís siendo contumaz y rebelde, todo el rigor de la ley y de la justicia caerá sobre vos.—Esta es mi determinacion.

—Bien, rey de Castilla, voy á obedecerte; pero júrote por lo mas sagrado, que me echarás de menos alguna vez.

—Nunca.

—Acordaos, señor, que Doña Leonor ha desaparecido!

—Y que me quereis decir con eso?

—Nada, que es fácil que conmigo la encontráseis y solo....

—Luego sabeis donde está?

—Tal vez....

—Oh, pues habla!

—Nunca.

—Miserable!

—Señor, es mi única venganza.

—Bien, guardad silencio; poco me importa! Alonso XI sabrá encontrar á su amante.

—Lo dudo....

—Y sino la encuentra acudirá á vos.

—Yo ignoro donde se haya: repuso el conde con intencion.

—Ya es tarde..... el hacha del verdugo os arrancará lo que yo no puedo ahora.

El conde palideció hasta el extremo de parecer un cadáver.

—No os asustéis, conde de Trastamara; dijo el rey con socarroneria: todo es en el caso de que no la encuentre.

Don Alvaro se inclinó respetuosamente, y dijo al monarca: —Rey de Castilla, sed feliz.

El conde emprendió su marcha hácia el reino de Aragon, y Alonso XI penetró en Valladolid, donde fué recibido con la mayor alegría, y donde recibió las mayores pruebas de cariño y respeto. Despues de reunir las córtes y de tratar en ellas los asuntos para que fueron convocadas, se volvió el rey á Burgos, donde le esperaba la vida ó la muerte, porque Don Alonso habia formado su plan. Si no encontraba á su amante, despues de practicar cuantas diligencias fuesen posibles, repudiaria á su esposa, cuando esta tuviese el fruto que ya encerraba en sus entrañas, y abdicando la corona en su hijo, se retiraria á un monasterio donde lloraria constantemente la pérdida de su querida é inolvidable Leonor.

Hacia dos dias que Don Alonso se hallaba en Burgos. Su corazon estaba lleno de tristeza y su alma no podia devorar la pena que sobre ella pesaba. El rey no habia podido hallar á su amante. Tenia que renunciar á ella para siempre.

—Para siempre! decia respondiendo á su pensamiento, para siempre! oh, qué horror! qué horror!

Don Alonso se encontraba solo en su habitacion, sentado en una poltrona, y con el rostro oculto entre sus manos. De repente se levantó y dando paseos por la estancia dijo con acento amargo:

—Solo! solo enteramente y hace tres dias tenia una amante á quien idolatraba, un amigo que creia fiel, y una esposa que no aborrecia como ahora! Todo se ha concluido, todo absolutamente!—Ah, si yo tuviera una persona de quien fiarme, si yo hubiese repartido entre muchos los favores que solo he dado al conde de Trastamara, tal vez alguno me hubiera sido fiel! Sin embargo... hay un jóven... que, me podré fiar de él?... veremos, hagamos una tentativa. Tiene traza de ser franco y honrado y tal vez encuentre en él lo que no he hallado en los cortesanos que me rodean.

—Diego.... dijo el rey alzando la voz.

—Un hombre anciano se presentó en la estancia. Este hombre era uno de los ayos de Don Alonso.

—Que manda tu alteza? dijo inclinándose.

—Está ahí el capitan de la guardia?

—Felipe de.....

—El mismo.

—Hace un buen rato espera las órdenes de tu alteza.

—Que pase.

El anciano desapareció, y á poco penetró el amante de Elvira. Felipe hizo al rey una profunda revencia y se mantuvo en el dintel.

—Adelante, Felipe, adelante: dijo el rey con agrado.—Tenia ganas de veros.

—Señor, tanto favor!....

—Decidme jóven, puedo contar con vos?

—Siempre , señor !

—Puedo confiaros un secreto importantísimo ?

—Hacedlo si os place, bajo la inteligencia que morirá en mi pecho.

—Si quereis hacer fortuna, si quereis que vuestro rey os estime, sed siempre prudente, Felipe.

—Señor, mis hechos serán la mejor contestacion que puedo dar á tu alteza.

—Bien, jóven ; así encontrára en vos lo que necesito!

—Y puedo saber lo que desea ó necesita el rey?

—Un amigo, Felipe, un amigo, franco, sincero, leal..

—El conde de Trastamara....

—No, el conde era mi amigo mientras sacaba partido de mi amistad : pero en el momento en que la fortuna le fué adversa , mostró su carácter egoista y ambicioso.—En el dia me encuentro solo, sin tener una persona amiga, á quien volver los ojos.—La misma reina.... pero esto lo sabreis mas adelante.—Ahora solo os diré que soy muy desgraciado!

—Vos, señor ! un rey tan grande y poderoso! Ah, hasta los reyes se quejan !

—Los reyes son los mas desgraciados de todas las criaturas! yo mismo me cambiaba ahora con vos.

—Ah, no, no apetezcais mi dicha !

—Sois tambien desgraciado?

—Lo he sido muchísimo hasta que tu alteza me tendió una mano benéfica y generosa , que me sacó de la oscuridad y de la miseria.... pero vuestra bondad solo ha conseguido aliviar en algun tanto....

—Cómo ! pues no amais y sois correspondido por la bella hija de mi gentil-hombre el de Luna?

—Oh, sí, cierto; pero mi mayor pesar consiste en que

no conozco á mis padres, en que soy bastardo y en que tal vez estos no sean bastante nobles como para que yo pueda calzar mañana la espuela de caballero.... y si lo deseo es únicamente por Elvira!

—Escuchadme; os voy á dar un encargo, una comision difícil, que si salís de ella como espero y deseo, sereis caballero, sereis noble, porque el rey de Castilla os hará.

—Ah, hablad, señor, hablad!—Mi brazo, mi vida, es de tu alteza.... Decidme que he de hacer para complaceros.... Hablad, que juro á Dios, habeis de quedar satisfecho de mí.

—Pues bien, Doña Leonor de Guzman, ha sido arrebatada de su casa, de su mismo lecho. Cuantas diligencias he practicado han sido inútiles, el menor indicio he podido averiguar.—Si Leonor vuelve al seno de su familia y de su amante, que la llora sin cesar, sereis feliz para toda vuestra vida. El rey se honrará con vuestra amistad.

—Y decidme, señor, no conoce tu alteza algun enemigo de Doña Leonor, ó no tiene algun antecedente por el cual se venga en conocimiento de quien sea el autor de ese rapto?

—No; nada...., solo la reina, que tal vez celosa...

—La reina!... no, una muger no es capaz de semejante atentado! repuso Felipe juzgando á la muger por su amante.

—Ah, os engañais! una muger como la reina Doña Maria, es capaz de todo.

—Y no podríais saber algo por la reina? tu alteza podia sonsacarle....

Alonso XI se sonrió y repuso:

—La reina no ama á su esposo ni este á Doña Maria.

—Luego entonces....

—Ya os he dicho que nada he podido averiguar en las infinitas diligencias que he practicado.

Felipe se quedó pensativo un momento. El rey lo contemplaba, y advirtió que de pronto brillaron sus ojos de alegría, y que su ancha y hermosa frente se desar-
rugó.

—Qué es eso? Sabeis ya algo?

—Señor, una idea magnífica se me ha ocurrido.

—Decídmela.

—Doña Leonor creo que parecerá muy pronto: ahora no sé si viva ó muerta.

—Parecerá! cómo!....

—Os acordais de la noche en que fué tu alteza aco-
metido?

—Me acuerdo; pero no sé á que viene esa pregunta.

—Vereis..... á qué atribuis aquella aventura?

—A la casualidad.

—Y creéis que sea meditado aquel golpe?

—No.

—Pues señor, yo deduzco de todo esto que tu alteza tiene un enemigo, que ama á Doña Leonor.

—Imposible, la de Guzman me hubiera dicho...

—Rey de Castilla, comprendo lo que hay en todo esto. Ahora mismo voy á averiguar la verdad.

Y Felipe salió precipitadamente de la estancia.

Todavía se oían los pasos del capitan de la *formida-*
ble, cuando se abrió una pequeña puerta que habia de-
trás del sillón que ocupaba el monarca, y pasó por ella
la reina Doña Maria. El rostro de la portuguesa seguia
pálido, pero sus ojos brillaban de alegría.

Don Alonso no oyó ni vió á la reina; pero esta hizo

crugir la seda de su traje verde, y el monarca volvió la cabeza.

—Señora.... dijo el hijo de Fernando IV, como cortado, y poniéndose de pies al mismo tiempo.

—Sentaos, rey de Castilla: repuso la estrazjera con desden.

—No puedo permitir.....

—Sentaos, señor, porque yo voy á hacer lo mismo, si tu alteza me permite.....

—Pues en ese caso ocupad mi asiento que siempre será mas cómodo: contestó Alonso XI dejando su poltrona á la reina.

—Sois en extremo amable: dijo esta con sonrisa forzada, y tomando posesion del sillón que el rey le ofrecia.

Los dos esposos guardaron silencio, despues de colocarse uno enfrente de otro. La reina se hallaba en extremo turbada y no sabia por donde empezar. Don Alonso se habia propuesto no preguntarle nada, aunque sabia positivamente venia con intencion de hablarle.

El silencio fue interrumpido al cabo por Doña Leonor que dijo á su esposo con el mayor trabajo:

—Habeis descansado, señor?

—Sí, he tenido ya suficiente tiempo: contestó el monarca con indiferencia.

—Sabreis que mi embarazo se confirma, segun la opinion de vuestros médicos.

—Me alegro, señora; ese era mi mayor deseo.

La reina se mordió los labios, porque creyó que su esposo manifestaria mas alegría. Despues de un momento de silencio, dijo con intencion.

—He sabido con el mayor disgusto, que Valladolid os cerró sus puertas con el pretesto.....

—Mi noble y leal ciudad de Valladolid estuvo en su derecho: contestó el rey sin inmutarse.

—En su derecho! qué decís?

—Sí, señora, en su derecho, y por lo mismo accedí á lo que pedía.

—Cosa estraña! cerraros sus puertas sino despediais á vuestro amigo el conde de Trastamara.....

—Y como el conde quiere la paz de Castilla, y aprecia tanto á su rey, se ofreció de buen grado á hacer lo que Valladolid queria.

—Me engañais, señor..... el conde de Trastamara ha sido despedido por vos..... y la prueba está que en venganza se ha unido á Don Juan Manuel. —Siento que no seais franco con vuestra esposa, porque sabíais.....

—Todo lo sé: repuso el rey con enfado.

—Os aseguro que no.

—Pues bien, sí, el conde ha sido despedido por mí, porque el conde de Trastamara es un ingrato..... diré mas, es un mal caballero. El conde faltó y ha sido castigado con un destierro; si es amigo de Don Juan Manuel perderá sus bienes y títulos, y si persiste, la vida, señora.

Los ojos de Doña Maria brillaron de contento.

—La vida, decís! pues casi estoy por aseguraros que ahora mismo intenta sobornar en union de Lara y Don Juan Manuel algunos pueblos de Castilla y pronunciarse contra vos.

—Bien, señora, gracias por vuestro aviso..... averiguaré lo que haya de cierto, y si es verdad, haré lo que le dije á él mismo.

—Dudais! dijo la reina pálida de rabia.

—Dios me libre, señora! pero para imponer cierta clase de castigos por delitos graves é imperdonables, es necesario mucha madurez é informarse perfectamente del hecho. Tu alteza llevada de la mejor buena fé me ha dicho lo que sabia, pero francamente es necesario que se confirme vuestra noticia.

—Si, teneis razon; pero ved lo que es el mundo, hace cuatro dias érais feliz, porque tenias un amigo, que creíais leal y sincero, y porque una mujer....

—Basta, señora! me habia propuesto no tocar ese punto, no por consideracion á vos, sino al estado en que os hallais; pero puesto que habeis cometido la imprudencia de hablar de una cuestion en la que no saldreis muy bien librada, os pregunto que habeis hecho de Doña Leonor de Guzman....

—Yo! Jesus, nada!.... contestó la reina aparentando sorpresa.

—Qué habeis hecho de Doña Leonor, señora! volvió á decir el rey acercándose á su esposa con paso mesurado y vacilante.

—Nada, nada absolutamente! dijo llena de temor.

—Oh, mentís, miserable! vos la habeis robado, tal vez asesinado, porque sois tan cruel é infame como todo eso!— Ah, pero temblad, señora, temblad, porque así como vos habeis sido tan cruel con esa pobre jóven con el pretexto de unos celos mentidos, yo que no finjo, que la amo con delirio haré cualquier cosa por vengarla!

—Celos mentidos! Luego creeis....

—Creo que sois una infame, y que sois incapaz de amar!—Reina de Castilla, os aborrezco, os odio de muerte, porque sois egoísta, porque sois nécia y porque sois hasta cruel! sí, en vuestro pecho germinan los sentimien-

los é instintos mas feroces!— Yo quiero á Leonor, dádme-
la, ó juro á Dios!....

—Vuestra amante os engañaba, rey de Castilla, os
era infiel, y en verdad que hacia bien.

—Mentis, infeliz, mentís!

—Vuestra amante ha huido....

—No sigais, no sigais..... mañana mismo se verificará
vuestro divorcio, y en seguida.....

—Oh, es todo cuanto deseo! Tiene mi padre un reino,
que me recibirá contento y.....

—Os engañais..... despues os sepultaré para siempre
en un monasterio!

—Vos! y cómo? con qué derecho?

—Lo tengo, señora! sois adúltera.....

La reina palideció de una manera espantosa; dejó
caer los brazos con laxitud, y de sus ojos se desprendió
una lágrima, sola, única, que al pasar por su rostro dejó
una huella de fuego. Doña Maria exclamó con acento
amargo:

—Adúltera! adúltera ... no, nunca!

—Si, señora; sé perfectamente la intimidad que te-
neis con vuestro cómplice el maestré de Alcántara.

—Oh, no, con el Maestre!.... nunca! Doña Maria de
Portugal jamás será adúltera!

—Luego entonces que es de vos el maestré de Alcan-
tara?

—Nada..... un caballero de vuestra corte que viéndo-
me sola, desgraciada y ofendida por vos, me acompaña,
me consuela..... ó no me es licito tener amigos?

—Bien, señora, si el maestré de Alcántara ha pues-
to sus manos sobre Doña Leonor para serviros..... os ju-
ro que morirá en un cadalso! y vos ya lo sabeis, un mo-

nasterio será vuestro castigo. Creéis que se juega con Alonso XI de Castilla?—Y si llego á averiguar que el maestre de Alcántara ha tenido que ver algo con la desaparicion de Doña Leonor, pondré por obra lo que os he dicho.

—Escuchadme, rey de Castilla, dijo Doña Maria; debí quejarme á mi padre de los insultos que sin reparo ni miramiento me dijísteis delante de vuestra querida, mi orgullo de muger y de reina fué ultrajado sin piedad.... Yo, la ofendida y despreciada tenia derecho para vengarme de vos y de vuestra amante: no lo he hecho, porque aunque me habeis prodigado ahora mismo los epítetos de infame y cruel, tengo buenos sentimientos y no puedo hacer daño á nadie.....

Alonso XI se sonrió con desden.

Doña Maria continuó mintiendo con la mayor tranquilidad. Pero aunque procuraba dar á su fisonomia un carácter de verdad, el rey comprendió que mentia con el mayor descaro.

—Continuad, señora; vuestras palabras me entretienen en extremo. Decíais?

—Decia que no me he vengado de vuestra querida, aunque tenia derecho y motivos para ello, y que soy inocente de la culpa que me achacais.

—Inocente! quiero creerlo, señora..... Pero me direis con quién se ha marchado Doña Leonor, puesto quo tan enterada estais?

—De buen grado os diré que vuestro amigo el conde de Trastamara, mientras que vos le colmábais de riquezas y honores, pretendia en secreto los amores de Doña Leonor de Guzman, y que vuestra amante no era indiferente á los obsequios del conde.

—Inventais á las mil maravillas, señora.—Y es con el conde con quien se ha marchado?

—Con el conde.

—Gracias por el aviso... repuso el rey con tono incrédulo.

Doña Maria se mordió los labios, y se retiró á poco, convencida de que su esposo no habia creído la historia que ella inventara.





CAPITULO XX.

De como el amante de Elvira supo mas de lo que esperaba saber.



EN el momento de separarse Felipe del rey, se dirigió á casa de su amigo Nuño Fajardo, única persona que podia sacarle del apuro en que se hallaba. Porque aunque estaba convencido que la escena que á él le valió la posicion que disfrutaba, tenia mucha conexion con el rapto de Doña Leonor, pero sin embargo necesitaba saber pormenores y estos pormenores tal vez se los diria Nuño Fajardo, como cómplice del misterioso caballero.

Felipe llegó á casa del hidalgo aragonés, en el momento en que este contaba con extraordinario placer

una infinidad de monedas de plata y oro, que habia desparramadas sobre la mesa. Nuño se apresuró á cubrir con sus anchas manos los montones de monedas, porque Felipe se presentó de improviso y no tuvo lugar de esconderlas en sitio donde no la viese el capitan del rey.

El amante de Elvira se llegó á su amigo y le dijo, tocándole en el hombro con cariño:

—Que ocultas ahí?....

—Nada.... son.... francamente, unas monedas de cobre que me entretenia en contar por distraerme....

—Cobre muy dorado es, á juzgar por ese filo que distingo debajo de tu diestra.—Y son muchas?

—Miradlas, que diablo! contestó el ex-teniente quitando las manos.

—Oro! exclamó Felipe en extremo admirado.

—Oh, sí; y oro del mas superior.

—Cáspita! y de dónde lo has sacado?

—Oh, es un secreto....

—Os habeis lanzado otra vez á la vida bagabunda y aventurera? Habeis olvidado la palabra que me disteis?

—No; jamás lo hubiera hecho aunque me valiera tanto dinere como hay en España.

—Pues entonces....

—Oh, es una aventura magrífica, de esas que se aparecen como por encanto; aventura que seguí inspirado porque he creído que sacarias algo de ella....

—Habla! repuso Felipe con el mayor interés.

—Sí, hablaré; pero antes necesito que me disculpes, ó mejor dicho que me perdones, porque en parte he faltado al juramento que te hice.

—Te juro por todos los diablos del infierno, que no puedo entender una palabra de cuanto me dices.

Nuño Fajardo movió la cabeza en señal de impaciencia: y apoyando su codo derecho sobre la mesa, dijo á Felipe:

—No te ofrecí yo, hace poco, cediendo á tus reflexiones y consejos no volver mas á la vida en que te criastes?

—Sí, es verdad: contestó el amante de Elvira con amargura, porque las palabras de Nuño le hicieron recordar su terrible infancia.

—Bien; y no te ofrecí tambien que si volvía el caballero armado y encubierto que tu venciste, no volvería á aceptar sus proposiciones, porque todas irían encaminadas á cometer escenas no muy leales y nobles, como tú dijiste?

—Tambien es verdad.... pero acaso?....

—Escucha: no hace todavía cinco ó seis dias, que hallándome aquí, sentado de esta misma manera y apurando un magnífico jarro de vino de Toro, para matar el aburrimiento que tenía, se apareció aquí el mismo caballero alto, delgado, y armado de piés á cabeza....

—El mismo!

—Sí, el mismo.... y despues de darme una abultada bolsa bien repleta de dinero, y de hacerme mas cortesias que un embajador, me dijo con la mayor cautela:—Puedo contar con vos esta noche, amigo?

—Sí, le contesté, despues de hacerme rogar un poco y con el deseo de que tú sacáras algun partido de todo cuanto pasase.

—Y fuiste?....

—Fuí.

—Qué pasó?

—Nada entre dos platos, porque despues de mil prevenciones de armas, hombres y caballos, todo se redujo

á acompañar al misterioso personaje á la misma calle donde fuimos vencidos por el rey y por tí, y despues siguiéndole con la mayor velocidad, á pasar la noche en un castillo de su propiedad, donde nos obsequiaron como á príncipes.

—Pero bien; á qué fué ese hombre á la calle donde...

—Al llegar á ella, se apeó de su soberbio caballo negro, y penetró en la casa de donde salió el rey y su amigo el conde de Trastamara, esa misma noche.

—Cielos!

—Qué te sucede?

—Sigue, sigue.....

—Al poco tiempo salió con un bulto blanco en brazos, y despues que se acercó á nosotros para montar á caballo viera que una muger desmayada.....

—Basta, basta, Nuño, amigo mio..... Ah, bendita sea la hora que tuviste la idea de aceptar las proposiciones que el desconocido te hizo y de seguirle para espiar lo que hacia.....

—Yo dije para mí; repuso Nuño de pronto, interrumpiendo á su amigo: yo dije; Felipe está en la corte, conoce los amaños é intrigas de los grandes, y tal vez esto le valga.....

—La mano de Elvira y la espuela de caballero! exclamó el jóven arrojándose en los brazos de Nuño y abrazándole con efusion.

—Cáspita!..... pero dime, es cierto todo eso?

—Cierto, sí, ciertísimo..... El mismo rey.....

—Oh, cuéntamelo todo!

—La muger que tu desconocido se llevaba, aprovechándose sin duda del desmayo que tenia, era Doña Leonor de Guzman,

—La amante del rey!

—Si; y Don Alonso que la ama con delirio, frenéticamente, se halla inconsolable con la ausencia de su amada, y sin poder averiguar quien sea el raptor.—En medio de su afliccion me ha llamado á mí y me ha ofrecido su amistad, su pterna proteccion y cuanto ambicione y desee si le vuelvo á Doña Leonor, ó lo que es lo mismo si hago volver á su corazon la alegría y el contento.—Yo amo al rey; como á un hermano, á un padre, porque ha sido para mí sin conocerme todo eso, y es necesario que Doña Leonor torne á su lado.—Nuño, me acompañarás?

—Cuerno y sangre! á los infiernos te sigo yo!

—Sabrás al castillo donde ha sido llevada Doña Leonor?

—Aunque sea á tientas.

—Magnífico; esta noche dormiremos en él.

—Eso no; porque todo se echaria á perder. Allí estará mi desconocido y si me vé....

—Tienes razon.—Pues bien, todo se arreglará.... lo que si te puedo asegurar es que yo dormiré en el castillo y cerca de esa persona misteriosa y desconocida, que ataca al rey en una calle de su corte, y que le roba despues su querida.

—A qué hora te espero?

—Despues de anochecido.—Y á lo que entiendo la noche nos vá á favorecer porque el cielo está muy encajado y raro será que no haya tempestad.—Adios, amigo mio, que voy á noticiar al rey tan fausta noticia y á proveerme de todo lo necesario.

—Hasta la noche: contestó el valiente Nuño alargando con afecto su diestra á Felipe.

El antiguo capitán de la formidable salió de la pobre

morada de Nuño, y llegó á palacio á poco de salir la reina de la estancia de Don Alonso.

Este se quedó en extremo pensativo despues de marcharse su esposa. El rey, fluctuaba entre creer las palabras que le habia dicho Doña María á cerca de la infidelidad de su amante y entre el mucho amor que á esta tenia. Sin embargo, la duda llegó á apoderarse de él, y exclamó completamente demudado:

—Me habrá engañado esa muger! serán ciertas las palabras de la reina!.... Oh, entonces era digna del mayor castigo! y semejante engaño me volveria loco!.... pero no, imposible; Leonor era demasiado buena, Leonor me amaba... y tal vez algun enemigo oculto, envidioso de nuestra felicidad, ha separado á dos corazones tan estrechamente unidos! oh, si yo llego á conocerlo... si Felipe me trajera hoy, mañana, algun dia, razon y noticia de quien sea el autor de semejante atentado, entonces habrá cesado mi angustia, mi dolor y....

El monarca no pudo concluir. La puerta que se comunicaba con las habitaciones donde se hallaba, la servidumbre, se movió suavemente.

—Adelante: dijo el rey alzando su sonora voz.

Felipe se presentó en la estancia con rostro risueño y placentero.

—Sois vos!.... exclamó Alonso XI, casi fuera de sí.

—Sí, gran rey, soy yo acompañado de magnificas noticias.

—Ah! hablad, hablad!.... sois mi libertador!....

—Señor, se ha averiguado ya el paradero de Doña Leonor de Guzman.

—Justo cielo!.... y qué vais hacer?

—Arrancadla de donde se halla esta misma noche.

—Ah, os juro..... pero decidme, cómo lo hareis? en dónde se halla?

—Todo eso lo dejaremos para despues... Yo me encargo de daros detalles y pormenores; ahora lo que importa es traerla á Burgos, y para el efecto necesito que me deis lo que os pida.

—Oh, sí, todo, todo, pedid..... hasta mi vida os doy si la quereis!

—Para arrebatár á Doña Leonor del poder de su opresor.....

—Opresor! luego es hombre? exclamó el rey interrumpiendo al jóven.

—Hombre, y rico, á lo que entiendo.

—Su nombre!.....

—Lo ignoro en este momento, pero mañana lo sabrá tu alteza.

—Bien; seguid, amigo mio.

—Necesito, como os decia, en primer lugar poderes amplios y omnímodos para herir y matar, si llega el caso, á las personas que se opongan á mi deseo, que en aquel momento será el de tu alteza, aunque estas personas pertenezcan á la clase mas alta y encumbrada.

—Lo teneis.

—Necesito tambien que tu alteza me envíe en calidad de embajador á cualquier parte, á fin de pedir hospitalidad en todos los castillos y fortalezas, y que esta no me sea negada.

—Ireis de embajador, valiente jóven.

Y Alonso XI reflexionó un momento. Despues dijo, aunque algo turbado:

—Vais á Aragon á llevar al conde de Trastamara su sentencia de muerte.

—El conde de Trastámara.....

—Es un infame! dijo el rey apretando los puños, y refiriendo á su nuevo favorito cuanto le habia sucedido con Don Alvaro.—Ahora bien, continuó: no os parece que debo castigar con la última pena á ese rebelde, que habiendo recibido, aun despues de su falta, favores inmensos de mi parte, se reúne con los revoltosos y malos caballeros que se han declarado enemigos míos, tan sólo porque no soy débil, porque no satisfago sus exigentes caprichos, y porque castigo con todo el rigor de la ley á los que se separan en lo mas mínimo de su deber! El conde de Trastámara ha sido perdonado dos veces; pero acaba de decirme el gran justicia de Castilla, que ha penetrado en un pueblo de mis reinos á la cabeza de unos pobres miserables, gritando muera Alonso XI... El delito de lesa magestad es imperdonable.—Y con eso verán mis pueblos que soy justiciero y no vengativo como han dado en llamarme los revoltosos y perturbadores del orden.—Vos sereis el portador de la sentencia y se la entregareis al justicia donde resida Don Alonso, para que haga cuanto en ella se ordene.—Quereis mas?

—Nada mas, señor, sino permiso para retirarme á acabar de arreglar mis preparativos.

—Lo teneis, Felipe, y quiera el cielo que salgais bien de vuestra empresa! contestó el rey alargándole su diestra y apretándola con cariño.

—Dios guarde á tu alteza..... dijo el jóven, besando con respeto la mano que el monarca tenia entre las suyas.

—Sed venturoso!..... pero escuchad, antes de marcharos venid á recoger los documentos de que os he hablado.

Con efecto, antes de marchar Felipe al castillo del maestro de Alcántara, recibió de manos del mismo rey la sentencia de muerte para el favorito que él había sustituido.

Alonso XI era inexorable en sus determinaciones y sentencias, cuando estaba convencido de que obraba con arreglo á la razon y la justicia.

Don Alvaro de Nuñez y Osorio, que efectivamente se habia buscado, por su inconstancia y maldad, el fin de-
sastroso y trágico que tuvo, fue exhonorado de sus títulos y riquezas, que volvieron á la corona real, y despues muerto á mazadas por cuatro de sus mejores amigos de destierro, que se habian vendido al rey de Castilla.

Doña Maria respiró con mas libertad cuando se vió libre y vengada del hombre que la ultrajó en el torneo, con solo coger el ramo de naranjo y entregárselo al rey. Este exclamó con sentimiento cuando supo la muerte de su primer favorito, del compañero de su niñez:

—Él se lo ha querido! Séale la tierra ligera! y con su diestra detuvo una lágrima que se desprendió de sus ojos.





CAPITULO XXI.

De como Felipe penetró en el castillo del Maestre, y de lo que hizo cuando se halló en él.



El hijo adoptivo de Hugo de Troumblay salió de Burgos antes de oraciones, y acompañado de Nuño Fajardo y de cuatro valientes soldados de la compañía que mandaba. Felipe caminaba con el mayor silencio, porque iba revolviendo en su mente mil ideas y pensamientos todos encaminados á sacar á Doña Leonor del castillo, pero á sacarla engañando á todos, y aunque su imaginacion viva y fecunda le sugería multitud de planes diferentes, todos se

estrellaban con que él no conocía el castillo, no conocía á su dueño, ni sabría si le dejaría pasar la noche, á pesar de ser un enviado del rey. Sin embargo de todo esto Felipe habia dado su palabra á Don Alonso y le habia ofrecido llevarle á la de Guzman; su compromiso era tan grande, que de no hacer todo lo que habia ofrecido, perderia con Alonso XI lo que habia ganado en un momento. El honor del amante de Elvira se hallaba interesado en esta cuestión y aunque tan poderoso estímulo bastaba por sí solo para hacer las mayores proezas con el objeto de un buen éxito, Felipe llevaba otro si se quiere mas interesante y de mas consideracion para él, cual era la recompensa de semejante servicio, recompensa que si la aceptaba, y era el principal móvil de lo que iba á hacer, solo era por su amante, á quien cada dia queria con mas ardor, por la cándida é interesante Elvira, la señora de sus pensamientos, y por consiguiente á la que se le ofrecería todo. Tal idea solo llenaba de esperanza á Felipe y metiendo espuelas á su caballo, decia para sus adentros:—Sí, triunfaré.

Nuño Fajardo caminaba á su lado. Y conociendo que su amigo iria pensando en la manera de penetrar en el castillo sin despertar sospechas, no desplegó ni una sola vez sus labios, á fin de no distraerlo, si bien se le pasaban magnificas ganas de entablar con él cualquiera conversacion.

Nuestros viajeros se hallaban todo lo mas media legua distante de Burgos. La noche se habia encajado sin ser vista ni sentida, y con la noche comenzó á rugir en el ocaso la tempestad que en todo el dia se habia preparado. El aire silbaba de una manera espantosa, haciendo mover las plantas y árboles del camino, con peligro de ser arrancadas de raíz. La luna alumbraba aun, pero

en torno suyo y formando un pequeño círculo, se veían multitud de nubes casi negras y amenazadoras, prontas á oscurecerla completamente. De vez en cuando, y seguido de los relámpagos que por un instante todo lo inundaban de viva luz, se oían terribles y espantosos truenos que hacían temblar al firmamento. Nada mas imponente que una tempestad de noche y en medio del campo. Sin embargo, la cabalgata encargada de restituir al rey de Castilla su querida, caminaba impávida, sin hacer alto en el asombroso fenómeno que se obraba en la naturaleza, y sin comprender que sobre ellos llenos de acero y hierro como iban, podían descargar las nubes toda la electricidad de que se hallaban enchidas. De repente cesó el aire, ese temible elemento, desencadenado un instante para anunciar la tempestad: el relámpago será menos vivo, y el trueno dejó en parte su rugido feróz y sordo á un tiempo. Pero en cambio una lluvia compacta y fuerte, cayó sobre nuestros viajeros. Los caballos se detenían de vez en cuando, pero las espuelas de los ginetes que se clavaban con fuerza en los hijares de estos, les hacían caminar con paso algo mas que ligero. Felipe no había hecho caso de la tempestad, ni mucho menos del agua que á torrentes caía sobre él. Su imaginacion seguia ocupándose en mil ideas, todas encaminadas á lo que sabemos. Nuño Fajardo que en nada pensaba, porque no tenía, ni aunque tuviese lo haría, y que sentía caer el agua le introducirse por entre las junturas de su estropeada y vieja armadura, no dejaba de echar votos y terrores espantosos que el eco repetía y que se perdían en el espacio.

—Guerno y sangre! A que me va á derrotar todavía el agua! Per San Bruno que noche como esta: 1736 192 9b

Felipe volvió la cabeza y le dijo con tono risueño :

—Qué te pasa?

—Rayo y Belcebú, alabo tu pregunta! Pues no vés, pecador de mí, que voy hecho una sopa? No me puedo mover del agua que llevo encima!

—En el castillo de nuestro desconocido te enjugarás completamente.

—Sí, con el rocío de la mañana.

—Qué! crees que no dormiremos en el castillo esta noche y tú cerca de un buen fuego que te devolverá el calor que el agua te arrebató?

—Dormir en el castillo! aunque vinieran con nosotros todos los ejércitos del rey de Castilla no tomaríamos la fortaleza del hombre alto y delgado. Castillos y fortalezas he visto yo en mi país y en otras muchas partes que son el asombro de cuantos los han visto; pero puedo asegurarte que ninguno es tan magnífico como el del desconocido.

—Asegúrote, Nuño, que esta noche hemos de dormir en esa fortaleza, á pesar de ser inespugnable.

—Mucho lo dudo!

—Lo verás.

Pero dejemos á los viajeros, y hablemos algo de Doña Leonor de Guzman, y de lo que le habia sucedido en el castillo del gran maestre de Alcántara, del hombre que habia jurado poseerla cediendo á los impulsos de su pasión grande y brutal.

Don Gonzalo llegó á su castillo sin contratiempo alguno, y en seguida se dirigió con su interesante carga á una preciosa y elegante habitacion preparada de antemano, donde la dejó en un magnífico lecho, colgado de lindas y ligeras cortinas de fina tela blanca. Doña Leonor

pasó la noche perfectamente, y sumerjida en un sueño profundo y tranquilo. Pero cuando llegó el día y al despertarse se encontró en otra habitacion en todo muy distinta á la suya, comprendió que algo le habia sucedido durante su sueño tan largo y obstinado. La de Guzman recorrió la habitacion con paso trémulo, y despues de examinarlo y tocarlo todo, como dudando de lo que veia, se acercó á una de las ventanas para saber en que sitio estaba. La amante del rey abrió los pintados vidrios, y vió una enorme reja gruesa y unida como la de las prisiones.

Doña Leonor lanzó un grito que no tuvo eco y cayó casi sin fuerzas en una poltrona que habia cerca de ella. La infeliz habia comprendido su situacion.

—Presa! sí, porque esto es una prision! exclamó con dolorido acento y vertiendo multitud de lagrimas —Pero cómo, Dios mio, si yo estaba en mi casa hace un momento!..... Ah, esto es obra de la reina..... No, es obra del cielo tal vez, porque yo era culpable y la falta tiene expiacion!..... Perdon, perdon, Dios mio!..... Ah, condenada á vivir aqui sin ver á nadie, sin ver á..... no, no lo debo de nombrar..... porque quizá el rey habrá autorizado semejante atentado, semejante violencia!..... Si yo llego á salir de aqui, desgraciado el que se haya atrevido!..... pero qué digo, infeliz de mí! qué he de hacer yo, cuando por solo el delito de amar mucho, se me encierra y.....

La de Guzman callò, porque una puerta cuidadosamente cerrada y en la que ella no habia reparado, se movió aunque imperceptiblemente.

—Cielos! dijo acercándose á ella:—Ah, si pudiera abrirla!.....

Pero la puerta cedió al impulso de otra mano mas vigorosa que desde fuera la empujaba. En la estancia se presentó á poco un hombre de aspecto amenazador.

—Monstruo! exclamó la amante del rey, huyendo despavorida y refugiándose en el hueco de una ventana.

—Ah, sois vos! debí de presumírmelo, porque solo un malvado como vos seria capaz de cometer tal villanía. Huid de aqui; no os acerqueis á mí!.... Ah, retiraos, retiraos, yo lo quiero, os lo mando!....

Don Gonzalo se sonrió con desden, y dijo acercándose á la jóven:

—Aqui no mandais, señora: solo el maestre de Alcántara....

—Infame!

—Solo el maestre de Alcántara es el dueño de esta fortaleza y de la dama del rey de Castilla!.... Sois mia, Doña Leonor, mia enteramente! y aqui sereis lo que yo quiera, ó mi esclava, ó la reina hasta de mi corazon!... Os habeis convencido ya de lo que puedo, señora?—Pues bien, os he traído en mi caballo toda una noche; os he tenido en mis brazos desmayada!.... y no os he tocado; no he satisfecho el deseo, causa de mis males, porque no me creeríais despues!.... Yo os amo!.... necesito vuestras caricias y las obtendré á toda costal!.... La venganza de los ultrages y desprecios que de vos he recibido, se reduce á poseeros y que mañana no podais negarlo, porque vuestras mejillas se teñirán de un carmin subido en estremo que confirmarán mis palabras! Comprendeis ahora por que os he respetado cuando no podiais hacer resistencia?

Doña Leonor no profirió ni una queja siquiera. Inclino su preciosa cabeza sobre su pecho palpitante y agita-

do, y comenzó á llorar sentida y copiosísimamente.

El Maestre la contempló un momento. De repente depuso la ferocidad que se veía pintada en sus facciones, y cayó á sus piés, diciéndola con acento humilde:

—Perdon, perdon, Leonor! Ah, enjuga esas lágrimas divinas!.... yo te amo, en mi pecho arde de una manera espantosa la terrible llama que tu hermosura encendió en él!.... Perdóname, conozco que soy un infame, pero si vieras de cuánto es capaz el hombre que como yo ama y se vé despreciado, el hombre que como yo se veía condenado á una eterna desesperacion, el hombre que como yo padecía terribles angustias y al mismo tiempo veía á un rival que porque ciñe sus sienes una corona.....

Doña Leonor miró al Maestre con desden.

—Ah, esa mirada!... cuando yo espero... tu amor... cuando...

—Nunca! exclamó la jóven de pronto y alzando con orgullo su cabeza.

—Infeliz!

—Nunca! ya lo sabeis! matadme.... haced lo que querais, pero en el momento que os acerqueis á mí, os arrancaré el corazon con mis uñas!

El Maestre se levantó, y dijo sin inmutarse siquiera:

—Bien está, señora; os dejo ahora, pero volveré, y sereis mia! Aqui nadie oirá vuestros gritos; nadie se cuidará de vos!

Y Don Gonzalo salió de la estancia cerrando la puerta tras sí, y dejando á Leonor sumergida en el mayor conflicto.

Antes que llegara Felipe y su comitiva al castillo del gran maestre de Alcántara, veíase en un salon inmenso

adornado sencillamente y mal alumbrado por una lámpara pendiente del techo, cuya luz vacilaba á impulso de una ráfaga de aire que penetraba por una ventana á medio cerrar, veíase dijimos, sentado en un sillón de baqueta de España, mas cómodo que elegante, y cerca de una mesa tallada, á un hombre alto, delgado, y de rostro pálido, sumergido al parecer en hondas meditaciones. Un rayo de luz de la lámpara, que caía perpendicularmente sobre su rostro, alumbraba de una manera siniestra su ancha y pálida frente.

Este hombre era el maestre de Alcántara, que maldecía en silencio su destino y la pasión que le arrastraría á cometer culpas que tarde ó temprano tendría que espiar. Pero no era esto lo que mas importaba al amigo de la reina Doña Maria. Don Gonzalo no habia podido conseguir nada de la muger á quien amaba, y esto era lo que le tenia pensativo y cabizbajo. La pasión que ardía en su pecho, pasión espantosa, feroz casi, no habia disminuido en nada con los desprecios é insultos que la prisionera le decia, sin reparar en su situacion y en que seria al cabo poseida por su opresor. Don Gonzalo pensaba en lograr sus intentos á la fuerza, ya que no habia podido conseguir nada presentándose apasionado, suplicante, altanero: ora como amante humilde, ora como dueño cruel é inexorable.

Lanzó un suspiro de su pecho que mas bien parecia el ruido de una fiera, y dijo pasándose una mano por la frente bañada en sudor. — «Esa muger tiene que ser mia!»

Don Gonzalo tenia puesto su traje de guerra, porque pensaba salir aquella misma noche para Burgos á decir á la reina que su rival estaba en lugar donde no seria hallada

por nadie. Y al mismo tiempo, averiguar si se decia algo á cerca de su persona, tantos dias ausente de la corte.

—Rui Pero.... dijo dando al mismo tiempo un golpe en la mesa.

El llamado, que era un hombre de unos cuarenta años, de regular estatura, de color moreno y de ojos pequeños y vivos; y escudero mayor de Don Gonzalo, se presentó en el salon y se inclinó respetuosamente.

—Llueve? preguntó el Maestre con tono duro.

—Oh, y mucho! El cielo se derrite esta noche.

El Maestre hizo un movimiento de disgusto.

—En seguida que cese la lluvia, partimos para Burgos, sea la hora que quiera, porque mañana heinos de estar aquí otra vez antes que salga el sol.—Que todo esté dispuesto para salir al instante.

—Todo lo estará: contestó el escudero, volviendo á inclinarse y echando á andar.

—Escuchad....

Rui Però se volvió con prontitud.

—Están todos alerta?

—Todos.

—Se vé algo por los alrededores del castillo?

—Nada absolutamente.

—Podremos marcharnos desahogados?

—Segurísimo, señor: la guarnicion que hay en el castillo es mejor que la compañía que sirve al rey.

—Bien; ya lo sabeis, vos solo sois el responsable.

—Responsabilidad que me hace dormir á pierna suelta, porque si todos los diablos....

—Basta:—antes de partir he de visitar todos los puntos.

—Tu grandeza se convencerá.

—Déjadme solo.

El escudero se marchó y Don Gonzalo volvió á sumergirse en sus pensamientos.

La lluvia, como habia dicho Rui Pero, en vez de disminuirse se aumentaba cada vez mas. Don Gonzalo desesperado de aguardar tanto se levantó y abriendo mas la ventana qu estaba solamente entornada, se asomó para convencerse de la verdad. Una lluvia copiosísima caia produciendo un ruido espantoso.

—Maldicion! este es el diluvio universal! esclamó dando en el suelo una patada.

No bien hubo acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando oyó estrepitosos golpes en la puerta principal del castillo.

Descolorido estaba ya el rostro de Don Gonzalo, pero la palidez del miedo vino á aumentar la que habian producido los insomnios y vigiliass.

Cogió su tizona que yacia desenvainada sobre la mesa, y cuando se disponia á salir, entró Rui Pero con paso mesurado.

—Qué ruido es ese? dijo el maestro sin poder ocultar su temor.

—Ruido! no comprendo.....

--Yo he oido grandes golpes en la puerta del castillo.

—Con efecto, acaban de llamar ahora mismo.

—Quién?

—Unos viajeros.

Don Gonzalo respiró con mas libertad, y dijo á su escudero despues de tomar asiento en el ancho y cómodo sillón que ocupaba antes:

—Unos viajeros? y qué quieren?

—Piden hospitalidad en atencion á ser la noche tan cruda.

—Y son muchos?

—Cinco ó seis....

—Decidles que no está el dueño del castillo y que vos no podeis recibir á nadie.

—Señor, advierta vuestra grandeza que es un caballero acompañado de su servidumbre, y seria poco cortés negarle la entrada; además que pueden entrar en sospecha.....

—Teneis razon, que pasen.—Al caballero conduciendolo aqui; á los criados regalarlos bien, y observad sus menores movimientos.... á pesar, que, qué podemos temer de seis hombres!.....

—Nada, aunque estos se convirtieran aqui dentro en ciento.

—Con semejante número ya estaria yo con mas cuidado.

—Yo no.

—Pensad que está lloviendo á mares y que no les será muy grato á los viajeros recibir mas agua de la que traen encima.

Rui Pero salió de la estancia gozoso de que tuviera su amo compañía, porque de ese modo no emprenderia la marcha que tenia proyectada.

La maciza y colosal puerta del castillo giró sobre sus goznes y penetraron en el patio cinco hombres armados, y chorreando agua por todas partes.

—Mala noche es esta para caminar, señor caballero... dijo Rui Pero acercándose al gefe de la tropa, que se apresuró á apearse de su caballo.

—Mala, y tan mala como es; pero merced al dueño ó alcaide de esta fortaleza podremos secarnos el agua que se nos ha metido hasta en los huesos. Pero con quien tengo el honor de hablar?

—El honor es para mí, señor gentil-hombre, que un escudero.....

—Ah, sois.....

—Escudero de un caballero de los mas principales de Castilla, para lo que gustéis mandar: pero no os apureis que aqui tendreis personas nobles con quien pasar la noche, mientras que vuestro escudero si lo traeis.....

—Y como si lo traigo: con el buen Nuño vais á pasar un rato divertidísimo, porque bebe sin tino y canta como un enamorado.

Rui Pero se sonrió de alegría. Deseaba encontrar una persona aficionada como él al vino, y no dudaba que en el escudero del desconocido, á juzgar por las palabras del caballero, encontraría un digno competidor.

—Nuño: dijo Felipe llamando al ex-teniente y presentándole al escudero de Don Gonzalo con estas palabras:—Aqui teneis á la flor y nata de los escuderos, y digo flor y nata porque es valiente, chistoso y..... os lo diré sin que lo oiga, repuso Felipe acercando su boca al oido de Rui Pero, y un tanto hablador.

—Precisamente tiene mis mismas cualidades: contestó Rui Pero, lleno de alegría y saludando cortesmente á su nuevo compañero.

—Pues señor, ahora que os dejo perfectamente instalado con mi buen Nuño, justo será que me conduzcáis á parage donde haya lumbre y gente si puede ser.

—Pésia mi alma! exclamó Rui Pero con sentimiento.

—Que os sucede? dijo Felipe aparentando interés.

—Que con la conversacion me he olvidado que os estaba esperando mi amo el maestre de Alcántara, y ahora...

—Calla! con que estoy en el castillo de Don Gonzalo Martinez? dijo el amante de Elvira con indecible gozo.

—Sí, caballero en él estais ; y ahora su grandeza.....

—Perded cuidado que nada os dirá. Yo os disculparé lo mejor que pueda... Id vos delante, puesto que sois de casa y sabreis el camino.

El escudero echó á andar y Felipe dijo á Nuño al paso y con el mayor disimulo :

—Ese hombre es un imbécil : emborráchalo y sonsácale despues todo lo que puedas. Estamos en el castillo del maestre de Alcántara, que es un solemne pícaro: mucho ojo y que nuestra gente esté dispuesta al menor aviso.

Felipe siguió á Rui Pero, el que habiendo llegado á la habitacion donde se hallaba Don Gonzalo , dijo á este dejando penetrar al amante de Elvira :

—Señor Maestre , aquí está el caballero....

Don Gonzalo se puso de piés y saludó al jóven con cortesía.

Felipe hizo lo mismo , aunque añadió las siguientes palabras :

—Tengo el honor de hablar con el maestre de Alcántara?

—El honor es para mí , que recibo en este Castillo á...

—Al capitan de la guardia del rey y su representante extraordinario en este momento.

Don Gonzalo palideció de una manera visible , y dijo medio tartamudeando :

—Y sois embajador cerca de mi persona?

—No, señor Maestre, voy al reino de Aragon, para que el conde de Trastámara.... pague de una vez sus insolencias y faltas.

—Cómo ! Don Alvaro de Nuñez y Osorio....

—Está sentenciado á muerte porque es un traidor. Y como su alteza se propone castigar á todos aquellos que falten en lo mas mínimo á su deber...

—Oh, Alonso XI es un gran rey ! repuso el Maestre disimulando.—Pero distraído con vuestras palabras me he olvidado ofreceros asiento.... tomadlo, señor capitán, en tanto que se os prepara una habitacion digna del enviado del rey de Castilla

—Os suplico que no os molesteis porque pienso continuar mi marcha esta misma noche, ó á mas tardar mañana al amanecer. Mi marcha urge en extremo y si no hubiera sido porque la lluvia tanto nos molestaba no nos hubiéramos detenido en vuestro hospitalario castillo ; pero puedo aseguraros que en parte me alegro de este pequeño incidente, que me proporciona el alto honor de conocer al muy noble y poderoso maestre de Alcántara.

Don Gonzalo se sonrió y repuso inclinándose cortesmente :

—Sois en extremo galante! Pero lo que siento es no poder hacer grata vuestra permanencia en el castillo, verdadera fortaleza de estos tiempos. Este edificio es triste de suyo. Lo que encontrareis en él serán magníficos foros y cuantas cosas sean necesarias á una fortaleza como esta.

—Oh, yo soy en extremo aficionado á todo eso.... Pero lo que á mí mas me llena de estrañeza es veros, á vos, gran Maestre de una de las órdenes militares, caballero de los mas principales de la corte, vivid en este sitio, apartado de ella y haciendo una vida monástica, porque á juzgar por lo que veo...

—Y no os engañais : repuso Don Gonzalo mirando con detenimiento al jóven : Yo soy poco aficionado á la corte, y por eso me vereis la mayor parte del tiempo viviendo en estos parages solitarios, porque la soledad me gusta sobremanera. Además, no creais que todo es virtud, aquí

tengo una guarnicion numerosisima, que me entretengo en enseñar bien el arte de la guerra, para cuando tengamos que salir todos á la campaña que su alteza prepara contra los enemigos de Cristo, campaña que en mi concepto difiere demasiado.

—Y vivís enteramente solo? dijo Felipe con intencion de apurar al Maestre y ver si un gesto ó cualquier movimiento, le aclaraba algo de cuanto deseaba saber.—No teneis una hermana ó una amante....

—Nadie absolutamente, contestó el maestre sospechando de las preguntas que su huesped le hacia.

Pero dejemos á Don Gonzalo y á Felipe hablando de cosas indiferentes, y oigamos la conversacion que los dos escuderos tenian mientras tanto.

Rui Pero llamó á Nuño despues de presentar al capitán del rey á su amo, y le dijo con cautela para que los pages y soldados no se enterasen:

—Teneis deseo de probar un buen vino tinto de la bodega del maestre de Alcántara, mi amo y señor?

—Y como si tengo: sacadme un tonel entero y vereis si dejo una gota.

—Bravo, sois de los míos! pues seguidme á mi habitacion, que mientras nuestros amos hablan de las cuestiones que se agitan hoy en la córte, nosotros hablaremos de nuestros lances escuderiles. Aceptais?

—Acepto, amigo, acepto con mil amores.

Y los dos se dirigieron á una pequeña habitacion no muy grande, donde despues de cerrar la puerta, para no ser oidos ni sorprendidos se sentaron uno enfrente de otro, habiendo por medio una mesa con dos enormes basijas de barro, que un preñado jarro blanco llenaba de vino tinto añejo.

Nuño Fajardo se propuso sonsacar á su compañero todo cuanto este supiese. Pero para el efecto tenia que emborracharlo como le habia dicho Felipe, y solo lo conseguiria estimulando á beber con su ejemplo al pobre Rui Pero. El ex-teniente de la *formidable* cogió una de las basijas y la apuró de un solo trago, diciendo al mismo tiempo no sin hacer antes un gesto de agrado:

—Ese vino me parece magnífico.

—Y tan magnífico: como que es del que bebe el gran Maestre; pero, cáspita! sabéis que á ese paso pronto dais fin de ese gran jarro que hay ahí lleno?

Nuño se sonrió y repuso con intencion:

—Procurad vos que no me lo beba todo.

—Y cómo os prohibo que no bebais? eso seria ponerlos tasa, y precisamente se hallan las bóvedas del castillo repletas de toneles.

—Mi intencion era deciros que bebiéseis al mismo tiempo que yo lo haga.

—Eso sí, voto á chápiro: no quiero que me ganeis ni en un sorvo siquiera. Cuánto habeis bebido?

—Vedlo: solo ese pequeño cacharro para probarlo.

Rui Pero apuró el suyo tambien de un solo trago.

—Bien; magnífico! repuso Nuño sonriéndose de alegría.

—Si os place hablaremos de cualquier cosa.

—De lo que gustéis.

—Sois casado?

—Antes me hubiera hecho moro! Y vos? respondió Nuño apurando de nuevo su basija.

—Yo! antes me ahorco! mejor quiero bregar con mi amo el maestre de Alcántara, y eso que tiene un génio de los demonios, que no con una muger.

—Decís bien ; pero que , vuestro señor es....

—Una fiera , aquí para entre nosotros.

—Diferencia vá del mio , que casi es una malva! pero decidme : y qué hace aquí , ausente de la corte?

Rui Pero estiró las piernas , se atusó el bigote , y despues de apurar su vasija , dijo con importancia y bajando la voz :

—Es un misterio!

—Ola ! esas tenemos ! tal vez algunos amores....

Rui Pero no contestó ; pero una sonrisa de inteligencia bastó para dar á conocer á Nuño que no se engañaba.

—Oh , me lo habia figurado ; dijo este volviendo á acercar la basija á sus labios ; pero no bebeis?

—Sí , sí , hasta que no pueda mas , contestó Rui Pero completamente beodo.

—Amigo , sois tan incansable en beber como vuestro amo en perseguir á....

—Acabad....

—Lo haré si me dais palabra de contarme despues la verdad.

—Siempre que me la deis á mí de guardar el secreto.... porque estas son cosas que comprometen.... dijo el escudero de Don Gonzalo , apurando por cuarta vez el cacharro.

—Por Burgos corre la noticia de que el maestre de Alcántara estaba locamente enamorado de Doña Leonor de Guzman , dama del rey de Castilla , y que no pudiendo conseguir nada de ella , la habia robado y conducido , unos dicen que á este castillo y otros que á Sevilla.

Rui Pero soltó una descomunal carcajada , y dijo se-

ñalando á un manojo de llaves que habia colgado de la pared.

—Una de esas llaves os podria contestar si hablára.

—Ola! con que haceis el servicio de cancerbero?

—El Maestre tiene mucha confianza en mí..... tanta que soy el que le acompaño cuando vá á visitar sus presos. Esta misma noche hay que hacerlo, segun me dijo mi señor antes que llegárais al castillo... Pero no apuramos este jarro?

—Sí, bebed como yo: dijo Nuño baciando en su estómago todo el vino que quedaba.

—Diablo! me habeis dejado sin vino y tendré que ir por él! Sois un cubo sin fondo, amigo!

Nuño Fajardo se sonrió casi forzosamente y miró á su compañero con lástima.

—Está muy distante de nosotros la bodega? preguntó el ex-teniente con interés.

—No, en un momento subo ese jarro lleno. Esperadme aquí.

—Sí, os espero: contestó Nuño echando una mirada significativa al manojo de llaves.

Rui Pero se levantó con mil trabajos de su asiento, y cogiendo el jarro salió de la estancia dando mas traspiés y tropezones que sorbos de vino habia tomado.

Nuño Fajardo se levantó en seguida, y despues de apoderarse del manojo de llaves, que cada una tenia una targeta de pergamino, en la que estaba escrito la puerta á que pertenecia, y de dar un soplo á la luz, salió en pos del escudero de Don Gonzalo, pero con paso callado á fin de no ser oido por este.

Rui Pero llegó á la bodega, y penetró en ella con el mismo trabajo con que habia salido de su habitacion.

Entonces Nuño Fajardo cerró la puerta, y mientras que el pobre escudero, borracho como una uba, buscaba en vano la salida del subterráneo, él se dirigió con la misma cautela al salon donde estaban el Maestre y Felipe.

Este último se hallaba violento porque la noche avanzaba por momentos, y nada habia podido descubrir. Felipe tuvo intenciones de ahogar al Maestre y de arrosarlo todo: pero le contuvo la idea que con semejante disparate solo conseguiria poner en alarma á todo el castillo, y que fueran conocidas sus intenciones. Asi es que convencido de estas razones trató de reprimirse, y esperó á que Nuño hiciera algo. No bien cruzó este pensamiento por su mente cuando vió á la canosa cabeza del ex-teniente asomarse por entre las dos hojas de la puerta. Felipe se hallaba enfrente de esta, y Don Gonzalo volviendo la espalda. De modo que sin ser advertido el teniente por Don Gonzalo, le hizo ver á su amigo por señas que el escudero estaba encerrado y borracho, y que tenia en su poder todas las llaves del castillo. Felipe no pudo reprimir un movimiento de alegría, que afortunadamente no vió el Maestre. Nuño preguntó por señas á Felipe si entraba á ahogar á Don Gonzalo.

—Sí: contestó Felipe poniéndose de piés y precipitándose sobre el cómplice de Doña Maria.

Este no tuvo lugar de dar un grito siquiera. Nuño Fajardo se puso de un salto á su lado y echándole mano al pescuezo, dijo apretándole al mismo tiempo con todas sus fuerzas:

—Qué hacemos con este bribón, Felipe? Le ahogo?

—No, el verdugo se encargará de ello. Lo que hay que hacer para que no dé voces y nos comprometa, es tapar-

le la boca y amarrarlo fuertemente á una de esas columnas. Despues cerramos la puerta y....

—Bravo! la idea es magnífica!... repuso Nuño poniéndola por obra, ayudado del jóven capitán del rey.

—Y ahora? dijo el ex-teniente recogiendo su manojo de llaves.

—Ahora busquemos por todo el castillo á Doña Leonor. Nuestra gente estará lista y en un momento nos plantaremos en Burgos. Alonso XI volverá á ver á su amante.

Don Gonzalo rugió como una fiera al oír las palabras anteriores. Sus ojos despedían fuego, y en su rostro todo se veía pintada la rabia mas espantosa.

Felipe salió de la estancia seguido de Nuño, y tan luego como cerró la puerta de la habitacion donde quedaba preso y maniatado el Maestre, comenzó á probar todas las llaves en cuantas puertas se encontraba al paso.

—Felipe y Nuño Fajardo emplearon un buen rato en abrir y cerrar puertas y en recorrer los mismos puntos mas de veinte veces, porque despues de pasar por salones desmantelados enteramente y por largos y estrechos pasillos venían á parar al mismo sitio de donde salieron.

—Por san Bruno, que esto se vá haciendo pesado! exclamó el amante de Elvira con desesperacion.—El dia nos vá á sorprender en estos sitios, y entonces todo se ha perdido!

El ex-teniente de la *formidable* miró en derredor suyo, y fijó su atencion en una pequeña puerta que habia cubierta con un tapiz raído y descolorido.

—Abramos esta otra puerta raquíca y medio carcomida: dijo Nuño dirigiéndose á ella.

—Es inútil; esa puerta parece de una covacha.

—Abramos.

Felipe lo hizo mas por complacer á Nuño que por tener esperanza de hallar otra salida.

Un largo y ancho pasillo en forma de bóveda, fué lo que se presentó á la vista de los libertadores de Doña Leonor.

—Qué te dije yo? repuso Nuño dando palmadas de alegría.—Lleguemos al fin de esa galeria, y veremos lo que hay despues.

Los dos amigos se inclinaron al pasar por la puerta, hasta el extremo de enconvarse todo.

—Cáspita! exclamó Felipe; semejante puerta no es muy cómoda de pasar.

—Alto, Felipe: repuso Nuño volviéndose de pronto.

—Qué ocurre!

—Esta galeria termina en una plataforma llena de cén-
tinelas.

—Pues entonces está por aqui Doña Leonor.

—Sí; pero cómo pasamos?

—Matando á los soldados.....

—Semejante disparate nos perderia sin remedio, porque alguno se escaparia y avisaria á toda la gente del castillo!..... además que dos contra ciento.....

—Tienes razon! pero qué haremos?.....

—Bravo? una magnífica idea se me ha ocurrido en este instante: el imbécil escudero del Maestre, que yace borracho y aun durmiendo en la bodega, me dijo que su amo iba á partir esta noche para Burgos, y que antes de verificarlo pensaba visitar todos los puestos y recorrer el castillo para ver si hay toda la vigilancia que cree necesitar. La noche está bien oscura, los soldados no nos han de conocer porque vamos armados y armados irian Don Gonzalo y su escudero. Tú eres en este momento el maes-

tre de Alcántara y yo el borracho de Rui Pero.

Felipe se sonrió de alegría y dijo á su amigo tendiéndole al mismo su diestra con entusiasmo :

—Eres un gran hombre, Nuño ! Semejante idea te acredita de gran talento. El maestro de Alcántara está ya dispuesto á comenzar la revista de sus soldados.

—Escucha antes : repuso Nuño Fajardo, deteniéndole.

—Otra idea?

—Sí, pero asombrosa !

—Veámosla.

—Al llegar á la plataforma, dirigirás á los soldados palabras duras porque Don Gonzalo trata á todo el mundo y á estos pobres villanos mucho mas, como si fuesen perros. Despues ordenarás que uno de ellos se encargue de las llaves y nos conduzca al mismo lugar donde se halle la de Guzman.—Comprendes ?

—Perfectamente.—Mi escudero quedará contento de su amo....

El supuesto Maestre y el fingido escudero llegaron á la plataforma al instante.

—Quien vive ? dijo uno de los centinelas preparando su ballesta.

—Por Santa Polonia !.... no conoces á tu señor el gran maestre de Alcántara ? dijo Nuño imitando en cuanto pudo la voz de Rui Pero.

El soldado no cortestò, pero dió un golpe en el suelo con el arma, en señal de respeto.

La voz de que el Maestre iba visitando los puestos solo con su escudero y á oscuras, corrió por entre los soldados como una chispa eléctrica.

La incómoda y comprometida pregunta de «quien vive?» no volvió á oírse.

Los dos amigos llegaron á un lugar donde todo estaba lleno de centinelas. Dos filas de soldados se estendian á uno y otro lado.

Felipe y Nuño pasaron por medio de ellos.

—Rui Pero, dijo el supuesto Maestre á Nuño: entregad las llaves á uno de estos villanos y que vaya abriendo todas las puertas hasta llegar á los encierros.

—A cual se dirige tu grandeza? se atrevió á decir un soldado arrimando su ballesta al muro y cogiendo el manajo de llaves que le entregó Nuño Fajardo.

Felipe vaciló en responder porque la pregunta del ballesterero le llenó de duda. Luego habia varias prisiones. El mejor medio de componerlo fué decir como que no habia oido las palabras del soldado.

—Qué dice ese villano?

—Decia, repuso el ballesterero casi temblando de miedo, que á cual de los dos prisiones se dirigia tu grandeza, si á las del terreon ó.....

—Y quién os ha dicho, señor canalla, que el maestre de Alcántara tiene prisiones? dijo Felipe montando en cólera.

—Perdon! yo.....

—Habla, habla, porque sino haré con tu lengua un picadillo para mis lebreles.

—Señor..... casualmente lo he sabido.....

—Pero cómo, quiero saber, voto á sanes!

—Un dia que yo estaba de centinela en el torreón, me dijo una señora que hay alli encerrada.....

—Basta, canalla, basta; abrid todas las puertas hasta llegar al torreón, y despues prepararos á recibir cien palos por haber oido lo que no debíais.

El soldado echó á andar sin decir una palabra, aunque para sus adentros iba maldiciendo hasta á la madre que habia parido á tan solemne bribon como lo era el maestre de Alcántara.

—Que me sigan cuatro soldados: dijo Felipe haciéndole seña á Nuño de que era otra idea tan magnífica como la suya.

—Cuerpo de Cristo! exclamó Nuño en voz baja: sabes que si concluimos tan bien como hemos empezado, estamos en Burgos mañana al amanecer?

—Silencio! pueden entrar en sospecha al vernos hablar con tanta intimidad! Al llegar á la prision de Doña Leonor, tú te quedarás fuera con los soldados. La de de Guzman saldrá toda cubierta: yo la instruiré para que parezca un reo que vá á ser ejecutado.

Felipe calló, porque el soldado encargado de abrir las puertas se detuvo en la última.

—Vengan esas llaves, dijo con aire altanero:—Rui Pero, esperadme aquí con esa gente.

Y despues de abrir las dos únicas puertas que le separaba de la amante del rey, y de cerrarlas tras sí, penetrò en una pequeña habitacion lindamente adornada. Doña Leonor lloraba amargamente, però al ver entrar á Felipe, que creia el Maestre, se enjugó las lágrimas, le lanzó una mirada despreciativa, y dijo, poniéndose de pies y en actitud de defensa:

—Venís otra vez á mortificarme, monstruo abominable? Ah, dejadme, dejadme en paz..... dejadme morir con tranquilidad! merezca yo de vos esta gracia!.....

—Señora, es posible que esteis tan demudada? repuso Felipe asombrado.

—Cielos! esa voz no es la de Don Gonzalo!..... quién sois? quién sois?

—Silencio! os pueden oír y todo se ha perdido entonces! soy un amigo vuestro..... un fiel servidor de su alteza el rey.....

—Y á qué venís? dijo Doña Leonor concibiendo una esperanza que se realizó á poco.

—Vengo á salvaros, á libertaros de vuestro tiránico opresor

—Justo cielo! Ah, gracias, Dios mio, gracias! Pero decidme quien sois y dè parte de quien venís?

—Soy capitán de la guardia del rey; vengo de parte de este á salvaros, á devolveros la libertad.

—Ah, para llegar hasta aquí, habreis matado al Maestre y.....

—Nada de eso, señora: he llegado milagrosamente, y de la misma manera tendremos que salir.

—Luego entonces vive Don Gonzalo?

—Sí, vive, pero nada temais! Yo he llegado al castillo con un amigo que ha pasado por mi escudero, y cuatro hombres de escolta, como viajeros que cansados y llenos de agua pediamos hospitalidad por esta noche.

—Loado sea Dios! y el Maestre.....

—Don Gonzalo se halla amarrado y encerrado.

—Y decidme, el rey sabe quien es mi perseguidor?

—Todo lo ignora su alteza.

—Luego.....

—Todo os lo contaré, señora; pero será en sitio donde estemos seguros. Ahora hay que procurar en salvarnos; prestadme una poca de atencion, pues necesito daros instrucciones para salir de aquí. Los soldados y centinelas me tienen por el maestre de Alcántara que acompañado por mi escudero voy esta noche visitando todas las prisiones. Este embuste hay que sostenerlo hasta el fin, porque sino

dejaríamos de existir todos si llegan á saber que....

—Oh, que horror!

—Perded cuidado, que Dios querrá no llegue ese caso.—Es preciso que vos salgais toda cubierta con un manto negro, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y en fin, como iríais si saliéseis de una prision para ser ejecutada.

Doña Leonor miró sorprendida á Felipe.

—Nada temais, señora! Todo esto no es mas que para seguir la mentira que hemos forjado, y para que los soldados no duden.....

—Bien, basta: dijo Doña Leonor echándose un manto negro que la cubrió de piés á cabeza, y saliendo de la estancia en la actitud que Felipe le habia dicho.

—Rui Pero, acercaos: dijo Felipe con tono imperativo.

Obedeció el escudero, mientras la tropa examinaba con detenimiento al preso.

—Encargaos de ese pobre: dijo el Maestre á su escudero.—Y vosotros, acompañadnos hasta la salida de la plataforma.—En marcha!

La comitiva comenzó á andar, y Doña Leonor iba suspirando por todo el camino.

—Alto! dijo Felipe al llegar al término de la plataforma.—Retiraos á vuestros puestos; y vos Rui Pero, conducid al subterráneo á esa muger: el verdugo le arrancará el secreto que nadie ha podido sacarle.

Doña Leonor lanzó un nuevo suspiro, pero mas lastimero, mas doloroso que los demás.

Nuño Fajardo no pudo contener la risa.

—Prudencia! exclamó Felipe por lo bajo.

Los tres pasaron con felicidad la raquítica puerta que daba entrada á la galeria.

—Estamos ya libres? dijo Doña Leonor con voz temblorosa.

—No señora; ahora llegamos precisamente á lo mas espuesto.

—Pues no hemos salido bien de esa tropa que habia reunida en la plataforma?

—Ese era un peligro; pero nos faltan otros, cuales son llegar al patio, donde están reunidos nuestros soldados, y pasar el puente del castillo, que sin una orden expresa del Maestre no querrán bajar.

—Y qué haremos? repuso Nuño pensando un momento.

—Nada, llegar al patio del castillo, montar en nuestros caballos y hacer bajar el puente.

—Comprometido es eso; pero vamos andando.

A poco de esto llegaron al patio del castillo, donde se hallaban ya montados y dispuestos los soldados del rey.

—Ha habido alguna novedad, señores? preguntó Felipe á estos.

—Ninguna: todo el mundo se halla durmiendo ahora. Nosotros hemos salido de las caballerizas sin ser notados siquiera.

—Y sabeis quien es el encargado de abrir la puertas y mandar echar el puente?

El alcaide que es la única persona que está despierta. Pero mirad, mirad, mi capitan viene ahi, sin duda alborotado por los relinchos de los caballos.

Con efecto, un hombre bajo de cuerpo, de rostro bondadoso y de abultado abdómen, se acercó al grupo que habian formado los libertadores de Doña Leonor.

—Diablo! me habia asustado! creí que..... pero ya

veo por fortuna que sois de la escolta que acompaña al caballero hospedado aquí esta noche.

—Y el mismo caballero en persona: dijo Felipe presentándose al moñetudo alcaide.

—Ah, perdonad: repuso este descubriendo su calva cabeza; creí que hablaba con vuestros soldados solamente! Y qué, os disponeis á marchar tan tarde y estando los caminos tan malos?

—Sí, amigo; nos es forzoso estar mañana al amanecer en el alcázar de su alteza.

—Que Dios nos lo conserve largos años: repuso el alcaide haciendo una profunda reverencia.

—Gracias, amigo; le diré al rey que tiene un ardiente servidor en el alcaide del castillo del gran maestro de Alcántara.

—Por Dios, mi rey y mi señor, daría yo cien vidas que tuviera.

—Bravo! sois todo un servidor leal..... con que cuando gusteis podremos salir.....

—Llevais orden del Maestre, ó algun anillo con sus armas?

—No; nada me ha dado ni nada me ha pedido: contestó Felipe frunciendo el ceño.

—Perdonad, yo bien conozco que si mi señor os trata con franqueza, no os habrá dado ninguna señal para que yo os abra las puertas..... pero qué quereis..... mi responsabilidad queda á cubierto con esa fórmula.—Perdonad, caballero; pero en los treinta años que hace desempeño este destino no he faltado una sola vez á mi deber. Las instrucciones que recibí del padre de mi amo actual, y las que he recibido despues de él mismo, se reducian á no dejar salir á nadie del castillo sin una orden

espresa del dueño, cuando él se halla aquí. Yo tengo que cumplir siempre con esta orden, para mí sagrada. Al mismo rey si viniera le sucedería igual que á vos. —

—Luego.....

—Perdonad; por mí os la abriera al instante; pero sin la orden del Maestre no podreis salir de aquí lo mismo que vuestra gente.

—Pues, amigo, tened la bondad de ir á verlo y pedirle el permiso. Yo iria, pero como me hallo ya montado...

—Nada, nada; no os molesteis; tendré un gran placer en serviros: contestó con cortesía el alcaide, hombre muy amable y atento; pero inexorable en el cumplimiento de su deber.

El anciano encargado de la porteria del castillo, comenzó á subir la ancha escalera principal, con harto trabajo.

Entonces Felipe se volvió á Doña Leonor que durante la anterior escena, habia permanecido oculta y silenciosa y le dijo con viveza:

—Pronto, señora; no hay que perded tiempo!... subios en mi caballo con la ayuda de Nuño, y partamos cuanto antes.

—Pero cómo! repuso el ex-teniente: la puerta se halla cerrada y guardada por centinelas.

—La primera la abrirás tú, los segundos serán muertos por nuestros soldados. El trabajo de este segundo peligro se ha de distribuir entre todos.

—Adelante: dijo Nuño echando á andar el primero, y llevando del diestro á su caballo blanco como la nieve.

No bien hubieron llegado al arco que servia de ingreso al patio, cuando dijo uno de los centinelas con voz aguardentosa y soñolienta:

—Alto!

—No me conoces, bellaco? dijo Felipe queriendo seguir en su papel de Maestre.

—No conozco á nadie: atrás!

—Abres la puerta?

—Atrás, voto al diablo! volvió á decir el soldado con ademán amenazador.

—Nuño, este es tuyo: dijo Felipe metiendo espuelas á su caballo, en tanto que el segundo gefe de los *formidables* descargaba un terrible golpe con la empuñadura de su espada, en la cabeza del pobre centinela.

—Cayó? preguntó Felipe volviendo la cabeza.

—Cayó, pero no para siempre. Solo me he contentado con atolondrarlo un poco. Estos pobres no tienen la culpa y tienen que cumplir con su deber.

—Has hecho bien; pero mira, aquí tienes otro: si lleva tan buen golpe como el primero, nos hemos salvado!

La cruz de la espada de Nuño, cayó con terrible furia sobre el casco del segundo centinela. El infeliz solo tuvo lugar para decir dos veces:—«Socorro! socorro!.....

—Dios te perdone! dijo Nuño acercándose á la puerta para abrirla.

Pero en el momento de poner las manos sobre los cerrojos y palancas de hierro que la sostenian, se vió aparecer en el patio al Maestre, seguido por multitud de soldados y criados todos armados, y todos corriendo velozmente.

—A ellos! gritó el Maestre echando chispas de fuego por los ojos.—A ellos, señores; y el que me entregue la cabeza de ese infame le doy cien maravedises de oro!

—Somos perdidos! exclamó Felipe poniéndose á la defensiva.

Doña Leonor lanzó un grito que fué oído por el Maestre y cayó desmayada en los brazos del amante de Elvira.

—Miserable! ahora vás á pagar tu villanía! exclamó Don Gonzalo, furioso de rabia, y preparando la pesada maza toda llena de pinchos, que en su furor manejaba como una espada.

—Somos perdidos! volvió á decir Felipe, ahogando al mismo tiempo un suspiro, que cruzó velozmente el espacio, y se detuvo en el real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

—Cuerno y sangre! no habria Dios si tal sucediera! exclamó Nuño, haciendo el último esfuerzo, por abrir la puerta acompañado de los soldados del rey.

—Toma, miserable! dijo el Maestre alzando la maza con feroz alegría.

Pero en el momento en que Don Gonzalo iba á dejar caer la terrible arma sobre la cabeza de Felipe, la colosal y hasta entonces obstinada puerta se abrió con fuerza, y los caballos de Felipe y Nuño salieron á escape por el puente levadizo, echado por un descuido de Rui Pero, desde que ellos penetraron en el castillo.

—A ellos! á ellos! gritó Don Gonzalo, furioso sobremadernera, y sin separarse del caballo de Felipe.

—Retírate, infeliz, retírate y no me sigas porque te vá á salir peor la cuenta.

—A los infiernos te seguiria por beber tu sangre! respondió el Maestre casi sin fuerzas.

—Nuño, gritó Felipe; este miserable tiene que entrar con nosotros en Burgos, cójelo por los cabellos y llévalo

en tu caballo como si fuera un niño. Cuidado con que te se escape.

—Nada temas: contestó el ex-teniente cogiendo al Maestre como si tal cosa y antes que este tuviese lugar para huir.

—Es nuestro?

—Tan nuestro que no puede mover los ojos tan siquiera.

Don Gonzalo lanzó un suspiro que conmovió á Felipe.

—Ah; maldicion! maldicion! exclamó despues; el infierno me ha retirado su apoyo!

Sus labios no se desplegaron despues en todo el camino.

El gigante Nuño, le llevaba sujeto con sus manos de hierro.

Antes que la aurora acabára de recorrer el espacio en su carro de marfil; antes que el dia viniera arrollando paso á paso á las sombras de la noche, llegaron nuestros viajeros á Burgos.

Felipe llegó al alcázar real en el momento que dos personas las dos hijas de reyes, y las dos fatigadas de la mala noche que penas antiguas le habian hecho pasar, estaban asomadas en las ventanas de sus habitaciones, entretenidas en ver despuntar el dia y aspirando la suave frescura de la mañana del estío.

Los dos fijaron la vista en la estravagante cabalgata que vieron salir por un ángulo de la plaza. La primera reconoció en el hombre que iba atravesado en el caballo y sujeto por Nuño, á su cómplice el maestre de Alcántara. La segunda vió en la jóven que Felipe llevaba con el mayor cuidado, á la muger que su corazon ardiente y apasionado amaba con delirio. Las dos tambien lanza-

ron al mismo tiempo una exclamacion que no tuvo eco, porque casi espiró en sus labios. La del rey llena de felicidad y de una alegría indecible: la de la reina, de rabia, y venganza.





CAPITULO XXII.

De como se habla de otra cosa, porque asi lo hace la crónica de que está sacada esta historia.



Si hemos de seguir en un todo á la crónica y á los historiadores de la época, nos vemos en la precision de abandonar á los viajeros para hablar de otras cosas y personas tambien muy principales en nuestra narracion.

Elvira salió del Monasterio de las Huelgas, porque Don Jimeno de Luna y Osorio regresó de Alemania, donde habia ido á recoger una inmensa herencia que pasaba á aumentar la dote de la amante de Felipe. Gran sentimiento mostró esta al salir del convento y no dejó de der-

ramar sentidas lágrimas als epararse de Doña Beatriz su amiga y madre á un mismo tiempo. La abadesa que estaba perfectamente instruida de lo que habia pasado con el conde de Haro , no le pareció prudente de decir á Don Jimeno lo ocurrido porque al parecer Don Lope de Haro, habia desistido ya de su propósito. Ningun pesar aquejaba ya el corazon de la interesante Elvira ; al contrario todo en él era dicha , felicidad ; su padre habia vuelto de su largo y espuesto viaje sin que le hubiese ocurrido el mas mínimo contratiempo : Felipe , el objeto amado de su corazon podia ya ser su esposo, porque ocupaba una posicion brillante y porque Don Jimeno no podia negar la mano de su hija al amigo mas íntimo del rey , y mucho mas cuando este se habia propuesto á casar á los dos jóvenes. Todas estas cosas las sabia Elvira por su mismo amante , que siempre que podia escalar el muro del jardin del convento , sin esposicion alguna , volaba á referirle cuantas circunstancias los iba acercando á la felicidad que ya casi tocaban.

Aunque el conde de Haro no habia vuelto al Monasterio porque la superiora le quitó el derecho que como tutor de una educanda tenia para penetrar en él á toda hora , aunque dejó de importunar á Elvira con su presencia , y aunque al parecer se habia conformado con su destino , Don Lope amaba cada dia con mas vehemencia á la hija de su amigo. Y no habia desistido ni de casarse con ella , ni de vengarse del audaz rapazuelo que le insultó de una manera afrentosa. Don Lope no era ya el hombre irascible que conocimos en otro lugar : no era el malvado que no podia diferir ninguna de sus venganzas y proyectos para media hora despues de haberlas concebido ; el conde de Haro que vemos en esta segunda

parte, habia aprendido tal vez con los años, á reprimirse y poner por obra sus pensamientos á tiempo y lugar oportuno. Por lo demás su corazon era el mismo. El conde reflexionó, y se hizo el siguiente razonamiento:—Qué adelanto yo con vengarme ahora del amante de Elvira? Adelanto que ella me aborrezca mas de lo que me odia, y que si mañana la obliga su padre á que me dè su mano de esposa, no querrá dárme la, á mí, el asesino de su primer amante. Aguardemos: consigamos la mano de Elvira, y despues, cuando ya sea mia, desaparecerá para siempre su amante y mi rival.

Pero habia una persona que observaba los menores movimientos del hijo del último señor de Vizcaya. Esta persona, que lo conocia demasiado bien, que conocia además que el vengativo y sanguinario conde proyectaba alguna venganza, á pesar de hallarse al parecer tan tranquilo. Piedad, la penitente; protectora de Felipe, no perdía de vista al conde de Haro, ni desperdiciaba sus menores movimientos.

Piedad tenia que cumplir un deber sagrado. Habia ofrecido á Felipe librarlo de las tentativas ocultas que el conde de Haro preparase para satisfacer su venganza, y la penitente sabia hasta los mas insignificantes pensamientos, porque habia conseguido ganar al criado en quien Don Lope tenia mas confianza.

Tan luego como el conde de Haro supo que habia regresado á Burgos el padre de la muger por quien se abrazaba de amor, determinó ir á verlo y al mismo tiempo pedirle la mano de Elvira. Esta afortunadamente para Don Lope no habia dicho á su padre ni una palabra de cuanto le habia sucedido con el conde, porque la amante del valiente Felipe, creia que ya el de Haro no volveria á mo-

lestarla , sabiendo como habia tenido lugar de ver , que amaba á otro hombre.

El hijo del último señor de Vizcaya , que una pasion arrastrò á cometer todos los crímenes que en la primera parte de esta crónica se refieren , pasion ya apagada enteramente , porque Don Lope era tambien inconstante y veleidoso , se propuso por todos los medios posibles obtener, sino el amor de Elvira porque eso era imposible, al menos su mano.

Don Lope dejó el alcázar , con ánimo de ver á Don Jimeno de Luna y Osorio. Mas apenas hubo andado cuatro pasos , salió de una casa miserable y pequeña fronteriza al alcázar , una persona envuelta en sendos mantos de ordinaria tela negra , y cubierto el rostro completamente, que distante todo lo mas del conde unos veinte pasos , le siguió hasta que este penetró en la casa del rico-home el de Luna. El conde observó que la persona tapada le habia seguido , pero lo atribuyó á casualidad, porque los dos podian llevar el mismo camino , y sin hacer alto en cosa tan insignificante entró en casa de Don Jimeno , donde fué recibido magníficamente , y cenducido á presencia de este en un momento.

El padre de Elvira se levantó al ver á Don Lope , y le dijo echándole los brazos al cuello:

—Ah , mi querido amigo : con cuanto gusto os vuelvo á ver !

El conde correspondió de la misma manera á los finos trasportes de alegria que su amigo manifestaba , y despues de pasados estos , le dijo , tomando posesion de un sillón ricamente adornado :

—Sabeis , amigo mio , en que ha venido á parar toda aquella reclusion y aquel deseo de huir del mundo , y.....

—Ola! habeis variado quizá de vida è ideas.....

—Sí, he variado, y venia á reprenderos porque.....

—Vamos, acabad, qué os detiene?

—Lo diré: contestó Don Lope con sonrisa de broma; lo diré, puesto que lo deseais..... vengo á reprenderos, porque nadie mas que vos tiene la culpa de que yo sea ya otro hombre.

—Yo tengo la culpa? es chistoso esto..... veamos: y qué he hecho yo para trasformaros?

—No os acordais?

—No recuerdo....

—Vos me sacásteis por primera vez al mundo despues de quince años de encierro voluntario, y esto solo bastò para que vuestro amigo el conde de Haro pensára en casarse en vez de volver á la vida pacífica, y.....

—Acabad.

—Y espiatoria!

—Todavia esas ideas?

—No, ya he conocido que todo no era mas que escrúpulos de mi conciencia.—Pero aqui me teneis á los cuarenta años enamorado, Don Jimeno, y enamorado como un jóven de veinte.—Y todo, por qué? porque me sacásteis de mi retiro, y como yo en el mundo no puedo estar sin amar.....

El padre de Elvira soltó una estrepitosa carcajada, y dijo asi que la risa se lo permitió:

—Pero hombre, si yo solo os llevé á un Monasterio grave y sombrío, donde todo es triste y anti-mundano!

—No le hace, Don Jimeno, en ese mismo Monasterio.....

—Jesus mil veces! á que os habeis enamorado de la ilustrísima abadesa, Doña.....

—Por Dios, amigo!

—Ah, ya caigo! Acaso de la monja amiga de mi hija, que os dejó un poco pensativo, con solo oír circunstancias de ella!...

Multitud de terribles recuerdos se agolparon á la mente del conde.

—Qué, he acertado? repuso Don Jimeno al ver pensativo á Don Lope.

—No, amigo, no habeis acertado: contestó el conde procurando dar á su rostro la alegría que antes tenía.

—Pues entonces no puedo dar con el objeto de vuestro amor.....

—Escuchadme, Don Jimeno, este asunto hay que tratarlo con formalidad. Vos teneis ofrecida la mano de vuestra hija?

—Qué decís? exclamó el de Luna sorprendido.

—Si no está ofrecida la mano de Elvira, aqui teneis uno que la pretende y que se daría por muy dichoso si llega á obtenerla.

—Vos!

—Sí, Don Jimeno; vuestra hija sería toda mi felicidad, y os prometo si consentís, que en mí tendrá un padre cariñoso y solícito que nada le negará, y.....

—Basta, Don Lope. Esa cuestion precisamente es la que á mí me ha tenido cabizbajo y triste en Alemania, y aun aqui mismo, despues de mi vuelta. Yo soy ya anciano, y si llegase á faltar mañana, como sucederá tarde ó temprano, Elvira, mi hija querida, quedaria sola, abandonada en este mundo, donde todo es engaño y falsía.— Yo habia pensado en casarla antes de mi muerte, para

morir tranquilo respecto al porvenir de mi bella hija. Ningun esposo de los que en mi mente le he destinado, me ha parecido digno de la hermosura y riquezas de Elvira, en el día la más rica heredera de Castilla. No pensé en vos, única persona de toda mi confianza, porque os creía preocupado con las ideas de vivir siempre solo y apartado enteramente del mundo. Vuestra eleccion hubiera sido mi mayor deseo. Vos seriais para mi hija lo que me habeis dicho, que era todo mi afan, y yo moriria contento porque habia encontrado un hombre que llenaba todas las condiciones que un padre quiere hallar para su hija. Don Lope, vuestras palabras me han llenado de contento. Oh! doy gracias al cielo por tanto bien como me hace! Elvira será vuestra esposa, os lo prometo.

—Y creéis que accederá gustosa?....

—Si, amigo mio, accederá, porque es obediente y ama demasiado á su padre para no hacer lo que este le diga. Mi hija, no podrá menos de aceptar con gusto la eleccion acertada que yo he hecho. Además Elvira no ha tenido amores, y es un motivo mas para aceptar el esposo que su padre le destina. En fin, ella os conoce, y creo que mientras yo he estado en Alemania, habreis conseguido que os quiera como á un amigo.

—Nada de eso..... repuso el conde inmutado. A vuestra hija no la ví despues de haberos marchado, nada mas que una vez.

—Cómo! pues si teniais todos mis poderes...

—No echeis á nadie la culpa... escuchadme:—Cuan- do estuve esa única vez, la ví demasiado obsequiada por la superiora y la monja su amiga, y conocí que para nada me necesitaria. Sin embargo, como tenia que cumplir el

encargo que me disteis de observar y ver si estaba bien cuidada, iba todos los dias al monasterio y me informaba perfectamente, sin ver á Elvira.

—Oh; bien, no importa; Elvira os amará, porque no podrá menos de apreciar en su justo valor las buenas y nobles cualidades de que estais adornado.

La frente de Don Lope se nubló de pronto. Los elogios de su amigo era para el conde peor que si le claváran un puñal en el corazon, porque los remordimientos, ese gusano roedor de la conciencia se despertaban y crecian de una manera colosal. El rostro del de Haro se cubrió de una palidez espantosa, sus labios se contrajeron á impulso de una sonrisa forzada, que Don Jimeno no observó, y sus manos temblaron como las de una persona convulsa. La mas viva impresion causaron en el alma del conde las palabras de Don Jimeno. Una reaccion maravillosa se obró despues en Don Lope. De repente desapareció la palidez que cubria su rostro, y la mas serena tranquilidad se vió pintado en él. Todo era debido á una idea generosa que en un momento se le vino á la imaginacion. Don Lope pensó revelar á su amigo cuanto habia sido, y hacerlo ver que el móvil que le habia inducido á pedirle la mano de la pura é interesante Elvira, no era el deseo de hacerla feliz tanto á ella como á su padre, sino por satisfacer la pasion feroz y espantosa que ardia en su pecho. Pero en el instante que semejante pensamiento se levantó triunfante en medio de los remordimientos que bullian en su mente, en el instante de ponerlo por obra, para acallar el grito aterrador de su conciencia, se despertaron alarmando sus instintos de fiera, y tan generosa idea, tal vez la primera que habria tenido en toda su vida, des-

apareció cual chispa eléctrica. El conde se acordó que por lograr sus intentos habia inmolado á un rey bueno y querido, que ya comenzaba á hacer feliz á sus pueblos, se acordó que habia sacrificado dos víctimas inocentes, tan solo por satisfacer injustas venganzas, y se avergonzó de haber sido débil por un momento. Se sonrió con amabilidad, y dijo á Don Jimeno :

—Por Dios, amigo, ó mejor dicho padre mio, por Dios no me prodigueis tantos elogios, porque ciertamente no soy digno de ellos....

—Oh, sí, sí, lo sois, y cada vez me alegro mas de que mi hija querida lleve vuestro mismo apellido.

—Gracias.... con que seré vuestro hijo?

—Lo sereis.

—Y si Elvira se niega.

—Perded cuidado; Elvira nunca desobedece á su padre.

—Luego entonces podré marcharme en la seguridad de que la esposa que ha elegido mi corazon....

—Será vuestra, os lo prometo.

—Ah, si supiérais como se dilata mi pecho de felicidad; si os dijera que es tanta la dicha de que se halla poseida mi alma, que me moriria de pesar si cualquier incidente nos privase á ambos de lograr nuestros deseos!

—Perded cuidado, Don Lope: os he dicho que sereis esposo de mi hija, y lo sereis á toda costa.

—Ah, gracias, gracias, amigo mio!

—Ahora mismo voy á prepararla, y hacerle ver las razones que tengo para darle un esposo tan pronto.

—En ese caso, me retiro, y quiera el cielo que otra vez que nos veamos pueda llamaros padre!

Don Lope estrechó la mano de Don Jimeno, con

afecto y salió de la casa de este, dudando mucho si tan luego como Elvira le contase la historia que Beatriz le habia referido á ella en el jardin, seguiria el de Luna en la misma idea.

El padre de Elvira creia un gran partido para su hija, al conde de Haro, porque tenia formado de Don Lope un concepto en extremo favorable; y además, que por su posición, por sus riquezas y por su inmenso poderío, el enlace con el hijo del último señor de Vizcaya lo hubieran deseado muchas familias de las mas principales de España.

Pero mientras Don Jimeno se alegraba de haber tenido tan buena elección, mientras pensaba la manera de decir á su hija que se dispusiese á entregar la mano, que ya Felipe creia suya al conde de Haro, Elvira, muy agena de cuanto habia pasado en la habitacion de su padre, abrió una de las preciosas ojivas que habia en su bella y elegante morada, y se asomó á ella con objeto de distraerse, si alguien pasaba por la calle. Lo primero que la jóven se echó á la cara fué á la persona encubierta que habia seguido á Don Lope. Elvira se maravilló asaz al ver tan negro fantasma, y se maravilló mucho mas, cuando este, le hizo comprender por señas, que deseaba hablarla.

El primer pensamiento de la jóven fué cerrar las ventanas; pero se contuvo ó no lo efectuó, porque la persona tapada con tanto esmero y cuidado, le dijo todo lo mas bajo que pudo ser, á fin de que Elvira lo oyese y no la gente que pasaba á la sazón:

—Sois la hija de D. Jimeno de Luna y Osorio?—

Elvira contestó que sí medio tartamudeando.

—Oh, cuanto me alegro haberos encontrado! Tengo

que hablaros de cosas muy importantes, y si me permitiérais llegar hasta donde estais, sabríais de Felipe y de los peligros que la fatalidad os prepara.

—De Felipe! exclamó Elvira de pronto y sin poder ocultar su alegría.

—Sí, de Felipe.

—Ah, quién sois?

—Perded cuidado..... nada temais. Soy una persona que se interesa por él, y que os quiero sin conoceros, tan solo por que le amais.

—Y decis, qué quereis...

—Hablaros donde no haya testigos.

—Pues bien, subireis á mi habitacion, señora. Pasada esta esquina hallareis una puerta que es la del jardin, mi aya os abrirá y os conducirá donde yo estoy.

—Ah, gracias, no sabeis el bien tan grande que me haceis!

La encubierta volvió la esquina y á poco penetró en el jardin, donde siguiendo á la persona encargada de conducirla se encontró en una pequeña habitacion, adornada sencillamente, pero con gusto y elegancia.

Elvira se apresuró á salirle al encuentro, diciendole al mismo tiempo con curiosidad:

—Quién sois, señora?

—Me descubriré, aunque estoy segura no me habeis de conocer: contestó la desconocida, echándose sobre los hombros el manto negro que la cubria toda.

A los ojos de Elvira se apareció el lánguido y pálido rostro de Piedad, que á pesar de todo lo que habia padecido tenia todavia restos de su primitiva belleza.

—No me conocereis, verdad?

—Oh, no, nunca os he visto: repuso al punto Elvira

examinando con detenimiento á su desconocida.

—Lo creo, señora; pero no tengais recelo alguno porque yo vengo á libraros de un peligro enorme que os amaga, vengo á hablaros de Felipe, de vuestro amante querido, porque.... yo tambien le amo....

—Vos!

—Sí, le amo; pero no os asustéis, pobre niña, que el amor que yo tengo á Felipe es muy distinto al vuestro.... vos lo quereis como amante, con pasion y delirio, y aunque yo lo quiero de la misma manera, mi cariño es el de....

Piedad calló porque observó que la frente de Elvira se nubló aunque ligeramente.

—Seguid, señora! exclamó esta, deseando salir de la situacion en que se hallaba.

—Os veo agitada y conozco la causa, hija mia.—Os habeis podido figurar siquiera que mi cariño hácia Felipe es lo mismo que el vuestro? Creeis tener en mí un rival? Ah, no hija mia, no, miradme bien, examinar mi rostro surcado por las lágrimas y envejecido por las penas, y decid despues si esta pobre muger que vivia en un destierro, llorando culpas pasadas, habia de entregarse ahora á esas afecciones propias entre jóvenes como vos y Felipe, cuyos corazones libres y esentos de pesares, se embriagan con las inefables delicias de un amor puro y grande como lo es el vuestro.—Desechad todo temor, Elvira; porque si yo he abandonado mi destierro, si he dejado el monte, donde tengo mi casa hace mas de quince años, si he quebrantado el voto que hice de no salir nunca de mi ermita, y de no habitar otro sitio que la montaña, en cuyo seno he vivido tanto tiempo, ha sido porque la Providencia ha puesto en mi camino al jóven que vos amais, por-

que tiene enemigos y solo yo puedo salvarlo....

—Y que interés os ha movido....

—Seguís dudando? pues escuchadme:—Felipe no tiene padres como sabeis; casi estoy por aseguraros que pertenece, aunque bastardo á una de las familias mas ilustres de España.

—Luego conocéis á sus padres?

—Sí, hija mia, creo conocerlos.

—Ah, por Dios, decidme cuanto sepais!

—Es un secreto; pero os lo diré todo.—Si yo manifiesto interés por vuestro amante, si os he dicho que le amo tanto ó mas que vos....

—Mas! dijo Elvira sorprendida.

—Sí, mas, porque yo puedo ser.... su madre.

—Su madre! su madre! Ah, y como si ...

—Escuchad una historia terrible, que os hará llorar porque está sembrada de crueldades!

—Oh, sí, sí, hablad.

Y Piedad contó entre lágrimas y sollozos la historia de sus desventuras.

Durante la narracion de la antigua amante del conde de Haro, Elvira no dejó de derramar lágrimas de compasion. Al concluir la penitente, le dijo admirada:

—Con que el conde de Haro.....

—Puede ser el padre de vuestro amante, hija mia.... pero todo esto no pasa de ser una figuracion mia, fundada en lo que os he referido..... lo que sí os puedo asegurar es que siente mi corazon una dicha tan grande cuando veo á Felipe, siento un placer indecible cuando oigo su voz, le cojo sus manos, y le oigo decir: «madre mia» oh, solo esa palabra me llena el alma de consuelo y me hace olvidar por un momento mis penas y dolores. Felipe es

mi hijo, porque sino no lo amára tanto desde el primer momento en que le ví; Felipe es mi hijo porque una inclinacion natural me arrastra hácia él, y porque una voz secreta, que sin duda es la voz de la naturaleza, me dice, y con ello me llena de felicidad:—*Ese es tu hijo.*—Oh, sí; y Dios querrá que lo sea verdaderamente, porque sino me moriria de dolor!..... pero yo deliro! Si no fuera mi hijo, á qué me ha inspirado Dios la idea de seguirlo á todas partes para librarlo de la maldad de su padre, que tal vez no se acuerde siquiera que abandonó á su hijo, siendo niño de solo tres años! Ah, es un mónstruo, huid de él! aborrecerlo siempre, porque es implacable en la ira, porque es brutal en sus pasiones, y porque es un malvado que ni aun los afectos naturales de padre tienen cabida en su empedernido corazon! Pero yo os he hablado de un modo que no habreis comprendido. Lo creo: antes de deciros cuanto han pronunciado mis labios, he debido avisaros que el conde de Haro, ese hombre detestable que se goza en el crimen, el asesino de Fernando IV y de los hermanos Carvajales, apasionado de vos de una manera espantosa, ha tenido la audacia de.....

—Oh, acabad!

—Valor, Elvira: valor y firmeza para negaros á entregarle vuestra mano!

—Mi mano! qué decís, señora?

—Sí, hija mia, el conde de Haro os ha pedido por esposa!

—Oh, nunca! pero cómo sabeis.....

—Cerca del conde de Haro tengo un amigo que me revela todo cuanto le oye decir á este y sabe por los demas criados. Hoy me avisó de que venia á poner por obra su pensamiento y deseo, y como vuestro padre no conoce lo

que es, creo que le ha dado una contestacion satisfactoria, á juzgar por la alegria que el conde llevaba pintada en el rostro, cuando salió de vuestra casa.

—Dios mio! exclamó Elvira derramando abundantes lágrimas; qué os he hecho yo para que me persiga la desgracia? Ah, no lo sé..... pero no podias confundir á ese malvado, y evitar, vos que sois tan poderoso, que haya nuevas víctimas?..... Decidme, señora, decidme que hago si mi padre me ordena que admita por esposo al conde de Haro!..... Oh, se me vá la cabeza..... hablad..... yo amo tanto á Felipe!..... amo tambien tanto á mi padre! Qué haré, señora?

—Que hareis? Negaros, Elvira; tened valor para decir á vuestro padre que el conde de Haro es un infame.

Apenas acabó Piedad de pronunciar las anteriores palabras, se oyó ruido de pasos en la galeria que desde las habitaciones de Don Jimeno, habia hasta las de Elvira. Esta se levantó, y despues de descubrir con cuidado el tapiz que cubria la puerta, dijo á Piedad, sin poder ocultar la turbacion y el miedo que se habia apoderado de ella.

—Es mi padre, señora, mi padre que vendrá... Cielos, tened piedad de mí!..... Huid, señora..... no, no, escondeos aqui y con eso oireis cuanto pase.

Elvira escondió á la penitente en parte donde pudiese oír todo y no ser vista, y despues se sentó para esperar á su padre, procurando tranquilizar su ánimo, á fin de que no notase la agitation que las palabras de Piedad habian producido en esta. Por mucho que Elvira quiso hacer para dar á su rostro la tranquilidad que realmente no tenia, no fué bastante para que Don Jimeno dejára de notarlo.

Don Jimeno de Luna y Osorio penetró en la habita-

cion de su hija con aire risueño y alegre. El padre de Elvira no podia tampoco disimular la alegria que las palabras del conde de Haro habian despertado en él. Su amante corazon de padre no podia menos de sentir la felicidad que Dios enviaba á Elvira , pobre niña espuesta á quedar sola el mejor dia , sin padres, sin parientes, sin esposo , si Don Lope , hombre á juicio del de Luna, honrado y noble, no hubiera venido á proponer á este precisamente lo que Don Jimeno habia deseado siempre, creyendo que su hija seria feliz con el hombre que tan buenas cualidades y condiciones reunia. El padre de Elvira ignoraba completamente, lo que habia sido el hijo del último señor de Vizcaya , porque vivia precisamente en Alemania , de donde era su esposa , todo el tiempo en que Don Lope se entregó á la intriga y al crimen.

Don Jimeno miró á su hija , que á la sazón de entrar él en su habitacion se hallaba cabizbaja y entreteniéndose en arrugar con sus blancas y preciosas manos las lindas tocas de Holanda que le cubrian la cabeza , y le dijo no sin manifestar alguna sorpresa:

—Qué tienes , Elvira?

—Ah, perdonad, no os habia sentido, padre mio.... estaba distraida.

—Tú me engañas, Elvira!

—En qué, señor?

—Te veo pálida, y.....

—Perded cuidado , padre mio , nada tengo , nada absolutamente , os lo aseguro!

—Oh , es necesario que te animes. O estás acaso mas contenta en el convento que con tu padre? dijo Don Jimeno como ofendido.

—Callad , señor! con vos estoy contentísima ; tanto,

que no quisiera separarme nunca de vuestro lado.

—Oh, bien, bien, hija mia! Ahora prepárate á oír una buena noticia. Tan buena, que yo estoy casi loco de contento.

Elvira miró á su padre con detenimiento, y lanzó un suspiro que espiró en sus labios.

—Sí, una magnífica noticia, Elvira.—Se trata nada menos que de tu casamiento.

—De mi casamiento, señor! exclamó la jóven como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—De tu casamiento, sí.—Pero antes voy á decirte las razones que tiene tu padre para pensar en colocarte: repuso Don Jimeno enternecido.

—Señor, dejad.....

—No, no, escúchame.—Si yo te he buscado un esposo es solo por tu bien, Elvira; mi edad avanzada me ha obligado á elegirté un hombre que será tu esposo, tu amante y tu padre.

—Padre mio!.....

—Mañana puedes amanecer sin tu padre, porque mi edad es avanzada y mis achaques muchos. Moriria con la pena, con el desconsuelo, de que te dejaba á tí, pobre flor recién abierta, espuesta á los huracanes y tempestades del mundo, sin un jardinero cariñoso y solícito que se interesase por tí y por tus inmensas riquezas. Semejante idea bastaba para que tu padre no entregase su último aliento al Dios que se lo habia dado, con toda la tranquilidad, tan conforme como debiera.—Ahora bien; no basta que te cases con cualquiera, es necesario que tu padre te busque un esposo que sepa apreciar tus virtudes y me releve en un todo: es necesario una persona digna de tí, noble, rica, y persona ya madura que te

ame tanto el primer día de tus desposorios como el último de su vida ó de la tuya. —Este hombre lo ha encontrado tu padre, en su deseo de hacerte feliz para siempre. —Dentro de muy pocos días serás, alégrate, hija mía, serás la condesa de Haro.

—Nunca ! exclamó Elvira horrorizada.

Don Jimeno miró á su hija, sorprendido y le dijo como dudando de lo que habia oído :

—Qué has dicho ? repítelo, repítelo ; necesito oirlo otra vez....

—Perdon, padre mio !..... pero vuestra hija no puede ser la esposa del conde de Haro...

—No, y por qué?

—Ah, señor !....

—Habla, habla ; por qué no puedes ser la esposa del Don Lope?

—Porque.... perdon !

—Elvira !

—Ah, voy á ser franca con vos, que sois mi padre !

—Sí, sí, hija mía !

—Yo amo desde mucho antes que vos pensarais partir para Alemania á un jóven que....

—Sigue : repuso el de Luna con voz temblorosa.

—A un jóven, padre mio, que sin él seria vuestra hija desgraciada ! Si me amais, si deseais mi felicidad, consentid en nuestra union y vuestros deseos quedan cumplidos. Vuestra hija tiene ya un jardinero solícito que la cuidará, jardinero que ya conoce y á quien está acostumbrada. El mismo rey de Castilla que ama á Felipe como si fuera hijo suyo le ha prometido mi mano, valiéndose del derecho.

—Basta ! el nombre de ese jóven !

—Felipe.

—Su apellido, sus padres!

Elvira tembló de pies á cabeza. Miró á su padre asustada, é inclinó la frente sobre el pecho, derramando un torrente de lágrimas.

—No me contestas?

—Padre mio!

—Su apellido, quiero saber, y á que familia pertenece!

—Lo ignoro....

—Infeliz! quieres que tu padre consienta en casarte con un hombre que no conocer á sus padres? Un hombre que no tiene apellido y que no podrá dárselo á sus hijos?—Qué has dicho desgraciada!

—Ah, yo padezco....

—Todo se ha concluido. La única pena que te impongo por tener relaciones ocultas, sin que tu padre lo sepa, es casarte con el conde....

—Oh, qué horror!

—Deliras, infeliz! Horror; sabes lo que te dices!

—Sí, horror; porque el conde es un malvado! Señor, misericordia, compasion!... yo os amo, padre mio, os obedeceré como siempre en todo lo que querais; pero casarme con el conde, nunca! antes me dejo matar!....

—Oh, retírate, desgraciada! me abochorno en tener una hija tan rebelde y desobediente? retírate de mi presencia!

—Señor, padre mio, perdon!... si supiérais lo que es el conde de Haro, si os dijera sus maldades y....

—Nada quiero saber, todo es falso! repuso Don Jimeno alzando el tapiz para salir de la estancia de su hija.

—Falso?

—Sí.

—Ah, no lo creáis! escuchadme un momento.... oidme, señor, oidme dos palabras!

—Silencio! nada quiero oír! Eres mi hija tengo derecho para disponer de tu mano, y como esta se halla ya ofrecida, he dispuesto que tu casamiento con el esposo que te he elegido se efectue al instante.

—Jamás!

—Don Jimeno miró á su hija con compasion y dijo ya casi pasando la puerta:

—Todo es por tu bien! algun dia me darás las gracias!

—Oh, nunca! con el conde de Haro seré tan desgraciada como lo han sido todas las personas que se han opuesto á sus deseos.... padre mio, yo no puedo obedeceros en lo que quereis!

—Desgraciada!.... serás su esposa porque lo mando yo!

—Ah, padre mio, perdon! vos no podeis mandar que vuestra hija se sacrifique! exclamó Elvira cayendo de rodillas y arrastrándose hasta donde estaba su padre,

—Apártate! eres una desobediente!

—Perdon!

—No te perdono! retírate! Solo si consientes...

—Tomad mi vida antes!

—Bien, harás lo que tu padre quiera: dijo Don Jimeno saliendo de la estancia y dejando caer el tapiz.

Elvira exclamó alzando cuanto pudo la voz:

—Bien, padre mio, os obedeceré; pero tened entendido que entregais vuestra hija á un asesino.

—Asesino! exclamó Don Jimeno asustado,



Lámina 9.



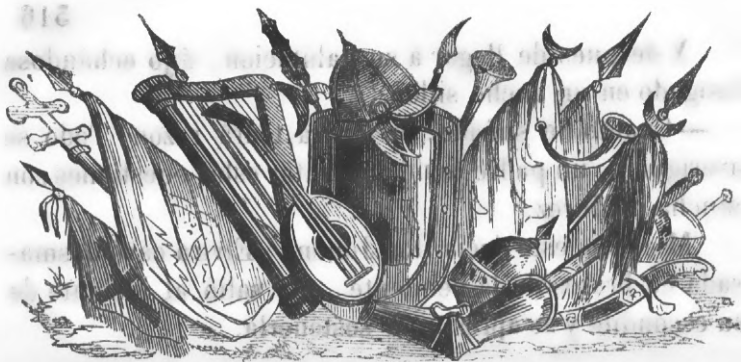
Y despues de llegar á su habitacion , dijo echándose fatigado en un ancho sillón :

—Cuánto he sufrido ! Si Elvira tedrá razon ! Todo se averiguará ; un padre tiene que tratar estas cuestiones con mucha madurez.

Mientras esto decia Don Jimeno , Elvira cayó desmayada en brazos de la penitente , que salió al instante de su escondite y se apresuró á sostenerla.

CAPITULO XXIII.





CAPITULO XXIII.

En el que se prueba que la razon es un poderoso argumento para hacer creer lo que se duda.



on los auxilios de Piedad, volvió la amante de Felipe del desmayo. Elvira comenzó á llorar de una manera tan desconsolada que nada bastaba á contener el llanto, único desahogo del alma, cuando esta se halla con alguna pena. La infeliz Elvira tenia motivos para llorar y afligirse. Cómo oponerse á la voluntad de su padre? Cómo al mismo tiempo decir á Felipe que la mano que ella le habia ofrecido pertenecia ya á otro hombre? Semejante si-

tuacion para una niña tan jóven como Elvira , era demasiado terrible. Y en ella mucho mas que no habia hecho en toda su vida mas que amar á Felipe con toda la verdad , toda la pureza del primer amor , y que su padre jamás la contradijo en lo mas minimo , porque la queria demasiado para quebrantarle los gustos y caprichos que como niña y muger tenia. La amante de Felipe lanzó un lastimero suspiro , como arrancado de lo mas hondo del alma , y dijo á Piedad recostando sobre su pecho la cabeza :

—Ah , señora , qué desgraciada soy !

—Valor , hija mia , valor ; porque si el espíritu se llega á empobrecer todo se ha perdido. Vuestro padre obcecado no ha querido daros oidos ; pero estoy segura que vuestras palabras han hecho eco en su escelente corazon.

—Ah , no lo creais ! mi padre es muy amigo del conde , y atribuirá á calumnia todo cuanto se diga de él ! Lo que sí puedo aseguraros es que no cederá ni un ápice.... y yo seré la esposa de ese hombre infame y....

—Nunca , hija mia ! esposa del conde de Haro !... antes preferid un convento , ó perded veinte vidas que tuviérais !

—Oh , Dios mio ! Dios mio !

—Pero tranquilizaos.... vamos alzada la cabeza , alegraos y hablemos de..... Felipe.

—Infeliz ! no sabe lo que sucede.... no sabe que si sufro es solo por él , que le amo con delirio ! Oh , sí ; y antes hago lo que habeis dicho que pertenecer á otro hombre ! Te lo juro por todo lo mas sagrado , por la memoria de mi madre querida , por nuestro amor santo y verdadero como el de los ángeles que habitan en las regiones celestes ! O tuya , ó.... Dios mio , tened piedad de mí ! socorredme , no consintais que ese hombre malvado triun-

fe tambien esta vez !.... para qué dejais en el mundo tanto tiempo sin castigo á semejante mónstruo?—Ah, señora, madre mia; permitidme os llame así.... yo padezco, sufro de una manera superior á mis fuerzas !....

—Sí, sí, hija mia.... repuso Piedad derramando abundantes y sentidas lágrimas.—Sí, llamarme vuestra madre; para mí es un gran placer, y procuraré por todos los medios posibles que ese dicho se convierta en realidad.—Tranquilizaos, os quiero ver contenta: vamos, hacerlo por Felipe, Elvira; necesito que esteis tranquila y sosegada para contaros el plan que he concebido....

—Plan! habeis concebido un plan.... y encaminado á qué, señora!

—Encaminado á salvaros!

—Ah, bendita seais!.... sí, sí, hablad; ya estoy tranquila.... miradme bien; no veis mi rostro sereno?.... hasta me sonrio.... mirad, mirad....

Con efecto á los lábios de Elvira se asomó una sonrisa forzada, con todo el sello de la amargura y el sufrimiento.

—Ah, bien, hija mia; escuchadme ahora: dijo la penitente pensando un momento.

Elvira la miraba con un interés cada vez mas creciente.

Piedad le cogió sus manos con cariño y le dijo despues bajando un poco la voz:

—Pienso ir á ver á vuestro padre, y decidle lo que es el conde de Haro; pero no creais, probándoselo todo con hechos, si todavia cree una calumnia lo que le habeis dicho de él.—Vuestro padre, estad segura de ello, aborrecerá en seguida á su amigo, porque no podrá menos de suceder así. Toda persona honrada, toda persona,

cuyo corazón sea como el de Don Jimeno , tiene que odiar , tiene que aborrecer el crimen y la falsía!

—Ah , madre mia ! si tal sucediera me volveria loca de alegria.

—Pues no lo dudeis.

—Seguid , seguid..... y despues ?

—Despues le diré que el esposo que el cielo y el rey de Castilla os ha elegido , es de muy noble familia y de padres conocidos.....

—Y os creerá , señora ? dijo Elvira como dudando.

—Vuestro padre creerá , si es caballero , á la hija de un infante de Castilla!

—Cielos ! vos?....

—Sí , sangre real corre por mis venas y las de Felipe.....

—Ah , señor , señor..... con que es cierto?.....

—Vuestro amante , vuestro esposo futuro , es nieto del infante Don Juan , hijo del sabio rey Don Alonso X!

—Ah , corred , madre mia ; id á ver á mi padre y decírselo todo ! Quiera el cielo que sean atendidas vuestras palabras ! Id , señora , no perder tiempo.... yo mientras tanto rogaré á Dios que mi padre.... Ah , no os detengais !.... aqui espero la vida ó la muerte ! Si mi padre no consiente mi union con Felipe , si se obstina en casarme con el asesino de Fernando IV entonces no vengais..... por esa señal , conoceré yo si debo.... pero no , es imposible , mi padre no es cruel , y me ama demasiado ! Id , madre mia ; ya os espero con la respuesta , con un sí que me colmará de tanta felicidad como necesito ahora despues de tan rudos embates como he sufrido , ó con la negativa que acabará de matarme!

Piedad se cubrió con el manto de burriel negro que

llebaba y salió de la estancia de Elvira, tomando la misma direccion que Don Jimeno de Luna habia seguido.

El anciano padre de la desgraciada amante de Felipe se hallaba triste y pensativo. Por mas que hacia por encontrar una persona de toda su confianza que le averiguase cuanto se decia acerca del conde de Haro, no podia hallarla, porque á cuantas conocia adulaban y mendigaban una sonrisa del poderoso hijo del último señor de Vizcaya, vuelto de nuevo á la corte y sus intrigas. Don Jimeno se hallaba sentado en un sillón, con los codos apoyados en los brazos de este, y su frente ardiente descansando sobre sus manos blancas y finas como las de una mujer.

Piedad entró y dijo al mismo tiempo:

—Sois Don Jimeno de Luna y Osorio?

—Soy Don Jimeno; pero y vos?

—Yo soy una pobre muger que viene á hacerós una revelacion importantísima.

—Una revelacion! y sobre qué?

—A cerca de las dudas que teneis.

Don Jimeno miró sorprendido á la desconocida.

—Vuestro nombre?

—Piedad.

—No os conozco. Si os descubriérais....

—Perdonad, puede estar aquí alguien y temiera ser conocida.

—Y podeis decirme quien sois, siquiera; porque vuestro trage tan pobre y raro á un mismo tiempo me hace creer que efectivamente seais una pobre muger.... por otro lado, vuestras palabras....

—Voy á satisfaceros. Soy en efecto una pobre muger, sola, desvalida, que nada tengo, sino una miserable cho-

za en medio de los campos , donde vivo hace mas de quince años , llorando culpas pasadas y la maldad de los hombres.

—Luego sois.....

—Una penitente, Don Jimeno , que ha abandonado su santa morada para evitar que un hombre malvado y criminal en extremo , cometa mas crímenes que los que ha cometido en su juventud.

—No os comprendo.

—Comprendereis al instante. Vuestro amigo el conde de Haro , es indigno hasta de pisar estos sitios!

—Indigno un noble á quien estimo y.....

—No sigais! Sabreis lo que es Don Lope y os avergonzareis hasta de haberlo llamado amigo. Ya os he dicho que me he constituido en espia del conde , para evitar que triunfe de los planes infernales y diabólicos que en su mente forja. El conde de Haro ha nacido para el crimen; el conde de haro se ha gozado en los espectáculos mas horrendos y sanguinarios! Ha visto espirar á un rey que tal vez hubiera sido la felicidad de su patria , y el conde de Haro se ha sonreido de placer! Ese rey era Fernando IV , muerto por vuestro amigo!

—Señora!

—Os suplico me escuchéis :—El conde de Haro amó; pero como ama la fiera, á una jóven prohibada por la reina Doña Maria Alfonsa de Molina , y como esta jóven amase con delirio á uno de los desgraciados hermanos Carvajales, y se negase siempre á aceptar las proposiciones y ofertas de vuestro amigo , este se vengó achacando á los infelices hermanos la muerte de un señor de la casa de Benavides. El amante de Beatriz y su hermano fueron precipitados por la pena de Martos , y la desgraciada jóven , llora hoy

dia en el Monasterio de las Huelgas de esta ciudad, su desventura y la del esposo que el cielo le habia destinado.

—Y esa jôven se llama?

—Beatriz.

—Oh, cierto, en las Huelgas hay una monja amiga de mi hija que tiene ese mismo nombre y fué protegida por Doña Maria Alfonsa de Molina: dijo Don Jimeno, acordándose al mismo tiempo de lo demudado que se habia puesto el conde de Haro, cuando en el locutorio del convento nombró la abadesa á la de Robledo.

—Sí, dijo Piedad, esa religiosa es la jôven cuya historia os he contado. Vuestro amigo se gozó en la pena y en los dolores de esa infeliz.

—Pero, señora, ese hombre es un mónstruo! exclamó el anciano indignado.

—Sí, un mónstruo; pero un mónstruo el más malo y malvado que ha existido jamas! Escuchadme, aun no he concluido:—El conde amó á una pobre muchacha, hija del pueblo entonces, y educada por gitanos porque sus padres la abandonaron desde muy niña. Ella accedió á los ruegos y promesas del vil que mas tarde la abandonara, y se entregó al conde porque le amaba con delirio. El fruto de este trato fué un hijo, que el malvado, mas adelante, cuando ya habia despreciado y aun sellado el rostro á la muger, cuyo delito era amarle mucho, le robó su hijo y lo abandonó, siendo niño de solo tres años.

—Esa historia es horrible, señora!

—Oh, y tan horrible! El malvado fingió arrepentirse de todos sus crímenes, y segun he sabido, ha vivido quince años que hace de esto procurando tranquilizar su con-

ciencia. Todo mentira ! Podeis creer que el hombre que cometió tantos asesinatos sin inmutarse siquiera, el hombre que fué perjuro una y mil veces, y que aun ni sintió en su pecho los afectos de un padre, pudiese llorar y rogar á un Dios, en quien no creia ?

—Perdonad, señora, yo lo he visto, y puedo aseguraros.....

—Si, tal vez estuviera arrepentido; pero ved cuán poco le ha durado. En el dia tiene ya proyectadas varias venganzas !

—Oh, estais cierta !

—Os lo juro por todo lo que querais.

—Hablad, contádmelo todo, señor a, porque yo..... pero despues os referiré lo que iba á hacer, ignorando cuanto me habeis dicho.—Seguid, si os place !

—Todo lo sé, Don Jimeno.

—Todo ! Luego sabeis que me ha pedido la mano de una hija única, que el cielo me ha dado buena y hermosa como un ángel ?

—Si, lo sé, y á eso precisamente iba á parar.—Don Lope ha jurado la muerte del amante de vuestra hija, y poseer á esta á toda costa !

—Desgraciado ! pero por qué ? sabeis.....

—El delito del primero es amar á Elvira tanto que ya casi raya en frenesí, el de la segunda porque le ha dicho que lo aborrece de muerte.

—Pero cuándo ! cómo ha sabido Don Lope.....

—El conde ha perseguido en el convento á Elvira sin dejarla un momento ; hasta que enterada la superiora se vió en la precision de prohibirle poner mas los piés en él. Un dia sorprendió á vuestra hija hablando en el jardin con su noble y valiente amante.

—Con que es cierto que Elvira ama á un jóven de desconocido origen?

—Sí, cierto; vuestra hija es amada por un jóven digno de ella.

—Digno de Elvira!

—Sí, el mismo rey de Castilla se honra con su amistad y.....

—Seguid, qué os detiene?

—Os iba á decir que Alonso XI le ha ofrecido en vuestro nombre la mano de Elvira.

—Nunca! Mi hija no será la esposa de un desconocido, de un hombre que no tiene apellido!

—Ah, señor, exclamó la penitente en ademán suplicante; tened piedad de Elvira..... vuestra negativa será su muerte, porque ama á Felipe con toda la verdad, toda la pureza del primer amor!..... su tierno corazon no podrá soportar un *no* que destruiria toda su ilusion, y la esperanza lisonjera con que vive.

—Nunca, señora, ya lo habeis oido! Ya que no es esposa del conde de Haro, de ese hombre á quien miro con horror, jamás se separará de mi lado..... y cuando yo sea llamado á otra vida, que es la eterna, Elvira irá á llorar mi muerte á un Monasterio.

—Oh, no hagais tal, Don Jimeno! Desechad esa idea, y tened la bondad de escucharne.

—Hablad, señora; pero no pudiérais decirme quien sois?

—Perdonad, no puedo; y aunque pudiera no me conoceríais. Sin embargo, puede ser que algun dia os diga quien soy.....

—Bien está, señora.

—Si contrariais á vuestra hija en sus amores, si os

negais á su enlace , enlace que Dios consiente desde el cielo y vuestro rey aprueba aqui , temed las consecuencias.....

—Consecuencias !

—Sí, y fatales! Sabeis lo que es una pasion , y una pasion llena de ilusiones como la de Elvira? Sabeis lo que es el corazon de una muger , que como el de vuestra hija vive y se mantiene amando , y dejaria de existir si ese poderoso apoyo le faltára? Ah , señor , sed compasivo y consentid en la union de dos ángeles que han nacido para amarse , que serán desgraciados si se les separa , y dichosos si viven unidos , que es para lo que viven.

Don Jimeno se quedó pensativo un momento. Mil ideas y pensamientos se le agruparon á un tiempo á la mente. Por un lado veia á su hija , á quien amaba con frenesí , presa de la pasion que Felipe le habia inspirado , padeciendo horriblemente , porque él se habia opuesto al enlace que los dos amantes deseaban vivamente: por otro luchaba con la fatal idea tan propia de aquellos tiempos , en que el esposo que el mismo rey habia dado á Elvira , era de origen desconocido y sin apellido. Cómo , decia Don Jimeno , entrego yo la mano de mi hija , de la única heredera de la casa de Luna , á un hombre sin apellido sin origen conocido? Ah , imposible , imposible!..... la heredera de mi nombre y riquezas tiene que enlazarse con un hombre , cuyo apellido sea tan noble y pueda igualarse con el de Luna y Osorio.

Piedad miró por largo rato con la mayor atencion á Don Jimeno. Este, pasóse una mano por su frente ardiente y abrasadora , y dijo otra vez , pero de modo que la penitente pudo oírlo perfectamente.

—Imposible! imposible!...

—Qué decís, señor? dijo esta palideciendo al mismo tiempo.

—Digo, que es imposible que yo consienta en semejante enlace.....

—Y por qué? exclamó Piedad asustada.

—Porque el amante de mi hija es bastardo, y bastardo desconocido! La heredera de Luna necesita un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo.

Piedad inclinó la cabeza sobre su agitado pecho y lanzó un lastimero suspiro. La infeliz padecía en aquel momento de una manera horrible. Las palabras del padre de Elvira, habían abierto en su corazón una llaga incurable.—*El amante de mi hija es un bastardo, y un bastardo desconocido.*» había oído decir Piedad, de su hijo querido, del sér por quien la infeliz daría cien vidas que tuviese.—Felipe, hijo mío, dijo para sí; perdon! perdon! yo te he hecho desgraciado!..... perdon! yo te he lanzado al mundo para que sufras insultos, para que seas despreciado, y para que te avergüences siempre de tu origen!..... Ah, y entonces desesperado maldecirás una y mil veces á los que te dieron el sér..... me maldecirás á mí, que soy tu madre, por ser criminal, á mí que te amo con delirio, que diera toda mi sangre porque no derramáras una gota de la tuya; y que haría los mayores sacrificios por verte feliz y contento! Felipe, no me maldigas; ah! soy inocente..... porque yo hubiera querido darte una corona; pero tu padre que es un infame, me abandonó y te abandonó á tí, pobre criatura, nacida para padecer solamente!

Piedad procuró al cabo desechar tan tristes pensamientos, y después de reflexionar un instante, animada

por el deseo de hacer feliz á su hijo y á la muger que con tanta abnegacion y desinterés le amaba, dijo con tono indignado y quejoso á un tiempo:

—Con que quereis para vuestra hija un esposo, cuyo apellido sea tan noble y preclaro como el suyo?

—Sí.

—Pues bien, ahí teneis al conde de Haro.

—Qué horror!

—Horror os causa! pues su apellido es tan noble y preclaro como el de Luna.

—Sin embargo.....

—Ah, dijo Piedad interrumpiendo al anciano; no creí yo que fuérais tan orgulloso como esos nécios grandes y caballeros, que sacrifican á sus hijos por satisfacer esos fueros ridiculos! Haceis bien, Don Jimeno, casad á vuestra hija con quien se os antoje, separadla del amor de Felipe, y la perdereis para siempre! Pero qué os importa? habeis perdido á vuestra hija única, á quien decís que amais mas que á vuestra vida, y en cambio vuestro apellido, vuestra clase no se ha rebajado en nada!

—Señora!.....

—Teneis razon, callaré..... y perdonadme, os suplico, si deseosa de librar á vuestra hija de tantas desgracias como le preparais, me he escedido.....

—Oh, no, seguid, seguid..... vuestras palabras están llenas de verdades, que me veo en la necesidad de confesar.—Pero, decidme, si como yo tuviérais una hija única, á quien amáseis como yo amo á la mia, no procuraríais que todo lo mas principal fuera para ella y....

—Si; pero si en ello no estaba su felicidad, todo lo arrostraria y por todo pasaba con tal de que no padeciese mi hija, esa parte de nuestras entrañas! Y sino, decid—

me : si os dijeran que vuestra hija , la bella é interesante Elvira , seria desgraciada para siempre á menos que no consintierais en el enlace.....

—Accederia , señora , acccederia : pero á costa de otros sacrificios bien grandes por cierto!

—Ah , pues tened entendido que sin el amor de Felipe , Elvira se agostaria insensiblemente como la flor que ha sido mordida por un insecto venenoso , ó como la que ha sido arrancada violentamente por el huracan...— Vos no conoceis , sin duda , lo que es una pasion contrariada en una naturaleza tan sensible y delicada como la de vuestra hija.....

—Señora , teneis razon , pero.....

—Permitidme : voy á haceros una revelacion que os pido guardéis siempre en lo mas recóndito de vuestro pecho.

—Hablad , hablad ! exclamò el anciano con alegria.

—Piedad guardó silencio un momento , y despues dijo bajando la voz , á fin de que sus palabras fuesen solamente oidas por Don Jimeno :

—El amante de vuestra hija es bastardo , no lo niego ; pero no de origen desconocido. La sangre de los reyes de Castilla corre por sus venas , porque su desgraciada madre es hija de un infante que habreis conocido en vuestra mocedad.....

—Vive?

—No ; el infeliz tuvo una muerte espantosa , sin duda para expiar , sino sus crímenes precisamente , las revueltas é intrigas de que fué autor , y lo mucho que hizo sufrir á su patria y al rey su sobrino.

—Y ese infante se llamaba.....

—Don Juan , hijo tercero del sabio rey Alonso X.

—Y el padre, señora? el padre de esa jóven.....

—Perdonad, ese es el secreto. Solo os puedo decir que es tan noble como el mismo rey. Algun dia os doy mi palabra de decíroslo.

—Basta, señora, basta..... mi hija será la esposa del protegido de Alonso XI! Dios los colme de eterna ventura!

La puerta que daba entrada á la habitacion de Don Jimeno, y que solo se hallaba entornada, abrióse repentinamente. Dos personas penetraron por ella radiantes de alegría.

—Padre mio, gracias, gracias!..... exclamó la primera que el lector habrá conocido por Elvira, quien se arrodilló á los pies de Don Jimeno, derramando lágrimas de alegría y agradecimiento.

—Señor, vuestra es mi vida! exclamó el segundo cayendo tambien de rodillas á los piés del anciano.

—Felipe! exclamó la penitente descubriéndose y echándose en los brazos del que creia su hijo.

—Madre mia..... repuso el jóven casi loco de contento y permaneciendo largo rato entre los brazos de Piedad.

—Su madre! dijo sorprendido el de Luna, que al ver á Elvira arrodillada á sus piés se apresuró á levantarla para estrecharla multitud de veces contra su corazon.

—Sí, mi madre, Elvira, mi madre. Señor, esta es mi madre, á quien amo con frenesí, mi verdadera madre buscada y no hallada hasta hoy en el espacio de diez y ocho años!.....

Piedad estaba casi petrificada. La alegría le habia quitado la accion y el uso de la palabra.

—Madre mia, miradme, soy yo, vuestro hijo querido.... escuchad: Nuño se ha encontrado á un bandido muy anciano que era criado de Hugo de Troumblay, y le ha dicho, escuchadme, le ha dicho que yo soy vuestro hijo! No me oís? soy el hijo que tanto habeis llorado!.... No me conoceis, madre mia?

Piedad volvió en sí del parasismo en que tan agradable y no esperada sorpresa la habia sumergido, y exclamó despues de mirar á Felipe un momento, con ojos preñados de lágrimas.

—Hijo de mi alma!.....

La misma escena de lágrimas, suspiros y vivos transportes de alegría, volvió á reproducirse. Piedad abrazaba y acariciaba á su hijo sin cesar, y diciendo al mismo tiempo:

—Mi hijo!... Dios me ha oído! oh, qué placer! Estrechar su mano... acariciar su bello rostro... Felipe, hijo mio, cuánto te amo!

Esta escena tan natural y propia, sino se acabó completamente, fué modificada porque Piedad comprendió al cabo que no estaba sola con su hijo. Don Jimeno de Luna y Osorio participaba en union de su hija del contento que la penitente tenia. Esta se apresuró á decir:

—Ah, perdonar, señor, me habia olvidado....

—Dispensada estais, señora; y creed que he tenido un gran placer en veros un instante dichosa.

—Ah, sí, dichosa.... es verdad! y dicha que me durará siempre.—Este es mi hijo, señor: éste es el jóven cuyo origen os referia cuando estraron aquí precipitadamente. Quereis completar la felicidad de la madre mas dichosa que ha existido?

—Os comprendo, señora, os comprendo, y la palabra

que di entonces os la reitero ahora. Nuestros hijos verán cumplidos sus deseos.

—Ah! cuán bueno y generoso sois! exclamó Piedad enternecida, mientras que los dos jóvenes volvieron á arrodillarse cogidos de las manos, á los piés de Don Jimeno. Este se apresuró á decir, levantándolos con cariño y dejando correr por sus mejillas gruesas lágrimas, que bien pronto desaparecieron en su compacto y blanco bigote.

—Alzad, hijos míos, alzad; el cielo ha unido vuestros corazones; yo uniré para siempre vuestras manos... Sed felices, y amadme tanto como yo os amo!

Los dos jóvenes se precipitaron en los brazos del anciano. Despues se miraron uno á otro, y un grito de placer, de dicha inefable, espiró en sus labios.

Dos dias despues, cuando Don Jimeno de Luna y Osorio se presentó al rey, que no habia visto desde que se fuera á Alemania, le dijo el monarca, así que hubieron pasado las palabras de ceremonia:

—Tengo que pedir os perdon, Don Jimeno.

—A mí, gran rey?

—Sí, á vos, porque he dispuesto de una cosa que os pertenece exclusivamente.

—Puedo asegurar á tu alteza á fé de caballero, que no comprendo una palabra de cuanto te dignas decirme.

—Vamos, ya veo que os haceis el desentendido, será preciso que yo me explique.—Habeis de saber que durante vuestra ausencia, y mientras que vos arreglábais en Alemania las inmensas riquezas que habeis heredado para vuestra hija, yo disponia de su mano aqui, sin encomendarme á Dios ni al diablo.

—Señor, repuso el anciano inclinándose; tu alteza

es dueño de mi persona y de todo cuanto me pertenece.

—Sois, Don Jimeno, la persona á quien mas estimo en mi córte, por vuestra lealtad y nobleza: contestó Alonso XI alargando su diestra al anciano que estampó en ella un beso con el mayor respeto.

—Y cuál es el esposo, dijo despues, que tu alteza se ha dignado destinar para mi hija?

—Oh, un jóven bellísimo en extremo y valiente como un Cid..... Yo mismo me honro con su amistad, Don Jimeno.

—Podriais decirme su nombre?

—Felipe solamente, porque el infeliz tiene la desgracia de ser bastardo, y bastardo de padres desconocidos.—Pero no os apureis por eso, porque su nobleza de carácter, su bondad de corazon, y el poder que tiene en su brazo, le hace digno de la espuela que su mismo rey le calzará muy pronto.—Si yo le he ofrecido la mano de vuestra hija, es porque tengo entendido que se amaban antes. En un torneo en que salió triunfante, me pidió como gracia la mano de Elvira, porque creia que vos no se la concederíais.—Con qué puedo decirle....

—Señor, mi intencion era despues de saludaros, pedirlos la gracia de que os dignárais ser el padrino de la boda de mi hija.

—Cómo, la casais!....

—La caso muy pronto.

—Luego mi recomendado....

—Vuestro recomendado es el esposo que he destinado á Elvira, satisfaciendo sus deseos, los vuestros, y los de un padre que solo quiere la felicidad de su hija. Señor, estais ya obedecido. Elvira entregará su mano á Felipe el dia que tu alteza disponga.

—Al instante, Don Jimeno ; me ofrezco de buen grado á ser el padrino, y por lo mismo quiero salir pronto de mi cometido. Vuestra hija es á lo que entiendo la mas rica heredera de Castilla?

—Sí, posee un capital inmenso que tal vez no tenga competidor.

—Bien, Felipe lo será tambien.

—Gracias, generoso rey: pero para que lo necesita?

—Oh, sí, tengo que recompensarle... ese jóven me ha prestado servicios en extremo importantes. Me ha salvado la vida dos veces, una librándome del furor de unos asesinos que me acometieron una noche en la calle, y otra proporcionándome lo que necesita mi corazon para ser feliz. Con que puedo yo recompensar tamaños servicios? Yo le he ofrecido armarlo caballero, hacerlo noble sino lo es; le he ofrecido riquezas, señorios y todo cuanto desee, nada de eso me parece bastante....

—La mejor recompensa que tu alteza, á mi entender, ha podido darle, y la que estoy seguro apreciará Felipe mas sin duda, es la amistad con que le has honrado. Por que, qué mejor recompensa que el cariño de un rey?

—Sin embargo....

—No lo armais, caballero?

—Sí.

—Pues entonces basta con eso, señor.

El rey y Don Jimeno se separaron al cabo, resuelto cuanto antes á que se celebrase la boda que los dos amantes deseaban vivamente.

Pero antes de pasar á otro asunto que hace tiempo está llamando nuestra atencion, aunque para ello tengamos que retroceder en el curso de nuestra historia, explicaremos por que Elvira y Felipe se hallaban juntos.

En seguida que el amante de Elvira dejó en el alcázar á Doña Leonor y al Maestre, se dirigió volando al Monasterio de las Huelgas, para ver á su amante en primer lugar, y para referirle cuanto le habia sucedido, teniendo entonces mas esperanzas que nunca de conseguir su mano, porque le habia casi ofrecido terminantemente el rey que seria esposo de la jóven que tanto amaba. Cual seria la sorpresa de Felipe, se concibe facilmer te, al saber que Elvira habia salido del convento porque Don Jimeno habia regresado de su viaje y sacádola del Monasterio para vivir en Burgos en una preciosa casa de su propiedad. Felipe no supo si alegrarse ó no con la venida del padre de su amada: por un lado se alegraba porque sabia al fin el resultado de las promesas del rey, y por otro lo temia porque tenia una desconfianza, que por mas que hacia no lograba desechar. Sin embargo, resuelto á ver á Elvira, para prevenirla y para estrechar su mano, se decidió ir á Burgos y penetrar á toda costa en la casa de su amada. Felipe como habrá tenido lugar de ver el lector, era resuelto y arrojado; jamás retrocedia cuando para lograr sus deseos se oponia cualquier incidente que por grande y sério que fuese siempre calificaba de insignificante. Así es que el jóven capitan de la guardia del rey llegó al instante á la casa donde vivia Don Jimeno precisamente en el momento en que Piedad se interesaba con el de Luna por él y por su amada. Felipe dió dos ó tres vueltas á la casa, y se paró despues por una casualidad en la misma esquina donde la penitente poco antes pidió á Elvira que le permitiera subir, pues tenia cosas importantes que referirle. Mientras que Piedad hablaba con Don Jimeno, Elvira que tanto habia sufrido con las palabras de su padre, y que se hallaba con el alma pendiente de un

hilo, como suelo decirse, durante la penitente convencia á este, se resolvió asomarse á la ventana que daba á la calle, con el objeto de refrescar en algun tanto su cabeza, que un fuego abrasador, el fuego de la fiebre, habia tomado asiento en ella. La primer cosa que se presentó á los ojos de Elvira, fué un hombre que miraba á la casa con detenimiento. La hija de Don Jimeno lanzó un grito acompañado de esta palabra.

—Felipe!

—Elvira! dijo tambien el jóven tendiendo hácia ella los brazos.

Pasada la primer sorpresa, le dijo este:

—Yo necesito hablarte Elvira mia; tengo que decirte que muy pronto seremos felices.

La frente de Elvira se nubló ligeramente.

—Felices! dijo á media voz; infeliz! ignora cuanto pasa!

—Qué tienes? Te veo pálida y.....

—Oh, mucho tengo..... si necesitas verme para hablarme de nuestra felicidad, yo tambien deseaba verte para hablarte de nuestra desgracia!

—De nuestra desgracia?

—Sí; pero aqui es fácil que nos vean: vuelve la esquina y párate en una puerta que dá al jardin: iré á abrirte y.....

Elvira no pudo continuar; la voz se le anudó en la garganta, y sus ojos se inundaron de lágrimas. Bajóse de la ventana precipitadamente, y se dirigió al jardin, donde se hallaba la puerta en que esperaba Felipe atónito y aturdido con lo que habia oido decir á la jóven.

—Elvira! amor mio! exclamò el jóven capitan del rey

apoderándose con presteza de una mano de su amante:
 , Elvira , qué tienes? qué palabras me has dicho? qué significan? Oh , habla , habla...

—Una desgracia enorme pesa sobre nosotros! oh, perdón..... yo te amo mucho y al mismo tiempo.....

—Cielos! pero qué te pasa! qué hay?

—Felipe , me separan de tí! porque.....

—Acaba! quién? por qué? Dímelo todo , nada omitais ; porque ardo en deseos de saber ese misterio! Quién te separa de mí? quien tiene bastante poder.....

—Mi padre.....

—Tu padre! Ah , es verdad! pero por qué? por qué ha sido?

—Porque.....

—Elvirá , no me hagas padecer! Acaba.....

—Oh , no puedo..... no quisiera.....

—Acaba , acaba.....

—Por qué me casan , Felipe , me casan!....

—Maldicion!

—Me casan con un hombre á quien tú y yo abarrecemos de la misma manera! Me casan con un mónstruo.....

—Su nombre! habla..... dime su nombre y te juro que dejará de existir hoy mismo! Su nombre , Elvirá!....

—El conde de Haro.

—Ah , ese hombre no está al cance de mi espada!

Y Felipe inclinó su cabeza sobre el pecho , y se retorció las manos con indecible rabia.

Elvira le contemplaba atónita y vertiendo lágrimas ardientes.

—Felipe!.... dijo al cabo cogiéndole una mano con cariño.—Felipe..... amor mío!....

—Oh, tienes razon; una desgracia enorme pesa sobre nuestras cabezas! Infeliz de mí! y yo que venia loco de amor, de felicidad, á anunciarte que el rey me ha ofrecido casi terminantemente tu mano.....

—Oh, eso le dije á mi padre y me contestó que el rey no tiene derecho para disponer de su hija.

—Pero tú no le dijiste que el conde de Haro es un malvado, un infame.....

—Todo, todo, nada bastó, me dijo que eso era una calumnia; añadiendo que seria á toda costa la esposa de don Lope!

—Y piensas.....

—Ah, no me preguntes, no aumentes mi dolor!

—Pero me amas?

—Felipe, necesito decírtelo?

—Oh, pues si me amas....

—Y mi padre? y el deber?

—Luego piensas sacrificarme? Ah, ingrata! maldicion!

—Felipe! mira.....

—No, no te escucho, perjura, no te escucho! sé feliz, Elvira!..... yo mientras tanto maldiciré en un destierro mi suerte y el engaño de una mujer, deslumbrada con el brillo de una corona! Ah, comprendo, don Lope es conde, es noble, rico y.....

—Semejantes palabras no las esperaba de tí! Ah, en vez de compadecerme, en vez de animarme, me insultas y me desprecias! y eres tú el hombre que me amabas tanto? Mentira, mentira!.... si me amáras verdaderamente.....

—Ah, perdon! perdon, Elvira mia!..... perdon..... yo estoy loco, no sé lo que me digo porque el dolor me

tiene ciego, la idea de verte yo en brazos de otro me ha embargado los sentidos!.... perdon, Elvira mia, perdóname..... yo te amo mucho..... Oh, con delirio! sin tí, seria desgraciado siempre, sin tí viviría condenado, loco; viviría como vive la fiera á quien le han robado sus cachorros! si me amas, si tu amor es una verdad, nada temas; huiremos á donde tu quieras, y disfrutaremos en otro lugar despues que la iglesia nos haya unido, de la felicidad que aquí nos quieren arrebatarse! Aceptas? Oh, dí que sí, y ahora mismo....

—Basta..... ven conmigo, Felipe, vamos á oír nuestra sentencia ó las palabras que nos han de hacer felices eternamente!—Escucha, si mi padre se niega absolutamente á consentir nuestra union, y me casa á la fuerza y contra mi voluntad con el conde de Haro.....

—Acaba!

—Te juro por nuestro amor y por el Dios que nos está escuchando, que un puñal atravesará antes mi corazon! ó tuya, ó de la muerte!.....

—Elvira!.....

—Sígueme, sígueme, no te detengas! dame tu mano y caminemos juntos así hasta la habitacion de mi padre.

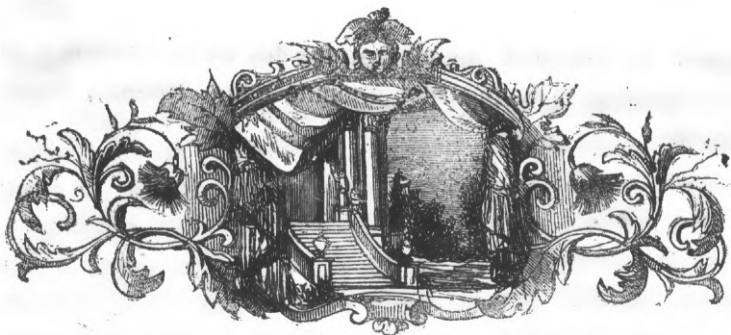
Los dos jóvenes echaron á andar y llegaron á la habitacion de Don Jimeno en el momento precisamente en que este decia á Piedad: Basta señora....—*Mi hija será la esposa del protegido de Alonso XI.—Dios los colme de eterna ventura!*»

Elvira y Felipe se miraron llenos de asombro.

Pero cuando el anciano volvió á repetir las mismas palabras, entonces se estrecharon las manos que tenían asidas, y despues de dirigirse una mirada henchida de

amor, de felicidad, penetraron los dos en la estancia y se precipitaron á los piés del anciano como tuvimos lugar de ver.





CAPITULO XXIV.

De como hay que hablar de un asunto que se dejó pendiente, por referir al lector todo lo que hemos dejada dicho en el capítulo anterior.



FIRMES en nuestro propósito de seguir en un todo al cronista nos vimos en la precisión de abandonar al maestre de Alcántara y á Doña Leonor de Guzman en el momento precisamente de llegar al alcázar real, y cuando ya Alonso XI los habia visto. El verdadero ó primitivo narrador de estos hechos, que nosotros vamos refiriendo con desalinada y mal cortada

pluma, se disculpa diciendo, que dejó al Maestre y á su víctima, aunque en lo mas interesante, porque hacia mucho tiempo no se hablaba ni se decia nada de Elvira y demás protagonistas, y tenia sus barruntos de que el público hasta se olvidára de ellos. Pero remediada esta falta, sino del todo en parte, retrocede en el curso de la narracion y dice que Felipe y su amigo el valeroso Nuño Fajardo penetraron en el alcázar real, y como gente que conocian el terreno, principalmente el primero, lo anduvieron todo con sus cargas áuestas, hasta que hallaron una preciosa habitacion donde dejaron á Doña Leonor, echada en una magnífica y mas que magnífica cómoda poltrona que en nada desmerecia al mas blando lecho, y otra con honores de calabozo donde encerraron al Maestre, contra su voluntad y esfuerzos. Felipe cerró las puertas de ambas habitaciones con toda seguridad, y despues dijo restregándose las manos de alegría:

—Ya he ganado la mano de Elvira, y la espuela de caballero.

—Cuerno y sangre, sabes que todo eso no es nada para los peligros que hemos pasado, y para el trabajo que nos ha costado arrancar á Doña Leonor del poder de ese renegado?

—Oh, no lo creo yo poco, Nuño! para mí es la suprema felicidad poseer al objeto amado de mi corazon y calzar la espuela de caballero, es decir; tener derecho para castigar al que me falte sea noble ó plebeyo..... Mi situacion es en el dia la mas triste..... soy bastardo, no estoy armado caballero y.....

Nuño se dió una palmada en la frente y exclamó interrumpiendo á Felipe:

—Por Baco y Barrabás, que soy el hombre mas des-

memoriado del mundo ! Pésia mi alma ! pues no es nada lo que se me ha olvidado contarte !.... Vamos , si cuando digo....

—Pero qué te sucede ? dijo Felipe sorprendido.

—Maldicion ! pues si no hablas ahora de bastardo y caballero , me quedo yo sin decir una palabra de cuanto sé , y tú ignorando..... A pesar que hubiera visto alguna vez á aquella muger santa y buena que tanto te ama , y al instante me hubiera acordado.....

—Júrote por el diablo , que sino supiera cosa en contrario , creeria que estabas borracho..... De qué hablas ? y qué muger es esa.....

—Hablo de la monja..... por Cristo , que no me acuerdo como se llama la muger que como ella vive en el campo y en una ermita, entregada noche y dia á la oracion y á la penitencia.....

—Ah , hablas de la penitente ?

—Sí , cáspita , de esa te hablaba.....

—Pero que tiene que ver ahora.....

—Vamos , voy á referírtelo todo y verás como tiene que ver la penitente con lo que yo decia.—Es el caso.... pero dime , y perdona , tú no piensas ir á ver al rey y decirle que ya estamos de vuelta con víctima y victimario, ó piensas estarte aqui todo el dia haciendo la guardia á ese Maestre de los demonios que Dios confunda ?...

—No , no pienso estarme de centinela aqui todo el dia, sino que es muy temprano aun y su alteza no habrá abandonado todavia el lecho..... y como habíamos de esperar en otra parte , esperamos aqui á la vista de.....

—Comprendo , comprendo ahora perfectamente..... Que diablo , yo como no vea las cosas tan claras como el dia , maldito si entiendo una palabra.....

—Pero no sigues lo de la penitente?

—Ah, rayo y Belcebú, pues no me olvidaba otra vez! Vamos, soy el hombre con la memoria mas infeliz!— Es el caso que un dia, esto sucedió antes que partiésemos para el castillo de Don Gonzalo, me ví entrar por las puertas de mi casa sin decir oste ni moste..... Tú te acuerdas de aquel viejo francés que era criado de Hugo, tu padre adoptivo, llamado.....

La frente de Felipe se nubló de pronto. Los mas espantosos recuerdos se le vinieron á la imaginacion. Miró á Nuño con desagrado, y le dijo sin poderle ocultar el disgusto que tenia en oirle hablar de cosas que queria olvidar á toda costa.

—De qué viejo hablas?

—Del que servia á Hugo de Troumblay. de aquel anciano que tanto te llevó en brazos..... se llamaba..... infame memoria!.....

Felipe se encogió de hombros. No se acordaba del nombre de su nodriza.

—Ah, cáspita, ya me acuerdo..... se llamaba Troufoit!

—Es verdad, así se llamaba: pero qué quería Troufoit?..... Yo hacia ya muerto á ese pobre hombre...

—Y yo..... pero cádate que cuando mas ageno estaba no digo de eso, sino de acordarme de él siquiera, me lo veo entrar por las puertas de mi casa, dándome los buenos dias con la mayor cortesía y amabilidad.

El infeliz iba desconocido. Debe vivir en la mas espantosa miseria porque llevaba unos andrajos que apestaban á cien leguas.

—Quién sois, buen hombre?..... le dije sin conocerlo.

—Tan demudado estoy que no os acordais de mí?

—No os conozco por mas que hago....

—Pues soy Troufoit....

—Troufoit.... Troufoit.... dije yo, queriendo acordarme del apellido.

—El criado que el señor Hugo tenia para cuidar aquel niño á quien todos tanto queriamos.

—Ah, teneis razon, camarada! esclamè dándole mi mano con afecto.—Y despues me contó una porcion de cosas tales, como por que se separó de los *formidables* y como me habia hallado. El infeliz concluyó por pedirme una limosna.

—Y le socorriste? dijo Felipe con interès.

—Diablo, ya lo creo; le di un buen puñado de monedas de plata de las que Don Gonzalo me dió, y el pobre no sabia como darme las gracias. Cuando ya se marchaba, se me ocurrió una idea magnífica....

—Veamos.

—Me acordé de la penitente y dije, puede ser que este Troufoit, ó diablo, sepa quienes son los padres de Felipe....

—Mis padres!

—Sí; y para el efecto, le llamé y le dije despues de hacerle echar un buen trago del vino que sabes suelo yo beber:—Estais enterado, amigo Troufoit de los secretos de nuestro antiguo capitan?

—De algunos, me contestó, no, sin sorprenderse de mi pregunta.

—No hay que sorprenderse, camarada, le dije; solo quisiera que me contáseis algo, si sabeis, acerca de Felipe....

—Del niño....

—Si, del niño que pasaba por hijo de Hugo. Era efectivamente su padre nuestro capitán?

—No.

—Y sabeis quién se lo entregó á él, ó por donde....

—Voy á deciros cuanto sé.

Felipe prestó la mayor atencion, al decir Nuño las anteriores palabras.

—Los soldados de Hugo, dijo el viejo Trufoit, cogieron en el camino de Burgos á una muger anciana y horrible llamada Simeona, que huía de la ciudad con el niño y una porcion de dinero que habia robado al médico del rey, judío que tenia mas oro escondido que el que hay en toda España si se reuniera. Nuestros compañeros, la llevaron ya casi cadáver á presencia de Hugo, porque la maltrataron atrocemente en vista de que ella puso una tenaz resistencia en entregar el dinero que llevaba. Hugo de Troumblay le hizo varias preguntas acerca del niño, de quien se enamoró al verlo tan hermoso, preguntas que la vieja satisfizo con voz débil y apagada.

—Y esas preguntas! exclamó Felipe de pronto.

—Esas preguntas fueron contestadas de esta manera: —La vieja dijo que huía de Burgos con aquel dinero robado al judío su amigo, muerto por el infante Don Juan, y que el niño que llevaba se lo habia entregado dicho judío para que lo cuidara, mientras sus padres lo reclamasen. —Y sabeis el nombre de los padres de esta criatura? dijo Hugo, cuando ya la anciana casi tenia vida. —Lo sé, contestó con trabajo. —Sus nombres.... —La madre se llama Piedad, y el padre..... La anciana espiró sin decir el nombre de tu padre.

Felipe estaba tan sorprendido que no oyó casi las últimas palabras de su amigo Nuño.

El viejo Troufoit continuó de esta suerte:—Muerta la vieja dispuso nuestro capitán que se la registrase, y entre el mucho dinero que tenía se le encontró unos papeles concernientes al nacimiento del niño que Hugo adoptó por hijo. Estos papeles fueron rotos por el capitán á fin de que no encontrasen sus padres al niño que se le llamó desde entonces Felipe.

—Luego....

—Tu nombre verdadero; segun Troufoit, es Enrique.

—Enrique!

—Sí.

—Y mi madre es la penitente?

—Sí, porque se llama Piedad y llora, á lo que creo un hijo que le quitaron cuando niño, cuyo nombre era Enrique.

—Gracias Dios mio!.... exclamó el capitán alzando las manos al cielo.—Oh, bien me lo decia el corazón!... Madre..... madre..... con que puedo pronunciar tan dulce palabra?.... Quédate, Nuño, quédate aquí un momento; voy á buscarla, á decirle soy vuestro hijo madre mia!.... soy el hijo que tanto habeis buscado y llorado!.... soy Enrique..... madre querida, Enrique, el mismo á quien buscáis todavia!....

Nuño Fajardo procuró sonreirse para disimular lo conmovido que estaba.

Felipe tendió su diestra á el ex-teniente, y le volvió á decir, disponiéndose á marchar:

—Quédate, Nuño, quédate aquí cuidando del preso, mientras yo busco á mi madre querida!....

—Pero donde vas?

—A la ermita, á.....

—El amante de Elvira se halló detenido por unos brazos bigorosos. Un hombre le detuvo al atravesar un callejon estrecho y oscuro que habia inmediato al sitio donde estaba Nuño Fajardo.

—Quién sois, quién sois, voto al diablo! exclamó Felipe sin poder ocultar su impaciencia.

—No me conoceis, caballero?

—Como os he de conocer si no me veo los dedos de las manos?

—Pues venid a la luz.

—Oh, dejadme! necesito....

—Venid, caballero; yo tambien necesito veros.

—Pero quién sois?

—Me conoceis? dijo el desconocido, saliendo á la claridad.

—Perdon, señor, perdon!.... exclamó el jóven, inclinándose con humildad y respeto.

—Ah, y os queriais marchar cuando mas necesito de vos?

—No, señor; tu alteza puede disponer de mí... solo que creyendo estabais aun en el lecho, marchaba á....

—No, no dormia: os he visto entrar en Burgos...., con.... decidme si me engañado.... si el deseo, me ha quitado la vista... si el deseo, me ha hecho ver una cosa que no venia con vos... Leonor, ha venido Leonor?

—Sí, rey de Castilla, ha venido: os ofrecí traérosla y no me hubiera presentado, si por desgracia....

—Dónde está, dónde está? De dónde habeis venido con ella? Quén me la arrebató? oh, hablad, decidmelo todo, todo.... decidme si ha padecido si ha sido desgraciada.... todo, Felipe, amigo mio, todo!

—Señor, con Doña Leonor ha venido su raptor.

—Su raptor!

—Sí, el hombre vil y villano....

—Su nombre!

—El raptor de Doña Leonor, es el asesino que osó levantar su espada contra tí, aquella noche en que yo tuve la honra.....

—Oh, su nombre, Felipe! decidmelo cuanto antes!...

—Don Gonzalo Martinez.

—El Maestre de Alcántara!

—El mismo, señor: el maestre de Alcántara era el que tenia á Doña Leonor encerrada en el sitio mas apartado de su castillo.... el maestre de Alcántara, habia jurado poseer á toda costa á vuestra amante.

—No, Felipe, os han engañado: el maestre de Alcántara es solo un mero instrumento de la reina.—Pero seguid, contadme como habeis podido llegar hasta donde estaba Doña Leonor; os suplico por lo que mas ameis, no omitais la menor circunstancia!

El futuro esposo de Elvira, refirió á Alonso XI cuanto habia hecho y pasado, por librar á Doña Leonor del maestre de Alcántara.

—Bien, os habeis portado como yo esperaba, amigo mio.

—Señor tanta bondad.....

—No, no es bondad; es que el rey de Castilla solicita vuestra amistad.—Quereis concedérsela?

—Por Dios, señor, hasta mi vida os diera!

—Lo sé, valiente jóven; pero guardarla, guardarla para otra persona..... Elvira vendria mañana reclamando vuestra vida, tan preciosa.... no quiero ser egoista..... vuestra vida es de la hija de Don Jimeno; yo solo quiero vuestra amistad.

—Cesad, gran rey, cesad en vuestros elogios, porque me confunde sobremanera; yo no soy digno, ni con mucho mas que hiciera por tu alteza, no soy digno, decia á tantos favores, á tanta honra! Cualquier súbdito leal, hace por tu alteza lo que yo.....

—Equivocado estais, y permitidme que os lo diga; tengo en mi corte pocos hombres tan fieles y valerosos como vos. Y sino escuchadme: yo tuve un amigo á quien colmé de títulos y bienes, por malgastar las rentas de la corona, y por abusar de la privanza que tenia conmigo, sacando en mi nombre á los pueblos cuanto dinero podia. Hubo un dia en que este pueblo sufrido y virtuoso se cansó de aguantar tamaña tiranía, y se propuso hacerme presente de una manera que á mí me llegase al alma. Con efecto, Valladolid me cerró sus puertas sino despedia al audaz favorito que todo lo dirigia y mandaba á su antojo. Y en vez de ofrecerse él á separarse de mí, para no agravar la situacion, en vez de decirme:—Rey de Castilla, Valladolid tiene razon; yo me retiro, y si algun dia me hago digno de obtener vuestra amistad, volveré, seguro que me habreis perdonado.....

—Y el conde.....

—El conde de Trastamara, no solo se encolerizó al oir mi determinacion, sino que se rebeló contra mí, y osó amenazarme.

—Infame!...

—Oh! pues no quedó ahí.—Sin embargo, á pesar de todo, lo perdoné, y le dejé sus títulos y riquezas, y el infame apóstata dió el grito en la frontera de «*Muera Alonso XI.*» La justicia y mi honor ofendido estaban pidiendo una pronta y enérgica reparacion! Lo demas ya lo sabeis.—Ahora bien, si colmé de títulos y honores á un

hombre que conspiraba contra mi hacienda y mi crédito, qué no os haré á vos que sois noble de corazón y honrado por naturaleza, á vos, por último, que me habeis dado la felicidad mas grande! Si perdiera la corona de mis padres y vos me la rescatárais, no me hubiera alegrado tanto, no fuera tan feliz!

—No?

—No, Felipe... Y sino decidme; qué preferiríais mejor, la vida moral, las afecciones del corazón y las gratas y súbitas sensaciones, ó esa vida ficticia y deslumbradora que todo es oropel y aparato, y que si bien es verdad que llena las exigencias de la sociedad y del mundo, no satisface ese vacío que tienen en el alma las personas que carecen de un amor verdadero?...

—Oh, yo desecharia veinte coronas, señor!...

—Bien, sois de los míos! Dejemos ahora esta conversacion, y conducidme al momento á donde se halla Leonor.....

El monarca se sonrió de placer, y siguió á Felipe que en un instante llegó á donde estaba el valiente ex-teniente de los *formidables*.

Nuño, se cuadró como un soldado y saludó al rey con el mayor respeto.

—Es amigo vuestro, Felipe? dijo Don Alonso al ver á Fajardo.

—Y de los mas íntimos, señor: el valiente Nuño ha contribuido no poco....

—Calla!

—Aquella magnífica idea de que pasáramos por los centinelas como si fuéramos yo el Maestre, y él Rui-
Pero su escudero, fué del amigo Nuño.

—Magnífico! habeis sido militar?

—En mis primeros años fuí oficial de las tropas del rey de Aragon.

—Y despues?

—Despues..... desengañado.....

Felipe miró con ojos ávidos á su compañero. Este comprendió el significado de semejante mirada, y continuó, procurando enmendar las palabras que habia vertido.

—Despues desengañado de los hombres, no hice nada, en servicio de ellos.

—Ola! sois filósofo?

—Rara vez, señor: el buen vino de Toro me hace olvidar muchas veces la injusticia de los hombres...

—Vuestro amigo dijo el rey volviéndose al amante de Elvira, y haciendo porque Nuño no lo oyese; os relevará en el cargo de capitán que vos desempeñais con los soldados de mi guardia.

—Gracias en su nombre, generoso rey!

—Servios indicarme donde está Leonor.

Esta que ya habia vuelto de su desmayo, dejó el sillón que ocupaba y todo lo miró sorprendida.—Dios mio! exclamó; donde estaré ahora?.... esta casa, estas ventanas sin rejas, este hermoso aposento no es el mismo donde el infame maestro de Alcántara....

Doña Leonor calló de pronto, porque la puerta que daba entrada á su habitacion, se abrió con fuerza. Las últimas palabras de la de Guzman, llegaron á oídos de Alonso XI.

—Leonor! exclamó el monarca corriendo hácia ella presuroso.

—Señor.... Alonso! dijo esta, dudando de lo que veia y precipitándose delante de Felipe, en brazos del rey de Castilla.

Hubo un momento en que los dos amantes, satisfaciendo justamente los deseos de sus corazones, se contemplaron en delicioso y amoroso éxtasis. Felipe miró con envidia tamaña dicha.

Pasados en el monarca los trasportes de alegría que el hallazgo de su amante le habia proporcionado, despues de contemplarla una y otra vez, despues de prodigarle las mas cariñosas y amantes palabras, le dijo sin poder ocultar su indignacion, y la rabia que contra el Maestre se iba formando en su pecho.

—Sereis vengada, señora: conozco ya á vuestro infame raptor!

—Perdon, rey de Castilla! perdonadle por esta vez... que no sea yo causa de la muerte de un hombre.—Perdonadle, os suplico..... yo que he recibido grandes agravios de él, que hasta he sido amenazada.... le perdono... porque la dicha que experimento al veros, ha desterrado para siempre de mi corazon la rabia que en un momento tuve contra Don Gonzalo. Le perdonais? señor?

—Cuán buena eres, amor mio!

—Con que....

—Nunca!

—Oh!

—Nunca, Leonor; la cabeza del gran maestre de Alcántara rodará por el polvo! Las faltas cometidas por Don Gonzalo solo se pagan con la vida! No sabeis que ha hecho armas contra su rey?

—Contra vos!

—Sí, la noche que saliendo de vuestra casa por primera vez, aquella noche divina en que os dije mi amor tanto tiempo oculto en mi corazon; pues aquella noche recordareis que fui acometido por unos asesinos....

—Si, si; recuerdo perfectamente !.... y era....

—Era Don Gonzalo Martinez , que sino es por este valiente jóven hubiera asesinado al rey de Castilla!

—Infame!

—Con que ya veis, señora, si se ha hecho acreedor al castigo que le preparo : además que le dije á la reina delante de vos que la persona que tomase á su cargo lo que ella cree reparacion de sus ofensas , moriria en un cadalso. Pues bien, otro motivo mas teneis ahí ; mi palabra es sagrada.... Alonso XI, no será débil nunca!

Doña Leonor inclinó un momento la cabeza y mirando despues á Felipe con interés y como queriendo dejar consignadas sus palabras , dijo :

—Haced lo que gusteis, señor : yo he hecho cuanto he podido por salvarlo ! Que sepa toda la grandeza , que sepa Castilla y el mundo entero que yo he perdonado al hombre que me ha ultrajado, al hombre digno de morir en un cadalso por sus maldades ! Señor , sois rey , teneis ese derecho divino que Dios ha concedido solo á los reyes, de perdonar al delincuente , aunque sea en el momento mismo de subir las gradas del patibulo : el maestre de Alcántara me ha ofendido , yo le perdono... os ha ofendido á vos tambien..... haced lo que gusteis !.....

—Leonor, tus palabras despiertan en mi corazon una pasion que desconocia completamente : el maestre de Alcántara , será amado acaso.....

La de Guzman miró al rey sorprendida ; y dijo interrumpiéndole :

—No sigais , no sagais ! os he comprendido y ojalá no fuera así ! en esas palabras veo un triste y doloroso desengaño !.....

—Leonor , qué dices !..... oh , tus palabras.....

—Basta , señor , basta ! Lo habeis dicho , y cuando vuestros labios han proferido semejantes palabras prueba bien clara es de que ya no me amais ! Oh , cuando yo mas os amo..... cuando cobijo en mi seno el fruto de nuestra pasion !.....

—Ah ! con qué es verdad..... un hijo ! oh , cien vidas diera por tí..... yo no amarte ! deliras Leonor.....

—No , no deliro , vos no me amais , porque si tal sucediera no hubièrais interpretado mis palabras de la manera que lo habeis hecho , no hubièras dudado de mí , señor !

—Ah , desecha , desecha esos pensamientos y ocupémonos de la felicidad de nuestro hijo querido !

—Nuestro hijo ! Ah , qué porvenir tendrá....

—El mas brillante , Leonor ; su padre sabrá colmarlo de títulos y bienes , sabrá darle el primer lugar en su corte , y una corona real sino le basta todo eso !

—A un bastardo !

—Bastardo !.... es mi hijo y nadie se opondrá á lo que por él haga su padre !

—Escuchadme , señor ; mañana habremos dejado de existir los dos , y ocupará vuestro sòlio el hijo que Doña Maria dará muy pronto á luz ! Que será entonces del mio ?

—Será amado , porque el rey de Castilla no podrá menos de querer á su hermano !

—No , y sino mirad mil ejemplos : los infantes de la Cerda no son bastardos y sin embargo...

—Oh , callad ! á que ocuparnos ahora de cosas que están por ver ?—Hablemos solo de nuestra dicha , y perdonadme si he podido ofenderos !.... es verdad , yo he interpretado mal vuestras palabras.... el objeto que os llevais....

—Mi objeto, señor, al hablar así es que no se cometa una muerte por mi causa! Y ya que el vulgo se entretiene en deshonrarme porque os amo, ya que dicen he robado á la reina las caricias y el amor de su esposo, no digan tambien que dispongo á mi antojo de las cabezas de vuestros cortesanos!

—Bien, amor mio, le perdono, por tí; porque tú me lo has pedido y yo no puedo negar nada á la muger que tanto amo! Vivirá el maestro de Alcántara, Leonor, vivirá; voy á decírselo yo mismo ahora, y á decirle tambien que á ti te debe tamaño favor!

El monarca salió de su habitacion, seguido de Felipe. Ambos llegaron en un momento á donde estaba Nuño Fajardo.

—Qué hay? preguntó Felipe con interés.

—Nada de particular: solo de vez en cuando se le oye jurar y blasfemar como un condenado: el ánima de ese pobre debe pertenecer al demonio hace ya tiempo.

El rey se sonrió al oir las palabras de Nuño, y le dijo despues con amabilidad:

—Teneis las llaves de esa puerta, amigo?

—Guardadas en lo mas escondido de mis vestidos: contestó el ex-teniente haciéndolas sonar.

Y Nuño despues de sacarlas de un bolsillo de la ropilla que llevaba debajo de la armadura, las metió en las cerraduras y candados de que eran cada una. La maciza puerta que guardaba al Maestro de los caballeros de Alcántara, se abrió de par en par. Un hombre sentado en una banqueta de baqueta, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos fuertemente atadas, se presentó al rey. Don Gonzalo Martinez levantó la cabeza y miró primero á Don Alonso y despues á Felipe. La mirada que di-

rigió á este último, hubiera arredrado á otro hombre que no fuera el amante de Elvira de Luna. El rostro del Maestre estaba feroz, horroroso: sus mejillas encendidas como la grana, sus ojos inyectados de sangre, sus labios cárdenos y contraídos, denotaban claramente la situación de su ánimo. Don Gonzalo se hallaba en una de esas situaciones en que no se sabe el ánimo ni lo que tiene ni lo que desea. Todo él se encontraba dominado por una rabia espantosa que le había quitado el conocimiento: su deseo era vengarse, pero vengarse horriblemente de las personas que lo habían reducido á la desesperada y vergonzosa situación en que se hallaba. Doña Leonor, Felipe y aun el mismo rey de Castilla, pasaban por su mente como espectros, como víctimas sacrificadas por él. El infeliz no se acordaba que era impotente, que estaba preso, y en un calabozo no se pueden confeccionar las venganzas que proyectaba con feroz alegría.

Don Alonso acompañado de Felipe y Nuño Fajardo se acercó al Maestre y lo contempló un momento con indignación. Don Gonzalo permaneció con la cabeza inclinada. Felipe se acercó á él y le dijo, tocándole en el hombro:

—Caballero..... ved que estais á presencia del rey de Castilla!

El Maestre alzó la cabeza y volvió á mirar á Felipe con la misma ferocidad que antes. Se dirigió despues al monarca, y repuso sin poder ocultar el fastidio que semejante visita le proporcionaba:

—El rey..... y qué quiere el rey de Castilla?

—Pediros cuenta de vuestra conducta, caballero, contestó Don Alonso con magestad.—Pediros cuenta de vuestra conducta, y.....

—No reconozco semejante derecho en un hombre como yo: dijo el Maestre con indiferencia, y resuelto á no callar ni al mismo rey.

—Miserable! exclamó el monarca indignado y dando un paso hácia él.

Don Gonzalo se puso de piés con prontitud y exclamó echando fuego por sus ojos de hiena:

—Venís á asesinar-me, rey de Castilla? Venís á asesinar-me vil y traidoramente?

—Oh, vos sí que sois asesino, traidor, é indigno de llevar el hábito que vestís! Sabeis, miserable, lo que habeis conseguido con vuestras audaces palabras? sabeis lo que os espera, infeliz?.....

—De vos, todo lo espero..... contestó el frenético y desesperado Maestre, con la mayor sangre fria.

Otra persona que tuviera lo que vos no teneis, hubie-ra implorado á su rey..... otra persona con honor, le hubiese dicho: *«Señor, os he faltado, he tratado hasta de asesinaros; pero solicito vuestro perdon!»*

—Nunca!

—Bien está; sois hasta vano, para que nada os falte... Bien está, maestre de Alcántara, vuestra cabeza rodará por el polvo inmundo del cadalso!

El Maestre se sonrió con desden..... Alonso XI repuso en extremo encolerizado:

—Os reís, miserable? oh, todo podia yo esperar-lo de una persona que ha perdido el pudor y la vergüenza. Me abochorno hasta de que hayais pertenecido á una órden benemérta y preclara! Un hombre de honor se hubiera muerto de vergüenza al oír que iba á espirar en un cadalso y de la manera mas deshonrosa y criminal! Sereis ejecutado á presencia del pueblo, y despues que vuestra

cabeza`haya servido de mofa y de burla á la multitud, se quemarán vuestros restos. La iglesia hasta os rechaza!

Don Gonzalo miró al rey con ojos de fiera, y despues volvió á sonreirse con mas cinismo, mas descaro que la vez primera.

—Oh, sois un mónstruo odioso y detestable, maestre de Alcántara! dijo el rey volviéndole la espalda con desden y echando á andar.

Pero Don Gonzalo que mientras pasaba lo que dejamos referido, hacia todos los esfuerzos imaginables, aunque con el mayor disimulo, por librarse de las ligaduras, consiguió romperlas al cabo, y precipitándose sobre Don Alonso, le dijo, cogiéndolo con mano fuerte y vigorosa:

—Aqui, rey de Castilla, aqui asesino de la humanidad! me habeis insultado y os voy á atravesar el corazon!

El monarca no opuso la menor resistencia. Don Gonzalo hombre alto y de fuerzas casi fabulosas, lo habia agarrado por un brazo con la misma seguridad con que coge el milano á la tímida paloma. Pero en el momento en que el Maestre sacó del cinto un puñal que llevaba escondido, y cuando lo alzaba en el aire para sepultarlo en el corazon del rey se precipitaron sobre él Nuño y Felipe, esclamando horrorizados:

—Qué haceis desgraciado!

Nuño Fajardo se tiró al cuello del Maestre el que apretó con su mano de hierro cayendo Don Gonzalo de espaldas, abriendo las manos, y soltando á su víctima. El valiente ex-teniente le puso despues un pié en la garganta.

—Aquí lo teneis, rey de Castilla, lo mato?

El monarca no respondió una palabra, llamó á unos cuantos soldados, y así que estos llegaron les dijo con la mayor tranquilidad:

—Llevaos á ese infeliz al calabozo mas lóbrego y seguro del alcázar, mañana á esta hora habrá dejado de existir!

Los soldados se apoderaron del medio cadáver Maestre, y desaparecieron con él para poner por obra al instante el mandato del hijo de Fernando IV.

Don Alonso se acercó á Felipe y le dijo:

—Ya lo habeis presenciado: el miserable me hubiera asesinado sino es por vos y vuestro amigo! Su muerte estaba escrita!





CAPITULO XXV.

De como se cuenta una cosa que se indicó al principio de esta obra y no se refiere hasta ahora porque así convino al primer narrador de estos sucesos; y en el que se vé que el Maestre oyó una voz en su calabozo, que desconoció al principio y supo despues con asombro que era de una persona á quien no esperaba.



ALONSO XI, dispuso al momento con el gran justicia de sus reinos, la ejecucion de Don Gonzalo Martinez. Y quando todo quedó arreglado, despues de leérsele al reo la sentencia de muerte, y de decírsele que se dispusiera para morir al dia siguiente á la misma hora en que alzó el puñal para herir al rey, se dirigió este á la estancia que en Palacio se le habia destinado para siempre á su favorita Doña Leonor de Guzman.

La amante de Alonso XI, supo al instante todo lo ocurrido con el rey y el Maestre. La de Guzman pronunció las mismas palabras que el rey:—«*Estaba escrita su muerte*»—Infeliz, dijo despues con lástima; esta es cierta ahora! Sin embargo, si yo puedo salvarlo...

El rey entrô á tiempo de decir su amante las anteriores palabras. Doña Leonor le dijo al verlo:

—Ah, señor; con qué mañana se ejecuta al maestre de Alcántara?

—Mañana, señora: le dijo el rey, dispuesto á contestar sobre el particular con toda la seriedad que le fuera posible.

—Y no quedá alguna esperanza?

—Ninguna, señora; ninguna absolutamente!... Don Gonzalo morirá mañana! El rey de Castilla estaria inoportuno si lo perdonára.

—Y aunque vuestra amante...

—Por Dios, Leonor amada, no os molesteis; porque me veré en la precision de deciros que no... Si yo le perdonára despues del horrible atentado que cometió contra mi persona, si por un momento fuera generoso con ese hombre infame y villano, vuestro amante, señora, se desprestijiaría para siempre... el rey de Castilla seria dominado por esa cáfila de lobos hambrientos que el vulgo llama grandeza, y yo miserables, porque se rien cuando yo lo hago, hablan cuando yo quiero, y al mismo tiempo me muerden á escondidas!... Todo esto vá á cesar, señora! mi padre fué desgraciado, porque era generoso y porque creia que sus cortesanos estaban libres del rigor de la justicia si alguna vez se desmandaban! Hasta la muerte de mi querido padre y mi mayor edad ha sido la monarquia una mentirâ en Castilla, solo ha servido para

que los orgullosos magnantes que siempre la han rodeado, cometieran á su sombra las mayores infamias é injusticias. Los reyes, servian de juguetes á media docena de atrevidos que de todo se apoderaban, solo porque llevaban lo que ellos llaman nobles apellidos y pertenecian á inclitas casas en otro tiempo, ya rebajadas y envilecidas por ellos mismos!... Todo vá á cesar repito; yo daré al trono que he heredado de mis mayores, y que ocupó por la voluntad del cielo, todo el brillo toda la dignidad que debe tener!... Ay, del que ose empañarlo!... desgraciado aquel que inmundo y vilimpendiado trate de cobijarse con el manto de púrpura que lo cubre! Y si alguna vez hay un rey que falte y ultraje á lo que yo le dejaré ileso, caiga sobre su cabeza la maldicion del cielo, y el odio de sus vasallos! — Desde mañana, Leonor mia, verá mi pueblo, que yace abatido y miserable, que su rey se ocupa en su felicidad, y en que su nombre limpio y preclaro como un dia de primavera, se oiga nombrar en todos los ámbitos de la tierra para ser querido y respetado á un tiempo! Yo le haré ver por último, que el grande y el pequeño que se deslice, el noble y el plebeyo que falte alguna vez á su deber, será castigado en proporcion del delito que cometa. El indigno maestre de Alcántara trató de asesinar-me una noche no sé por qué.... faltó á una orden que yo di á la reina delante de vos.... sublevó un pueblo entero para que se negase á recibirme, sufriendo yo semejante bochorno, y no oponiéndome á él porque creí que era espontáneo, que era la voz de un pueblo oprimido que cansado de su horrible situacion, arrostraba el todo por el todo para salir de ella.... y por último, quiso asesinar-me vil y traidoramente! El maestre de Alcántara, Leonor, es un monstruo espantoso, que merece el castigo ya decretado! Su sentencia

de muerte se ha hecho ya patrimonio del pueblo; y esta determinacion sola, ha sido bastante para que conozca que para Alonso XI, todos son iguales ante la ley! Además Don Gonzalo vil instrumento de la reina, osó ofenderos, os arrebatò de vuestro lecho, sabeis para qué? pues para decid á Doña Maria estais vengada, señora; pero yo quiero el premio de mis servicios!.... Semejante pensamiento es solo tambien un horrendo desacato contra mi persona!....

—Engañado estais sobre ese particular, señor.

—Engañado! Delirais?.....

—No, escuchadme:—Don Gonzalo Martinez no ha sido un vil instrumento de la reina; Don Gonzalo no me arrancó de mi casa para servir á Doña Maria: nada de eso; la misma reina ha estado en un error!

—No comprendo.....

—Dejadme concluir;—Si Don Gonzalo ha hecho cuanto sabeis, no ha sido por vengar á la reina, de quien se vende amigo por tener alguna disculpa, ha sido por satisfacer sus deseos, y por vengarse de mí.....

—Luego.....

—Si, me conocia, y os suplico me perdoneis si antes no os he referido cuanto con él he sufrido.

—Hablad! dijo el monarca lleno de curiosidad.

—El maestre de Alcántara, repuso la de Guzman mirando al rey; me conoce desde que yo vivia con mi difunto esposo. Una pasion feroz concibió en el primer momento de conocerme. Sin embargo, disimuló porque era intimo amigo de este; pero cuando murió, cuando me vió sola y libre de los lazos que me unian antes, me declaró su amor en los términos mas horribles. Yo deseché á un hombre que siempre me fué antipático, y condena-

do por su posición al celibatismo. Huí de él cuando ya me perseguía como un loco, fuíme al lado de mi tío Guzman, y le dije mas de veinte veces que lo odiaba, y que nunca accedería á la mas pequeña de sus peticiones. Con efecto, yo lo odiaba, lo aborrecía de muerte; era un hombre, señor, que me hacia odiar hasta el amor, según me lo pintaba. Mas adelante supe que él fué quien mató á mi esposo, porque creía que el único inconveniente que habia para el logro de sus deseos era la presencia de Velasco. El infame lo hizo desaparecer para siempre, y me dijo el mismo dia que me lo trajeron muerto, que ya podíamos ser felices.

—Pasado todo lo que os he referido antes de la muerte de mi esposo, me persiguió con incansable afán, y por último, viendo que yo no accedía, juró vengarse de mí cruelmente, y poseerme á toda costa. Un horrible proyecto puso por obra en seguida.

Doña Leonor calló porque las lágrimas le ahogaron la voz.

—Sigue, sigue, amor mio !..... repuso el monarca con creciente interés.

La de Guzman se pasó por los ojos llenos de lágrimas, un finísimo paño de blanquísima Holanda, y continuó no sin lanzar antes un suspiro, dedicado á los tristísimos tiempos á que se refería :

—Yo tenia en mi servicio una buena y leal muger que me habia criado, y que todavia vive.....

—Su nombre.....

—Munima.

—Perdonad, ya no vive; Munima fué encontrada con el pecho atravesado con un puñal, la noche de vuestra desaparición...

—Infeliz ! y no ha habido esperanza de salvarla?

—Se encontró muerta.—Seguid , seguid vuestra narracion.

—De esa desgraciada se valió el Maestre para lograr sus intentos. Munima fué ganada segun él habia creído, por una porcion de dinero , ese poderoso aliciente que todo lo corrompe y por el que se consigue cuanto se desea.—Munima, sin embargo , no fué ganada por el oro de Don Gonzalo. La infeliz vino á mí un dia toda trémula y llorosa , y me hizo la siguiente declaracion:--Me dijo que el Maestre le habia entregado gruesas cantidades de dinero , y le ofreció un porvenir brillante si me echaba en la comida unos polvos blancos que habia comprado al mas famoso nigromántico , y se le permitia entrar en mi habitacion la noche siguiente al dia en que yo tomase el horrible narcótico. Yo le agradecí á Munima como era natural, su lealtad , y tomando los polvos pensé en un momento el partido que habia de tomar. Le dije á mi aya que le dijera al Maestre que todo lo habia hecho segun sus instrucciones, y que le dejára penetrar en mi dormitorio. Munima me obedeció , y así que llegó la noche y la hora en que él habia de ir , yo me recosté en mi lecho , fingiendo que dormia , y mientras una lámpara ardia en la habitacion próxima á donde yo estaba , en mi dormitorio todo se hallaba en la mas completa oscuridad. La hora se acercó al cabo; ruidos de pasos se oyeron en la estancia alumbrada. Yo entonces comencé á temblar espantosamente , presa de un miedo horrible ; las fuerzas me faltaron , y cuando decidida á pedir socorro , alcé la cabeza un poco , le vi penetrar en el dormitorio. Entonces me acurruqué , y esperé á que el cielo decidiera de mi suerte. Os diré mi ánimo.—Yo habia escondido en mis vestidos un puñal , con el que

le amenazaria para que huyera de mi vista. Despues le diria que iba á dar parte del crimen que queria cometer, y horrorizado por el temor de que se iba á hacer pública su infamia, renunciaria para siempre á sus proyectos.— Vereis lo que sucedió. El Maestre entró en la estancia donde yo estaba y puso una de sus manos sobre mí...., toda yo sentí un estremecimiento involuntario que debió venderme; pero Don Gonzalo nada advirtió. Al contrario, una sonrisa maligna y feroz, acompañada de otros síntomas, creí distinguir en sus horrendos labios. Mis fuerzas se iban enervando, y yo estaba temiendo el instante en que agotadas estas no pudiese dar un grito siquiera. Sin embargo, hice un esfuerzo supremo, y al notar que su aliento inmundo se juntaba con el mio, lancé un grito y me puse de un salto en el suelo.—Infame! acrecaos á mi, venid y probareis el filo de este puñal! le dije con ademan amenazador.

—Y él que hizo? dijo el rey en extremo interesado.

—El Maestre se quedó tan aturdido, que por dos ó tres veces se tocó el pecho y la cabeza, como dudando que estaba despierto. Despues se repuso y me dijo, echándome una terrible mirada.

—Me han vendido!.... pero no desisto!

—Ah, desistireis, le dije yo; porque voy á hacer pública vuestra infamia y villanía, porque me quejaré á la justicia y vos sereis tal vez castigado, sepultándoos para siempre en un calabozo!.... Y sinó consigo que la justicia de la tierra me libre de vuestra odiosa presencia; yo huiré á parte donde no me encontrareis....

—Os engañais, me dijo; á todas partes os he de seguir y ni la justicia, ni el pueblo entero, os creerá.... hablad, decid cuanto gustéis y conseguireis....

—Que el pueblo y el mundo entero os aborrezca! le dije yo indignada.

—Conseguireis.... nada, señora!

—Miserable!

—Adios, Doña Leonor, dijo poniéndose de un salto en la puerta, adios, y vivid en la inteligencia de que sereis mia tarde ó temprano!

—Y el infame desapareció de mi vista en un instante.

—Cielos! y vos qué hicisteis?

—Tirar el puñal lejos de mí y comenzar á llorar con el mayor desconsuelo.

—Y después?

—Después vereis lo que sucedió. Temerosa de que el infame volviese á conseguir sus deseos, tal vez por medios que yo no pudiese evitar, me decidí á dejar mi patria y refugiarme en tierras distantes donde él ignorase siempre mi paradero. Burgos me pareció el mas á propósito, tanto por la inmensa distancia que está de Sevilla, cuanto en la corte, donde siempre hay mas gente que en ninguna otra ciudad, podia vivir descuidada. Así lo creí un poco de tiempo; pero un dia despues que tu alteza saliste de mi casa, sentí ruido de pasos y se me presentó el Maestre furioso, encolerizado, porque habia oído á escondidas, toda nuestra conversacion. A pesar de que yo lo miré con desprecio y le hice salir de un modo imperativo, un miedo espantoso, se apoderó de mí!

Aquí Doña Leonor contó á su amante cuanto el lector sabe del Maestre. Alonso XI la escuchaba con la mayor atencion. Su rostro ora se ponía descolorido, ora indignado; pero siempre atento; sus manos se retorcieron dos ó tres veces, y mientras Leonor le contaba las mayores

maldades de su perseguidor, él decia con voz sorda: «*perdonadle! nunca!....*»

La de Guzman concluyó su relato y dijo despues al rey:

—Hé ahí el motivo que ha hecho cometer á Don Gonzalo lo que vos creiais era por vengar á la reina! El Maestro me dijo que habia de ser suya á toda costa, y sino acude pronto vuestro auxilio, si se retarda un dia mas vuestro amigo, ese jóven valiente y esforzado, á quién debo mi salvacion, indudablemente hubiera conseguido el malvado sus deseos!

—Infame!.... pero decidme..... si vos me hubiérais contado todo esto antes, si yo hubiera sabido que Don Gonzalo era vuestro enemigo, de seguro, no sucede cuanto ha pasado.

—Oh, yo temia confiaros semejante secreto; porque Don Gonzalo seria castigado al instante, y esa sola idea me horrorizaba..... le perdonaba hoy, con la esperanza de que mañana desistiria de su propósito!..... nunca se corregia, y sin embargo yo siempre lo perdonaba! Aun ahora mismo si tu alteza.....

—Jamás!

—Señor.....

—No os canseis, Leonor... el Maestro morirá mañana mismo!

—Mirad, yo lo odio, lo aborrezco de muerte, porque solo él ha sido la causa de todas mis desgracias, señor, de todas! por él perdí un esposo con quien era feliz, por él he vivido lejos de mi patria, toda llena de sobresaltos y temores, y sino hubiera sido por huir de sus persecuciones, no estaria en Burgos, donde una pasion que tal vez allí no hubiese tenido.....

—Te pesa?

—No, ya no; porque muy pronto sereis el padre de mi hijo!

—Oh, qué placer!..... pero mira, estás en un error; lo mismo en Burgos que en Sevilla, me hubieras amado...

—Allí no os conocía.....

—Oh, pero te conocí yo..... y allí te amé la primera vez..... además que nuestro amor estaba escrito en tu destino y en el mío!

—Si viérais, señor, cuanto sufro, cuando piense detenidamente.....

—Sufres?

—Sí: porque crueles presentimientos me anuncian desgracias que yo no he de poder soportar! Vuestra esposa me aborrece de muerte, y con justo motivo, señor! Al mismo tiempo os teme.....

—Luego entonces.....

—Os teme, para de pronto deshacerse de mí..... pero en el momento en que tenga oportunidad..... y creedlo, señor, que si temo, no es por mí.... es por mi hijo! La muerte del maestre de Alcántara servirá de pretesto.....

—Tales temores, Leonor mía, son infundados, y caso de que no fuera así, caso de que la reina tenga semejante pensamiento... Perded cuidado, inocente criatura.... desechad, por Dios, todo temor, que os tiene el rey de Castilla colocada demasiado alta, para que nadie, nadie absolutamente, lo oís? se atreva, no digo á tocaros, pero ni á ofenderos de palabra siquiera. Temeis por nuestro hijo y temeis injustamente... porque, quien osará!.. Tranquilizaos, hermosa mía, tranquilizaos, respecto al porvenir de nuestro hijo, porque no será nunca desgraciado!... casi estoy por asegurarlo.....

Pero dejemos á los dos amantes, preocupada la primera con las ideas ya conocidas del lector: y al segundo tratando de tranquilizarla por todos los medios posibles: y digamos algo á cerca de la reina Doña Maria, que hace tiempo debia ocupar nuestra atencion.

Contentísima estaba en extremo la astuta portuguesa antes de ver á Felipe y á Nuño, cargado el primero con su odiosa rival, y el segundo con el pobre Maestre, que á su entender todo lo que hacia era por ella; y decimos que estaba contentísima, porque se creia libre para siempre de la muger á quien su marido amaba, y por quien ella habia sido tantas veces insultada y despreciada. Doña Maria no cabia en sí de contenta, no porque amase al rey, y creyera que viéndose sin su amante, recurriria á su esposa y trataria, sino de amarla, al menos de vivir con ella en buena armonia, nada de eso; Doña Maria era orgullosa en demasia, era altanera y déspota, y para semejante carácter la escena que medió entre ella el rey y su amante, fué una honda herida que recibió, herida incurable y no satisfecha nunca! La hija del rey de Portugal por otro lado no conocia á su jóven esposo; supo los amores de este y creyó apartarlo pronto porque efectivamente era astuta. Doña Maria creyó un momento que dominaria á Alonso XI; pero cuando vió que era difícil conseguirlo, cuando vió que con nada de cuanto hizo consiguió hacerle variar de propósito entonces se apoderó de ella la rabia mas espantosa y en vez de vengarse de su esposo, juró perder á la muger que lo amaba tanto, y que casi se puede llamar inocente. Ya hemos visto los medios de que se valió Doña Maria para conseguir sus deseos, y cuando mas contenta estaba saboreando su triunfo, cuando veia al rey triste y taciturno, suspirar por el objeto amado de su co-

razon, vió en la plaza de Burgos, cual aparicion fantástica, la cabalgata que conducia á su amigo y á su rival.

Doña María, segun dijimos, lanzó una esclamacion impregnada de todo el veneno que contra la de Guzman abrigaba en su corazon, y en seguida bajóse de la ventana precipitadamente, y dijo con indecible furor, dejándose caer sobre un sillón,

—Maldicion: El rey la ha encontrado!... está escrito que esa muger ha de morir á mis manos!..... no te goces er tu triunfo, rey de Castilla! júrote por quien soy que perderás para siempre á tu amante! ... Oh, sí, para siempre, para siempre!.... ahora mismo si quisiera.... pero no, aguardemos..... en mis entrañas tengo un hijo que si vive será rey de Castilla..... yo le enseñaré á odiarte y á odiar á esa muger! y puede que algun dia....

La mas espantosa sonrisa, asomó á los lábios de la estrangera. Habia concebido una idea cruel, horrorosa. De repente exclamó inmutándose:

—Oh, y el Maestre!.... como venia, cielo, si tendrá Alonso XI la crueldad.... pero no, no se atreverá.... Don Gonzalo es muy poderoso; tiene muchos partidarios y sobre todo es Maestre de una de las órdenes militares..... El rey temerá las consecuencias.... y se mirará mucho en ello!

Esto decia Doña Maria, no conociendo todavia á su esposo, y mientras este ordenaba lo contrario. Así es que cuando supo la estrangera que habia sido sentenciado á muerte el que ella creia su mejor amigo, no pudo contenerse y dió rienda suelta á su coraje con las mas terribles palabras. En su furor pensó primero asesinar al rey.... pero conociendo cuan temerario seria dar semejante paso,

hizo recaer toda su indignacion en la muger que constantemente pedia al rey el perdon de Don Gonzalo. La reina pensó tambien salvarlo , y para el efecto intentó ganar con oro , ruegos y mandatos á los centinelas , que firmes en su deber , no dieron oido á sus palabras. Una idea diabólica se le ocurrió entonces. Doña Maria se sonrió de alegria. **Acto continuo** llamó á una de sus damas con quien tenia mas confianza por haberla traído de su pais , y le dijo cerrando la puerta de su habitacion para no ser sorprendida :

—Inés , necesito tu auxilio para salvar la vida á un hombre.

—Contad con él , mi querida señora : contestò la jóven inclinándose con el mayor respeto.

—Sabes si hay en el alcázar alguna habitacion que caiga encima de la prision de.....

La reina calló porque observó que la jóven se sonreia. Una idea repentina , pero que sin embargo le hirió su orgullo , cruzó por su mente. Se habria figurado Inés que su ama amaba al Maestre? Tal fué el pensamiento que le hizo callar. Doña Maria pensó un momento y conoció que debió antes de prevenir á la jóven. Y aunque ya era tarde , repuso midiendo las palabras que vertia :

—Ya te he contado , mi fiel Inés , cuanto me ha sucedido con su alteza ; ya sabes que nos odiamos de muerte uno y otro , y que la causa de todo es esa muger aborrecible.....

—Continuad.

—Pues bien , en medio de mis dolores , en medio de lo que he sufrido , como consecuencia de cuanto sabes , encontré un caballero de la corte de mi esposo , que viéndome triste , afligida , y lo que es peor insultada y despre-

ciada, se ofreció á vengarme y librarme de la muger causa de todo. Si el maestre de Alcántara tomó á su cargo tan espuesta y difícil demanda, fué solo porque es caballero y no puede soportar que se ofenda á una señora, y mucho mas á una reina! Mi generoso libertador se propuso á toda costa vengarme, y para el efecto fué bastante arrojado y valiente para arrebatarse á Alonso XI su querida y sepultarla en castigo de sus culpas en uno de sus fuertes y seguros castillos, donde jamás seria hallada. Mi venganza, ó mejor dicho la reparacion de las ofensas que se me hicieron sin piedad, quedó reducida á esto solo..... y yo muy contenta, porque mi único deseo era hacerle ver á la pública favorita de Don Alonso, que á una reina no se la ultraja impunemente. Demasiado conoceria esa muger que todo era obra mia, y estoy segura que mas de cuatro veces habrá maldecido en la prision hasta la hora en que conoció al rey. Pero cuando ya me creia yo para siempre libre de la amante de mi marido; me la veo en palacio, cerca de mí, y ocupando el mejor y mas elegante departamento.

—Cómo!.....

—Sí, hija mia, Alonso XI tiene servidores que á mi entender tienen pacto con el diablo, y estos le han traído á su querida..... y lo que es mas al Maestre!

—De modo.....

—De modo, Inés, que Doña Leonor es hoy mas querida que nunca; y mientras ella disfruta en el alcázar mas.... que yo..... Inés! mucho mas..... mientras recibe las caricias de su amante, mi generoso amigo gime en un hondo calabozo....

—Como! acaso el Maestre?....

—Sí, el maestre de Alcántara es el primer caballero

que muere por causa de esa prostituta!... Mañana despues que el sol haya salido, caerà su cabeza como la de un criminal, como la de un facineroso!

—Oh, que horror!... Y pensais?

—Pienso librarlo, Inés; pienso pagarle la deuda que conmigo tiene pendiente! Ya que por mí se encuentra en tan triste y deplorable situacion, no te parece muy justo y natural que yo haga todo lo posible por salvarlo?

—Ah, es muy justo, señora! y si yo en algo os puedo servir, contad conmigo. Disponed de mis escasas fuerzas.

—Sí, hija mia; te necesito.... y espero de tu discrecion....

—Nada temais; pero vais á pedirle al rey el perdon de....

—Nada de eso! nunca!.... entonces todo se habria perdido! El rey.... creeria que yo.... nunca! nunca! Entre las dos hemos de hacerlo todo.

—Y que son dos pobres mugeres para tan arriesgada empresa? dijo la jóven con candidez.

Doña Maria la miró con compasion y le dijo con el mas afable tono:

—Escúchame: Tú aquí no harás mas que obedecer mis órdenes y guardar el mas profundo silencio. Si tienes la desgracia de franquearte aunque sea con alguna de tus compañeras.... pero no, yo espero de tu discrecion y fidelidad que no cometerás ninguna imprudencia; no es eso?

—Oh, descuidad.

—Pues bien, en ese caso voy á decirte lo que necesito saber ahora.... Hay alguna habitacion en el alcázar que caiga precisamente sobre la prision donde yace el infeliz maestro de Alcántara?

—Donde está? preguntó Inés reflexionando un momento.

—Al pié del Terreon que mira á Poniente.

—Oh, sí, el antiguo escudero del difunto rey, Don Fernando, padre de vuestro esposo, nos ha dicho muchas cosas sobre ese calabozo, donde estuvo encerrada bastante tiempo por entonces, una preciosa jóven, que un conde habia sepultado allí para casarse con ella á la fuerza, vió un nigromántico que habia vendido su alma al demonio y que era médico del citado rey Don Fernando. Dice que desde que murió nadie ha entrado en su cuarto, porque todas las noches se ven luces y fantasmas en él.

—Tontería!.... nosotras hemos de ir esta noche al cuarto de ese nigromántico.... nada temais.... al contrario alegraos como yo, porque quizá encontremos alguna bajada al calabozo de Don Gonzalo.

—Señora, delira tu alteza! Al calabozo donde el nigromántico hablaba con el demonio todos los dias?

—Sí.

—Oh!

—Teneis miedo? entonces para nada me servís! retiraos....

—Pero, señora....

—No os dá vergüenza creer en esas patrañas propias para asustar á niños?

—Patrañas!

—Sí, patrañas; el mismo rey me lo ha dicho. Esas palabras que habeis oido al antiguo escudero de Don Fernando el IV, son inventadas para que nadie se acerque á las prisiones. Todos los soldados y aun la mayor parte de los caballeros que hay en el alcázar no pasaran por cuanto oro hay en el mundo no digo por la misma habitacion del

nigromántico, pero ni á cien leguas. De ese modo ha conseguido Alonso XI que los prisioneros que encierra en todos aquellos calabozos y subterráneos; se hallen con la mayor seguridad y casi sin centinelas. Todo cristiano huye del lugar donde cree está el diablo con toda su corte.— Con que no temais, y á la noche, cuando la luna esté en la mitad de su carrera vendreis aquí provista de un farol, las llaves....

—Las llaves! y como se las pido al alcaide?

—Muy facilmente, se las quitais de donde las tiene.

—No comprendo....

—Sois una torpe; escuchadme: vais ahora mismo á su cuarto y le decís de mi parte que yo necesito verlo..... mientras tanto... se las quitais del manajo que tiene colgado detras de la puerta.....

—Y como conozco yo.....

—Me estais desesperando con vuestra torpeza..... Sabéis leer?

—Un poco.

—Todas las llaves están rotuladas..... el mango que corresponde á las habitaciones del judío de Fernando IV, tambien lo están.

—Cómo sabéis.....

—Lo sé; no me preguntéis el como.

—Pero estais segura, señora?

—Segurísima. Con que marchad; sed prudente y no falteis.

—La jóven se inclinó respetuosamente y salió de la estancia de la resuelta Doña Maria, llena de miedo y en estremo agitada. Cómo hacerse con las llaves del departamento del nigromántico? Esta cuestion trajo muy ocupada por largo rato á la fiel dama de la portuguesa. Por

fin se vió en la necesidad de reflexionar. Y cuando una mujer piensa y aguza el entendimiento que naturaleza le ha concedido á todas, rara vez suelen frustrar sus planes. La candorosa dama de Doña Maria, se dirigió resuelta á la alcaldía del alcázar, á la sazón precisamente que el empleado que ocupaba dicha plaza se entretenía con su anciana consorte en destrozar una dorada pierna de cabritoricamente asada, y en acompañar los trozos que tasajaba con sendos tragos de vino tinto de la Mancha.

Era el alcaide del alcázar real de Burgos un hombre de bien á toda prueba. Sus gruesos y colorados mofletes, que contrastaban notablemente con un abultado abdómen terminado en punta, sus ojos pequeños y vivos y su calva cabeza con unos cuantos mechones de pelo de dudoso color, no podían desmentir el concepto que á primera vista formaba cualquiera del carácter del bondadoso alcaide. Desde los tiempos de Don Sancho el Bravo, abuelo de Alonso XI, desempeñaba tan ardua y difícil comision como la de guardar una de las mejores fortalezas del rey de Castilla. Mentira parecia que un hombre tan bonachon y que hablaba mas que siete pudiese desempeñar su cometido por tanto tiempo, sin haber faltado nunca en lo mas minimo.

La dama de Doña Maria llegó á la alcaldía, y haciendo una cortés reverencia, dijo con tono entre risueño y sério:

—Dios guarde á los esposos mas dichosos entre todos los alcaides del mundo!

—Ah, señorita, vos por aqui! dijo el colorado y mofletudo alcaide, llevándose á los labios relucientes de grasa, un blanco paño de hilo para limpiárselos:

—A qué debemos la alta honra,....

—Ola! dijo la jóven sonriéndose: parece que se hace por la vida: y á lo que veo sois aficionado á los buenos bocados!..... Vamos, vamos que de ese modo bien se pueden tener vuestras envidiables carnes!

El alcaide se rió hasta que le faltaron las fuerzas, y despues dijo á su muger:

—No vés qué señorita esta, Marta? Pues no llama á mis carnes envidiables..... cuando yo estoy tan desesperado con ellas?

La buena mujer que hasta entonces no habia comprendido la intencion de las palabras de Inés, tambien soltó el trapo á reir, para hacer el duo á su marido. Mientras tanto no desperdiciaba el tiempo la dama de la reina Doña Maria. Buscaba con la vista donde estaban las llaves, y vió con gran placer que todas se hallaban detrás de la puerta en pequeños manojos, de cuatro y cinco, con su correspondiente letrero encima escrito medio en árabe. Inés que entendia aquella monserga, procuró leerlos todos, sin que entrasen en sospecha el risueño matrimonio. Una dificultad se le ocurrió entonces. Aunque habia mas de cien manojos de llaves todos colgados á una misma altura y todos guardando simetria, necesariamente tenia que echarse de menos á la simple vista, el de la habitacion del nigromántico ya visto y releido por la fiel Inés. Era necesario, pensó la jóven, poner otro en su lugar. Una idea repentina la hizo sonreirse de alegría. En un bolsillo de su trage llevaba las llaves de sus habitaciones.—Estas, dijo entre sí, se pondrán en lugar de las que necesita la reina, mi señora, para librar á ese pobre caballero, sentenciado á muerte por causa tan leve!»

El alcaide y su mujer la anciana Marta, dejaron de sonreirse, diciendo el primero no sin darse antes una pal-

mada en la frente , y de lanzar un voto muy usual entonces :

—Con la risa nos hemos olvidado ofrecer de nuestra pobre comida á esta amable señorita.—Quereis un trocito del asado.,... ó un trago de este buen vino?....

—Se agradece, señor Rodrigo ; pero nada apetezco.

—Como gustéis..... y probar este rico dulce de guinda que la señora Marta.....

—Tampoco , gracias

—Como gustéis : contestò de nuevo el alcaide , volviendo á dar otro ataque á la enorme pata de carnero.

Inés los contempló un momento , y dijo despues con tono de envidia :

—Què dichoso sois , señor Rodrigo !

—Dichoso , señorita ! Yo...

—Oh , quien lo duda... vivís magníficamente con vuestra esposa , que es una santa mujer , teneis poco que hacer , y sobre todo mereceis la confianza de nuestro buen rey Alonso XI.

—En cuanto á lo primero y lo tercero estoy conforme , debiendo advertiros que no extraño poseer la confianza de Alonso XI , cuando tuve tambien la de su padre Don Fernando , y la de su abuelo Don Sancho IV , que Dios tenga á ambos en su santa gloria ! Pero tocante á lo segundo , señorita..... no es verdad lo que decís... los presos me dán que hacer siempre..... aunque no sea mas que quitarme el sueño.... siéndome tan necesario....

Inés se mordió los labios para contener la risa que se agolpó á ellos , y procurando dar á su pregunta toda la naturalidad que pudo , dijo , así como con indiferencia :

—Y teneis muchos presos , señor Rodrigo?....

—No , ahora no hay muchos.... pero tengo uno desde

esta mañana temprano, que me tiene con mas cuidado que si hubiera veinte en el mismo calabozo! Afortunadamente ha puesto el rey cerca de él un valiente que no lo dejaria soltar por cuanto hay en el mundo....

—Un valiente! qué quereis decir?....

—Digo que hay un amigo del rey cerca del preso con el objeto de observar los menores movimientos de éste... Además hay multitud de centinelas....

—Y decís que ese amigo del rey es valiente?

—Valiente como un Cid, y con mas fuerzas que Sanson! Oh, difícil seria que se le escapara el preso al señor Nuño.....

—Nuño se llama?

—Sí, Nuño de nombre y Fajardo de apellido... segun voces que han corrido, relevará á Felipe en el cargo que desempeña en la compañía de los ballesteros del rey.

—Sois un pozo de noticias, señor Rodrigo.....

—Oh, no lo creais..... se vienen ellas rodando...

—Y teneis además una magnífica memoria!

—Sois muy amable.....

—Nada de eso; una magnífica memoria.....

—Como gustéis..... pero calla! qué gente es esa que se dirige á la prision de Don Gonzalo? repuso el alcaide poniéndose de piés para mirar mejor por la ventana que frente de él habia.

Inés y la esposa del gastrónomo alcaide se pusieron tambien de piés. La sorpresa se vió á poco pintada en sus rostros, La dama de doña Maria palideció hasta el punto de parecer un cadáver.

—Qué gente es esa? dijo toda trémula y asustada.

—Voto va! exclamó el alcaide sentándose; pues no nos hemos alarmado todos tontamente!

—Tontamente! dijo Inés con interés. —Luego esos sayones y frailes no vienen por don Gonzalo para conducirlo al cadalso?

—No, vienen á confesarlo... á preparar su alma... y sino ved como no llevan tropas... Pero calla, el rey ha asomado por allí y se agrega á la comitiva.

—El rey! exclamaron á un tiempo Inés y la esposa del alcaide.

—Sí, miradlos..... dijo el buen Rodrigo asomándose precipitadamente á la ventana.

Su esposa se puso cerca de él, y mientras que el alcaide se quitaba su gorro de tela encarnada para saludar á Alonso XI, y su esposa se sonreía de placer al ver el cariñoso saludo que les contestó el rey; la dama de doña Maria sacó con el mayor sigilo las llaves de su cuarto, y dirigiéndose de la misma manera al lugar donde se hallaban colgadas, como dijimos, las de todos los departamentos del alcázar real, las puso en el clavo donde estaban las que necesitaba la reina para librar al Maestre. Inés se apresuró á esconderlas, y despues de despedirse del alcaide y de su mujer la buena Marta, salió precipitadamente de la alcaidía y se dirigió á las habitaciones de doña Maria.

—Qué tenemos? le dijo la reina al verla entrar tan atropelladamente.

—Mucho y nada, señora..... contestó la jóven, casi jadeando.

—Porque no ha venido el Alcaide, como os mandé?

—Por qué no ha sido necesario.

—Qué, teneis las llaves?

—Sí, todas; gracias á una bendita casualidad.....

—Oh, dádmelas! en mi poder estan mucho mas segu-

ras que en el vuestro!.... Pero, por qué me dijisteis que había mucho y nada?

—Porque os traía las llaves, y al mismo tiempo....

—Acaba!

—Y mientras las cogía se dirgía el rey acompañado de una porcion de frailes y sayones á la prision de don Gonzalo.—Irán á anticipar la ejecucion, señora?.... entonces todo es inútil!....

—Perded cuidado.—Todo lo que hacemos dará buen resultado, porque el Maestre no será decapitado hasta mañana. Esta es la orden dada por el rey, y Alonso XI jamás varía las órdenes que dá..... Tal vez esa comitiva que habeis visto, fuera á prepararlo.....

—Eso me dijo el Alcaide

—Y decidme, os habeis hecho con las llaves sin que él sospeche.....

—Nada temais, señora; porque si por acaso echaba de menos el manojo, le he puesto en su lugar otro.

—Ah, valeis un mundo, Inés! semejante idea me ha parecido muy buena.—Con qué no falteis á la hora convenida.

—Descuidad, señora.

La comitiva que Ines vió desde el cuarto del Alcaide iba efectivamente á confesar y preparar á bien morir al infeliz don Gonzalo. La hora en que habia de pagar de una vez todas sus maldades, se acercaba por momentos. La noche, esas terribles horas de oscuridad profunda y de silencio inalterable, donde el criminal se llena de remordimientos y cuando se aumentan los dolores del que padece, le sorprendió en el calabozo desde donde debia de salir para el patíbulo. Entonces fué, cuando al encontrarse solo, atado de piés y manos, en el inmenso sub-

terráneo , que le servia de cárcel , alumbrado solo por la escasa luz de una lámpara casi apagada , entonces fué cuando sintió los remordimientos que toda persona por muy cruel que sea tiene en ese trance solemne é importante de la vida. Dos fantasmas , dos sombras vaporosas , aéreas , creyô percibir don Gonzalo. El marido de la mujer á quien tanto habia amado y ya aborrecia , y á la infiel Munima , creyó distinguir el Maestre en aquellas dos sombras que le miraban de una manera espantosa.

—Oh , alejaos , alejaos , horribles fantasmas !... huid , huid de mi vista..... pero perdonadme antes !...

—Esclamó queriendo estender hácia ella sus manos ; deseo que no pudo conseguir porque las macizas argollas de hierro se negaban tenazmente á complacerle :

—Oh , huid !... y tened compasion de mí !

Volvió á decir con voz ténue y suplicante é inclinando la cabeza sobre su levantado y ardiente pecho , cuya respiracion era en estremo agitada.

Contigua á la habitacion donde suspiraba y gemia el Maestre de los caballeros de Alcántara , habia otro calabozo asaz conocido de nuestros lectores , por haber padecido en él todo lo que dejamos referido en la primera parte de esta obra , la infeliz amante de uno de los hermanos Carbajales. La estrecha y oscura escalera de caracol que conducia á las habitaciones ocupadas en otro tiempo por Aben-Ahllamar , se hallaba ostruida por una puerta de macizo hierro , cerrada con enormes candados y llaves de difícil construccion. Todo esto se hallaba por la parte interior del caracol. Otra lámpara de luz tan débil y opaca como la que habia en el calabozo del Maestre , pendia de la arqueada bóveda. Esta habitacion servia para el centinela mas inmediato al Maestre. Nuño Fajardo se

ofreció á desempeñar dicha plaza, para hacerse digno, como dijo á Felipe, del favor que el rey le iba hacer. No habrá olvidado el lector que don Alonso habia dicho que Nuño seria el capitan de sus tropas, despues que el amante de Elvira pasase á ocupar otros destinos de mas importancia y categoría.

La hora señalada por doña Maria para librar al maestro de Alcántara, se acercaba por momentos. La esposa de Alonso XI la esperaba con vivos deseos desde que concibiera la idea de salvarlo. Doña Maria estaba segura y convencida que saldria con bien de su empresa. Las horas que mediaron desde las oraciones hasta que se presentó Inés, las pasó la portuguesa en formar planes y hacer comentarios.

—Salvemos ahora, dijo, al Maestro, á ese noble y generoso amigo que todo lo que sufre es por mi causa... y despues lugar tendré de vengarme... lugar tendré de hacer desaparecer para siempre á la amante de mi odioso esposo.—Oh, me vengaré, si..... no le durará mucho á Alonso XI la mujer á quien tanto ama, y por quien olvida y desprecia á su esposa..... á la mujer que dentro de poco será la madre de su hijo!....

Doña Maria calló de pronto porque sintió ruido de pasos.

—Inés?... dijo con cuidado.

Los pasos se oian cada vez mas de cerca; pero nadie contestó. La reina temió por un momento.

—Inés! volvió á decir saliendo al encuentro de la persona que se acercaba.

—Inés soy, señora: contestó la jóven.

Ah, me habeis asustado..... por qué no me habeis contestado?

—No os he oído hasta ahora.

—Traes la linterna.

—Todo.

—Pues en marcha!

Doña María se echó un capuchon que la cubrió de arriba abajo. Inés iba tambien de la misma manera. La reina y su dama atravesaron multitud de salones y galerías desiertas antes de llegar al torreón que habitó Aben-Alhamar. Talmente parecían dos fantasmas que vagaban silenciosas en la oscuridad. Al fin llegaron á la puerta que daba entrada á la estancia del nigromántico; aquella puerta que en otro tiempo se acercaron á ella tantas personas, deseosas de saber los misterios del porvenir.

—Hemos llegado, señora? dijo Inés sin poder ocultar el miedo que empezaba á apoderarse de ella.

—Sí, hemos llegado..... dádme las llaves.

—Por Dios, señora..... abrid con cuidado! Oh... acordaos de que el ánima del nigromántico.....

—Necia! silencio! exclamó la reina dando la última vuelta á la tambien última llave, que quedaba por abrir.

La puerta se abrió de par en par á impulso de un fuerte empuje que dió la mujer de Alonso XI.

—Jesus mil veces! exclamó la jóven, santiguándose multitud de veces.

Una enorme bocanada de aire detenido y condensado salió por la puerta con la misma fuerza que lleva el agua de un torrente, cuando le quitan el dique que la contiene.

—Oh, es el alma del judío!.... dijo Inés apartándose á un lado.

—Dádme el farol, y retiraos si teneis miedo! repuse la reina, de mal humor.

—Señora.....

—Dádme la luz!

Inés obedeció temblando. Doña Maria penetró en la estancia con paso firme y resuelto. Nada habia en ella mas que los mismos muebles que dejó el judío matador de Fernando IV, con una capa blanca y compacta de polvo. Hacia diez y ocho años que alma viviente no habia pisado aquellos sitios. La valerosa Doña Maria se sonrió con incredulidad, y dijo á su dama:

—Entrad, inocente, entrad; y veréis como yo al alma del judío.

Inés entró un tanto animada.

—Os convenceis como todo era una mentira?—Ahora registrad conmigo y ved si encontrais alguna puerta ó resorte..... dijo Doña Maria buscando y rebuscando por todos lados. Sus manos blancas y finas como el armiño pasaban por las ennegrecidas paredes una y otra vez, con el objeto de encontrar algun boton ó resorte que le abriera paso al calabozo de Don Gonzalo. La diestra de Doña Maria encontró un obstáculo en su marcha.

—Aquí, Inés, aquí!

La jóven acudió presurosa.

—Qué ocurre? dijo descolorida.

—Acerca la luz donde yo tengo mi mano derecha.

Inés obedeció. Los ojos de la reina brillaron de alegría.

—He encontrado lo que deseaba! dijo lanzando una exclamacion que revelaba todo el contento que de su alma se habia apoderado. Veis ese boton dorado que apenas sale de la pared media pulgada ó menos?

—Sí.

—Pues bien, ya veréis lo que es.

Y la reina apretó hácia dentro el resorte. La pared se abrió, permitiendo dejar pasar á Doña Maria á una estrecha escalera que se ofreció á su vista.

—Maldicion! exclamó: es un escondite que dá al piso superior.—Todo se ha perdido, porque no he encontrado en mi minuciosa revista ningun otro resorte!

—Y qué haremos, señora?

—No lo sé, contestò la reina dando al boton para que la pared se cerrára.

—Vais á practicar otro reconocimiento?

—Si, si, alumbradme! otro... y otro mas, si es preciso!

Y Doña Maria comenzó á verlo y á tocarlo todo de nuevo. Sus pesquisas fueron inútiles.

—Oh, desgracia! dijo dando en el suelo fuertemente con su pié derecho.

La losa, herida por el pié de la reina, retembló como si estuviera en el aire. Doña Maria se separó de ella y se agachó para verla.

—Esta losa, dijo tocándola con cuidado, no es de piedra.

—No..... pues de qué quereis que sea?

—Su sonido es particular!.... la madera pintada..... á ver, alzádla de ese lado mientras yo lo hago por este..... Quiera el cielo!....

La losa cedió al empuje, y un ancho boqueron con un escalon de piedra negro y húmedo como las de los sepúlcros, se presentó á la vista de la extranjera.

—Loado sea Dios! dijo alzando las manos al cielo.—Esta es la escalera, Inès..... el cielo nos protege.

—Y pensais descender por ella?

—Ahora mismo..... Me seguis?

—Sí, porque mas miedo me daría quedarme aquí sola.—Os sigo, señora.

Doña Maria comenzó á bajar los resbaladizos escalones. Su dama la siguió con el farol, cuya luz apenas alumbraba, porque un fuerte aire que soplabá de la parte de abajo, la hacía oscilar demasiado.

—Cuidado, señora..... bajad con cuidado por esta endemoniada escalera.....

—Silencio! pueden oirnos ahora!

—Pero ha llegado tu alteza al término de este maldito caracol?

—No, quizá esté en la mitad..... es interminable!

Una bocanada de aire, que pasó silvando por las dos cabezas de las dos jóvenes, apagó la luz de la linterna.

—Señora, señora!,... Oh, qué horror! sola y á oscuras.....

—No griteis! silencio!.... he oído suspirar y creo que muy pronto hallaremos al Maestre..... silencio!.... Pero calla! aquí hay una puerta..... dadme las llaves, porque está llena de candados.....

Inés se acercó con mil trabajos á la reina y le entregó el manojo de llaves. Entonces Doña Maria abrió la maciza puerta y creyó encontrarse despues en un subterráneo á juzgar por el ruido tan repetido de sus pasos.

—Inés.... Inés.... dijo la reina en voz baja.

—Aquí estoy, señora.

—Veis algo?

—Nada absolutamente. Aunque me parece oir un suspiro....

—Un suspiro!

—Sí, y creo que....

—Callad, callad.... esa es la voz de Don Gonzalo.

—Quién me llama? contestó una voz desde el fondo de la oscuridad.

—Yo, maestre de Alcántara.... no me conoceis?

—Oh, todo lo he perdido en esta mansion!.... no os conozco!.... pero á qué venís aquí? quién sois? qué queréis?

—Vengo á salvaros!

—A salvarme! por dónde si este calabozo no tiene mas que una puerta....

—Oh, no os cuideis de eso!,... el cielo me ha facilitado un camino por el que os salvareis.... dónde estais?...

—Aquí en este rincon y postrado en el lecho del dolor!.... pero quién sois? oh, decídmelo, por Dios!....

—Pero no me habeis conocido todavía?.... es extraño!

—Perdonad..... sin embargo.... esa voz, esa vez es de...

—De la reina de Castilla!

—Cielos! vos aquí, señora! Ah, él me envia con vos mi salvacion!—Dónde estais? deseo besar vuestras manos.... daros gracias de rodillas! ...

Un hombre se acercó á Doña Maria, y quiso precipitarse á sus piés.

—No, alzá; no merezco ciertamente.... con esto os pago una deuda, Don Gonzalo..... no perdamos tiempo; estais armado ó cubierto con alguna capa, á fin de que no os conozcan?

—Sí: perded cuidado, generosa libertadora.... no os comprometeré!

—Bien, seguidme.... Inés irá cerrando las puertas.

Despues de mil trabajos y tropiezos llegaron á la habitacion en otro tiempo ocupada por Aben-Alhamar. El

Maestre llevaba cubierto el rostro hasta los ojos ; pero semejante precaucion hubiera sido innecesaria porque la noche estaba en extremo oscura. Al llegar á la morada del antiguo nigromántico, se precipitó á los piés de Doña Maria, exclamando al mismo tiempo:

—Ah, señora.... cuánto os debo!

—Alzad, Don Gonzalo, alzad, y huid cuanto antes de Burgos ! la menor dilacion os podia costar la vida, tan arriesgadamente salvada.

—Con qué libre!.... oh, señora ; y cómo os pagaré yo tamaño bien ?—libre?.... gracias , generosa reina , gracias !,...

—Sí, libre estais. ... pero no os detengais, maestre de Alcántara.... huid antes que os sorprenda el dia en estas regiones !.... Sabreis salir del alcázar?

—Conozco demasiado bien todas sus entradas y salidas, señora...

—Pues entonces á Dios , y que el cielo os siga concediendo su proteccion !

—A Dios, señora, él os colme de ventura, en premio de vuestro generoso proceder!... Contad siempre con mi vida, señora.... contad con mi poder.... con mi espada y con todo cuanto me pertenezca.... en mí siempre tendreis un amigo.... que digo un amigo , un esclavo que besará lleno de reconocimiento la huella que deje vuestros piés sobre la tierra !

—Cesad por Dios , amigo mio ; lo que he hecho estaba en mi deber !....

—Sin embargo, es un inmenso favor!.... pero no creais, si yo me alegro de verme libre no es por mí, no.... la vida me es indiferente.... todo es por tu alteza, señora, por tu alteza á quien vengaré completamente, que-

dando yo tambien satisfecho con la venganza que medito!

—Gracias, Don Gonzalo.... me haceis un favor infinito.... porque la prostituta, causa de mis males, vive en palacio como señora y reina absoluta de él.... mientras que yo....

—Basta, señora !.... os juro que quedareis suficientemente vengada !—Me marchó, porque ya comienza á despuntar la aurora.

—Sí, venganza, amigo mio, venganza! exclamó la reina fuera de sí de contento y alargando su diestra al Maestre.

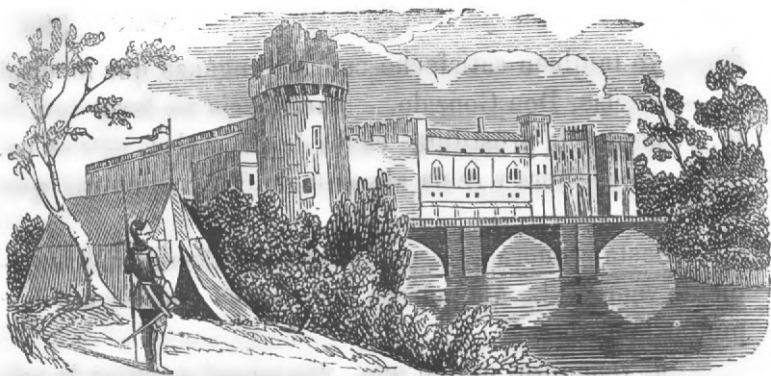
Este se apresuró á besarla con respeto, y despues desapareció por las galerías del Alcázar, envuelto en su larga y oscura capa de vellorí.

Doña Maria cerró la estancia del nigromántico y entregó las llaves á su dama. Despues se dirigió á sus habitaciones, y echándose rendida sobre una poltrona, dijo con gozo indecible:

—Lo he salvado !... mañana el rey bramará de coraje cuando se halle sin el Maestre! oh placer!... comienza mi venganza!

La reina habia salvado á Don Gonzalo para dar principio á su venganza.





CAPITULO XXVI.

De como la reina Doña Maria vió una cosa que le hizo dudar si estaba despierta ó dormida.



EL día en que iba á ser ejecutado el maestre de Alcántara, amaneció claro y magnífico. Los fieles habitantes de la noble ciudad de Burgos se despertaron al son lúgubre de las campanas y á los gritos de :— *Van á ajusticiar un reo.* La plaza mayor, contigua al alcázar de los reyes, se hallaba imponente, casi aterradora. Grandes paños de tela negra con flecos y adornos de seda amarilla, pendían de todos los balcones y ventanas. Un enorme cadalso de tablas, pero vestido todo él de negro, con anchas y cómodas gradas de madera, se elevaba en medio de la plaza, grave, imponente como los mausoleos en las mansiones sepulcrales. Una cosa habia que era lo

que mas imponia y lo que acababa de completar tan fúnebre aparato: Al pié del cadalso y junto á la espaciosa grada se veía un pequeño dosél de terciopelo negro galoneado de oro, en cuyo centro se hallaba un crucifijo alumbrado por cuatro velas amarillas. En aquel altar debia el reo encomendarse al Ser Supremo por la última vez. Multitud de centinelas armados de punta en blanco rodeaban el patíbulo y cuidaban que la muchedumbre no se agolpase en su derredor. Esta, que bullia por toda la plaza y sus calles adyacentes, como las abejas alrededor de la colmena, producian un rumor sordo y profundo que el eco repetia de una manera siniestra y espantosa. Por lo demás, lo mismo era el pueblo de la edad media que el de nuestros dias. Aquel lo mismo que esté asistia á esos espectáculos horrendos en que se vé morir á hombres, que tal vez sean inocentes, con la misma sangre fria, con el mismo placer que si presenciáran una fiesta de toros ó un reñido torneo. Pero dejemos estas reflexiones que solo sirven para entristecer el alma; y digamos algo de la reina Doña Maria, que cansada y rendida de los trabajos de la noche pasada, se habia entregado á Morfeo, muy agena de cuanto pasaba cerca de la plaza. Doña Maria creyó percibir entre sueños un ruido particular que llegaba á su oido casi muerto y apagado; pero no podia atribuirlo á otra cosa que á ilusiones de su imaginacion. Sin embargo, el ruido de las trompetas y chirimías de una compañía de tropa que pasaba por la plaza para situarse en el alcázar, la despertó de una vez, y la hizo entrar en deseos de averiguar lo que ocurría. Vistióse sola, precipitadamente, y cuando se halló en disposicion de poderse asomar á una de las ventanas, la abrió al instante y miró al tra-

vés de la celosía todo cuanto había en la plaza.

—Cielos! exclamó, tan pálida como un cadáver: qué es lo que veo!

Pero reflexionando un instante, dijo algo mas tranquila:

—Ya caigo; no han echado de menos al Maestre, y estan haciendo los preparativos como si lo tuvieran en su poder!—Necios! qué chasco tan solemne se van á llevar!

Y Doña Maria lo miraba todo despacio una y otra vez; y se sonreia interiormente de alegria al ver la impaciencia del público, y al ver preparar al verdugo con la mayor tranquilidad la enorme hacha de agudo filo que á tantos habia cortado el sutil hilo de la vida. Indecible era el contento que experimentaba la esposa de Alonso XI al considerar solo la indignacion que se apoderaria del ánimo del rey cuando los sayones le noticiasen la sorprendente desaparicion del Maestre, y lo triste y cabizbajo que se retiraria aquel pueblo, convidado á presenciar uno de los espectáculos donde mas goza.

—Y todo lo ha hecho una muger sola! dijo admirándose ella misma.

La multitud comenzó á moverse espontáneamente, pareciendo talmente los oleajes del mar cuando la tempestad empieza á asomar por el horizonte. El pueblo habia hecho aquel movimiento tan natural y visto, porque los heraldos anunciaron la presencia de su alteza.

Con efecto, Alonso XI se presentó en un balcon del alcázar, todo vestido de negro, y acompañado de una infinidad de personajes. La cabeza de Felipe, se veía tambien entre las de los demás cortesanos.

Un grito unánime de *viva el rey!* que pronunció la

multitud entusiasmada , fué la acogida que tuvo el joven Monarca.

Doña Maria se retorció las manos , y dijo con rabia:
—Todos le aman!

Despues observó cuantos movimientos hacia el rey, y vió con estraneza que llamó á Felipe y le habló al oído. El amante de Elvira desapareció al instante del balcon. La reina esclamó , mirándole fijamente:

—Tambien aborrezco á ese hombre!

La hora se acercaba al fin. Don Alonso hizo seña al justicia y á los soldados para que trajeran el reo. Doña Maria no sabia lo que le pasaba... alegria , temor , todo lo tenia... El momento de descubrirse la desaparicion de Don Gonzalo habia llegado...

—Pero qué es esto ! esclamó , casi describiendo la celosia , el pueblo abre calle á una compania... vienen frailes , pages , escuderos... qué es eso? Ah , maldicion, allí está Don Gonzalo !...

Doña Maria se pasó veinte veces las manos por el rostro , por los ojos , por todo su cuerpo... —Qué es esto! dijo casi fuera de sí: estoy despierta ó dormida? qué es lo que veo ! el Maestre , sí , el Maestre.... pero si anoche.... qué me pasa , señor ! esto es espantoso !.... Los infiernos protejen al rey ! Infeliz Don Gonzalo ! dijo despues mas serena y volviendo á ocupar el sitio de la ventana. Doña Maria se convenció entonces de que cuanto veía no era un sueño , sino todo pura realidad ; porque el Maestre de Alcántara se presentó en efecto rodeado de soldados , de frailes y sayones , y seguido de los pages y criados de su casa , todos con enormes cirios en las manos.

Don Gonzalo salió del alcázar con paso firme y seguro. Su rostro estaba pálido como el de un cadáver ; sus

ojos desencajados y sus labios cárdenos. Pero en medio de estos síntomas de temor, ó tal vez de rabia reconcentrada, veíase pintada en su semblante cierta conformidad, y sus miradas eran de vez en cuando dulces y resignadas. Dos frailes, uno de ellos con un enorme crucifijo de madera, caminaban á su lado y no cesaban de hablarle del trance por el que iba á pasar, para despues presentarse al Divino Juez á dar cuenta de su vida pasada. El Maestro aparentaba escucharlos con la mayor atencion: pero á juzgar por los movimientos que con frecuencia hacian sus facciones, veíase claramente que mas le desagradaban las palabras de los frailes que otra cosa.

Un murmullo sordo y ronco á un tiempo, como los que salen del centro del mar cuando comienza la tempestad á formarse, salió de las filas del pueblo, alegre ya, porque se iba á efectuar para lo que habian sido llamados.

La comitiva que conducia al preso, llegó al cabo al pié del cadalso. La multitud se agitó de nuevo. Todas las miradas se dirigieron entonces al altar grave y sencillo que habia junto á las gradas del cadalso. El Maestro de los caballeros de Alcántara hincó ambas rodillas en tierra, y reclinó la cabeza sobre el pié del retablo. El mas profundo silencio sucedió á la agitacion y al ruido que reinaba entre las masas compactas de la plebe. Los mas inmediatos al alcázar real y á las habitaciones ocupadas por la reina, creyeron oír la siguiente exclamacion:

—Infeliz!

Don Gonzalo acabó de orar, levantóse con serenidad, é inclinó tres veces la cabeza ante el crucifijo, Rey del universo. Una gruesa lágrima, sola, la única que habia

derramado en su vida , rodó magestuosamente por sus mejillas , hasta esconderse en su negra y espesa barba.

Los atambores comenzaron de nuevo el tristísimo toque que habia traído desde que la comitiva saliera del alcázar.

Uno de los frailes preguntó al Maestre , así que este abandonó el altar , donde con tanto respeto y religion se dirigió á Dios , para que no lo abandonára en trance tan tremendo :

—Os habeis reconciliado ya , hijo mio?

—Ya , padre.... antes de salir de la prision....

—Bien , basta ; y....

—Que os detiene?

—Perdonais?

—A todos , padre mio !

—Gracias sean dadas al Altísimo !... la luz divina ha penetrado en vuestra alma , hijo mio ! Creeis en Dios?

—Creo , padre.

—Creeis en todos los misterios de su religion , en su muerte y pasion?...

—En todo , contestó el Maestre con voz desfallecida.

—Y estais convicto y confeso....

—Tambien.

—Luego estareis arrepentido de todas vuestras culpas?

—Sí , padre ; he maldecido mas de una vez la fatalidad....

Don Gonzalo calló , miró á todos lados con tranquilidad , y dijo despues al sacerdote :

—Subamos á la muerte!

—Es verdad , hijo mio : pero despues.... Dios es en extremo misericordioso , y os tenderá una mano piado-

sa... En la corte del Rey de los reyes, sereis mas dichoso que en la del rey de Castilla!

Don Gonzalo movió la cabeza, y repuso al instante:

—Subamos, padre.

Con efecto, el Maestre comenzó á subir los peldaños con la mayor serenidad. Un hombre de aspecto horrible le esperaba en el tablado, vestido de encarnado y apoyándose sobre el hacha, como pudiera hacerlo un rey con el cetro. El Maestre y los frailes llegaron á lo alto del tablado.

—Valor, hijo mio, valor hasta el último instante, dijo uno de los frailes.

—Lo tengo, padre.... la muerte no ha arredrado nunca al Maestre de Alcántara!

—Sí, pero ved que vais á comparecer ante Dios....

—El tendrá misericordia de mí....

Apenas habia el Maestre acabado de pronunciar las anteriores palabras, cuando se acercó á él el verdugo, y le ató las manos con la mayor tranquilidad....

Un momento despues se veía á Don Gonzalo mas pálido que nunca, aferrado fuertemente á un banco de madera, donde tenia echada la cabeza. La multitud no desperdiciaba el menor movimiento de cuanto se hacia en el tablado.

El momento funesto se acercaba. El horrible verdugo movia con alegria el cortante instrumento.

Un clarin ronco, de sonido lúgubre, casi mortuario, se oyó por todos los ámbitos de la plaza. Entonces aquel pueblo que hasta allí habia gozado y reídose, como si asistiera á una funcion, se llenó de terror. En todos los rostros se vió pintada con los mas vivos síntomas la lástima y el dolor.

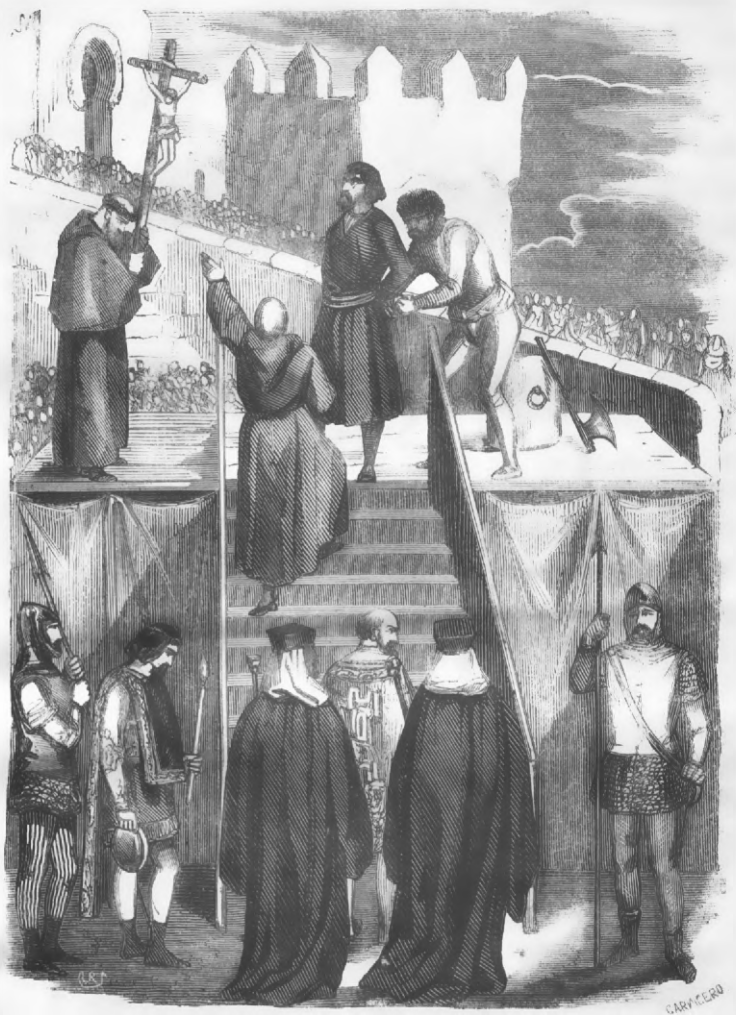


Lámina 10.



—Hijo mio , dijo uno de los frailes alzando el crucifijo que llevaba : Ved á Dios.... que á pesar de su poder padeció y se vió en peor trance que vos..... pensad en él , tened confianza en su infinita misericordia!...

El clarin se oyó por segunda vez.

—Ya no os queda mas que un corto momento , hijo mio.... dentro de un instante os hallareis á presencia del Dios que murió por vos..., pensad en él , acordaos de lo que sufrió y perdonad á vuestros enemigos , si los tenéis , como él perdonó á los suyos!

El Maestre dirigió entonces su errante vista al sitio donde estaba el rey.

—Perdonad , hijo mio , perdonad.... y creed en este Dios justo y magnánimo....

El clarin se oyó por tercera vez.

Y apenas el eco repetía el lúgubre sonido , cuando la cabeza del Maestre rodó por el tablado separada del cuerpo , y en el momento de decir Don Gonzalo con voz clara é inteligible :

—Creo , padre mio.... creo y perdo....

Sus espirantes labios no pudieron concluir la frase.

La voz chillona de un faraute anunció á la muchedumbre la muerte del Maestre , y entonces aquel pueblo que habia asistido contento y alegre á presenciar la muerte de un hombre , se retiró triste y cabizbajo , terriblemente impresionado. Pero á los dos dias ya no se hablaba ni del Maestre , ni del espectáculo anteriormente descrito. Al contrario , si hubiera habido otra ejecucion hubiese asistido tan alegre y contento como siempre , para salir triste y preocupado un pequeño momento .

Al rodar por el tablado la cabeza del Maestre de Alcántara , saltó Doña Maria de la ventana , exclamando

entre horrorizada y furiosa: Venganza! venganza!... Don Gonzalo.... vuestra muerte será vengada hoy mismo!... ahora....

Y salió precipitadamente de su estancia murmurando con feroz alegría:

—Rey de Castilla, has presenciado sin inmutarte la muerte de un inocente; júrote que al saber la de tu amada, no te has de quedar tan impasible!

Y se dirigió al departamento que en el alcázar ocupaba la amante de Alonso XI. La puerta que daba entrada á él se hallaba entornada y sin ningun centinela que la guardase. Doña Maria la empujó con idecible gozo y penetró en una pequeña habitacion tambien sola. La portuguesa abrió otra y otra puerta y al cabo se halló en la misma habitacion donde Doña Leonor de Guzman lloraba la muerte de su mas mortal enemigo.

Antes de seguir tenemos que dejar consignado que al penetrar la reina en la vivienda ocupada por la querida de su marido, se vió correr á una persona por la galeria. Era Felipe que iba en busca del rey para decirle que su esposa habia entrado en el departamento de Doña Leonor de Guzman. Como dijimos mas arriba, la reina penetró en la estancia de la amante de Alonso XI. Esta miró sorprendida á la extranjera, y dijo atónita y medio confusa, poniéndose de piés:

—Señora...

Doña Maria la miró con indecible rabia, y le dijo acercándose á ella pálida y desencajada de cólera:

—Don Gonzalo acaba de espirar en un cadalso!...

—Ah, lo sé.... lo sé, señora! contestó con sentimiento la jóven.

—Oh, y tanto como lo sabeis, infame!... por vos ha

muerto.... por vos ha espirado afrentosamente en un cadalso!... vos sola sois bastante para vengar su muerte!— Señora, vais á cesar en vuestra carrera criminal.... ahora mismo dejareis de ser la pública querida de mi esposo!....

Y la reina sacó un agudo puñal, y lo hizo brillar en el aire, con feroz y espantosa sonrisa.

—Ah, perdon, señora! yo soy inocente.... perdon!.... exclamó la interesante dama de Don Alonso, cayendo de rodillas, y tendiendo hácia la reina en señal de súplica sus preciosas y blancas manos.

—No, no hay perdon! morireis.... ya estoy cansada de sufrir por vuestra causa! Sabeis, miserable lo que es ultrajar á una reina!

—Perdon! soy inocente.... yo no os ultrajo!

—Oh, no os perdono.... la muerte del Maestre está pidiendo una enérgica y pronta reparacion.... La esposa de vuestro amante será vuestro verdugo! Y la reina alzó de nuevo el puñal.

—Cielos! socorro.... exclamó Doña Leonor, cayendo desmayada.

—No, no hay piedad! El Maestre de Alcántara será vengado! exclamó la reina haciendo brillar de nuevo en el aire su agudo puñal.

Pero en el mismo momento que se disponia á sepultarlo en el pecho de su rival, se apareció de repente el rey, y le dijo precipitándose sobre Doña Maria, casi ciego de furor:

—Infeliz!

La reina dejó caer el arma homicida, y miró al rey entre sorprendida y furiosa, exclamando al mismo tiempo con sordo acento:

—Maldicion!

—Qué haciais , desgraciada! dijo Alonso XI.

La reina miró á su esposo con altanería , y guardó silencio.

—Vive Dios , señora , repuso este , que estais por demás imprudente!.... No habeis hecho caso de mi primer aviso , y me veré en la precision de imponeros un castigo.... propio de vuestra clase. Mi voluntad es irrevocable , señora..... Ya lo sabeis.... El Maestre me ha faltado , me ha desobedecido , y ha muerto en un cadalso.... vos tambien faltais , y no puedo menos de castigaros.... Felipe? Felipe.... dijo el rey llamando á gritos al amante de Elvira de Luna.

El hijo de Piedad se presentó en la estancia.

—Preparaos á partir mañana mismo.... Vais á tener el honor de conducir á su patria á mi querida esposa!

La reina miró sorprendida á Alonso XI.

—Sí, señora , marchareis á Portugal , accediendo á vuestros deseos.... Retiraos , amigo mio....

Felipe desapareció en seguida.

El rey repuso al instante :

—Ya sabeis mi determinacion , señora : dentro de un momento firmareis nuestra separacion. Ved de lo que ha servido vuestra tenacidad. El Maestre de Alcántara , grande amigo vuestro.... ha muerto en un cadalso.... vos volveis á poder del rey de Portugal , donde sereis libre , hasta tanto que mi honor....

—Rey de Castilla!

—Os ofendo? callaré , señora.... pero ahora recuerdo que vuestra fama padece terriblemente si os marchais.... El Maestre era íntimo de vos.... ha muerto por mi orden , y si partís para Portugal , vuestro pais natal , el pú-

blico, que de suyo es malicioso y comenta á su antojo cuanto pasa en las altas regiones....

—Pues bien, rey de Castilla, esa notá tanto infama vuestro honor como el mio! soy inocente, creedme.... y al mismo tiempo me declaro vencida! Os juro por lo mas sagrado....

—Seguid, seguid!....

—Que esa mujer no será perseguida....

—Basta, señora.... tomad mi mano, y vivid en la inteligencia de que ocupareis siempre á mi lado el lugar que os corresponde! El rey de Castilla sabrá dar á su esposa y amiga el lugar que debe ocupar.

—Pero si faltais....

—Oh, descuidad, descuidad! dijo la reina con feroz sonrisa.

Y á poco salió de la estancia, firme y resuelta á cumplir su palabra.

Don Alonso se acercó á su amante, que aun permanecía desmayada, y dijo sentándola en el mismo sillón que ocupaba cuando entró la reina.

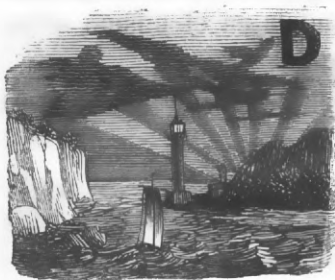
—Socorramos á esta infeliz, que harto desgraciada es con solo amarme!





CAPITULO XXVII.

En el que se vén varias escenas, que serán las últimas de esta segunda parte, porque así convino al primitivo narrador de estos hechos, cuyo nombre se ignora hasta la presente.



Doña Leonor salió gozosa en estremo de la habitacion que ocupaba en el alcázar la amante de su marido. Estrañó habrá parecido al lector que la reina se hubiese conformado tan pronto y prometidole á su esposo una cosa por la que habia arros-
trado tantos trabajos y sacrificios. Doña Maria habia dicho de buenas á primeras al rey, que la de Guzman no seria mas, perseguida. Le habia dicho en resumidas cuentas :—« Rey de Castilla , vivid tranquilo respeto á vuestra querida, que mi odio hácia ella si no ha cesado, no será manifestado nunca ! Seguid amándola, que vuestra es-

posa aparentará no saberlo.» Ciertamente que es incomprendible todo esto. Pero nosotros que estábamos tan llenos de admiración como nuestros lectores, nos apresuramos á buscar en los cronicones de aquella época el motivo ó causa que la reina tuviese para obrar de la manera que ya sabemos y que es causa de nuestro asombro.

Doña Maria se habia convencido que mientras viviese el rey, nada podria hacer contra su amante. Doña Maria llegó á conocer perfectamente á su esposo, y sabia que si no desistia de sus proyectos contra la de Guzman, era muy capaz Alonso XI de mandarla á Portugal con sus padres, para siempre separarse de ella. Semejante paso lo temia en extremo la portuguesa, porque era orgullosa cual nadie, y este recibia un golpe mortal; golpe que ella temia mucho mas que cuantos desprecios y ultrajes recibiera del rey, todo por causa de su amante. Porque qué dirian sus padres, Portugal, Castilla, el mundo entero si llegase el caso de que el rey hiciese lo que habia dicho?

—Oh, exclamó la reina: el mundo entero se reiria de mí; murmuraria grandemente á mi costa y Doña Leonor se gozaria en mi derrota... y se veria libre de mí... nada, nada, disimulemos.... aguardemos un poco.... espere-mos la oportunidad.... para vengar al Maestre y vengarme yo!.... rey de Castilla, somos amigos ahora..... eso quiero.... porque contra tí nada puedo hacer.... lo confieso; pero contra tu amante.... el tiempo lo dirá! De mis labios no saldrá una palabra que la ofenda.... Te lo he jurado y lo cumpliré: tus oidos no volverán á escuchar mas quejas y palabras de odio.... pero en mi corazon iré amontonando odio sobre odio, desprecio sobre desprecio, hasta que llegue el dia en que pueda verter todo este veneno oculto y reconcentrado, sobre la cabeza de la mu-

jer que es mas que yo en Castilla!.... Y si guardo silencio, si me ví en la necesidad de pedir os capitulacion, precisamente en el momento en que iba á satisfacer mi venganza; no era porque os temiese, sino porque de verme humillada y despreciada, mejor consiento, mejor tolero vuestros escandalosos amores, que no el mundo se divierta con mi honra y..., he hecho perfectísimamente.... callaré ahora para hablar despues.... padeceré hoy para reir y gozar mañana. . Ah, Doña Leonor y qué caro os vá á costar los amores de Alonso XI.... amor! todo lo arrostran por el amor hombres y mujeres... todos se ven subyugados por esa poderosa afeccion que no ha podido conquistar mi corazon.... oh, y me alegro, porque yo aborreceria al hombre que amándome mucho fuese mi esclavo.... Sí, sí, el amor no ha conquistado mi corazon y soy feliz.... Sin embargo, cuando el rey llamó á ese jóven que es capitan de sus guardias, y le dijo que me habia de acompañar á mi patria.... sentí cierto temor, mi frente se cubrió de sudor y mi corazon latió fuertemente.... qué significaba aquello?.... creo haberlo adivinado.... mi temor era que aquel jóven creyese que su reina se separaba de su esposo, por adúltera..... oh, consiento primero sufrir y callar los amores del rey y los abusos de Doña Leonor, que la gente toda forme de mí un concepto tan desfavorable al honor de una mujer y al orgullo de una reina!

Doña Maria cumplió efectivamente su palabra. Alonso XI y Doña Leonor de Guzman vivieron felices y tranquilos. El rey concluyó por estimar á su esposa.

Pero como hay otros personajes tambien muy principales en esta historia que hace tiempo debian ocupar nuestra atencion, nos vemos en la precision de trasladar-

nos al jardin de la casa habitada por Don Jimeno y su hija, para escuchar la conversacion que esta y Felipe tenian.

El dia se habia dejado cubrir por el negro y tupido velo de la noche. Las preciosas calles de árboles que habia en el jardin ya citado, se hallaban casi á oscuras, aunque la luna, esa maga pláteada de la noche, procuraba introducir sus blancos destellos por entre las ramas de los corpulentos y copudos árboles. Al pié de uno de ellos y sentados en un banco de tosca piedra blanca, conferenciaban asidos de las manos con ternura los futuros esposos. En el rostro de Felipe y en el de su amante se veía pintada la dicha mas grande é inefable. El enlace tan deseado se iba á celebrar al dia siguiente, y Felipe le habia pedido á Elvira una cita en el jardin, para hablar larga y estensamente de la felicidad que les esperaba. Elvira accedió gustosa á la peticion de su amante, y Felipe fué introducido en el jardin por la puerta que ya conocemos.

Hubo un momento en que los dos amantes se contemplaron sin hablarse. El silencio es á veces mas expresivo que cuanto se quiera decir hablando. Sus manos se estrecharon con ternura, y sus ojos fijos y casi adormecidos de dicha, manifestaban en uno y otro que se hallaban en uno de esos éxtasis deliciosos que nadie ha podido describir con propiedad. Sin embargo, este arrobamiento divino, tuvo su término como todas las cosas, y Felipe dijo entonces, pero sin soltar la mano que habia cogido desde el principio:

—Elvira mia, nuestra dicha tan deseada, ya es una verdad: mañana....

—Mañana, dijo la jóven con alegría; soy tuya para siempre.

—Para siempre! oh, esas palabras son divinas.... celestiales.... mañana comienza para siempre nuestra dicha!... sabes, amor mio, que parece un sueño cuanto nos pasa?

—Un sueño, Felipe! y por qué?

—Porque despues de tanto como hemos padecido..... nos vamos á unir para siempre....

—Tienes razon.... pero la felicidad habia de llegar al cabo.... porque nosotros qué habíamos hecho para ser siempre desgraciados?

—Es verdad.... y yo puedo asegurarte que soy feliz, Elvira; oh, tanta felicidad tengo, que es demasiado para una persona sola!..... En primer lugar poseo tu cariño, ídolo mio, que sin él no podria vivir.... voy á poseer mañana tu mano..... que era toda mi ambicion, todo mi deseo!... Despues he encontrado á mi madre, Elvira, á mi madre, tantas veces llorada y buscada por mí cuando me hallaba solo, abandonado, maldiciendo mi suerte, porque hasta tú misma..... que tanto me amas..... me habías olvidado, me habías despreciado y maldecido.....

—Felipe!...

—Oh, es verdad!.... son recuerdos fatales! Callaré, para que nuestra dicha no se empañe con tan amargos recuerdos!... Soy feliz además, porque de no tener nada, de ser un miserable, tengo un rey que me quiere como si fuera su hermano.... calzo desde mañana la espuela de caballero y uso el timbre de los gentiles-homes!.... Soy ahora digno de tí, Elvira? me desprecias como aquella noche terrible cuando descubriste....

—Oh, calla, calla!

—Voy á complacerte, sí.... hablemos de nuestra felicidad tan próxima! Ya han cesado nuestras desgra-



Lámina 11.^a

cias.... nadie hay que se oponga á nuestra dicha.... al contrario, los dos únicos que podian hacerlo, el rey y tu padre, que ya lo es mio tambien, gozan con nuestra felicidad.—El conde de Haro no ha vuelto á....

—Ah, no lo nombres, no lo nombres! aunque no ha vuelto á importunar á mi padre, me han asegurado que ronda y vigila con frecuencia esta casa! qué querrá ese hombre?

—Nada temas, amor mio, nada temas.... El Conde de Haro tambien participará de nuestra dicha....

—Cielos!

—Sí, no te asustes, tiene algun derecho, y....

—Espícate!

—Mañana, Elvira; mañana, despues que recibamos su bendicion.

—Su bendicion! Ah, qué dices? deliras?

—No, no..... puede darnos su bendicion.... Mañana, vá á ser un gran dia para tu amante!

Apenas Felipe acabó de pronunciar las anteriores palabras, apareció por entre los árboles y detrás de los amantes, un hombre con el rostro desencajado y cadavérico, los ojos vivos y brillantes como los de una fiera, y sonriéndose de una manera espantosa. El conde de Haro, pues no era otro, se acercó con paso callado y cauteloso al sitio donde se hallaban los dos amantes, muy agenos de tener á la espalda tan formidable enemigo. Don Lope nada oyó de cuanto hablaban, pero así que se cercioró que eran ellos, sacó un agudo puñal y lo acarició con feroz sonrisa.

Entonces sucedió una cosa notable, y que no fué ni notada siquiera por Elvira y su amante. El Conde de Haro alzó con indecible gozo el puñal para sepultarlo en la es-

palda del Felipe. Pero en el momento en que su brazo descendía con el arma homicida, salió por entre las ramas otro, delgado, largo, todo vestido de negro, y sujetó el de Don Lope con fuerza.

El hijo del último señor de Vizcaya miró á todas partes sorprendido, no pudiendo ver mas que el brazo de hierro que le impedía consumir su intento.

—Què es esto! exclamó forcejeando para verse libre.

—Silencio! dijo una voz, que el Conde no pudo conocer.

—Quién sois? para...

—Silencio, Conde de Haro, silencio!... Venís á asesinar á un inocente.... y vuestra alma perversa y criminal no os dice que vuestro rival es.... el hijo que abandonásteis cuando niño!

—Cielos!!!

—Sí, Conde de Haro; Felipe es vuestro hijo.... y de aquella infeliz mujer....

—Sabeis su nombre?

—Lo sé.... aquella desgraciada llamábase Piedad...

—Y quién sois?... Por qué habeis contenido mi brazo en el momento en que iba á hacer desaparecer al amante de Elvira?

—Soy....

—Acabad!

—La madre de vuestro hijo....

Y apenas llegaron semejantes palabras á oídos de Don Lope, desapareció por entre las calles de árboles un bulto negro, que talmente parecia un fantasma.

El Conde Haro se quedó tan admirado, que por un breve espacio de tiempo no sabia lo que le pasaba. Al

cabo pasóse la diestra por su frente bañada de sudor , y exclamó á media voz :

—Mi hijo!... Piedad!... Oh, maldicion! maldicion!...

Y huyó despavorido por el jardin , despues de tirar el puñal con horror , y mientras que Felipe se despedia de Elvira , ambos locos de alegria con la dicha que les esperaba.....

Al dia siguiente de estos sucesos , todo era vida , alegria y animacion en casa de Don Jimeno de Luna y Oso-rio. Los criados , vestidos con magnificos trajes , vagaban de una parte á otra , distribuyendo flores y aguas odoríferas por todos los aposentos destinados para los jóvenes esposos. Todo era bullicio , abundancia y placer. Las personas mas notables de la córte se hallaban reunidas en un magnifico salon ricamente adornado. Entre ellas se veía , ocupando el mejor asiento , al rey de Castilla. Alonso XI , despues de hacer caballero al amigo mas íntimo que tenia entre sus cortesanos , despues de honrarle con el título de gentil-home de su córte , habia querido presenciar la dicha del hombre que á él se la habia dado.

El anciano y cariñoso padre de la tierna Elvira estaba lleno de alegria y satisfaccion. Su bondadoso rostro se hallaba cubierto con la mas placentera sonrisa. Don Jimeno vestía un rico traje de terciopelo , recamado de oro y piedras preciosas y de un valor inmenso.

Pero la reina de la fiesta , la persona objeto de todas las miradas y de todas las admiraciones , era la bella é interesante amante de Felipe. Su encantador semblante , blanco y sonrosado , rebosaba de alegria y manifestaba claramente las dulces y agradables sensaciones que su corazon de niña y de amante experimentaba al ver todo

aquel aparato y preparativos, que sin cesar le recordaba la dicha tan grande que el cielo le destinaba, despues de tantos sinsabores y disgustos.

El traje de Elvira era elegante y sencillo á un tiempo. Era el traje de una vírgen ó de un ángel. Magníficas tocas de Holanda riquísima, guarnecidas de perlas y plata, ocultaban por detrás su rubio y sedoso cabello, y caían sobre el traje blanco y guarnecido de menudas flores, que llevaba con una elegancia indecible. El rostro de Elvira estaba encantador, casi divino. Sus facciones bellas y perfectas hallábanse animadas con la inefable dicha que en su tierno y puro corazón sentía.

—Hija mia, le dijo Don Jimeno acercándose á ella con cariño, estás impaciente?

—Por la tardanza de Felipe?

—Sí.

—No, señor.... tal vez su madre... pero mirad, mirad, desde aquella galería nos llama uno y otro.

Don Jimeno y su hija se apresuraron á ir donde se hallaba la penitente y Felipe.

Piedad no habia abandonado su traje negro de buriel ni su grande manto que la ocultaba de piés á cabeza; pero de su rostro habia desaparecido la palidez que lo cubría de continuo: sus hermosos ojos negros, dias antes constantemente mustios y amortiguados, brillaban ahora de felicidad y contento: por sus labios delgados y de subido color, vagaba una sorpresa impregnada del placer mas grande. Felipe acompañaba á su madre, y si grande era la dicha y la felicidad que en los rostros de las personas interesadas por su bien se veía pintada, la suya superaba á todas, porque era tal la alegría de nuestro jóven, que dudaba si todo cuanto le pasaba era realidad ó sueño.

— Los dos amantes se miraron con detención, y después se sonrieron de alegría.

— Por qué no entráis, señora, dijo Don Jimeno á Piedad.

— Oh, no; ya sabéis que yo no puedo abandonar este traje, y con él llamaria la atención entre tanta gente noble y principal... Vienen todos á presenciar el enlace de nuestros hijos?...

— No, porque este se verificará esta tarde y en familia.... En semejante acto teneis vos que estar presente.... y si hay gente extraña....

— Teneis razon. Luego entónces....

— No han venido mas que á felicitarnos, porque tambien su alteza....

— Oh, está ahí el rey! dijo Piedad sorprendida.

— Sí, su alteza se ha dignado honrarnos.... pero os dejo, porque ciertamente estrañará mi ausencia del salon.

Dijo y desapareció en un instante de la galeria.

Felipe y Elvira se dieron entonces la mano con cariño. Piedad se sonrió y les dijo:

— Ya se aproxima el momento, hijos míos, en que todos hemos de ser una misma familia.... Y en verdad que deseo vivamente llegue ese momento, tanto por veros unidos y felices, que era todo mi afán y deseo, cuanto para entregarme yo de nuevo al descanso y á la penitencia.

— Que decís, madre mia? dijo Felipe sorprendido.

— Oh, sí, después que ya seáis el uno del otro... después que el cielo y el sacerdote bendigan vuestra union... yo me retiro, no á la ermita donde me has conocido, no, sino al monasterio de las Huelgas, donde concluiré mis dias cerca de Doña Beatriz, compañera de mis infortunios. Hijo mío, ahora mas que nunca necesito orar y dar

gracias á Dios. Porque si entonces hacia la vida del anacoreta y oraba y lloraba á todas horas, era porque le pedía encontrar al hijo que habia perdido !.... este hijo lo he hallado en tí, gracias á ese Dios á quien tanto he implorado.... Pues bien, Felipe.... ahora necesito dar gracias al Altísimo por el bien grande, imponderable, que me ha hecho !... En el Monasterio de las Huelgas he de exhalar mi último aliento.... pero vos ireis todas los dias á ver á vuestra madre.... no es cierto, hijos míos !

—Madre mia ! exclamaron los dos jóvenes á un mismo tiempo.

Piedad continuó :

—Mi objeto al abandonar la choza, donde he vivido quince años, sin mas compañía que las colinas y los árboles, ya sabes cual fué, Felipe.—Te creí mi hijo, porque el instinto de la sangre me lo decia sin cesar.... habia un hombre malvado que te perseguia y por eso vine á Burgos.... para librarte de él.... Ese hombre.... no volverá á perseguirte porque es tu padre, ya lo sabes !

—Su padre ! Quién ? dijo Elvira.

—El conde de Haro.

—El conde de Haro ! Madre mia, es cierto ?....

—Qué, no os lo ha dicho vuestro esposo ?

—No, nada me ha dicho....

—Y no os ha dicho que mientras la otra noche hablabais en el jardin se acercó á Felipe, á quien hubiera asesinado sino es por mí ?

—Nada sé, señora.

—Oh, pues yo os lo contaré, hija mia.

Y Piedad refirió á la bella Elvira cuanto sabemos pasó en el jardin.

—Ah, que horror ! ese hombre es un monstruo !....

Y decidme creéis que nos veremos libres....

—Sí, porque ya sabe que Felipe es su hijo.

Media hora despues se habia marchado el rey y todas cuantan personas estrañas habia en casa de Don Jimeno. El enlace de los dos amantes, como habia dicho el padre de Elvira, se habia de efectuar entre familia, para que Piedad pudiese asistir. Esta penetró en los salones, despues que la corte los habia abandonado. Felipe y Elvira se quedaron solos en la galería, desde la cual se descubria la calle. La jóven dijo á su amante:

—Dime, Felipe, hoy no te separarás ya de mí... verdad?

—Sí, tengo que presentarme al rey en este momento, porque todavia no me han relevado del cargo de capitan de sus guardias.... y mi deber es permanecer todo el dia en el alcázar ó donde él se halle... pero al instante que reciba sus órdenes volveré á tu lado, amor mio, de donde no me separaré nunca!—Elvira, volveré al instante para hablar de nuestra dicha...

—Y te marchas ahora mismo?

—Sí, para estar mas pronto aquí... Pero mira á nuestros padres como se pasean por el salon! dijo Felipe señalando á Don Jimeno y á Piedad, que con efecto hablan paseándose asidos del brazo.—Apuesto á que hablaban de nosotros! oh, la felicidad de ellos es tan grande como la nuestra.

—Es verdad! repuso Elvira contemplándolos con ternura.—Cuánto gozan porque nos vén dichosos!

—Y tan dichosos, ángel mio; no es cierto?

—Sí, sí, ciertos...yo puedo asegurarte que no puedo con tanta felicidad!

—Oh, volveré, Elvira; volveré, para hablar mu-

cho de nuestro amor!... voy á cumplir con mi deber, y en seguida vendré á tu lado.—Adios, amor mio.... Adios, hasta dentro de un momento....

—Elvira lo miró fijamente, y le dijo, casi á media voz:

—Adios.... Felipe mio....

El hijo de Piedad abandonó la casa de Don Jimeno.

Elvira exclamó al verle pasar por la calle:

—Qué hermoso es y cuanto le amo!

La jóven permaneció en la galería que tambien daba al jardín, porque despues de perder de vista á su amante, creía oir el ruido de sus pasos.

A los pocos que habia dado Felipe, se encontró á Nuño Fajardo que caminaba con la mayor precipitacion, y dando brincos de alegria como un chico á quien se le dá un confite.

—Dónde vais? le dijo el jóven, lleno de sorpresa.—Te has vuelto loco? qué te pasa para ir de ese modo?

—Ahí es nada!... contestó el exteniente con importancia. Soy el hombre mas afortunado del mundo!... El rey acaba de darme en este momento tu plaza de capitán, y además cien monedas de oro para comprar un caballo; todo en premio.... Figúrate que la reina, nada menos, una noche fué al calabozo del Maestre, no sé por dónde, con intencion de salvarlo, y en vez de dar con él, fué conmigo con quien topó.... Me creyó el Maestre.... porque fingí perfectamente la voz de aquel pobre diablo.... y me sacó del calabozo por sitios desconocidos por mí.... Ya arriba, ó una vez libre, hice el papel del Maestre perfectamente.... La reina se fué muy convencida que lo habia salvado.—Despues se lo he contado todo al rey, y en premio de semejante servicio me ha dado tantas cosas....



Lamina 12.

—Pues en ese caso no voy hoy al alcázar.... El nuevo capitán recibirá las órdenes del rey ; no es cierto?

—Sí, sí, hoy comienzo á desempeñar mi destino.

Felipe y Nuño se separaron, volviendo el primero á casa de su amada.

Mientras pasaba lo que dejamos mas arriba dicho, sucedia lo siguiente en casa de Don Jimeno:

Cuando Elvira estaba en la galería creyendo oir los pasos de su amante, atravesó por el jardin un hombre, que subió precipitadamente la escalera y se apoderó de la jóven, asiéndola con brazo fuerte y vigoroso.

Elvira dió un grito y perdió el conocimiento. Entonces Don Lope, pues no era otro, bajó la escalera con ella en brazos y sonriéndose con feroz alegría.

Don Jimeno oyó el grito de su hija, y se asomó seguido de Piedad á la galería.

—Infame ! asesino ! exclamó al ver al Conde huir por el jardin con Elvira en brazos.

Y desenvainando su espada corrió con increíble ligereza en pos del Conde de Haro. El anciano padre lo alcanzó próximo á la puerta por donde habia entrado y debia salir.

—Dame mi hija ! le dijo.

—Antes la vida.... contestó el Conde, sin dejar de correr.

—Mi hija.... yo quiero mi hija....

—No, nunca!

La espada de Don Jimeno atravesó el pecho del hijo del último señor de Vizcaya. Elvira cayó al suelo y rodó largo trecho por la tierra. Don Lope cayó tambien anegado en su propia sangre, y diciendo con rabia :

—Maldicion ! maldicion ; me ha muerto !

Piedad acudió á poco y presenció horrorizada el terrible cuadro.

—Cielos! exclamó dando un paso atrás.

El Conde abrió los ojos y la miró un momento. Don Lope dijo con voz casi apagada :

—Perdon , Piedad !... perdon , hijo mio , oh , soy un monstruo !... Perdonadme ! Enrique , hijo mio.... perdona á tu padre !

Don Lope volvió á cerrar los ojos y guardó silencio. Pero no habia muerto , porque aquel mismo dia se efectuó el casamiento del Conde con Piedad para legitimar á Felipe , á la par que el de este con su amada.

Don Lope espiró á poco : Piedad se retiró al Monasterio de las Huelgas , y Don Jimeno tomó el hábito de monge. La muerte del Conde de Haro le habia llenado de remordimientos.

.....

La reina Doña Maria cumplió al pié de la letra cuanto habia ofrecido á su esposo ; pero cuando este murió , pidió á su hijo el cruel Don Pedro I la cabeza de la amante de su marido. Doña Leonor de Guzman fué muerta por orden del rey. Entonces se oyó un grito de venganza que no tuvo eco por aquella época , pero que despues fué causa de que Don Pedro perdiera la vida y la corona. Este grito lo dió Enrique de Trastamara , hijo primero de Doña Leonor y Alonso XI. Pero de estos sucesos hablaremos en otro lugar , con el favor de Dios.

FIN.



PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

LAMINAS.	PAGINAS.
RETRATO DEL AUTOR.	4
Id. DE DON ALONSO XI	40
1. ^a	58
2. ^a	74
3. ^a	143
4. ^a	166
7. ^a	181
5. ^a	200
6. ^a	214
8. ^a	234
9. ^a	314
10.	398
11.	409
12.	417



RETRATO DE FERNANDO IV.—PARTE I. . . 45



PAUTA

PAUTA DE POSICIONES DE LAS PARTES

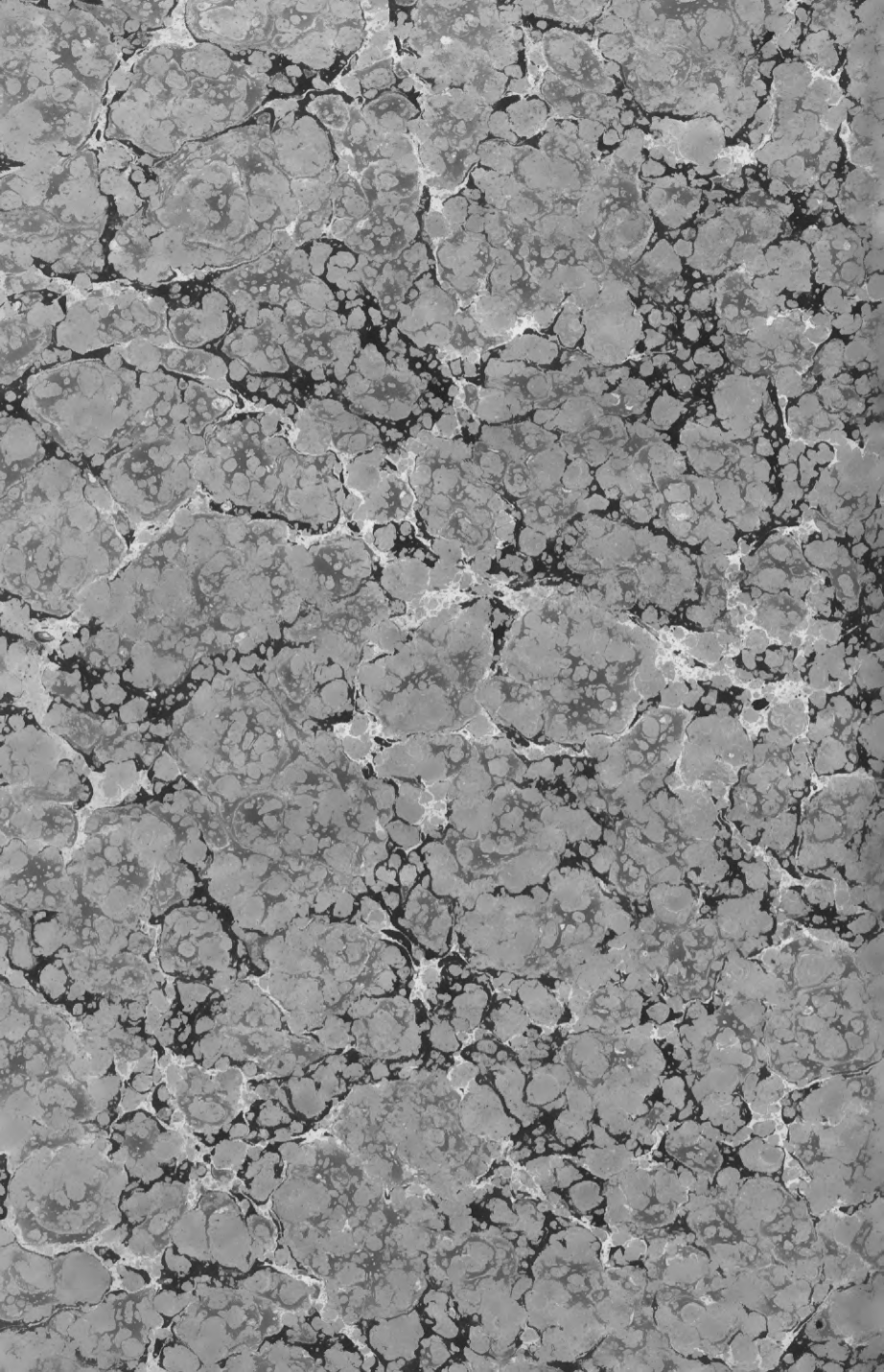
POSICIONES

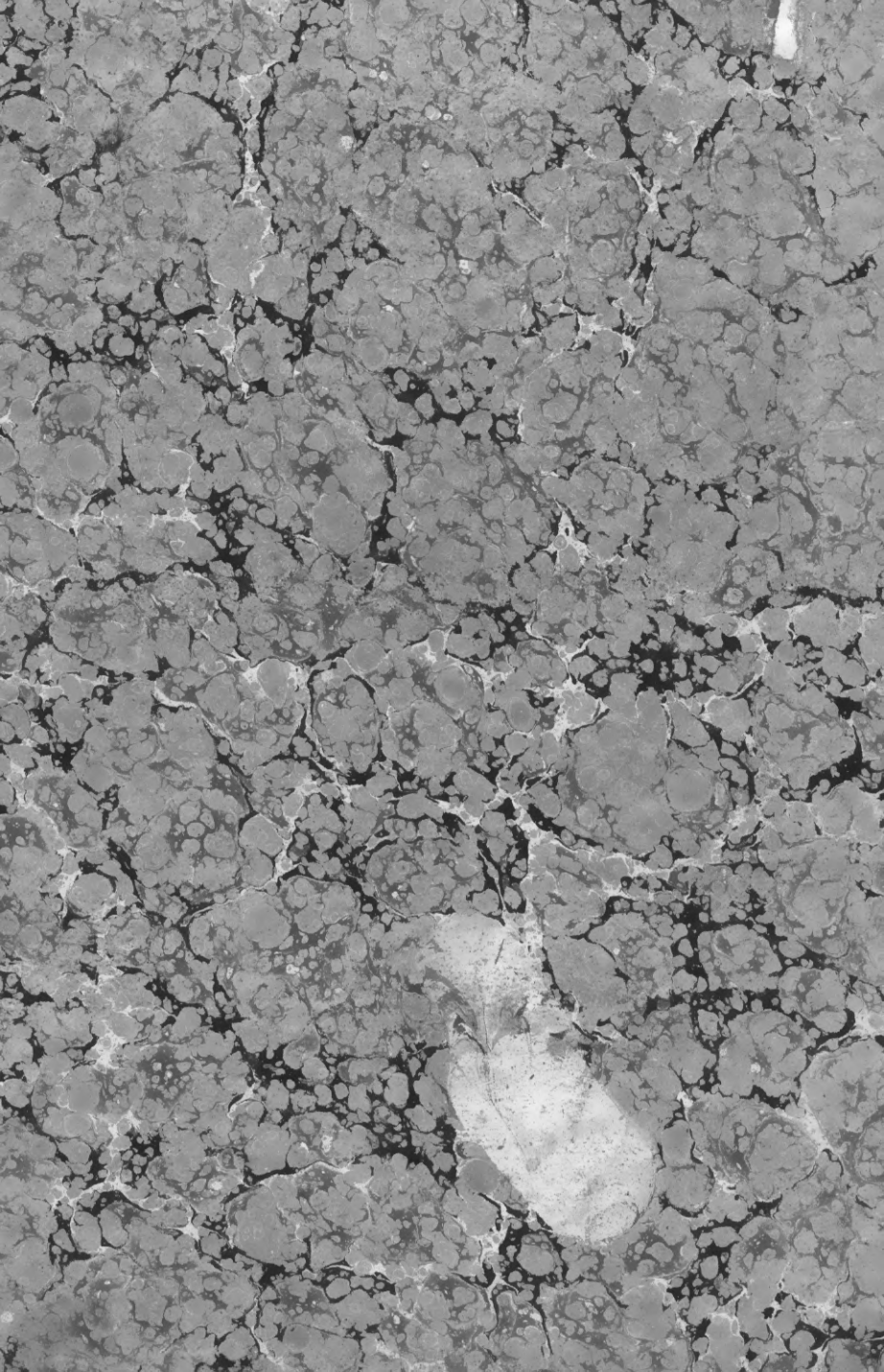
POSICIONES

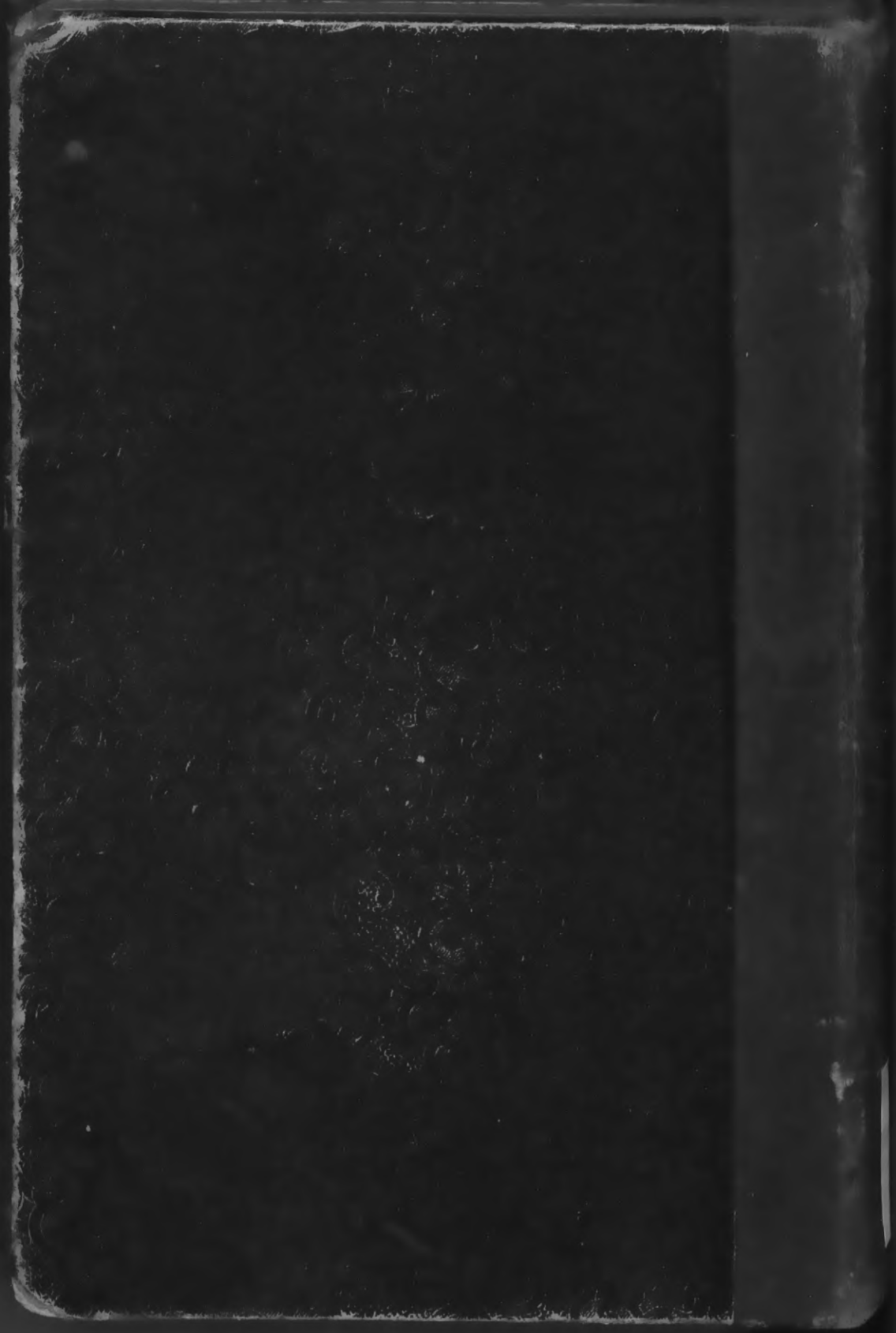
1	RETRATO DEL ALTO
10	DE BOY ALZADO
20	
30	
40	
50	
60	
70	
80	
90	
100	
110	
120	

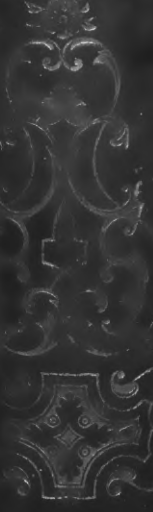
RETRATO DE FERNANDO IV - Parte I











ALONSO

EL ONCENO,

QUINCE

OS DESPUES.



JT 108